

Michael Scott

LA HECHICERA

Los secretos
DEL INMORTAL
NICOLÁS FLATTEL



El corazón de Nicholas Flamel se rompió en mil pedazos cuando vio como su querida París quedaba reducida a cenizas delante de sus propios ojos. Dee y Maquiavelo son los culpables de este desastre, pero Flamel también tuvo parte de culpa, porque al tener que proteger a Sophie y Josh Newman (los gemelos de la profecía) y a los manuscritos de los Sabios oscuros, no pudo centrarse en evitar la caída de la ciudad. La situación no podía estar peor: Nicholas se debilita día a día y Perenelle, su mujer, sigue atrapada en Alcatraz. La única oportunidad que tienen es encontrar un tutor que enseñe los rudimentos mágicos necesarios a Sophie y Josh. El problema es que el único que puede hacerlo es un personaje llamado Gilgamesh, que está muy, pero que muy loco.



eBooks con estilo

Autor

La Hechicera

Los Secretos del Inmortal Nicolas Flamel # 3

ePUB v1.0

Echelon21.06.11

más libros en epubgratis.es

Estoy cansado, muy cansado.

Y estoy envejeciendo rápido. Siento las articulaciones rígidas, he perdido agudeza visual y tengo que forzar el oído para percibir los sonidos. Durante los últimos cinco días me he visto obligado a utilizar mis poderes más veces que a lo largo de todo el siglo pasado, lo cual ha acelerado el proceso de envejecimiento notablemente. Calculo que he envejecido al menos una década, o incluso más, desde el pasado jueves. Si quiero seguir con vida, debo recuperar el Libro de Abraham y no puedo, bajo ninguna circunstancia, arriesgarme a utilizar mis poderes una vez más.

Pero Dee tiene el Códex en sus manos y sé que no tendré otra opción que utilizar, otra vez, mi ya mermada aura.

Y lo haré, si es que sobrevivimos.

Cada vez que se consume, me acerco más a la muerte... y si Perenelle y yo fallecemos, ya nadie se interpondrá en el camino de Dee y los Oscuros Inmemoriales. Cuando perezcamos, el mundo llegará a su fin.

Pero todavía no estamos muertos.

Y tenemos a los mellizos. Esta vez se trata de los verdaderos mellizos, de los legendarios mellizos con auras puras de color dorado y plateado. Mientras los mellizos sigan con vida, aún hay esperanza.

Estamos a punto de adentrarnos en Londres. Temo a esta ciudad sobre todas las demás, ya que en su corazón yace todo el poder de Dee. La última vez que Perenelle y yo estuvimos aquí, en septiembre de 1666, el Mago casi convierte esta ciudad en cenizas en un intento de capturarnos. Jamás volvimos. Londres ha atraído a Inmemoriales de todo el planeta: hay más en esta ciudad que en cualquier otra de la faz de la Tierra. Inmemoriales, humanos inmortales y aquellos de la Última Generación vagan por las calles londinenses con libertad y discreción y, sin duda, sé de al menos una docena de Mundos de Sombras repartidos por las Islas Británicas.

En estas tierras celtas se unen y convergen más líneas telúricas que en cualquier otro país, y rezo por que los poderes Despertados de los mellizos nos ayuden a utilizar estas líneas para volver a San Francisco y a los brazos de mi Perenelle.

Y aquí también habita Gilgamés, el Rey. Es el humano inmortal más longevo del mundo. Su sabiduría es incalculable a la vez que enciclopédica. Se dice que antaño fue el Guardián del Códex y que incluso conoció al mítico Abraham, el creador del libro. La leyenda cuenta que Gilgamés conoce todas las magias elementales, aunque, misteriosamente, jamás ha tenido el poder para utilizarlas. El Rey no posee aura. Muchas veces me he preguntado cómo debe ser eso:

poseer el conocimiento de tantas cosas increíbles, tener acceso a la sabiduría de los días de antigüedad, dominar todas las palabras y hechizos que podrían convertir a este mundo en el paraíso que una vez fue... y aun así, no ser capaz de utilizarlos.

Les he explicado a Sophie y a Josh que necesito que Gilgamés les forme en la Magia del Agua y que además nos ayude a encontrar una línea telúrica que nos lleve de vuelta a casa. Pero lo que ellos no saben es que ésta es una apuesta desesperada; si el Rey se niega a hacerlo, nos veremos atrapados en los dominios de Dee sin posibilidad alguna de poder escapar.

Tampoco les he confesado que Gilgamés está bastante, bastante loco... y que la última vez que nos vimos, él pensó que estaba intentando matarle.

*Extracto del diario personal de Nicolas Flamel, alquimista.
Escrito el lunes 4 de junio en Londres, la ciudad de mis
enemigos.*

LUNES 4 DE JUNIO

Capítulo 1

Creo que son ellos.

El joven ataviado con un abrigo verde y situado exactamente bajo el gigantesco reloj circular de la estación de Saint Paneras apartó su teléfono móvil del oído para comprobar la pantalla rectangular del aparato, donde brillaba una imagen borrosa en formato “jpg”. El Mago inglés había enviado la imagen hacía un par de horas. Se veía claramente la hora y la fecha en la que había sido tomada: las 23.59.00 horas del 4 de junio. Los colores apenas se diferenciaban entre sí y daba la sensación de que la fotografía había sido tomada por una cámara de seguridad. Mostraba un anciano con cabello canoso y corto que, acompañado por dos adolescentes, subía a un tren.

Poniéndose de puntillas, el joven rastreó con la mirada la estación para no perder de vista al trío que acababa de vislumbrar. Por un instante, pensó que les había perdido la pista entre la multitud, si bien aunque tal cosa hubiera pasado no llegarían muy

lejos; una de sus hermanas estaba en la planta baja y la otra fuera de la estación, vigilando la entrada.

Pero ¿dónde se habían metido el anciano y los dos adolescentes?

Al intentar diferenciar las incontables esencias que cubrían la atmósfera de la estación, el joven abrió completamente las aletas de la nariz, estrechas y puntiagudas. Identificó y descartó rápidamente el hedor que desataba tal cantidad de seres humanos, la miríada de perfumes y de-sodorantes, de jabones y cremas, el olor grasiento a comida frita que emergía de los restaurantes de la estación, el rico aroma de café y el penetrante y empalagoso tufó metálico de los motores y vagones de los trenes. Las aletas de su nariz se expandieron de forma casi inhumana mientras cerraba los ojos y echaba la cabeza ligeramente hacia atrás. Los olores que estaba buscando eran más ancestrales, más salvajes, más insólitos...

¡Ahí!

Menta: una mera insinuación.

Naranjas: poco más que una vaga sugerencia.

Vainilla: apenas un perceptible rastro.

Escondidas tras unas diminutas gafas de sol rectangulares, sus pupilas, de un color azul negruzco, se dilataron. Olfateó el aire en un intento de localizar la tenue estela de esencias camuflada en el ambiente de la gigantesca habitación. ¡Los tenía!

El anciano que había visto en la imagen de su teléfono caminaba a zancadas por la estación directamente hacia él. Llevaba unos vaqueros negros y una chaqueta de cuero muy desgastada y cargaba con una maleta de viaje en su mano izquierda. Y, al igual

que en la fotografía que le habían tomado horas antes, le seguían dos adolescentes rubios tan parecidos que incluso podrían ser hermanos. El chico era más alto que la chica, y ambos cargaban con mochilas.

El joven tomó rápidamente una instantánea con la cámara fotográfica de su aparato móvil y la envió al doctor John Dee. Aunque el Mago inglés sólo le provocaba desprecio y desdén, lo último que quería era que éste se convirtiera en su enemigo. Dee era el agente de uno de los Oscuros Inmemoriales más ancestrales y, sin duda alguna, más peligrosos de todos.

Quitándose la capucha de su abrigo verde, que hasta ahora le había cubierto el rostro, el joven dio media vuelta en el mismo instante que el trío se aproximaba a él y llamó a su hermana, que se mantenía a la espera en la planta baja.

—Definitivamente se trata de Flamel y los mellizos —murmuró al auricular en un idioma ancestral que, finalmente, se transformó en gaélico—. Se dirigen hacia ti. Atacaremos cuando lleguen a la calle Euston.

Cerrando el teléfono con un golpe seco, el joven con abrigo y capucha salió tras los pasos del Alquimista y los mellizos norteamericanos. Se movía fácilmente entre el gentío que se había aglomerado en la estación a esa hora de la tarde. Aparentaba ser otro adolescente más, pasando desapercibido y anónimo con unos vaqueros desaliñados, unas zapatillas de deporte raspadas, un abrigo varias tallas más grande, una capucha que le tapaba la cabeza y el rostro y unas gafas de sol que ocultaban sus ojos.

Sin embargo, pese a su apariencia, el joven jamás había sido, ni

remotamente, humano. Él, junto con sus hermanas, había pisado por primera vez la isla británica cuando ésta aún estaba unida al continente europeo y, durante generaciones, todos ellos habían sido venerados como dioses. Le resultaba un tanto molesto recibir órdenes del entorno de Dee quien, después de todo, no era más que un humano. Pero el Mago inglés había prometido al joven encapuchado un premio muy tentador: Nicolas Flamel, el legendario Alquimista. Las órdenes de Dee habían sido claras; el joven y sus hermanas podían quedarse con Flamel, pero los mellizos eran intocables. El chico retorció los labios; sus hermanas capturarían con el mínimo esfuerzo a los mellizos y él tendría el gran honor de matar a Flamel. Una lengua color azabache salió como una flecha de la comisura de los labios y se relamió. El Alquimista sería un festín del que disfrutaría varias semanas. Y, por supuesto, le guardarían los bocados más sabrosos a Madre.

Nicolas Flamel aminoró el paso, permitiendo así que Sophie y Josh le alcanzaran. Con una sonrisa forzada, el Alquimista señaló la estatua de bronce de unos doce metros de altura ubicada a los pies del reloj.

—Se conoce como «El punto de encuentro» —dijo en voz alta. Después, con un susurro, añadió—: Nos están siguiendo. —Sin dejar de sonreír, se inclinó hacia Josh y murmuró—: Ni se te ocurra girarte.

—¿Quién? —preguntó Sophie.

—¿El qué? —inquirió Josh. Sentía náuseas y mareos; los aromas y los sonidos de la estación ferroviaria estaban abrumando sus sentidos, recientemente Despertados. Un dolor de cabeza

punzante parecía golpearle el cráneo y la luz era tan cegadora que incluso deseó tener un par de gafas de sol al alcance.

—Sí, el «qué» es mejor pregunta —respondió Nicolas con aire severo.

El Alquimista alzó un dedo para señalar el reloj, aparentando así estar hablando acerca de él.

—No estoy seguro de qué ronda por aquí —admitió—. Pero se trata de algo ancestral. Lo sentí en cuanto me apeé del tren.

—¿Lo sentiste? —preguntó Josh desorientado. Cada segundo que pasaba se sentía más confundido. No se había encontrado tan mal desde que en el desierto de Mojave le dio una insolación.

—Tan sólo un leve hormigueo. Mi aura reaccionó a la presencia del aura de quién sea, o qué sea que está aquí. Cuando tengáis más control sobre vuestras propias auras, seréis capaces de notar lo mismo.

Alzando ligeramente la barbilla, como si admirara la bóveda compuesta de vidrio y metal, Sophie se giró lentamente. Multitud de personas serpenteaban a su alrededor. La mayoría parecían ser ciudadanos londinenses que tomaban el tren diariamente para desplazarse hacia su lugar de trabajo, aunque también distinguió a numerosos turistas. Varios de ellos se detenían frente a la estatua conocida como «El punto de encuentro» para hacerse una fotografía o posaban con el reloj como telón de fondo. No había nadie que prestara especial atención a ella o a sus compañeros.

—¿Qué haremos? —preguntó Josh a medida que una sensación de pánico se apoderaba de él—. Puedo estimular los poderes de Sophie —tartamudeó—, tal y como hice en París...

—No —interrumpió Flamel con aire cortante mientras agarraba el brazo de Josh con extrema fuerza—. A partir de ahora, sólo debes utilizar tus poderes como último recurso. En el momento en que actives tu aura estarás llamando la atención de cada Inmemorial, cada ser de la Última Generación y cada inmortal que haya a quince kilómetros a la redonda. Y aquí, en Inglaterra, todos y cada uno de ellos están aliados con los Oscuros Inmemoriales. Además, también en estas tierras pueden despertar a otras criaturas; criaturas que, preferiblemente, es mejor no molestar.

—Pero tú has dicho que nos están siguiendo —protestó Sophie—. Eso significa que Dee ya sabe dónde estamos.

Flamel condujo a los mellizos hacia la izquierda, alejándose así de la estatua y apresurándolos a que se dirigieran hacia la salida.

—Imagino que dispone de observadores en cada aeropuerto, en cada puerto marítimo y en cada estación ferroviaria de toda Europa. Seguramente Dee sospecha que hemos viajado hasta Londres, pero en el momento en que cualquiera de vosotros active su aura, ya no le cabrá ninguna duda.

—¿Y qué haremos entonces? —inquirió Josh mientras se giraba para mirar a Flamel. Bajo las cegadoras luces de la estación, las nuevas arrugas que habían aparecido en la frente y alrededor de los ojos del Alquimista parecían más pronunciadas y profundas.

Flamel se encogió de hombros.

—Quién sabe lo que es capaz de hacer. Está desesperado, y los hombres desesperados hacen cosas terribles. Recordad cuando estaba en lo más alto de Notre Dame. Estaba dispuesto a destruir el antiguo monumento sólo para deteneros... estaba dispuesto a

acabar con vuestras vidas para evitar que huyerais de París.

Josh sacudió la cabeza, mostrando así confusión.

—Pero eso es lo que no entiendo. Creía que él nos quería vivos.

Flamel emitió un suspiro.

—Dee es un nigromante. La nigromancia es un arte repugnante y horrible que implica activar, de forma artificial, el aura de un cuerpo muerto para resucitarlo.

Al pensarlo, Josh sintió cómo un escalofrío le recorría el cuerpo.

—¿Estás diciendo que nos habría matado para después devolvernos la vida?

—Sí. Como último recurso —comentó Flamel en el mismo instante que alargaba el brazo para apretar gentilmente el hombro de Josh—. Créeme, es una existencia terrible; es vivir en plena oscuridad y sombras. Y recuerda que Dee fue testigo de lo que tú hiciste, así que ahora puede presentir lo que eres capaz de hacer. Si tenía dudas sobre si eráis los legendarios mellizos, en este momento ya se han disipado. Él tiene que conseguirlos: os necesita.

El Alquimista le dio un par de palmaditas en el pecho. Se escuchó el crujir del papel. Bajo su camiseta, en una bolsa de tela que llevaba colgada al cuello, Josh escondía las dos páginas que había conseguido arrancar del Códex.

—Y, sobre todas las cosas, necesita estas páginas.

El grupo siguió las señales que indicaban la salida de la estación a la calle Euston. Les arrastraba una avalancha de londinenses que seguían su misma dirección.

—Pensé que habías dicho que alguien nos recogería —recordó Sophie mirando a su alrededor.

—Saint-Germain me dijo que intentaría contactar con un viejo amigo —murmuró Flamel—. Quizá no ha podido ponerse en contacto con él.

Salieron de la vistosa estación de ladrillo rojo, donde convergía la calle Euston, y se detuvieron repentinamente. Cuando abandonaron la capital francesa la temperatura rondaba los 17° C, pero en Londres la sensación era como mínimo de diez grados menos y, además, llovía a cántaros. El viento que recorría la calle era tan frío que los mellizos empezaron a tiritar. Dieron media vuelta y buscaron cobijo en la entrada de la estación.

Fue en ese instante cuando Sophie lo vio.

—Un joven con un abrigo verde y con la capucha puesta —informó de forma inesperada mientras se giraba hacia Nicolas y se concentraba enormemente en su mirada pálida. Sabía que si desviaba la mirada hacia otro sitio, involuntariamente, echaría un fugaz vistazo al joven que les había estado siguiendo. Aún podía verlo por el rabillo del ojo. Merodeaba alrededor de una columna y no dejaba de observar el teléfono móvil que tenía en la mano mientras jugueteaba con él. Había algo raro en aquel joven, en su forma de estar de pie. Algo artificial. En ese mismo instante le pareció percibir una tenue esencia en el aire que rápidamente relacionó con carne podrida. Arrugó la nariz. Cerró los ojos y concentró toda su atención en aquel particular olor—¡. Huele a algo putrefacto, como echado a perder.

La sonrisa que se había formado en el rostro del Alquimista se

torció.

—¿Lleva una capucha? Así que es él quién nos ha estado siguiendo.

Los mellizos apreciaron un temblor en su voz.

—Pero no es un chico, ¿verdad? —preguntó Sophie.

Nicolas negó con la cabeza.

—Ni siquiera se acerca.

Josh inspiró profundamente.

—Está bien, ¿sabes que ahora hay dos personas más que llevan abrigos verdes con capucha y que ambos están corriendo hacia aquí?

—¿Tres? —murmuró Flamel aterrorizado—. Tenemos que irnos.

Agarrando a los mellizos por el brazo, los arrastró hacia el exterior de la estación, donde seguía diluviando, torció a mano derecha y los condujo hacia la calle.

La lluvia era tan fría que incluso Josh se quedó sin respiración; las gotas podían confundirse con perdigones helados que se incrustaban en su rostro. Finalmente, Flamel guio a los mellizos hacia un callejón donde podían refugiarse del aguacero. Josh intentó recuperar el aliento. Se apartó el cabello de la cara y miró directamente al Alquimista.

—¿Quiénes son? —inquirió.

—Los Encapuchados —contestó el Alquimista con tono amargo—. Dee debe de estar desesperado. Y debe de ser más poderoso de lo que creía si realmente puede darles órdenes. Son los Genii Cucullati.

—Genial —comentó Josh—. Con esa información ya me ha quedado claro —dijo. Después se giró hacia su hermana y añadió —: ¿Alguna vez has oído...? —empezó. Pero al contemplar la expresión de su hermana se detuvo y exclamó—: ¡Sabes quiénes son!

Sophie se estremeció cuando los recuerdos de la Bruja de Endor empezaron a parpadear en los rincones de su consciencia. Sintió una acidez en la garganta y un retortijón en el estómago. La Bruja de Endor había conocido a los Genii Cucullati y los despreciaba. Sophie se giró hacia su hermano y le respondió.

—Se alimentan de carne humana.

Capítulo 2

Las calles estaban completamente vacías porque la borrasca había conducido a la mayoría de viandantes al interior de la estación o a las tiendas más cercanas. El tráfico de la calle Euston se había paralizado por completo mientras los limpiaparabrisas batían incansablemente. Se escuchaban las estridentes bocinas de los coches e incluso una alarma antirrobo de un automóvil comenzó a bramar.

—No os separéis de mí—ordenó Nicolas. Dio media vuelta y salió disparado hacia la calle, inmiscuyéndose entre el tráfico parado. Sophie le siguió de cerca. Josh se detuvo antes de bajar de la acera y echó la vista atrás para observar la estación. Las tres siluetas se habían reunido en la entrada, y sus rostros y cabezas estaban cubiertos por las capuchas de sus abrigos. A medida que la lluvia teñía sus abrigos de un verde oscuro Josh habría jurado que, durante un segundo, parecían ir ataviados con capas verdes. Sintió un estremecimiento, pero esta vez el frío provenía de algún otro

lugar, no del gélido aguacero. Entonces se giró y salió como una flecha hacia la calle.

Con la cabeza ligeramente inclinada, Nicolas condujo a los mellizos entre un par de vehículos.

—Daos prisa. Si podemos distanciarnos lo suficiente de ellos, los olores del tráfico y la lluvia disiparán nuestras esencias.

Sophie miró por encima del hombro. El trío de encapuchados había abandonado el refugio de la estación y se acercaba estrepitosamente hacia ellos.

—Están muy cerca —resolló con un tono de voz alarmante.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Josh.

—No tengo ni idea —confesó Flamel con voz severa mientras clavaba la mirada en el otro extremo de la calle—, pero si nos quedamos aquí estamos muertos. O, al menos, yo —añadió con una sonrisa seca—. Dee intentará conseguiros con vida, de eso no me cabe la menor duda.

Flamel miró a su alrededor y distinguió un callejón a mano izquierda. Les hizo señas a los mellizos, indicándoles así que le siguieran.

—Por aquí. Intentaremos perderlos.

—Ojalá Scatty estuviera aquí —murmuró Josh al percatarse de la magnitud de su pérdida—. Hubiera podido enfrentarse a ellos.

La estrecha callejuela, rodeada de edificios altísimos, estaba seca. Tres contenedores de basura de plástico, de color azul, verde y marrón respectivamente, estaban alineados en una pared mientras los restos de un palé de madera y bolsas de basura de plástico se amontonaban en la otra. El hedor era repugnante y un gato de

pelaje salvaje permanecía sentado sobre una de las bolsas, rasgándola metódicamente con las uñas. Ni siquiera el gato se molestó en girarse cuando Flamel y los mellizos pasaron corriendo frente a él. Una décima de segundo más tarde, cuando las tres siluetas encapuchadas se adentraron en el callejón, el felino arqueó la espalda, el pelo se le erizó y desapareció entre las sombras.

—¿Tienes idea de hacia dónde vamos por aquí? —demandó Josh mientras pasaban a toda velocidad junto a una serie de puertas que, evidentemente, correspondían a las entradas traseras de los negocios de la calle principal.

—Ni idea —admitió Flamel—, pero mientras nos aleje de los Encapuchados, no importa.

Sophie echó la vista atrás.

—No les veo —anunció—. Quizá los hemos perdido.

Arrastró a Nicolas hacia una esquina para poder adelantarse y detenerle de forma repentina. Entonces Josh giró la esquina, ignorando así que sus dos compañeros se habían parado.

—Seguid corriendo —jadeó a la vez que apartaba a la pareja para tomar él mismo la iniciativa. Y fue entonces cuando se percató de que Nicolas y Sophie se habían quedado inmóviles: en el fondo del callejón se alzaba un muro de ladrillo rojo cubierto de un alambre tipo concertina.

El Alquimista dio media vuelta y posó el dedo índice sobre sus labios.

—Ni un ruido. Quizás hayan pasado de largo, ignorando el callejón..

Una ráfaga de lluvia fría roció el suelo de la callejuela. De

repente, el ambiente se cubrió de un hedor rancio muy peculiar: se trataba de la nauseabunda esencia que desprende la carne podrida.

—O quizá no —añadió a medida que los tres Genii Cucullati doblaban la esquina silenciosamente. Nicolas apartó a los mellizos, colocándolos tras él. Sin embargo,

Josh y Sophie tomaron posiciones de inmediato y se dispusieron uno a cada lado. De forma instintiva, Sophie se situó a la derecha y Josh a la izquierda de Flamel.

—Retroceded —dijo Flamel.

—No —replicó Josh.

—No permitiremos que te enfrentes a estos tres tú solo —añadió Sophie.

Los Encapuchados avanzaron; después se colocaron de tal forma que bloqueaban el callejón y, finalmente, se detuvieron. Adoptaron una postura rígida poco natural y sus rostros aún seguían escondidos tras las gigantescas capuchas.

—¿A qué están esperando? —murmuró Josh en un susurro apenas perceptible. Había algo en la forma en que las siluetas estaban de pie, en la forma en que se sostenían, que insinuaba que se trataba de animales. Josh había visto un documental en el *National Geographic* en el que un caimán esperaba pacientemente a orillas del río a que pasara un ciervo. El caimán también parecía estar petrificado hasta que empezaba la acción.

De pronto, se escuchó el crujir de la madera. En el tranquilo callejón, el chasquido produjo todo un estruendo. Seguidamente se escuchó el sonido de lo que parecía ropa rasgándose.

—Están cambiando —anunció Sophie.

Tras los abrigos verdes, los músculos se tensaron y vibraron, las espaldas de las criaturas se arquearon y las manos que ahora sobresalían de las mangas estaban cubiertas de pelaje espeso y de garras afiladas.

—¿Lobos? —preguntó Josh con tono tembloroso.

—Más osos que lobos —respondió Nicolas en voz baja mientras rastreaba el callejón entornando los ojos—.

Aunque más glotones que los osos —añadió en el mismo instante en que en el ambiente se advirtió un leve aroma a vainilla.

—Pero no suponen amenaza alguna para nosotros —irrumpió Sophie. De repente, había adoptado una postura más recta y erguida. Alzando la mano derecha, la joven apretó el círculo dorado tatuado en su muñeca izquierda.

—No —dijo Nicolas bruscamente, y alcanzó el brazo de la joven para detenerla—. Ya os he avisado; no podéis utilizar vuestros poderes en esta ciudad. Vuestras auras son inconfundibles.

Sophie sacudió la cabeza mostrando así su indignación.

—Sé lo que son esas cosas —comentó con tono firme. Pero un segundo más tarde, la voz se le quebró—: Sé lo que hacen. No esperes que nos quedemos de brazos cruzados mientras esas cosas te devoran. Déjame que me ocupe de ellas, puedo hacerles papilla.

Ante tal idea, su cólera rápidamente se convirtió en entusiasmo. Sophie esbozó una sonrisa. Durante un momento, sus ojos azules resplandecieron con destellos plateados y el rostro se le tornó más anguloso y mordaz, lo cual le otorgaba un aspecto mayor al de una adolescente de quince años.

La sonrisa del Alquimista era lúgubre y severa.

—Podrías hacerlo. Y no me cabe la menor duda de que no llegaremos muy lejos antes de que algo mucho más letal que estas criaturas nos atrape. No tienes ni idea de lo que merodea por estas calles, Sophie. Yo me ocuparé de esto —insistió—. No estoy completamente indefenso.

—Están a punto de atacar —informó Josh con urgencia. Había interpretado el lenguaje corporal de las criaturas mientras observaba cómo se movían siguiendo un patrón de ataque. En algún rincón de su mente, Josh se preguntó cómo podía saber eso—. Si vas a hacer algo, debes hacerlo ya.

Los Genii Cucullati se habían desplegado y cada uno de ellos había tomado una posición ante Flamel y los mellizos. Las criaturas estaban encorvadas hacia delante, con la espalda arqueada, y los abrigos verdes les apretaban el pecho, de forma que los músculos y los hombros parecían estar a punto de explotarles. Entre las sombras de sus capuchas, unos ojos de color azul negruzco brillaban sobre una dentadura irregular. Se comunicaban entre ellos con lo que, aparentemente, parecían gemidos y aullidos.

Nicolas se arremangó la chaqueta de cuero, dejando así al descubierto el brazalete de plata y las dos pulseras de hilos multicolores que adornaban su muñeca derecha. Se quitó una de las pulseras de hilo, la enrolló con las palmas de la mano, acercó los labios y sopló.

Sophie y Josh contemplaban al Alquimista mientras éste lanzaba una bola diminuta al suelo, justo a los pies de los Encapuchados. Fueron testigos de cómo los hilos irisados se sumergían en un charco de barro que se aposentaba exactamente delante de la

criatura más grande y se preparaban para explotar. Incluso las aterradoras criaturas retrocedieron unos pasos del diminuto charco, deslizando las garras sobre el pavimento.

No sucedió nada.

El sonido que todos advirtieron, que podría ser una carcajada, parecía salir de la mayor de las criaturas.

—Propongo que luchemos —dijo Josh con tono desafiante.

Sin embargo, se sentía un tanto conmocionado por el fracaso del Alquimista. Había observado a Flamel lanzar arpones de energía pura, le había visto crear un bosque a partir de un suelo de madera; esperaba algo mucho más espectacular. Josh desvió la mirada hacia su hermana. Enseguida supo que ambos estaban pensando exactamente lo mismo. En el estado de Flamel, mucho más debilitado y envejecido, sus poderes se desvanecían. Josh asintió ligeramente con la cabeza y Sophie respondió ladeando la suya y doblando los dedos.

—Nicolas, tú mismo viste lo que hicimos con las gárgolas —continuó Josh mostrando seguridad y confianza en sus propios poderes y los de Sophie—. Juntos, Sophie y yo podemos enfrentarnos a quien sea... y a lo que sea.

—La frontera entre la confianza y la arrogancia es muy delgada, Josh —respondió Flamel en voz baja—. Y la frontera entre la arrogancia y la estupidez aún más. Sophie—añadió sin tan siquiera mirarla—, si utilizas tu poder, nos estarás condenando a muerte.

Josh negó con la cabeza. Le indignaba la evidente flaqueza de Flamel. Alejándose unos pasos de él, el joven se quitó la mochila y la abrió. Sujeto en uno de los costados de la mochila había un tubo

de cartón, el típico que se utiliza para guardar carteles o mapas enrollados. Arrancó la tapa de plástico blanco que protegía el tubo, introdujo la mano, agarró el objeto envuelto en plástico de burbujas y lo extrajo.

—¿Nicolas...? —empezó Sophie.

—Paciencia —murmuró Flamel—, paciencia...

El mayor de los Encapuchados posó sus cuatro patas sobre el suelo y dio un paso hacia delante, chasqueando las garras afiladas y mugrientas en el suelo.

—Me has sido entregado —anunció la bestia con una voz que, sorprendentemente, era aguda, casi como la de un niño.

—Dee es muy peligroso —respondió Flamel sin alterar la voz—, aunque me sorprende que los Genii Cucullati se dignen a trabajar bajo las órdenes de un humano.

La criatura dio otro paso hacia delante, acercándose así a Nicolas y los hermanos Newman.

—Dee no es un humano normal y corriente. El Mago inmortal es peligroso, pero está bajo la protección de un maestro infinitamente más peligroso que él.

—Quizá deberías tenerme miedo a mí —sugirió Flamel esbozando una tímida sonrisa—. Soy mayor que Dee y no tengo ningún maestro que me proteja, ¡ni nunca lo he necesitado!

La criatura escupió un par de carcajadas y, de repente, sin previo aviso, se abalanzó sobre la garganta de Flamel.

El filo de una espada de piedra siseó en el aire, realizando un corte limpio a través de la capucha del abrigo, rasgando así un pedazo de tela verde. La bestia aulló y su cuerpo entero se

retorcíó, contrayéndose para alejarse de la espada que amenazaba otra vez con arrancarle la parte frontal del abrigo. Finalmente, el arma le arrebató todos y cada uno de los botones y dejó completamente destrozada la cremallera.

Josh Newman se posicionó delante de Nicolas Flamel. Estaba empuñando con ambas manos la espada de piedra que había extraído del tubo de cartón.

—No sé quién eres, o qué eres —dijo con la mandíbula apretada. Tenía la voz temblorosa por la adrenalina y el esfuerzo que debía realizar para sujetar con firmeza la espada—. Pero supongo que tú sí debes de saber qué es esto.

La bestia se alejó sin apartar su mirada azul negruzca de la espada grisácea. La capucha había quedado hecha trizas y unos retales colgaban de sus hombros, lo cual dejaba completamente al descubierto su cabeza. Josh enseguida se dio cuenta de que los rasgos de su rostro no tenían nada de humano, pero aquella bestia era extraordinariamente bella. El joven esperaba ver un monstruo; sin embargo descubrió una cabeza increíblemente pequeña, unos gigantescos ojos azabache hundidos en un caballete estrecho y unos pómulos marcados y agudos. Tenía una nariz recta y unas aletas que, en ese instante, parecían echar humo. La boca era un corte horizontal; la bestia la tenía ligeramente abierta, de forma que Josh pudo vislumbrar una dentadura deforme de color amarillento y negruzco.

Josh echó un fugaz vistazo a derecha e izquierda, donde se hallaban las otras dos criaturas. También tenían su mirada fija en la espada de piedra.

—Es *Clarent* —informó con voz suave—. Me enfrenté a Nidhogg en París con este arma y he visto lo que puede hacer a los de vuestra especie.

Movió ligeramente la espada y notó un leve hormigueo mientras sentía la empuñadura ardiendo entre sus manos.

—Dee no nos dijo nada de eso —anunció la criatura con su voz infantil. Entonces desvió su mirada hacia el Alquimista—. ¿Es cierto?

—Sí —contestó Flamel.

—Nidhogg —gargajeó la criatura, como si escupiera la palabra—. ¿Y qué ocurrió con el legendario Devorador de Cadáveres?

—Nidhogg está muerto —respondió Flamel sucintamente—, derrotado por *Clarent*. —Dio un paso hacia delante y posó su mano izquierda sobre el hombro de Josh—. Josh acabó con él.

—¿Vencido por un humano? —dijo con tono incrédulo.

—Dee os ha utilizado, os ha traicionado. No os contó que teníamos la espada. ¿Qué más no os ha contado? ¿Mencionó el destino de las Dísir en París? ¿Os ha dicho algo sobre el Dios Durmiente?

Las tres criaturas se deslizaron unos metros hacia atrás mientras conversaban en su propia lengua, una mezcla de gemidos y aullidos; entonces, la mayor de ellas se giró para contemplar a Josh una vez más. Una lengua bailoteó en el aire.

—Ese tipo de cosas son de poca trascendencia. Ante mí veo a un chico humano atemorizado. Incluso puedo escuchar cómo se tensan sus músculos al intentar con todo su esfuerzo sujetar la espada con firmeza. Puedo saborear su miedo en el aire.

—Y sin embargo, pese al temor que percibes, el joven te atacó —replicó Flamel sin alterar la voz—. ¿Qué te sugiere eso?

La criatura se encogió de hombros de una forma extraña.

—Que o bien es un estúpido o un héroe.

—Y los de tu especie siempre habéis sido vulnerables a ambos —objetó Flamel.

—Tienes razón, pero ya no quedan héroes en el mundo. Ninguno que ose atacarnos. Los humanos ya no creen en los de nuestra especie. Y eso nos hace invisibles... e invencibles.

Josh gruñó y alzó la espada de piedra.

—No a *Clarent*.

La criatura ladeó ligeramente la cabeza y después asintió.

—No a la Espada del Cobarde, eso es verdad. Pero nosotros somos tres y somos rápidos, muy rápidos —añadió con una amplia sonrisa que dejó al descubierto su irregular dentadura—. Creo que puedo vencerte, jovencito; creo que puedo arrebatarte la espada de las manos sin que tú ni siquiera...

Unos instintos que Josh desconocía poseer le advirtieron de que la criatura se disponía a atacar en el preciso instante que dejó su discurso incompleto. Todo se acabaría. Sin pensarlo, realizó un movimiento de estocada que Juana de Arco le había enseñado. La espada emitió un zumbido cuando la punta se clavó en la garganta del monstruo. Josh sabía que todo lo que tenía que hacer era arañar a la bestia con la espada: un sencillo corte había acabado con la vida de Nidhogg.

Soltando una carcajada, la criatura se alejó dando saltos, colocándose así fuera del alcance de Josh.

—Muy lento, humano, muy lento. He visto cómo tus nudillos se tensionaban y palidecían un segundo antes de que arremetieras contra mí.

En ese instante, Josh supo que habían perdido. Sencillamente, los Genii Cucullati eran demasiado veloces.

No obstante, por encima de su hombro izquierdo, escuchó a Flamel riéndose entre dientes.

Josh miró fijamente a la criatura. Sabía que lo último que debía hacer era girarse, pero no podía evitar preguntarse qué era lo que divertía al Alquimista, quien contemplaba fijamente al Encapuchado. Pero no se produjo ningún cambio... excepto que, al alejarse, el monstruo posó un pie sobre el charco de agua mugrienta.

—¿El miedo te ha enloquecido, Alquimista? —preguntó la criatura.

—Debes de conocer a la Inmemorial Iris, la hija de Electra —comentó Flamel como si quisiera entablar una conversación. Enseguida, se colocó junto a Josh. El rostro del Alquimista se había tornado inexpresivo, misterioso; ahora, sus labios conformaban una delgada línea y sus ojos pálidos, casi cerrados, se podían confundir con un par de rendijas.

La criatura abrió sus ojos azul pardusco de par en par, mostrando así su horror. Y miró hacia abajo.

El agua mugrienta se retorció alrededor de los pies de la bestia y, sin que nadie lo esperara, explotó en un arcoíris de colores por donde fluían los hilos multicolor de la pulsera de Flamel. El Genii Cucullati trató de alejarse de un salto, pero las dos pezuñas delanteras estaban adheridas al charco.

—Libérame, humano —chilló con su particular voz infantil, pero esta vez también se intuyó el terror.

El Encapuchado intentó frenéticamente despegarse del lodo. Hundió las zarpas para poder tener un punto de apoyo y desengancharse, pero una de sus patas traseras rozó el borde del charco y la criatura aulló una vez más. Retiró la pata que había posado en la orilla con tal fuerza que se arrancó una de sus afiladas garras. La bestia gimió y sus dos compañeras salieron como un rayo para agarrarle, para intentar sacarlo de ese líquido multicolor.

—Hace unas cuantas décadas —continuó Flamel—, Perenelle y yo rescatamos a Iris de sus hermanas y, a cambio, me regaló estas pulseras. Vi cómo las tejía de su propia aura tornasolada. Me dijo que un día le darían color a mi vida.

Unas espirales serpenteantes de todos los colores empezaron a trepar por la pierna del Genii Cucullati. Las garras negras se tiñeron de verde y después de rojo; posteriormente, su pelaje cochambroso color púrpura se tornó de un violeta resplandeciente.

—Morirás por esto —gruñó la criatura con una mirada impregnada de horror.

—Moriré algún día —reconoció Flamel—, pero no hoy, y no en tus manos.

—¡Espera a que se lo diga a Madre!

—Díselo.

Y entonces se produjo una pequeña explosión, como una burbuja al reventarse, y, de repente, un arcoíris de todos los colores surgió del cuerpo del monstruo, bañándolo así de luz. Allá donde las otras dos bestias sujetaban a su hermano, el color se

extendió por sus garras, cubriéndoles la piel y manchando sus abrigos verdes con gotas multicolores. Como ocurre con el aceite y el agua, los colores se movían siguiendo patrones hipnotizadores que creaban formas extrañas e inverosímiles y matices incandescentes. Las criaturas formularon un terrible alarido, pero su llanto no fue duradero ya que sus cuerpos se desplomaron sobre una pila de basura amontonada en la acera. Mientras permanecían inmóviles sobre el suelo, el desorden de colores rápidamente se esfumó de su piel, devolviendo a sus abrigos su color verde habitual. Entonces sus cuerpos empezaron a cambiar: los huesos alteraron su forma y los músculos y los tendones volvieron a su estado normal. Cuando al fin el color hubo regresado al charco, las criaturas habían adoptado su apariencia humana.

La lluvia rociaba todo el callejón y la superficie del charco multicolor parecía hacerse añicos con cada gota que caía. Durante un instante, un perfecto arcoíris en miniatura apareció sobre él y, cuando se desvaneció, el charco cobró su color anterior, marrón fangoso.

Flamel se agachó para recoger los restos de su pulsera de la amistad que habían quedado esparcidos por la calle. Los hilos entrelazados ahora eran de un color blancuzco, despojados de todo color. Se enderezó y miró por encima del hombro a los mellizos. El Alquimista esbozó una sonrisa.

—No estoy tan indefenso como parece. Jamás subestiméis a vuestro enemigo —les aconsejó—. Pero esta victoria te pertenece a ti, Josh. Nos has salvado, una vez más. Se está convirtiendo en una costumbre: Ojai, París y ahora aquí.

—No pensé que... —empezó Josh.

—Tú nunca piensas —interrumpió Sophie apretándole el brazo.

—Has actuado —añadió Flamel—. Eso es suficiente. Vamos, salgamos de aquí antes de que los descubran.

—¿No están muertos? —preguntó Sophie mientras pasaba al lado de las criaturas.

Rápidamente, Josh envolvió a *Clarent* con el plástico de burbujas y la guardó en el tubo de cartón. Después, introdujo el tubo en la mochila que enseguida se colocó sobre los hombros.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el joven—. Me refiero al agua. ¿Qué era eso?

—Un regalo de una Inmemorial —explicó Flamel mientras corría apresuradamente por el callejón—. Iris también es conocida bajo el nombre de la Diosa del Arco-iris, que debe a su aura multicolor. Ella también tiene acceso a los Mundos de Sombras Acuáticos del río Éstige —finalizó con tono triunfante.

—¿Y eso qué significa? —demandó Josh.

La sonrisa de Flamel era salvaje.

—Los vivos no pueden rozar las aguas del Éstige. La sacudida sobrecarga sus sistemas y los deja completamente inconscientes.

—¿Durante cuánto tiempo? —inquirió Sophie mientras contemplaba lo que parecía un montón de ropa apilada en mitad del callejón.

—Según las leyendas... un año y un día.

Capítulo 3

La luz del atardecer bañaba el inmenso salón. Los rayos de sol dorados rozaban las paredes de madera tallada y el suelo recién encerado. La armadura colocada en la esquina destellaba toques de luz a la vez que recibía centelleos de color que emitían unas cajitas de colección de monedas que abarcaban más de dos milenios de historia. Una de las paredes estaba recubierta de máscaras y cascos de cada siglo y continente, con sus cuencas vacías y oscuras mirando hacia abajo. Las máscaras rodeaban una pintura al óleo de Santi di Tito que había sido robada hacía siglos del Palazzo Vecchio de Florencia. El cuadro que ahora estaba en la ciudad italiana era una falsificación perfecta. En el centro de la sala se hallaba una gigantesca mesa que antaño había pertenecido a la estirpe de los Borgia. Dieciocho sillas antiguas de respaldo alto estaban colocadas alrededor de la mesa, por la que el tiempo no había pasado en vano. Sólo dos de ellas estaban ocupadas y sobre la mesa no había nada más que un enorme teléfono negro, que

parecía estar fuera de lugar en esa sala repleta de antigüedades.

El doctor John Dee estaba sentado a un lado de la mesa. Dee era un inglés pulcro, con la tez pálida y mirada grisácea. Lucía un traje de tres piezas de color gris marengo hecho a medida. El único toque de color lo otorgaban las diminutas coronas doradas que adornaban su corbata gris. Generalmente se recogía la cabellera metalizada en una coleta, pero ahora la llevaba suelta, caída sobre sus hombros, casi rozándole la barba triangular. Descansaba las manos, abrigadas con unos guantes oscuros, sobre la mesa de madera.

Nicolas Maquiavelo estaba sentado enfrente de John Dee. Las diferencias físicas entre ambos hombres eran asombrosas. Si bien Dee era bajito y pálido, Maquiavelo era de constitución alta y tenía la piel bronceada. Sin embargo había un rasgo que ambos compartían: una mirada grisácea y fría. Maquiavelo prefería mantener corto su cabello blanco y siempre parecía estar recién afeitado. Sus gustos solían tender hacia un estilo elegante. No cabía la menor duda de que el traje negro y la camisa de seda blanca que lucía estaban hechos a medida, y la corbata carmesí estaba tejida con hilo de oro puro. Tras él, colgado en la pared, se apreciaba su propio retrato. En el cuadro parecía un poco más joven que ahora, pese a que había sido pintado hacía más de quinientos años. Nicolas Maquiavelo había nacido en 1469. Técnicamente era cincuenta y ocho años mayor que el mago inglés. De hecho, había «muerto» el mismo año en que Dee había llegado a este mundo, en 1527. Ambos hombres eran inmortales y dos de las figuras más poderosas sobre la faz de la tierra. A lo largo de los siglos de sus

largas vidas, los dos inmortales habían aprendido a detestarse el uno al otro, aunque ahora las circunstancias les exigían ser aliados.

Los dos hombres habían estado sentados en el salón de la majestuosa residencia de Maquiavelo, con vistas a la Plaza de Canadá, durante los últimos treinta minutos. En todo ese tiempo ninguno había pronunciado palabra. Los dos habían recibido el mismo mensaje en sus respectivos teléfonos móviles: la imagen de un gusano engullendo su propia cola formando así un círculo, el Uróboros, uno de los símbolos más ancestrales de los Oscuros Inmemoriales. En el centro del círculo aparecía el número treinta. Hace varios años hubieran recibido la misma imagen por fax o por correo; hace décadas, por telegrama o mensajero, y aún más tiempo atrás mediante trozos de papel o pergamino, con lo cual hubieran dispuesto de horas o días para prepararse para una reunión. Hoy en día, las imágenes llegaban a través del teléfono y la respuesta se medía en minutos.

Aunque estaban esperando una llamada, ninguno de los dos pudo evitar sobresaltarse cuando el manos libres ubicado en el centro de la mesa vibró. Maquiavelo se inclinó ligeramente sobre el teléfono para comprobar el identificador de llamadas antes de contestar. En la pantalla aparecía un número larguísimo, lo cual era poco habitual, que comenzaba por 31415. El italiano enseguida reconoció que se trataba del inicio del número pi. Cuando pulsó el botón para contestar la llamada, se produjeron unas interferencias que rápidamente se desvanecieron para transformarse en un susurro suave como una brisa.

—Estamos decepcionados.

La voz al otro lado del interfono hablaba en un latín arcaico que se había utilizado por última vez siglos antes de la época de Julio César.

—Muy decepcionados.

Resultaba imposible determinar si la voz pertenecía a un ser masculino o femenino. Incluso a veces parecía que se tratara de dos personas hablando al unísono.

Maquiavelo estaba sorprendido; había imaginado que escucharía la voz rasposa de su maestro, también un Oscuro Inmemorial. Era la primera vez que oía esa voz, pero no era la primera vez para Dee. Aunque el rostro del Mago permaneció impassible, el italiano contempló cómo los músculos de la mandíbula se le tensaron casi imperceptiblemente. Así pues, se trataba del misterioso Oscuro Inmemorial que protegía a Dee.

—Nos aseguraron que todo estaba preparado... nos aseguraron que Flamel sería capturado y asesinado... nos aseguraron que Perenelle sería liquidada y que los mellizos serían apresados y entregados a nosotros... —De repente unas interferencias interrumpieron durante unos segundos la comunicación—. Y sin embargo Flamel sigue libre... Perenelle ya no está encerrada en una celda, aunque sigue atrapada en la isla. Los mellizos han escapado. Y todavía no tenemos en nuestras manos el Códex completo. Estamos decepcionados —repitió la incorpórea voz.

Dee y Maquiavelo se cruzaron las miradas. La gente que

decepcionaba a los Oscuros Inmemoriales tendía a desaparecer. Un maestro Inmemorial tenía el poder de conceder la inmortalidad a los seres humanos, pero era un don que podía ser retirado con un sencillo roce. Dependiendo del tiempo que el humano había sido inmortal, un envejecimiento repentino, y a menudo catastrófico, le recorría el cuerpo. Los siglos envejecían y destruían la carne y los órganos. En cuestión de segundos, un humano de aspecto saludable podía reducirse a un montón de piel correosa y huesos deshechos.

—Nos habéis fallado —susurraron las voces.

Ninguno de los dos hombres rompió el consiguiente silencio, ya que ambos eran conscientes de que sus largas vidas pendían de un hilo. Tanto Dee como Maquiavelo eran hombres poderosos e importantes, pero ninguno era irremplazable. Los Oscuros Inmemoriales disponían de otros agentes humanos que podían enviar tras los pasos de Flamel y los mellizos. Muchos otros.

Una vez más se produjeron interferencias en la línea telefónica. De pronto, se escuchó una nueva voz.

—Y, sin embargo, permitidme que os sugiera que no todo está perdido.

Después de tantos siglos de práctica, Maquiavelo permaneció inexpresivo. Esta era la voz que había estado esperando, la voz de su maestro Inmemorial, un personaje que, durante un periodo breve de tiempo, había gobernado Egipto hacía más de tres mil años.

—Permitidme que sugiera que estamos más cerca ahora que nunca. Tenemos motivos para la esperanza. Hemos confirmado que los niños humanos son, en realidad, los mellizos de la leyenda; hemos visto una pequeña demostración de sus poderes. El maldito

Alquimista y su Hechicera están atrapados y muñéndose poco a poco. Todo lo que tenemos que hacer es esperar. Y el tiempo, nuestro gran aliado, se ocupará de ellos por nosotros. Scathach ha desaparecido del mapa y Hécate ha sido destruida. Y tenemos el Códex.

—Pero no completo —murmuró la voz masculina y femenina—. Aún nos faltan las dos últimas páginas.

—De acuerdo. Pero es mucho más de lo que jamás habíamos conseguido. Poseemos la información suficiente para iniciar el proceso de retorno de los Inmemoriales desde los Mundos de Sombras más lejanos.

Maquiavelo frunció el ceño en un intento de concentrar su atención. Según se creía, el maestro Inmemorial de Dee era de los más poderosos entre todos los Inmemoriales y, sin embargo, su propio maestro estaba debatiendo y discutiendo con él, o ella. La línea telefónica crujió y la voz masculina y femenina volvió a sonar, aunque esta vez con tono malhumorado.

—Pero necesitamos las páginas de la Evocación Final. Sin ellas, nuestros hermanos y hermanas no podrán dar el último paso desde sus Mundos de Sombras hasta este mundo.

El maestro de Maquiavelo respondió sin alterar su tono de voz.

—Deberíamos empezar a reunir nuestros ejércitos. Algunos de nuestros hermanos se han aventurado más allá de los Mundos de Sombras y se han sumergido en Otros Mundos. Tardarán muchos días en regresar. Tenemos que avisarles ahora, conducirles a los Mundos de Sombras que rodean esta tierra de forma que, cuando llegue el momento, un único paso les traiga a este mundo y

podamos unirnos para reclamar este planeta.

Maquiavelo miró a Dee. El Mago inglés había ladeado ligeramente la cabeza y tenía los ojos entrecerrados mientras escuchaba a los Inmemoriales. Casi como si pudiera notar la mirada de Maquiavelo clavada en su rostro, Dee abrió los ojos y arqueó las cejas a modo de pregunta silenciosa. El italiano sacudió la cabeza; no tenía la menor idea de lo que estaba sucediendo.

—Ésta es la época que Abraham había vaticinado cuando creó el Códex —continuó el maestro de Maquiavelo—. Él poseía el don de la Visión, podía ver a través de las hebras del tiempo. Él fue quien pronosticó que este tiempo llegaría, y lo denominó el Tiempo del Retorno, cuando el orden se restablecería en el mundo. Hemos descubierto a los mellizos y conocemos el paradero de Flamel y de las dos últimas páginas del Códex. Una vez tengamos en nuestro poder esas páginas, podremos utilizar los poderes de los mellizos para impulsar la Evocación final.

La línea telefónica volvió a crujir a causa de una interferencia pero, de fondo, Maquiavelo pudo percibir un murmullo que expresaba asentimiento. Fue en ese instante cuando se percató de que había otros seres que escuchaban la conversación. Se preguntó cuántos Oscuros Inmemoriales se habían reunido. Tuvo que morderse el interior de la mejilla para evitar dibujar una sonrisa. Le divertía la imagen de los Inmemoriales reunidos, cada cual con su apariencia y aspecto inconfundible, algunos humanos e inhumanos, otros bestias y monstruos, escuchando atentamente el auricular de su teléfono móvil. El italiano escogió su momento cuando se produjo un silencio entre los susurros y pronunció sus palabras

precavido, despojando toda emoción de su voz, manteniéndola neutral y profesional.

—Entonces, permítanme sugerirles que nos dejen completar nuestras tareas. Que podamos encontrar a Flamel y a los mellizos.

Sabía que había entrado en un juego muy peligroso, pero también sabía, y no se equivocaba, que había disensión en las filas de los Inmemoriales, y, desde siempre, él había sido todo un experto a la hora de manipular este tipo de situaciones. Había notado claramente la necesidad en la voz de su maestro. Los Inmemoriales querían desesperadamente el Códex y a los mellizos; sin ellos, el resto de los Oscuros Inmemoriales no podrían regresar a la tierra. Y en ese preciso instante reconoció que tanto él como Dee eran todavía un recurso muy valioso.

—El doctor y yo hemos ideado un plan —dijo. Después se quedó callado, a la espera de que mordieran el anzuelo.

—Habla, humano —retumbó la voz masculina y femenina.

Maquiavelo entrecruzó las manos sin mencionar una sola palabra. El inglés alzó las cejas bruscamente y señaló el teléfono. «Habla», articuló mudamente para que el italiano le leyera los labios.

—¡Habla! —gruñó la voz al mismo tiempo que crujían interferencias.

—Tú no eres mi maestro —respondió Maquiavelo en voz baja—. Tú no puedes darme órdenes.

Entonces se produjo un sonido sibilante, como si se tratara del vapor hirviente que indica que el agua de la tetera ya está lista. Maquiavelo acercó el oído al interfono con el fin de identificar tal

ruido y asintió con la cabeza: eran risas. Los demás Inmemoriales se habían divertido con su respuesta. Había dado en el clavo, había disensión en las filas de los Inmemoriales y, aunque el maestro de Dee pudiera ser un todopoderoso, eso no significaba que fuera apreciado por los demás. Aquí se le presentaba una debilidad que el italiano podía aprovechar en beneficio propio.

Dee le miró fijamente. Sus ojos expresaban horror y, quizá, también admiración.

La comunicación telefónica chasqueó y el ruido de fondo cambió por completo. Fue entonces cuando habló el maestro de Maquiavelo con una voz que, sin lugar a dudas, desprendía divertimento.

—¿Qué propones? Y ten cuidado, humano —añadió—. Tú también nos has fallado. Nos aseguraron que Flamel y los mellizos no abandonarían París.

El italiano se inclinó hacia el teléfono con expresión triunfante.

—Maestro. Me ordenaron que no hiciera nada hasta que llegara el Mago inglés. Se perdió un tiempo muy valioso. De este modo, Flamel pudo contactar con sus aliados, encontrar refugio y descansar.

Maquiavelo observaba detenidamente a Dee mientras hablaba. Sabía que el inglés se había puesto en contacto con su maestro Inmemorial y que éste, a su vez, había ordenado al maestro de Maquiavelo que exigiera al italiano no mover un solo dedo hasta que llegara Dee.

—Sin embargo —continuó el italiano después de haber hecho tal ansioso comentario—, este retraso nos ha beneficiado. Un

Inmemorial leal a nosotros ha Despertado los poderes del chico por nosotros. Podemos hacernos una ligera idea de sus poderes y sabemos que han logrado huir.

Apenas lograba esconder la satisfacción en su voz. Miró a Dee, sentado delante de él, y éste asintió. El Mago inglés había entendido la insinuación.

—Están en Londres —explicó John Dee—. Y Gran Bretaña, más que cualquier otra tierra del planeta, es nuestro país —enfaticó—. A diferencia de París, tenemos aliados allí: Inmemoriales, seres de la Última Generación, inmortales y sirvientes humanos que nos ayudarán. Y en Inglaterra hay otros, leales únicamente a nosotros, cuyos servicios podemos comprar. Podemos organizar todos estos recursos para buscar y capturar a Flamel y los mellizos —acabó. Un segundo después se inclinó hacia el teléfono, contemplándolo fijamente mientras esperaba una respuesta.

La línea telefónica emitió un chasquido y la llamada finalizó. La señal de ocupado llenó el silencio de la sala.

El Mago observó el teléfono con una mezcla de sorpresa e ira.

—¿Hemos perdido la conexión o sencillamente nos han colgado?

Maquiavelo pulsó el botón del manos libres, silenciando así el ruido.

—Ahora ya sabes cómo reacciono cuando tú me cuelgas el teléfono —replicó el italiano en tono tranquilo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Dee.

—Esperar. Imagino que están discutiendo nuestro futuro.

Dee cruzó los brazos sobre su estrecho pecho.

—Nos necesitan —dijo mientras intentaba, sin éxito alguno, aparentar confianza.

La sonrisa del italiano fue amarga.

—Nos utilizan, pero no nos necesitan. Conozco al menos una docena de inmortales sólo en París que podrían hacer lo que yo hago.

—Bueno, sí, tú eres reemplazable —comentó Dee mientras encogía los hombros para mostrar complacencia—. Pero yo he pasado una vida entera persiguiendo a Nicolas y Perenelle.

—Querrás decir que has pasado una vida entera intentando, sin lograrlo una sola vez, capturarlos —objetó Maquiavelo manteniendo una voz neutral. Después, con una sonrisa maliciosa, añadió—: Has estado muy cerca, pero siempre lejos.

Justo en el momento en que Dee estaba a punto de protestar, el teléfono sonó.

—Ésta es nuestra decisión —anunció el Maestro Inmemorial de Dee con una voz discordante—: El Mago seguirá los pasos del Alquimista y de los mellizos en Inglaterra. Tus órdenes son claras: acaba con Flamel, captura a los mellizos y recupera las dos páginas del Códex. Utiliza todos los medios necesarios para alcanzar este objetivo; Tenemos aliados en Inglaterra que están en deuda con nosotros; ha llegado el momento de reclamar esas deudas. Y Doctor... si fracasas esta vez, te retiraremos temporalmente el don de la inmortalidad y permitiremos que tu cuerpo humano envejezca hasta el límite. Después, justo en el momento antes de morir, te haremos otra vez inmortal. —Se distinguió un ruido que bien podría ser una risita o una inspiración—. Piensa en cómo te sentirás: tu

brillante mente atrapada en un cuerpo anciano y débil, incapaz de ver o escuchar claramente, incapaz de caminar o moverte, con constantes dolencias fruto de infinidad de enfermedades. Serás un anciano para siempre. Fállanos y éste será tu destino. Te aprisionaremos en este armazón para toda la eternidad.

Dee asintió con la cabeza, tragó saliva y, con toda la seguridad que pudo, musitó:

—No te fallaré.

—En cuanto a ti, Nicolas —habló el maestro Inmemorial de Maquiavelo—, viajarás a las Américas. La Hechicera anda suelta por Alcatraz. Haz todo lo que esté en tu mano para asegurar la isla.

—Pero no dispongo de contactos en San Francisco —protestó rápidamente el italiano—, ningún aliado. Europa siempre ha sido mi campo de trabajo.

—Tenemos agentes repartidos por todas las Américas; en este instante ya están viajando hacia el oeste a la espera de tu llegada. Daremos órdenes estrictas para que uno de ellos te guíe y te ayude. En Alcatraz encontrarás un ejército, por llamarlo de algún modo, que permanece dormido en las celdas. Son criaturas que el ser humano sólo reconoce en sus peores pesadillas o mitos más estremecedores. No teníamos intención de utilizar este ejército tan pronto, pero los acontecimientos están sucediéndose muy rápido, mucho más de lo que preveíamos. Pronto llegará el Momento de Litha, el solsticio de verano. Ese día, el que marca la llegada del estío, las auras de los mellizos alcanzarán su momento más vigoroso, a diferencia de las fronteras que dividen este mundo de la miríada de Mundos de Sombras, que alcanzarán su instante más

débil. Nuestra intención es reclamar esta tierra ese mismo día.

Incluso Maquiavelo fue incapaz de mantener una expresión neutral. Miró a Dee y descubrió que el Mago también tenía los ojos como platos. Ambos hombres habían trabajado bajo las órdenes de los Oscuros Inmemoriales durante siglos y sabían de buena tinta que su intención era regresar al mundo que una vez ellos mismos gobernaron. Aun así, les sorprendía darse cuenta de que, después de años de espera y planes, tal acontecimiento estaba a punto de ocurrir en tan sólo tres semanas.

El doctor John Dee se acercó aún más al teléfono.

—Maestros, y hablo también en nombre de Maquiavelo cuando os digo estas palabras, nos alegra que el Tiempo del Retorno esté a punto de llegar y con él, todos vosotros. —Tragó saliva y cogió aire—. Pero permitidme que os advierta de algo: el mundo al que estáis a punto de regresar no es el mismo que abandonasteis. Los humanos tienen tecnología, comunicaciones, armas... resistirán —añadió con tono vacilante.

—Tienes razón, Doctor —dijo el maestro de Maquiavelo—, así que les entregaremos algo para distraerles, algo para que utilicen sus recursos y consuman su atención. Nicolas —continuó la voz—, cuando hayas recuperado Alcatraz, despierta a todos los monstruos que dormitan en las celdas y ponlos en libertad sobre la ciudad de San Francisco. La destrucción y el terror serán indescriptibles. Y cuando la ciudad haya quedado reducida a ruinas humeantes, permite que todas las criaturas merodeen como deseen. Saquearán todo el continente americano. La raza humana siempre ha temido a la oscuridad: les recordaremos por qué. Hay hordas de criaturas

semejantes escondidas en cada continente; se liberarán en el mismo momento. El mundo se disolverá rápidamente en locura y caos. Ejércitos enteros serán exterminados, de forma que nadie podrá enfrentarse a nosotros cuando regresemos. ¿Y cuál será nuestra primera acción? Destruir a todos los monstruos para que la raza humana nos dé la bienvenida como sus salvadores.

—¿Y estas bestias están en las celdas de Alcatraz? —preguntó Maquiavelo consternado—. ¿Cómo debo despertarlas?

—Recibirás órdenes cuando llegues a las Américas. Pero primero tienes que derrotar a Perenelle Flamel.

—¿Cómo sabemos que sigue allí? Si ha logrado escapar de su celda, quizás haya huido de la isla.

El italiano era consciente de que, de repente, el corazón le latía más rápido; hacía trescientos años que había jurado venganza a la Hechicera. ¿Tendría ahora la oportunidad de ajustar cuentas con ella?

—Ella sigue en la isla. Ha liberado a Areop-Enap, la Vieja Araña. Es una adversaria peligrosa, pero no invencible. Hemos tomado precauciones para neutralizarla y, de paso, asegurarnos de que Perenelle no abandone la isla hasta que tú llegues. Y Nicolas —dijo el Inmemorial con voz severa—, no repitas el error de Dee. —El Mago se irguió—. No intentes capturar o encarcelar a Perenelle. No intentes hablar con ella, negociar con ella o razonar con ella. Mátala en cuanto la veas. La Hechicera es infinitamente más peligrosa que el Alquimista.

Capítulo 4

El cielo de primera hora de la mañana que cubría Alcatraz era de un color metal mugriento. Gotas de lluvia helada bañaban toda la isla mientras las agitadas olas marinas rompían contra las rocas, rociando de una espuma salada el aire.

Perenelle Flamel se resguardó en un refugio arruinado, en la Casa del Guardián. Se frotó los brazos desnudos con las manos para quitarse las gotas de humedad salada. Llevaba un vestido veraniego de tirantes muy ligero manchado de lodo y óxido, pero la alta y elegante mujer no tenía frío. Aunque se había mostrado un tanto reticente a la hora de utilizar sus poderes, había logrado ajustar su aura, de forma que había adaptado su temperatura corporal para sentirse cómoda. Sabía que si tenía demasiado frío no sería capaz de pensar con lucidez y tenía el presentimiento de que iba a necesitar todos sus recursos durante las próximas horas.

Cuatro días atrás, John Dee había raptado y encarcelado a Perenelle Flamel en Alcatraz. El Mago inglés había escogido a su

guardián, una esfinge, por su capacidad especial de alimentarse de las auras de los demás, de los campos energéticos que rodeaban a todo ser viviente. Dee esperaba que la esfinge agotara el aura de Perenelle y, así, evitara que escapara, pero, tal y como había ocurrido otras veces en el pasado, había subestimado las habilidades y poderes de la Hechicera. Con la ayuda del fantasma guardián de la isla, Perenelle había podido arreglárselas para deshacerse de la esfinge. Fue entonces cuando descubrió el terrible secreto que guardaba la isla: Dee había coleccionado monstruos. Las celdas de la cárcel estaban repletas de horribles criaturas de toda la tierra; criaturas que, para la mayoría de seres humanos, sólo existían en los rincones más oscuros de los mitos y las leyendas. Pero el descubrimiento más sorprendente lo había hecho en los túneles más recónditos situados en lo más profundo de la isla. Allí, atrapada tras símbolos mágicos más ancestrales que incluso los propios Inmemoriales, había encontrado a la criatura conocida bajo el nombre de Areop-Enap, la Vieja Araña. Las dos habían formado una inquietante alianza para derrotar a Morrigan, la Diosa Cuervo, y a su ejército de pájaros. Pero ambas sabían que lo peor estaba por venir.

—Este clima no es natural—dijo Perenelle en voz baja. En sus palabras se percibía un acento francés. Respiró profundamente e hizo una mueca. Su sentido del olfato, muy agudizado, le decía que el viento proveniente de la bahía de San Francisco estaba contaminado del aroma de algo mugriento y muerto desde hacía mucho tiempo, lo cual le indicaba que el clima no era natural.

Areop-Enap estaba colgada en lo más alto de una pared del

edificio vacío. La gigantesca e hinchada araña estaba ocupada enfundando el techo de la casa con una red blanca y pegajosa. Millones de arañas, algunas tan grandes como platos y otras tan pequeñas como motas de polvo, se esca-bulleron por la sólida red formando una sombra oscura y ondulante. Todas ellas añadían sus propias capas de seda a la red gelatinosa. Sin girar la cabeza, la Inmemorial desvió sus ocho ojos para centrar su atención en la mujer. Alzó una de sus gruesas patas en el aire y todos los pelos púrpura, con punta gris, se agitaron con la brisa.

—Sí, algo se está acercando... pero no es un Inmemorial, ni tampoco un humano.

—Algo ya está aquí —añadió Perenelle con tono severo.

Areop-Enap se dio la vuelta para observar a Perenelle. Ocho diminutos ojos se posaron sobre su cabeza inquietantemente humana. No tenía nariz, ni orejas y su boca era una línea horizontal repleta de colmillos venenosos. La dentadura salvaje hacía que su pronunciación fuera muy curiosa.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó repentinamente mientras se deslizaba hasta el suelo utilizando un hilo de telaraña.

Perenelle se abrió camino por el suelo de piedra intentando evitar los hilos llenos de nudos de telaraña que se enganchaban a todo aquello que tocaban. Tenían la misma consistencia que el chicle.

—He bajado a la orilla —explicó con el mismo tono de voz—. Quería ver lo lejos que estamos de tierra firme.

—¿Por qué? —inquirió Areop-Enap mientras se acercaba a la mujer.

—Hace muchos años un chamán esquimal me enseñó un conjuro para alterar la consistencia del agua, convirtiéndola en un lodo pegajoso y grueso. Y en efecto, te permite caminar sobre el agua. Los esquimales lo utilizan cuando quieren cazar osos polares que habitan en témpanos de hielo. Quería comprobar si también funcionaba con agua salada.

—¿Y? —preguntó la araña.

—Ni siquiera tuve la oportunidad de intentarlo. .

Perenelle sacudió la cabeza. Se recogió la mata de pelo oscuro con las manos y se lo acomodó sobre el hombro. Normalmente lo llevaba sujeto en una gruesa trenza, pero ahora lo llevaba suelto. Se sorprendió al comprobar que tenía más cabellos plateados y blancos que el día anterior.

—Mira.

Areop-Enap se acercó un poco más. Cada una de sus patas era más gruesa que el torso de la mujer y todas tenían una púa aguijeña en la punta. Sin embargo, caminaba por el suelo sin producir sonido alguno.

Perenelle se sostuvo parte del cabello entre las manos. Unos diez centímetros de pelo habían sufrido un corte limpio.

—Estaba inclinada hacia el agua, reuniendo mi aura para intentar llevar a cabo el conjuro, cuando algo emergió del agua con un murmullo. Su mandíbula se llevó parte de mi cabellera.

La Vieja Araña siseó suavemente.

—¿Lo viste?

—Fue un vistazo fugaz, nada más. Estaba demasiado ocupada gateando para regresar a la playa.

—¿Una serpiente?

Perenelle volvió a utilizar el francés de su juventud.

—No. Una mujer. De piel verde, con dientes... con multitud de dientes minúsculos. Me pareció vislumbrar la cola de un pez cuando volvió a sumergirse en el agua.

Perenelle negó con la cabeza y después desvió la mirada hacia arriba, hacia la Inmemorial.

—¿Era una sirena? Jamás he visto un ser del Mundo Marino.

—Es poco probable —murmuró Areop-Enap—, aunque podría tratarse de una de las Nereidas salvajes.

—Las ninfas del mar... pero están muy lejos de su hogar.

—Sí. Prefieren las aguas cálidas del Mediterráneo, pero los océanos del mundo son su verdadero hogar. Las he encontrado por todo el planeta, incluso entre los icebergs del Antártico. Existen cincuenta nereidas, y siempre viajan juntas... lo cual me indica que esta isla debe estar completamente rodeada. No podremos escapar por mar. Pero ésa no debe ser la peor de nuestras preocupaciones —siseó la araña—. Si las Nereidas están aquí, probablemente significa que Nerco, su padre, también está cerca.

A pesar del calor, un escalofrío recorrió la espalda de Perenelle.

—¿El Rey del Mar? Pero él vive en un Mundo de Sombras acuático muy lejano y rara vez se aventura a salir de él. No ha venido a este mundo desde 1912. ¿Qué podría traerle otra vez?

Areop-Enap descubrió su dentadura al esbozar una sonrisa salvaje.

—Por ti, *Madame* Perenelle. Tú eres el premio. Quieren tu

sabiduría y tus recuerdos. Tú y tu marido estáis entre los humanos más extraños: sois inmortales sin ningún maestro Inmemorial que os controle. Y ahora que estás atrapada en Alcatraz, los Oscuros Inmemoriales harán lo imposible para asegurarse de que no salgas de aquí con vida.

Una corriente de energía estática azul y blanca recorrió el cabello de Perenelle, que lentamente se alzó y se extendió tras ella formando una aureola negra. Su mirada se tornó fría y un aura verde y blanca resplandeció a su alrededor, alumbrando la casa en ruinas con una luz inhóspita. Una oleada oscura de arañas se escabulló entre las sombras.

—¿Sabes cuántos Oscuros Inmemoriales y parientes o amigos de éstos han intentado matarme? —preguntó Perenelle.

Areop-Enap se encogió de hombros en un movimiento desagradable de todas sus patas.

—¿Muchos? —sugirió.

—¿Y sabes cuántos siguen con vida?

—¿Pocos? —insinuó.

Perenelle sonrió.

—Muy pocos.

Capítulo 5

Esperad. Me están llamando. Sophie se escondió en un portal, introdujo la mano en su bolsillo y extrajo el teléfono móvil. La batería se le había descargado en el Mundo de Sombras de Hécate, pero el conde de Saint-Germain había encontrado un cargador que funcionaba. Inclinando la pantalla, observó que el número telefónico que aparecía centelleante era increíblemente largo.

—No sé quién es —dijo mirando a su hermano y después a Nicolas.

El joven alargó el cuello por encima del hombro de Sophie y observó la pantalla.

—No reconozco el número —añadió.

—Cero, cero, tres, tres...

—Es el prefijo nacional de Francia —explicó Flamel—. Contesta; sólo puede ser Francis.

—O Dee, o puede que Maquiavelo —apuntó rápidamente

Josh—. Quizá deberíamos...

Pero antes de que pudiera acabar el comentario, Sophie ya había pulsado el botón correspondiente para descolgar el teléfono.

—¿Hola? —dijo con tono cauteloso.

—¡Soy yo! —exclamó Saint-Germain con voz suave y sin una pizca de acento extranjero. Enseguida, Sophie se percató de que debía de estar en un lugar abierto, pues el ruido de fondo era terrible—. Déjame hablar con el viejo. ¡Pero no le digas que le he llamado así!

Sophie esbozó una sonrisa y entregó el teléfono al Alquimista.

—Tenías razón; es Francis. Quiere hablar contigo.

Nicolas se acercó el teléfono a un oído y se cubrió el otro con la mano, intentando así aislar el estruendo que producía el tráfico.

—*Allo?*

—¿Dónde estáis? —preguntó el conde en latín. Nicolas miró a su alrededor en un intento de orientarse.

—Sobre la calle Marylebone, muy cerca de la parada de metro de Regent's Park.

—Espera un segundo; tengo a alguien en la otra línea.

Nicolas escuchó perfectamente cómo Saint-Germain se alejaba del aparato telefónico y transmitía información en un francés arcaico y muy veloz.

—De acuerdo —anunció unos momentos más tarde—. Continúa caminando por la calle y después esperad fuera de la catedral de Saint Marylebone. Os recogerán allí.

—¿Cómo sabré si el conductor trabaja para ti? —inquirió Nicolas.

—Buena observación. ¿Tienes motivos para creer que esta conversación está siendo escuchada?

—Sin duda alguna, tanto el italiano como el inglés tienen recursos suficientes para hacerlo —respondió el Alquimista cuidadosamente.

—Tienes toda la razón.

—Y un comité de mala bienvenida ha venido a recibirnos. Imagino que les han informado y han venido tras nosotros.

—Ah —exclamó Saint-Germain. Después hizo una pausa y, con sumo cuidado, dijo—: Asumo que te has ocupado del problema con discreción.

—Con mucha discreción. Pero...

—¿Pero? —repitió Saint-Germain.

—Aunque no utilicé mi aura, se liberó cierta cantidad de energía. Esto atraerá la atención de algunos seres, sobre todo en esta ciudad.

Se produjo otro silencio que rápidamente el conde cortó.

—De acuerdo. Acabo de enviar un mensaje al conductor. Permíteme que refresque tu memoria y te recuerde una fiesta que celebré en Versalles en febrero de 1758. Era mi cumpleaños y tú me regalaste un libro de pergaminos que pertenecía a tu biblioteca personal.

Los labios del Alquimista se retorcieron formando una sonrisa.

—Me acuerdo de eso.

—Aún conservo el libro. El conductor te revelará el título —continuó alzando el tono de voz para poder sobreponerse sobre el estrepitoso martilleo que se escuchaba de fondo.

—¿Qué es todo ese ruido? —preguntó Flamel cambiando repentinamente al inglés.

—Obreros. Estamos intentando apuntalar la casa. Aparentemente, existe el peligro de que se derrumbe sobre las catacumbas que yacen abajo, y lo más probable es que se lleve la mitad de la calle consigo.

Nicolas bajó la voz.

—Viejo amigo. No te imaginas cuánto siento todos los problemas que he llevado a tu hogar. Por supuesto, pagaré todos los daños.

Saint-Germain se rio entre dientes.

—Por favor, no te molestes. No me va a costar nada. He vendido los derechos de la exclusiva de la historia a una revista. Los honorarios se harán cargo de las reparaciones y la cobertura de prensa es incalculable; mi nuevo disco está en lo más alto de las listas de éxitos y de descargas... parece un contrasentido —añadió con una carcajada.

—¿Qué historia? —consultó Nicolas echando una ojeada rápida a los mellizos.

—¿Cuál va a ser? La de la explosión de gas que dañó mi casa, por supuesto —respondió el conde—. Tengo que irme. Seguiremos en contacto. Y, viejo amigo —hizo una pausa—, ten cuidado. Si necesitas algo, lo que sea, ya sabes cómo comunicarte con nosotros.

Nicolas pulsó el botón de colgar y devolvió el teléfono a Sophie sin musitar palabra.

—Ha dicho que...

—Ya lo hemos oído.

Los sentidos Despertados de los mellizos les habían permitido escuchar claramente toda la conversación.

—¿Una explosión de gas? —preguntó Sophie.

—Bueno, tampoco podía decir que los daños habían sido provocados por un tipo de dinosaurio primitivo, ¿no crees? —se burló Josh—. ¿Quién le hubiera creído? —Se metió las manos en los bolsillos y siguió los pasos de Flamel, quien ya había emprendido una carrera por toda la calle—. Vamos, Sophie.

Sophie asintió con la cabeza. Su hermano tenía toda la razón, pero, al mismo tiempo, empezaba a darse cuenta de cómo los Inmemoriales se las habían arreglado para mantener en secreto su existencia durante siglos y siglos. Sencillamente, la raza humana se negaba a creer que la magia existía en este mundo; más todavía en esta era de ciencia y tecnología. Los monstruos y la magia pertenecían a los pueblos incivilizados y primitivos del pasado; sin embargo, en los últimos días había visto acontecimientos que demostraban que la magia sí existía. Las personas se empeñaban en informar de cosas imposibles continuamente; eran testigos de hechos extraños y extraordinarios, observaban a criaturas venidas de otras épocas... y sin embargo, nadie les creía. Pero no todos podían estar equivocados, o confundidos, o relatando una mentira, ¿verdad? Si los Oscuros Inmemoriales y sus sirvientes ocupaban cargos de poder, entonces todo lo que tenían que hacer era descartar tales noticias, ignorarlas o, tal y como ocurrió en París, ridiculizarlas públicamente en los medios de comunicación. Pronto, incluso las personas que habían escrito esos artículos, las que

realmente habían visto algo fuera de lo normal, empezaría a dudar sobre lo que vieron o escucharon. Justo ayer, Nidhogg, la criatura que supuestamente sólo existía en las leyendas, había arrasado varias callejuelas de París dejando tras de sí una estela de devastación. Había colisionado en los Campos Elíseos y había arrancado parte del famoso muelle al zambullirse en el río parisino. Docenas de personas habían contemplado tal espectáculo con sus propios ojos, pero ¿dónde estaban sus historias, sus declaraciones? La prensa había relacionado el acontecimiento con una explosión de gas en las ancestrales catacumbas.

Y poco después, las gárgolas y grutescos de Notre Dame habían cobrado vida y habían descendido a gatas el monumental edificio. Utilizando el aura de Josh para realzar la suya propia, Sophie había hecho uso de la magia del Fuego y del Aire para reducir a las criaturas a poco más que añicos de piedra... ¿cómo había explicado eso la prensa? Los efectos de la lluvia ácida.

Mientras recorrían la campiña francesa montados sobre el Eurostar, los dos hermanos habían leído la cobertura en línea en el portátil de Josh. Todas las agencias de noticias del mundo relataban una historia sobre los acontecimientos, pero todas las versiones contaban la misma mentira. Sólo las páginas web y los *blogs* más atrevidos y conspiradores informaban sobre avistamientos del Nidhogg. Habían colgado unas secuencias filmadas a través de un teléfono móvil, muy temblorosas, en las que aparecía el monstruo. Docenas de comentarios desestimaban la veracidad de los vídeos y los tildaban de falsos, comparándolos con las imágenes del Big Foot o del monstruo del Lago Ness que, tiempo atrás, se había

demostrado que estaban manipuladas. Ahora, por supuesto, Sophie empezaba a sospechar que estas dos criaturas probablemente también eran reales.

Se apresuró para alcanzar a Flamel y su hermano.

—No te alejes, Sophie —aconsejó Nicolas—. No tienes la menor idea del peligro en el que estamos.

—No dejas de repetirnos lo mismo —murmuró Sophie. Sin embargo, en ese preciso instante no podía imaginar que las cosas pudieran ir peor.

—¿Dónde vamos? —preguntó Josh. Todavía se sentía mareado después de la descarga de adrenalina y empezaba a temblar.

—Justo aquí —respondió Nicolas señalando hacia una catedral de piedra blanca que se alzaba a su izquierda.

Sophie alcanzó a su hermano y enseguida se percató de que estaba pálido y de que la frente le brillaba por el sudor frío. Le agarró del brazo y le apretó suavemente.

—¿Cómo estás?

Sabía perfectamente por lo que estaba pasando: el ruido, los olores y los sonidos de la ciudad empezaban a abrumar sus sentidos recién Despertados. Ella había sufrido la misma sobrecarga sensorial cuando Hécate la había Despertado. Pero, si bien la Bruja de Endor y Juana de Arco la habían ayudado a controlar la oleada de emociones y sensaciones, ahora no había nadie que pudiera amparar a su hermano.

—Estoy bien —dijo rápidamente—; bueno, no tan bien —añadió un momento más tarde al ver la mirada incrédula en el rostro

de Sophie. Ella había experimentado la misma transformación, sabía perfectamente cómo se sentía—. Es sólo que todo esto... —le costaba encontrar las palabras apropiadas.

—Es demasiado —finalizó Sophie por él.

Josh dijo que sí con la cabeza.

—Demasiado —aceptó—. Incluso puedo saborear el tubo de escape de los coches.

—Todo se ajusta —prometió la joven—, y resulta más sencillo. Sólo tienes que acostumbrarte a ello.

—No creo que pueda —replicó Josh mientras agachaba la cabeza y entornaba los ojos para esquivar los molestos rayos de sol que se inmiscuían entre las oscuras nubes. La luz solar bañaba el pavimento húmedo de las calles, enviando puñales de luz a sus ojos—. Necesito gafas de sol.

—Es una buena idea —acordó Sophie. Trotó unos pocos pasos y exclamó—: Nicolas, espera un segundo.

Pese a que echó un rápido vistazo sobre su hombro, el Alquimista no se detuvo.

—No podemos retrasarnos —dijo de forma tajante mientras seguía caminando a paso ligero.

Sophie paró en mitad de la calle y frenó a su hermano. Nicolas ya había dado una docena de pasos cuando se percató de que los mellizos le habían dejado de seguir. Se detuvo y se dio media vuelta, haciéndoles señas con los brazos. Sophie y Josh le ignoraron por completo y, cuando se reunió con ellos, después de dar varias zancadas, en su rostro se percibía algo feo y oscuro.

—No tengo tiempo para estas tonterías.

—Josh necesita gafas de sol, y yo también —dijo Sophie—, y agua.

—Las compraremos más tarde.

—Las necesitamos ahora —replicó firmemente Sophie.

Nicolas abrió la boca para escupir una contestación, pero Josh dio un paso hacia delante, acercándose al Alquimista, y repitió las palabras de su hermana:

—Las necesitamos ahora.

En su voz se distinguió algo parecido a la arrogancia.

Fue precisamente cuando estaban en la plaza en la que se alza la catedral de Notre Dame, en París, mientras sentía el flujo de energía pura recorriéndole el cuerpo y observaba las gárgolas animadas de piedra haciéndose polvo, cuando se dio cuenta del poder que controlaban su hermana y él. En ese momento quizá necesitaban al Alquimista, pero éste también los necesitaba a ellos.

Nicolas miró fijamente los ojos azules de Josh y, fuera lo que fuese lo que vio en ellos, asintió y dio media vuelta para dirigirse a una tienda.

—Agua y gafas de sol —anunció—, ¿algún color en particular? —preguntó a modo sarcástico.

—Negro —respondieron los mellizos al unísono.

Sophie permanecía en el exterior de la tienda, junto a su hermano. Estaba agotada, pero sabía a ciencia cierta que su hermano se sentía aún peor. Ahora que había escampado y dejado de llover, la calle empezó a transitarse. Personas de una docena de nacionalidades diferentes pasaban junto a ellos, conversando en una variedad de idiomas.

De repente, Sophie ladeó la cabeza y arrugó la frente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Josh de inmediato.

—Nada —contestó en voz baja—, es sólo que...

—¿Qué?

—Me ha parecido reconocer las palabras que pronunciaban esas personas.

Su hermano se giró para fijarse dónde miraba Sophie. Dos mujeres vestidas con una larga abaya, procedentes de algún país de Oriente Medio, con la cabeza cubierta y el rostro escondido tras un burka, charlaban animadamente.

—Son hermanas... Van a una consulta médica que está en la esquina de la calle Harley —explicó un tanto maravillado.

Josh se dio media vuelta para poder escuchar más detenidamente y se apartó el cabello del oído. Se concentró y trató de aislar las voces de las dos mujeres.

—Sophie, no entiendo ni una sola palabra de lo que dicen; creo que están hablando en árabe.

Dos hombres de negocios, ataviados con trajes muy elegantes, pasaron de largo y se adentraron en la parada de metro de Regent's Park. Ambos hablaban por teléfono móvil.

—El de la izquierda está hablando con su mujer, que está en Estocolmo —continuó Sophie bajando el tono hasta convertirse en un murmullo—. Le pide perdón por haberse perdido la fiesta de cumpleaños de su hijo. El de la derecha está hablando con su director, que también está en Suecia. Quiere que le envíe por correo electrónico unas hojas de cálculo.

Josh volvió a girar la cabeza, ignorando el tráfico y la infinidad

de ruidos de la ciudad. De repente, descubrió que si concentraba su atención en los dos hombres de negocios, podía entender alguna que otra palabra. Su sentido del oído estaba tan agudizado que incluso podía escuchar las voces metálicas que hablaban al otro lado del teléfono. Ninguno de ellos se expresaba en inglés.

—¿Cómo puedes entenderlos? —preguntó.

—Es la sabiduría de la Bruja de Endor —aclaró Nicolas. Había salido de la tienda en el mismo momento que Josh había formulado la pregunta. Sacó dos pares de gafas de sol baratas e idénticas de una bolsa de papel y se las entregó.

—Me temo que no son de diseño.

Sophie deslizó las gafas oscuras hasta el puente de la nariz. El alivio fue inmediato y, por la expresión del rostro de su hermano, sabía que él sentía lo mismo.

—Cuéntame algo —dijo—. Creí que se trataba únicamente de información ancestral lo que la Bruja me había traspasado, pero no tenía la menor idea de que pudiera ser tan útil.

Nicolas les dio una botella de agua a cada uno y los mellizos enseguida se colocaron junto a él. El trío rápidamente se dirigió corriendo hacia la catedral de Saint Marylebone.

—La Bruja te transmitió todo su conocimiento cuando te envolvió en la mortaja de aire. Debo admitir que se trataba de mucha información, pero no tenía la menor idea de que estaba dispuesta a hacerlo —admitió rápidamente al ver el ceño fruncido en el rostro de Josh—. Fue algo completamente inesperado y nada típico. Hace generaciones, las sacerdotisas estudiaban durante toda su vida junto a la Bruja, dedicándole su vida entera, para ser

recompensadas con tan sólo un diminuto fragmento de su sabiduría.

—¿Por qué me la entregó toda a mí? —preguntó Sophie algo confundida.

—Es todo un misterio —reconoció Flamel.

Nicolas encontró un hueco entre el tráfico, entre coche y coche, y empujó apresuradamente a los mellizos por la avenida Marylebone. Estaban lo suficientemente cerca para contemplar la elegante fachada de la catedral que se alzaba ante ellos.

—Sé que Juana de Arco te ayudó a seleccionar, y soportar, la cantidad de información que la Bruja te traspasó.

Sophie asintió con la cabeza. En París, mientras dormía, Juana de Arco le había enseñado algunas técnicas para controlar el conglomerado de información arcana y oscura que abrumaba su cerebro.

—Creo que lo que está ocurriendo ahora es que los recuerdos y la sabiduría de la Bruja de Endor están siendo absorbidos gradualmente por tus propios recuerdos. En vez de sólo saber lo que ella sabe, también sabrás cómo lo sabe. En efecto, sus recuerdos están haciéndose tuyos.

Sophie sacudió la cabeza.

—No lo entiendo.

Cuando por fin llegaron a la catedral, Nicolas subió dos peldaños y miró arriba y abajo, rastreando de un solo vistazo a cada transeúnte. Después desvió su mirada hacia Regent's Park y finalmente observó a los mellizos.

—Es la misma diferencia que existe entre ver un juego o jugar al juego. Cuando conociste a Saint-Germain, enseguida supiste lo

que la Bruja sabe sobre él, ¿verdad?

Sophie afirmó con un gesto de cabeza. Un destello de información de la Bruja de Endor le hizo saber que ésta no sentía ningún aprecio, ni confiaba, en el conde de Saint-Germain.

—Ahora, concéntrate y piensa en Saint-Germain —sugirió el Alquimista.

Sophie miró a su hermano, quien se encogió de hombros. Los oscuros cristales de sus gafas de sol tapaban su mirada. Sophie echó una ojeada a su muñeca derecha. En la parte interior había dibujado un círculo dorado con un punto rojo en el centro. Saint-Germain había tatuado, sin producirle dolor alguno, esa imagen en la piel de su muñeca después de instruirla en la Magia del Fuego. Volver a pensar en el conde le trajo una oleada repentina de recuerdos: unos recuerdos físicos y espeluznantemente in-tensos. Sophie cerró los ojos. En cuestión de segundos, se hallaba en otra época, en otro lugar.

Londres, 1740.

Se encontraba en un majestuoso salón de baile. Llevaba un traje de fiesta tan pesado que le daba la sensación de que la presionaba hacia el suelo. Era increíblemente incómodo: le picaba, le apretaba, le molestaba y le comprimía todas las partes del cuerpo. La atmósfera del salón de baile apestaba a cera de velas, a multitud de perfumes, a aseos rebosantes, a comida cocinada y a cuerpos que llevaban días sin ducharse. Una muchedumbre serpenteaba a su alrededor mientras caminaba; inconscientemente, el gentío se apartaba de su camino, dejándole libre el paso hacia un

joven sombríamente vestido con mirada azul. Era Francis, el conde de Saint-Germain. Estaba hablando en ruso con un noble de la corte del emperador Iván VI. Descubrió que entendía sus palabras. El noble insinuaba que la hija menor de Pedro el Grande, Isabel, enseguida conseguiría el poder y que en San Petersburgo se crearían grandes oportunidades de negocio para un hombre como Saint-Germain. El conde se giró lentamente para mirarla. Tomándola de la mano, hizo una reverencia y, en italiano, dijo:

—Es un honor conocerla al fin, señorita. Sophie pestañeó y se tambaleó. El brazo de Josh evitó su caída.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—Yo estaba ahí.. —susurró Sophie. Después negó con la cabeza y corrigió—: Aquí, en Londres, hace más de doscientos cincuenta años. Lo vi todo —explicó mientras se agarraba del brazo de Josh para erguirse—. Podía sentir los ropajes que llevaba, percibir el hedor del salón y, cuando Saint-Germain habló en ruso, entendí sus palabras. Y cuando se dirigió a mí en italiano, también lo entendí. Yo estaba ahí.. —repitió aún perpleja al comprobar sus nuevos recuerdos.

—Los recuerdos de la Bruja de Endor están convirtiéndose en tus propios recuerdos —describió Nicolas—.

Su sabiduría está convirtiéndose en tuya. En algún momento, todo lo que ella sabe te pertenecerá a ti.

Sophie Newman sintió un escalofrío. De repente, un pensamiento turbador se le cruzó por la mente.

—Pero ¿qué ocurre conmigo? —preguntó—. La Bruja posee miles de años de recuerdos y experiencias; yo sólo tengo quince y

medio y no recuerdo todo lo que me ha ocurrido. ¿Sus recuerdos podrían sustituir los míos?

Nicolas parpadeó. Y después, lentamente, dijo que sí con la cabeza.

—Jamás había pensado en eso, pero sí, tienes razón, podría ocurrir —admitió—. Bueno, tenemos que asegurarnos de que no suceda.

—¿Por qué? —demandaron los mellizos a la vez.

Nicolas descendió los peldaños que había ascendido para colocarse a su lado.

—Porque no somos más que la suma de nuestros recuerdos y experiencias. Si los recuerdos de la Bruja sustituyen los tuyos, entonces, sin duda, te convertirás en la propia Bruja de Endor.

Josh estaba horrorizado.

—¿Y qué ocurriría con Sophie?

—Si tal cosa sucediera, Sophie dejaría de existir. Sólo existiría la Bruja.

—Entonces lo hizo de forma deliberada —comentó Josh con un tono colérico.

Había alzado tanto la voz que incluso atrajo la atención de un grupo de turistas que tomaban fotografías del reloj de la catedral. Su hermana melliza le asestó un suave golpe con el codo y Josh enseguida bajó el tono de voz a un susurro ronco.

—¡Por eso le transmitió toda su sabiduría a Sophie!

—exclamó mientras Nicolas negaba con la cabeza. Pero Josh siguió insistiendo—: Una vez sus recuerdos se apoderen completamente de Sophie, ella obtendrá un cuerpo más joven y

nuevo que el suyo, anciano y ciego. No puedes negarlo.

Nicolas cerró la boca y se giró.

—Tengo que... tengo que meditar sobre esto —reconoció—. Jamás había escuchado algo así antes.

—Pero tampoco antes habías escuchado que la Bruja entregara toda su sabiduría a una sola persona, ¿verdad? —replicó Josh.

Sophie agarró al Alquimista por el brazo y se colocó justo delante de él.

—Nicolas, ¿qué hacemos? —preguntó.

—No tengo la menor idea —admitió con un suspiro agotado.

Justo en ese preciso instante, el Alquimista cobró un aspecto anciano, con arrugas profundas en la frente y alrededor de los ojos, pliegues en la nariz y surcos entre las cejas.

—¿Quién puede saberlo? —inquirió Sophie con un tono algo temeroso.

—Perenelle —contestó rápidamente mientras asentía con la cabeza—. Mi Perenelle sabrá qué hacer. Tenemos que volver a ella, es la única capaz de ayudarnos. Mientras tanto, debes concentrarte en ser tú misma, Sophie. Centra tu atención en tu propia identidad.

—¿Cómo?

—Piensa en tu pasado, en tus padres, en los colegios a los que has asistido, en las personas que has conocido, amigos, enemigos, en lugares que has visitado —explicó. Después se giró hacia Josh y añadió—: Tú debes ayudarla. Hazle preguntas sobre el pasado, sobre cualquier cosa que hayáis hecho juntos, sobre lugares que hayáis conocido. Y Sophie —prosiguió ahora clavando su mirada

en la joven—, cada vez que empieces a experimentar uno de los recuerdos de la Bruja de Endor, céntrate deliberadamente en otra cosa, en un recuerdo tuyo. Tienes que luchar para evitar que los recuerdos de la Bruja inunden los tuyos hasta que encontremos una forma de controlar todo esto.

De repente, un taxi londinense negro frenó en la esquina y la ventanilla del copiloto se deslizó hacia abajo.

—Subid —ordenó una voz desde las sombras.

Ninguno de ellos se movió.

—No tenemos todo el día. Subid —repitió. Aquel timbre de voz tenía un ligero acento norteafricano.

—No hemos pedido un taxi —contestó Flamel mientras miraba desesperadamente hacia un lado y hacia el otro de la calle. Saint Germain había dicho que enviaría a alguien a recogerlos, pero el Alquimista jamás imaginó que fuera algo tan normal y corriente como un taxi londinense. ¿Era una trampa? ¿Dee había dado con ellos? Miró por encima del hombro la catedral. La puerta estaba abierta. Podían entrar como una flecha y refugiarse en el santuario. Sin embargo, una vez dentro, estarían atrapados.

—Este coche ha sido pedido especialmente para usted, señor Flamel —anunció la voz. Se produjo un silencio y después añadió —, autor de uno de los libros más aburridos que jamás he leído, *El resumen filosófico*.

—¿Aburrido? —Nicolas abrió la puerta de golpe y empujó a los mellizos hacia la oscuridad—. ¡Durante siglos ha sido reconocida como una obra escrita por un genio! —Se subió al coche y cerró la puerta tras él—. Seguramente Francis te ha dicho

que hagas tal comentario.

—Abrochaos el cinturón —ordenó el conductor—. Tenemos compañía, y viene a por nosotros. Compañía poco cordial y, sin duda, desagradable.

Capítulo 6

El asiento del conductor estaba ocupado por una mole gigantesca que se giró para mirarles a través del cristal que separaba al conductor de los pasajeros. Fue entonces cuando los mellizos descubrieron que el volumen de aquel ser no era grasa, sino músculo. Llevaba una camiseta de tirantes a rayas negras y blancas muy estrecha; le marcaba perfectamente los músculos de su enorme pecho y era tan alto que su cabeza, completamente calva, rozaba el techo del taxi. Su piel era de un marrón bronceado que hacía juego con sus ojos. Tenía los dientes tan blancos que resultaba difícil creer que eran naturales. Justo debajo de los ojos, sobre las mejillas, tenía tres cicatrices horizontales.

—Apenas acabas de llegar al país y ya te las has ingeniado para revolucionar un nido de avispas —dijo con voz retumbante y profunda—. De camino hacia aquí, he divisado cosas que no han pisado esta tierra durante generaciones. Por cierto, soy Palamedes —se presentó. Después sacudió la cabeza y avisó—, pero jamás

me llaméis Pally.

—¿Palamedes? —preguntó Flamel desconcertado a la vez que se inclinaba hacia delante para observar más detenidamente al conductor—. ¿Palamedes? ¿El Caballero Sarraceno?

—El mismo —aclaró el conductor volviéndose a girar. Bloqueó el volante y, produciendo un sonido chirriante, se inmiscuyó otra vez en el tráfico sin señalizar.

Las bocinas de los coches retumbaban y los neumáticos chillaban tras él. Después, el extraño cogió su teléfono móvil.

—Francis tan sólo me ha proporcionado algunos detalles. Normalmente, no suelo involucrarme en las disputas de los diversos Inmemoriales, ya que es mucho más seguro. Pero cuando me confesó que esta vez los legendarios mellizos estaban implicados... —explicó mientras observaba a Sophie y Josh a través del espejo retrovisor—, entonces supe que no tenía elección.

Josh alargó el brazo y apretó la mano de su hermana con fuerza. Quería distraerla; no quería que pensara en Palamedes. Aunque Josh jamás había oído hablar de él, no le cabía la menor duda de que la sabiduría de la Bruja daría cierta información a Sophie sobre el conductor. El hombre era enorme, como si estuviera hecho para ser un defensa de fútbol o un luchador profesional. Hablaba un inglés con acento extraño; Josh pensó que incluso podría ser egipcio. Hacía cuatro años, la familia Newman al completo había viajado hasta Egipto y habían pasado todo un mes visitando emplazamientos ancestrales. El acento cantarín de aquel hombre le recordó aquel viaje. Josh se inclinó hacia delante para poder observarle más de cerca. Unas manos gigantescas de dedos

cortos sujetaban el volante. En ese instante se percató de que los callos otorgaban a las muñecas más espesor y a los nudillos más volumen. Josh había vislumbrado unas manos similares en algunos de sus entrenadores; solían indicar que esa persona había estudiado kárate, kung fu o boxeo durante muchos años.

—Un segundo.

Palamedes realizó un cambio de dirección completamente ilegal y volvió a tomar el mismo camino por el que habían venido.

—Sentaos muy atrás y permaneced en la sombra —avisó—. Hay tantos taxis en la calle que son prácticamente invisibles; nadie se fija en ellos. Además, ellos no esperarán que regresemos por el mismo camino.

Josh asintió. Era una estrategia muy inteligente.

—¿A quién te refieres?

Antes de que Palamedes pudiera responder, Nicolas se puso repentinamente tenso y observó a través de la ventana.

—¿Puedes verlos? —preguntó Palamedes con voz profunda y grave.

—Los veo —murmuró el Alquimista.

—¿A quiénes? —preguntaron Sophie y Josh simultáneamente a la vez que ambos se inclinaban hacia delante.

—A los tres hombres que están al otro lado de la calle —contestó con brevedad.

Un trío de jóvenes, todos ellos con la cabeza rapada y la piel llena de tatuajes y piercings, se pavoneaban en el centro de la calle. Llevaban unos vaqueros descoloridos, unas camisetas mugrientas y botas de construcción, lo cual les daba un aspecto amenazador,

pero nadie diría que procedían de otro mundo.

—Si os fijáis —explicó Flamel—, deberíais ser capaces de ver sus auras.

Los mellizos entrecerraron los ojos y, de inmediato, vislumbraron zarcillos grisáceos y desagradables de luz humeante que brillaba alrededor de sus cuerpos. El color gris se mezclaba con rayos púrpuras.

—Cucubuths —aclaró Palamedes.

El Alquimista hizo un gesto de asentimiento.

—Muy poco comunes. Son crías de vampiros y Torc Mandra —describió Flamel a los mellizos—. Suelen tener colas. Son mercenarios, cazadores, bebedores de sangre.

—Y más cortos que las mangas de un chaleco —añadió Palamedes.

El conductor se acercó a un autobús, protegiendo así el coche de los cucubuths.

—Seguirán el rastro de vuestras esencias hasta la iglesia; ahí se desvanecerán, lo cual les confundirá. Con suerte, acabarán discutiendo entre ellos y se enzarzarán en una pelea.

Redujo la velocidad del coche y, cuando el semáforo se iluminó de rojo, paró el coche.

—Allí, justo al lado del semáforo —musitó Nicolas.

—Sí, me las he encontrado al venir —dijo Palamedes.

Los mellizos registraron con la mirada la intersección, pero no vieron nada fuera de lo habitual.

—¿Quién? —demandó Sophie.

—Las estudiantes —retumbó Palamedes.

Dos jovencitas de cabello pelirrojo y tez pálida conversaban animadamente, esperando a que cambiara el semáforo de peatones. Se parecían lo suficiente como para ser hermanas y, aparentemente, llevaban uniformes de colegio. Las dos llevaban bolsos de diseño que, a primera vista, parecían muy caros.

—No las miréis —avisó Palamedes—. Son como bestias, capaces de notar cuando alguien las vigila.

Sophie y Josh desviaron la mirada al suelo, concentrándose para rechazar cualquier pensamiento relacionado con las dos chicas. Nicolas cogió un periódico que encontró en el asiento trasero y lo abrió frente a su rostro en una de las páginas más aburridas, la de los tipos de cambio internacionales.

—Están cruzando el paso de cebra justo delante de nosotros —murmuró Palamedes mientras se giraba y escondía su rostro—. Estoy seguro de que no me reconocerían, pero prefiero evitar cualquier riesgo.

El semáforo cambió y Palamedes se alejó velozmente del resto del tráfico.

—Dearg Due —se anticipó Flamel a la pregunta de los mellizos. Se giró para poder mirar a través de la ventanilla trasera. El cabello bermejo de las chicas aún podía distinguirse a medida que se mezclaban con la multitud—. Son vampiros que se establecieron en lo que, después de la Caída de Danu Talis, se convirtió en las tierras celtas.

—¿Cómo Scatty? —preguntó Sophie.

Nicolas negó con la cabeza.

—Nada que ver con Scatty. Definitivamente, éstas no son

vegetarianas.

—También se dirigían hacia la catedral —apuntó Palamedes—. Si se tropiezan con los cucubuths, el encuentro será interesante. Se detestan.

—¿Quién vencería? —preguntó Sophie.

—Las Dearg Due, sin duda —respondió Palamedes con una sonrisa alegre—. Yo mismo luché contra ellas en Irlanda. Son despiadadas y fieras; imposibles de matar.

Continuaron descendiendo por la calle Marylebone y, al llegar al cruce con la calle Hampstead, giraron a mano izquierda. El tráfico avanzaba lentamente y, al final, quedó completamente paralizado. En algún lugar de la calle Hampstead tronaban bocinas de coche y una ambulancia empezó a ulular.

—Quizá tengamos que quedarnos aquí durante un rato.

Palamedes echó el freno de mano y se giró en el asiento para contemplar, una vez más, a los mellizos Newman y a Flamel.

—Así que tú eres el legendario Nicolas Flamel, el Alquimista. He oído hablar mucho de ti con el paso de los años —admitió—, pero nada bueno. ¿Sabes que existen Mundos de Sombras donde tu propio nombre se utiliza como maldición?

La vehemencia que se percibía en la voz de aquel hombre dejó perplejos a los mellizos. No sabían si estaba bromeando o hablando en serio.

Palamedes se centró en el Alquimista.

—Siempre has dejado una estela de muerte y destrucción a tu paso...

—Los Oscuros Inmemoriales han sido despiadados en sus

intentos de detenerme —interrumpió Flamel con voz tranquila, aunque se pudo notar cierta frialdad en su tono.

—... y fuegos, hambrunas, inundaciones y terremotos —continuó Palamedes ignorando el comentario de Flamel.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Nicolas con mordacidad. Durante un solo instante, el asiento trasero del taxi se cubrió de un suave aroma a menta. Se inclinó hacia delante, apoyando los codos sobre las rodillas, y entrelazó las manos.

—Quiero decir que quizá deberías haber escogido lugares menos poblados para vivir tu larga vida. Alaska, a lo mejor, o Mongolia, o Siberia, alguna zona despoblada de Australia o incluso algún tramo del río Amazonas. Lugares donde apenas habiten personas. Sin víctimas.

Un silencio gélido e incómodo se apoderó del interior del coche. Los mellizos se miraron el uno al otro. Josh alzó las cejas a modo de pregunta silenciosa, pero Sophie negó con la cabeza en un gesto casi imperceptible. Se rozó el lóbulo de la oreja con el dedo índice y Josh enseguida pilló el mensaje: escucha, no digas ni una palabra.

—¿Quieres decir que yo soy el responsable de las muertes de personas inocentes? —acusó Flamel en voz baja.

—Oh, sí.

De repente, el pálido rostro de Flamel se tiñó de todos los colores.

—Yo nunca... —empezó Flamel.

—Podrías haber desaparecido de este mundo —continuó presionando Palamedes. Su voz grave parecía vibrar en el interior

del taxi londinense—. Una vez fingiste tu propia muerte; podrías haberlo hecho otra vez y crear un hogar en un lugar remoto e inaccesible. Incluso podrías haberte deslizado en alguno de los Mundos de Sombras. Pero no lo hiciste, preferiste quedarte en este mundo. ¿Por qué? —preguntó Palamedes.

—Tenía el deber de proteger el Códex —respondió tajantemente el Alquimista. Su voz revelaba una ira genuina y, ahora, el aroma a menta era mucho más intenso.

Las bocinas de los coches empezaron a resonar una vez más, de forma que Palamedes volvió a girarse, quitó el freno y arrancó el coche.

—El deber de proteger el Códex —repitió sin apartar la mirada de la calle—. Nadie te obligó a convertirte en el Guardián del libro; tú mismo te apropiaste de esa función, sin preguntar a nadie y de buena gana... al igual que los Guardianes que te anteceden. Pero tú eras diferente a tus predecesores. Todos ellos se escondieron; tú no, tú te quedaste en este mundo. Y por eso muchos seres humanos han muerto: sólo en Irlanda, un millón; en Tokio, más de ciento cuarenta mil.

—¡Asesinados por Dee y los Oscuros Inmemoriales!

—Dee te seguía a ti.

—Si hubiera entregado el Libro de Abraham —explicó Flamel sin alterar la voz—, los Oscuros Inmemoriales hubieran regresado a este mundo y la Tierra hubiera sido testigo del verdadero significado del término Armagedón. Abrir las fronteras de los Mundos de Sombras hubiera enviado ondas dinámicas por toda la tierra, lo cual implica huracanes, terremotos y tsunamis; millones de

personas hubieran fallecido. Antaño, Pitágoras calculó que sólo el primer acontecimiento acabaría con la mitad de la población terrestre. Entonces los Oscuros Inmemoriales hubieran regresado a este mundo. Conoces a algunos de ellos, Palamedes; sabes perfectamente cómo son, sabes de qué son capaces. Si alguna vez regresan, la catástrofe será mundial.

—Se rumorea que está a punto de llegar una nueva Era Dorada —replicó el conductor.

Josh enseguida miró al Alquimista a la espera de su reacción; Dee había reivindicado exactamente lo mismo.

—Eso es lo que ellos dicen, pero es falso. Tú mismo has visto lo que han hecho sólo para arrebatarme el Libro a lo largo de las décadas. Muchas personas han perecido; Dee y los Oscuros Inmemoriales no tienen respeto alguno por la vida humana.

—¿Acaso tú sí, Nicolas Flamel?

—No me gusta el tono que estás utilizando.

En el espejo retrovisor se reflejaba la feroz mirada de Palamedes.

—Me resulta completamente indiferente si te gusta o no, porque la realidad es que no me caes bien, ni tampoco los de tu calaña, que creen saber lo que es mejor para este mundo. ¿Quién te nombró a ti guardián de la raza humana?

—No soy el primero; ha habido otros antes de mí.

—Siempre ha habido gente como tú, Nicolas Flamel Gente que cree saber qué es lo mejor, que decide lo que las personas deberían ver, leer y escuchar; que, a la larga, intenta moldear los pensamientos y acciones del resto del mundo. Me he pasado la

vida entera luchando contra seres como tú.

Josh se inclinó hacia delante.

—¿Estás del lado de los Oscuros Inmemoriales?

Pero fue Flamel quien se encargó de contestar la pregunta con tono desdeñoso.

—Palamedes, el Caballero Sarraceno, jamás ha tomado partido en siglos. En ese aspecto es muy parecido a Hécate.

—Otra de tus víctimas —añadió Palamedes—. Arruinaste su Mundo de Sombras.

—Si tanta antipatía me prodigas —dijo Flamel—, entonces, ¿qué estás haciendo aquí?

—Francis me pidió que ayudara y, pese a todos sus defectos, o quizá gracias a ellos, le considero un amigo. —El taxista se quedó mudo durante unos instantes. Después desvió la mirada hacia el espejo retrovisor para observar a Sophie y Josh y añadió—: Y, por supuesto, por este último par de mellizos.

Sophie no pudo resistirse y pronunció la pregunta que ya se estaba formando en los labios de su hermano.

—¿A qué te refieres con lo de último par?

—¿Creéis que sois los primeros? —bramó carcajeándose Palamedes—. El Alquimista y su esposa han estado buscando a los mellizos de la leyenda durante siglos. De hecho, se han pasado los últimos quinientos años coleccionando jovencitos y jovencitas clavaditos a vosotros.

Sophie y Josh se cruzaron la mirada, sorprendidos. Josh se abalanzó.

—¿Qué les ocurrió a los demás? —exigió.

Palamedes ignoró la pregunta, de forma que el joven se giró hacia Nicolas.

—y Qué les ocurrió a los demás? —repitió alzando ligeramente la voz. Durante un instante, sus ojos centellearon y se tornaron dorados.

El Alquimista bajó la mirada y, de forma lenta y deliberada, apartó los dedos de Josh de su brazo.

—¡Dímelo! —exclamó. El joven podía ver cómo el inmortal estaba creando una mentira y sacudió la cabeza—. Nos merecemos saber la verdad. Dínoslo.

Flamel tomó aliento.

—Sí —admitió finalmente—, ha habido otros, es cierto, pero ellos no eran los mellizos de la leyenda.

Se recostó sobre el respaldo del asiento y cruzó los brazos sobre el pecho. Miró a Josh y a Sophie con un rostro completamente inexpresivo.

—¿Qué les ocurrió a los demás mellizos? —volvió a exigir Josh con voz temblorosa. Se distinguía una combinación de cólera y miedo.

El Alquimista giró el rostro y miró a través de la ventana.

—Yo escuché que murieron —comentó Palamedes desde el asiento del conductor—. Murieron o enloquecieron.

Capítulo 7

En la desconchada señal, originalmente, se podía leer Car Parts (piezas de coche), pero la segunda R se había desprendido y jamás había sido reemplazada. Tras una pared de hormigón repleta de fragmentos de cristales rotos y bucles de alambre concertina en la parte superior, se hallaban cientos de coches oxidados apilados uno sobre el otro formando torres que apenas mantenían el equilibrio. El muro que rodeaba el aparcamiento era muy grueso y estaba recubierto de carteles que anunciaban conciertos pasados o discos «recién estrenados» de hacía más de un año y pósteres de infinidad de bandas de música *indie*. Pegados unos encima de otros había cientos de anuncios que, con el paso del tiempo, habían creado una capa multicolor y gruesa cubierta de nuevo, posteriormente, con grafiti. Era casi imposible distinguir las señales de peligro: mantenerse alejado o Prohibido el paso.

Palamedes condujo el coche hacia una curva, a una manzana de la entrada repleta de cadenas, y apagó el motor. Abrazando el

volante con ambos brazos, se inclinó hacia delante y observó detenidamente los alrededores.

Flamel se había quedado dormido y Sophie estaba perdida en pensamientos que, de vez en cuando, tornaban sus pupilas de color plateado. Josh se echó hacia delante de su asiento y se arrodilló en el suelo, justo detrás del cristal separador.

—¿Es aquí a dónde nos llevas? —preguntó Josh señalando con la barbilla hacia el desguace de coches.

—Por el momento —respondió Palamedes. Su dentadura resplandeció en el oscuro interior del coche—. Puede que no lo parezca, pero probablemente sea el lugar más seguro en Londres.

Josh miró a su alrededor. Las casas de ladrillo rojo que se alineaban a cada lado de la estrecha calle estaban deterioradas, casi en ruinas, y toda la zona parecía estar en mal estado y a punto de venirse abajo. La mayoría de las puertas y ventanas estaban tapadas con tablas de madera e incluso algunas con ladrillos. Los restos oxidados de un coche quemado estaban aplastados por ladrillos de hormigón en un costado de la calle. Y, además, las calles estaban increíblemente quietas, sin un movimiento.

—Me sorprende que esta zona no se haya vuelto a urbanizar o algo.

—Algún día —comentó Palamedes con cierto pesar—, pero el actual propietario prefiere no mover un dedo y dejar que se revalorice.

—¿Qué ocurrirá cuando la venda? —preguntó Josh.

Palamedes sonrió abiertamente.

—Jamás la venderé —informó. Después, señaló con su

rechoncho dedo índice hacia delante—. Allí había una fábrica automovilística, y estas calles estaban repletas de trabajadores. Cuando la fábrica cerró, allá en los años setenta, las casas empezaron a vaciarse a medida que sus propietarios fallecían o se trasladaban a otro lugar en búsqueda de trabajo. Fue entonces cuando empecé a comprar las propiedades.

—¿Cuántas te pertenecen? —demandó Josh.

—Todas las que hay a un par de kilómetros en cada dirección. Unas doscientas casas, más o menos.

—¡Doscientas! Te ha debido de costar una fortuna.

—He vivido en esta tierra desde los tiempos de Arturo. He acumulado, y perdido, varias fortunas. Mi riqueza es incalculable... ¡y lo más complicado es esconderla al cobrador de impuestos!

Josh parpadeó mostrando su sorpresa; jamás se habría imaginado que un inmortal tuviera problemas con el gobierno. Entonces se dio cuenta de que, en estos tiempos, donde reinan los ordenadores y la tecnología, debe de ser extremadamente difícil permanecer en el anonimato de cara a las autoridades.

—¿Vive gente aquí? —preguntó—. No veo a nadie...

—Y no verás a nadie. La gente —pronunció esta palabra con sumo cuidado— que vive en mis casas sólo sale por la noche.

—Vampiros —murmuró Josh.

—No son vampiros —repuso rápidamente Palamedes—, no tengo tiempo para bebedores de sangre.

—Entonces, ¿qué habita en tus casas?

—Larvas y lémures... los muertos vivientes y los no-muertos.

—¿Y qué son exactamente? —quiso saber Josh. Supuso que

cuando decía larvas no se refería al diminuto insecto y que los lémures no eran esos primates de colas largas que había visto en zoológicos.

—Son... —vaciló Palamedes; después sonrió y finalizó—: Espíritus nocturnos.

—¿Son cordiales?

—Son leales.

—Entonces, ¿a qué estamos esperando? —preguntó Josh. Había quedado claro que Palamedes no estaba dispuesto a darle más información—. ¿Qué estás buscando?

—Algo fuera de lo común.

—¿Qué hacemos?

—Esperar. Vigilar. Ten un poco de paciencia —aconsejó a Josh mirándole a los ojos—. En este momento, gran parte del mundo inmortal sabe que el Alquimista ha descubierto a los legendarios mellizos.

Josh se quedó atónito al averiguar que el caballero no se andaba con insinuaciones.

—No parecías estar tan seguro de ello antes. ¿Crees que lo somos? —preguntó rápidamente. Necesitaba indagar qué sabía Palamedes sobre los mellizos y, más importante todavía, sobre el Alquimista.

Sin embargo, Palamedes hizo caso omiso a la pregunta.

—El hecho de que seáis los mellizos de la leyenda no tiene importancia. Lo importante aquí es que Flamel lo cree. Y más importante si cabe, Dee también lo cree. Por esta razón se han puesto en funcionamiento una extraordinaria serie de

acontecimientos: Bastet ha vuelto, Morrigan ha regresado a esta tierra, las Dísir trajeron a Nidhogg a París. Se han destruido tres Mundos de Sombras. Esto no había ocurrido en mil años.

—¿Tres? Creía que sólo el reino de Hécate había sido derribado.

Scathach le había hablado sobre otros Mundos de Sombras, pero Josh no sabía con exactitud cuántos existían.

Palamedes suspiró, cansado de tantas explicaciones.

—La mayoría de Mundos de Sombras están enlazados entre sí mediante una única puerta. Si algo ocurre en un Mundo de Sombras, la puerta explota. Pero el Yggdrasill, el Árbol del Mundo, conectaba el reino de Hécate con Asgard y, en lo más profundo, con Nifheim, el Reino de la Oscuridad. Los tres se borraron del mapa cuando Dee destruyó el árbol. Sé de buena tinta que las puertas de otra docena de Mundos de Sombras han estallado, atrapando a esos mundos y sus habitantes. El Mago puede añadir algunos enemigos más a la lista de gente, tanto humana como inhumana, que siente desprecio, a la par que miedo, hacia él.

—¿Qué le ocurrirá a Dee? —preguntó Josh. Pese a todo lo que le habían contado sobre el Mago, sentía una especie de constante admiración por él... que era mucho más de lo que sentía por el Alquimista francés en ese instante.

—Nada. Dee está bajo la protección de maestros muy poderosos. Está completamente ensimismado en traer a este mundo a los Inmemoriales, cueste lo que cueste.

Ésa era la parte que Josh no entendía.

—Pero ¿por qué?

—Porque es uno de los adversarios más peligrosos: confía plenamente en lo que hace porque cree que es lo correcto.

Hubo un destello de movimiento que Josh captó por el rabillo del ojo. Enseguida se giró y descubrió un gigantesco perro de color pardo que trotaba por la calle, siguiendo la línea blanca pintada sobre el pavimento. Parecía una mezcla entre un galgo irlandés y un borzoi, un galgo ruso. Pasó corriendo junto al taxi hasta alcanzar las puertas del aparcamiento. Después, retrocedió y trotó de un lado a otro mientras olfateaba el suelo.

—La llegada de Flamel ha despertado a muchos seres ancestrales —continuó Palamedes mientras observaba fijamente al perro—. Hoy he visto criaturas que pensé que habían abandonado esta tierra, monstruos que dieron lugar a las leyendas más oscuras de la raza humana. También deberías saber que Dee os ha puesto precio, y mis espías me cuentan que él os quiere a ti y a tu hermana con vida. Resulta interesante comprobar que ya no quiere a Flamel vivo; aceptará pruebas de su muerte. Esto representa un gran cambio. Los Inmemoriales, los seres de la Última Generación, los inmortales y sus sirvientes humanos se están reuniendo en Londres. Mantener el orden entre ellos va a ser una tarea difícil; no tengo la menor idea de cómo piensa manejar todo esto Dee—. De repente, Palamedes encendió el motor y adelantó el coche unos metros—. Todo despejado —anunció finalmente.

—¿Cómo lo sabes?

Palamedes señaló en la dirección donde el perro estaba sentado frente a las puertas, justo delante de ellos. Pulsó un botón

del tablero de mandos del coche y las puertas empezaron a abrirse lentamente.

—El perro —dijo Josh respondiendo así a su pregunta—. No es un verdadero perro, ¿verdad?

Palamedes esbozó una amplia sonrisa.

—No, no es un perro.

Capítulo 8

Todos los cabellos que cubrían el gigantesco cuerpo de Aerop-Enap se erizaron y cada pelo se agitó con la brisa marina.

—*Madame* Perenelle —dijo—, voy a sugerir algo que puede parecerte sorprendente.

Perenelle se giró hacia la Inmemorial. Tras ella, un incalculable número de arañas se dispersaba por el enorme muro de tela de araña que la ancestral criatura había tejido.

—Es difícil sorprenderme.

—¿Confías en mí? —preguntó Aerop-Enap.

—Sí—respondió rápidamente Perenelle sin vacilar.

Antaño, la Hechicera había considerado a la Vieja Araña como una enemiga indiscutible, pero ahora sabía dónde estaban sus alianzas, al lado de la raza humana. Y así lo había demostrado al luchar contra Morrigan y sus bandadas de pájaros.

—¿Qué quieres hacer?

—Quédate quieta y no te asustes —avisó Aerop-Enap con una

sonrisita—, es por tu propio bien.

De repente, una manta de telaraña cubrió a la Hechicera, envolviéndola de los pies a la cabeza. Una oleada de arañas surgió del suelo y trepó por el cuerpo de la mujer, rápidamente enfundándola en seda, tejiendo una capa que se le ajustaba al cuerpo con hilos pegajosos.

—Confía en mí—prometió la araña.

Perenelle permaneció inmóvil, aunque su instinto le empujaba a luchar contra la telaraña, a rasgarla para deshacerse de ella y a permitir que su aura resplandeciera y crepitara para convertir los hilos en meras cenizas. Mantuvo la boca completamente cerrada. Había combatido monstruos y visto criaturas extraídas de los rincones más sombríos de leyendas humanas, pero la idea de que una araña se le introdujera por la boca le resultaba absolutamente repulsiva.

La Vieja Araña giró la cabeza y levantó una de sus patas mientras el vello ondeaba al compás del viento que soplaba.

—Prepárate —advirtió Areop-Enap—. Están a punto de llegar. Mientras la telaraña permanezca intacta, estarás protegida.

Ahora, Perenelle estaba completamente recubierta de telaraña, formando así un capullo grueso de seda blanca. Antes había vestido trajes de seda, pero no era lo mismo. Era como estar atrapada en una manta suave, increíblemente cómoda pero ligeramente estrecha. La capa de telaraña era más fina en las zonas de la boca y los ojos para que pudiera respirar y ver, pese a que era como hacerlo a través de una cortina de gasa. Sintió una sacudida y, sin que se lo esperara, la alzaron en el aire y la colocaron en una esquina. Una

onda de arañas negras se arrastró inmediatamente hacia ella para fijar con plena seguridad el capullo a las paredes y a las vigas de metal que apuntalaban la casa. Desde esa posición de ventaja, Perenelle podía observar lo que ocurría a sus pies, donde Areop-Enap estaba agachada. La Hechicera se percató de que la alfombra negra que rodeaba a la Inmemorial era, en realidad, una masa de miles, quizás incluso millones, de arácnidos. El suelo parecía balancearse, mecerse, incluso latir, bajo la Vieja Araña, que se había colocado mirando hacia el norte, hacia la Isla Ángel, que apenas se distinguía en el horizonte por la niebla matutina. Girándose con dificultad, Perenelle hizo un gran esfuerzo para intentar mirar hacia la misma dirección. El cielo estaba cubierto de nubarrones que se agolpaban, sobre todo, sobre la línea del horizonte, densos y de un color azul muy oscuro; en cualquier momento se iluminarían por un rayo. Pero a través de la seda que le cubría el rostro, vio que la nube se retorció, se enroscaba... y se acercaba a Alcatraz a toda prisa. En menos de doce segundos había cubierto la parte norte de la isla. Y entonces comenzó a llover.

La casa del Guardián, completamente en ruinas, no tenía techo. Unas gotas gruesas y negras se desprendían y salpicaban el capullo de telaraña de Perenelle... y se quedaban adheridas.

Fue en ese preciso instante cuando la Hechicera cayó en la cuenta de que no eran gotas de lluvia, sino moscas.

Gigantescas moscas azules y moscas domésticas, diminutos tábanos, moscas soldado y moscas asesinas rociaban la isla, rozando y quedándose enganchadas a su capullo de telaraña.

Antes de que Perenelle pudiera emitir un grito sofocado de asco, miles de diminutas arañas salieron disparadas hacia la telaraña y comenzaron a cubrir a las agobiantes moscas de seda.

Perenelle alzó la vista. El inmenso nubarrón estaba casi encima de ella, pero, por lo que era capaz de ver, no se trataba de ninguna nube. La lluvia inicial de insectos sólo era un anticipo de lo que estaba por llegar. Se trataba de una irritante masa de moscas, millones de moscas, moscas de ladrón y moscas negras, mosquitos y jejenes, moscardones y moscas del vinagre.

Los insectos causaron toda una explosión en Alcatraz, cubriéndola con una sábana negra y vibrante. La primera oleada se quedó atrapada en los capullos de telaraña de seda blanca que, en cuestión de segundos, se tornaron oscuros y muy pesados a causa del peso de los insectos. Perenelle observó cómo los hilos de la telaraña que la envolvían se rasgaban a medida que más y más moscas se quedaban adheridas allí. Una plaga de arañas trepó por el cuerpo de Perenelle y, rápidamente, moscas y arañas se enzarzaron en una lucha desesperada. Los muros, recubiertos de seda, parecían tener respiración propia, con miles de arañas y moscas que batallaban exasperadamente. Daba la sensación de que las paredes del edificio hubieran cobrado vida, pues parecían latir y vibrar.

Las moscas se arremolinaron alrededor de Areop-Enap y las pocas que habían descubierto a Perenelle estaban atrapadas por la telaraña protectora que la mantenía a salvo. Apenas podía escuchar su zumbido mientras intentaban escapar.

Más y más oleadas de moscas bañaron la isla, y las arañas

(Perenelle no se había dado cuenta de que había tantas) pululaban sobre ellas. Un número incalculable de moscas se había enganchado a Areop-Enap, cubriendo por completo a la Vieja Araña. Se había convertido en una gigantesca bola vibrante. La enorme pata de la Inmemorial. Arremetió contra la masa de moscas y se deshizo de una ola de cuerpos inertes. Sin embargo, muchas de las que lograba despojarse volvían a tomar su posición. La Inmemorial cogió impulso, brincó y se desplomó sobre el suelo para acabar con miles de moscas que se habían posado sobre su cuerpo.

Pero las avalanchas oscuras de insectos no cesaban.

Entonces, de forma repentina, Perenelle se dio cuenta de que las paredes y el suelo habían dejado de vibrar y murmurar. Intentando fijarse a través de la cortina que tenía frente a los ojos, vislumbró algo que la dejó perpleja: las arañas estaban muñéndose. Contempló cómo una araña cebra clavaba los dos colmillos azul tornasolado sobre una gigantesca mosca que estaba adherida a su telaraña pegajosa. La mosca intentaba alzar el vuelo en un desesperado intento de escapar pero entonces, inesperadamente, la araña se estremecía y se quedaba inmóvil. Las dos criaturas murieron en el mismo instante. Y eso era lo que estaba ocurriendo: en el momento en que las arañas mordían a las moscas, perecían. La Hechicera no era fácil de asustar, pero, de repente, empezó a sentir las primeras punzadas de inquietud.

Fuera quien fuese, o qué fuese, el que había enviado las moscas, también las había envenenado.

Y si una sola mosca podía matar a una araña, ¿qué podría

hacer aquella gigantesca masa a la araña Inmemorial?

Perenelle tenía que hacer algo. A su alrededor, millones de arañas estaban muñéndose envenenadas por las moscas. Apenas podía distinguir a la Vieja Araña entre tantas moscas. Bajo esa manta oscura, la Inmemorial intentaba quitárselas de encima a bandazos. Pero la Hechicera enseguida vio que Areop-Enap cada vez estaba más débil. Era una criatura ancestral y primitiva, pero no invencible. Nada, ya fuera un Inmemorial, un ser de la Última Generación, un inmortal o un humano, era completamente indestructible, ni siquiera Areop-Enap. La misma Perenelle había destruido un viejo templo sobre la cabeza de la araña y ésta había sobrevivido al ataque, pero ¿podría sobrevivir a billones de moscas venenosas?

Perenelle estaba atrapada. La Vieja Araña la había colgado en lo más alto de la pared en un intento de mantenerla a salvo y fuera de peligro. Si se deshacía del capullo de seda, se desplomaría unos siete metros hasta el suelo. Probablemente el impacto no la mataría, pero seguramente se torcería el tobillo o se rompería una pierna.

¿Cómo iba a vencer a esa plaga de moscas?

Echando un rápido vistazo a la isla, la Hechicera avistó otra nube de insectos que se dirigía volando a la isla acompañada por la brisa. Cuando alcanzaran Alcatraz, todo estaría perdido. El viento mullaba, como si trajera consigo el sonido de una sierra lejana.

El viento.

El viento había traído los insectos a la isla... ¿podría utilizarlo para espantarlas y alejarlas?

Sin embargo, mientras Perenelle consideraba la posibilidad, se

dio cuenta de que no conocía suficiente la tradición del viento para controlar tal elemento con precisión. Quizá, si hubiera tenido tiempo para prepararse y recargar su aura, podría haber intentado crear algún tipo de viento, un tifón, tal vez, o un pequeño tornado en el centro de la isla para limpiarla de todas las moscas. Pero ahora no podía correr ese riesgo. Necesitaba hacer algo más sencillo... y tenía que hacerlo pronto. Todas las arañas habían dejado de moverse. Millones de moscas yacían muertas, pero otros millones permanecían vivas y todas se dirigían hacia la araña Inmemorial.

Si no podía expulsar a las moscas de la isla, ¿podría captar su atención de algún modo? Sabía perfectamente que alguien controlaba a los insectos, el Oscuro Inmemorial o el inmortal que las había envenenado. Después, los miles de diminutos insectos se habían dirigido mecánicamente hacia la isla. Algo había allí que atraía a las moscas. Perenelle abrió los ojos de par en par: así que podría haber algo que las alejara. ¿Qué podría encandilar a millones de moscas?

¿Qué podría hipnotizar a las moscas?

Tras la cortina de gasas, Perenelle esbozó una sonrisa. Para su cumpleaños número quinientos, que celebró el 13 de octubre de 1820, Scathach le regaló un colgante espectacular, una pieza única de jade tallada en forma de escarabajo. Hacía más de tres mil años la Sombra lo había rescatado en Japón para entregárselo al joven rey Tutankamón, pero él murió un día después de que ella se lo entregara. Scathach detestaba a la esposa de Tutankamón, Ankesenamón, y no quería que ella se quedara con la joya. Por ello, un día penetró sigilosamente en el palacio real a altas horas de

la madrugada, justo antes de que el joven rey fuera embalsamado, y lo robó. Cuando Scathach le regaló el colgante a Perenelle, la Hechicera bromeó:

—Me estás regalando un escarabajo de estiércol.

Scathach asintió con tono serio.

—El estiércol es más valioso que cualquier metal precioso. No puedes cultivar comida en oro.

Y el estiércol atraía a las moscas.

Pero no había ningún montón de estiércol en la isla y, para captar la atención de las moscas, tendría que crear un hedor excepcionalmente fuerte. De inmediato, Perenelle recordó las hermosas plantas de la especie *arum*, y que algunas apestaban asquerosamente a boñiga. Un ejemplo de ello era la flor de carroña que crecía de una hierba del desierto parecida a un cactus: era visualmente preciosa pero desprendía un aroma que recordaba a algo muerto. Y también estaba la col fétida, o la flor más grande del mundo, la rafflesia gigante o la pestilente flor del cadáver, con olor putrefacto a carne podrida. Si pudiera imitar ese tipo de aromas, quizá podría alejar a las moscas.

Perenelle era consciente de que en el corazón de toda magia y brujería se hallaba la imaginación. Era precisamente esta capacidad de concentración intensa lo que caracterizaba a los magos más poderosos; antes de intentar cualquier magia, tenían que ver claramente el resultado final. Así que antes de concentrarse para crear el hedor, tenía que pensar y meditar sobre una ubicación que pudiera ver con todo detalle. Una multitud de lugares se le pasaron por la mente. Lugares donde había vivido, lugares que conocía. A

lo largo de su extensa vida, Percuelle había tenido la oportunidad de visitar muchos sitios del mundo. Pero lo que necesitaba ahora era encontrar un lugar que estuviera razonablemente cerca; una ubicación que conociera al detalle; una zona que apenas estuviera habitada por la raza humana.

El vertedero de San Francisco.

Sólo había pisado el vertedero en una ocasión. Meses atrás, había prestado su ayuda a una de las trabajadoras de la librería, que se mudaba de casa. Después se habían dirigido hacia el sur, hacia el parque Monster y el vertedero, por la calle Recycle. Perenelle, que siempre había sido muy sensible a los olores, enseguida percibió el distintivo hedor amargo, aunque no completamente desagradable, que desprendía el vertedero cuando pasaron por la avenida Tunnel. A medida que se acercaban, la pestilencia le provocaba picor en los ojos y en el aire se distinguían decenas de gaviotas.

Perenelle se concentró plenamente en aquel recuerdo. Con una imagen vivida en su imaginación del vertedero, visualizó una gigantesca mata de flores pestilentes que crecía entre los miles de residuos. Después, se imaginó un viento que acarreaba ese olor nauseabundo hacia el norte, hacia Alcatraz.

La hediondez de algo podrido cubrió la atmósfera de la isla de Alcatraz y una oleada meció la masa de moscas.

Perenelle dirigió su voluntad. Visualizó la extensión del vertedero, repleto de flores: flores de cala y flores cadáver inmiscuyéndose entre la basura, rafflesias gigantes con puntos blancos y rojos creciendo vigorosamente entre excrementos. La

atmósfera cubierta por una mezcla de esencias nauseabundas que se mezclaban con el propio olor fétido del vertedero. Entonces imaginó un viento que soplaba sobre el lugar y arrastraba la esencia consigo.

El aroma que cubría la isla resultaba tan asqueroso que incluso a Perenelle le lloraron los ojos. Una oleada recorrió la gruesa manta de moscas. Algunas zumbaban en el aire y deambulaban sin rumbo fijo, pero al final volvían a caer sobre la araña inmortal.

Perenelle estaba cansada y sabía que el esfuerzo ayudaba a su envejecimiento. Tomó aliento y realizó el último: tenía que trasladar a las moscas antes de que llegara otra bandada. Se concentró tanto en el pestilente hedor que incluso su aura, que habitualmente era blanca y no desprendía aroma alguno, resplandeció trémulamente y adquirió el rastro de putrefacción.

La peste nauseabunda que cubrió la isla era una mezcla del hedor del vertedero, carne podrida y leche agria.

Las moscas alzaron el vuelo, sobrevolando Alcatraz en una manta sólida y negra. Zumbaban y vibraban como si se tratara de una central eléctrica y entonces, como si fueran un único ser, se pusieron en camino y se dirigieron hacia el origen de la pestilencia. Los insectos que habían decidido alejarse de Alcatraz se encontraron con otro enjambre que se disponía a descender a la isla. Ambos grupos se unieron en una gigantesca pelota negra; seguidamente, la masa se giró y voló hacia el sur, siguiendo el rastro de tal pestilencia.

En cuestión de segundos no quedó una mosca con vida sobre la isla.

Areop-Enap sacudió el cuerpo para despojarse de los diminutos cuerpos inertes y después, muy despacio, trepó por la pared, rasgó la telaraña que mantenía a la Hechicera en ese lugar y la descendió cuidadosamente hacia el suelo haciendo espirales de telaraña. Perenelle permitió que su aura resplandeciera durante una milésima de segundo y el capullo de telaraña, ahora cubierto de moscas atrapadas, se convirtió en mero polvo. Echó atrás la cabeza, se apartó el cabello de la frente y el cuello y respiró profundamente. En el interior de la telaraña se había sofocado de calor.

—¿Estás bien? —preguntó mientras alargaba la mano para rozar una de las gigantescas patas de la Inmemorial.

Areop-Enap se balanceó de un lado al otro. Sólo tenía abierto uno de sus ojos, y, cuando se decidió a hablar, su discurso, normalmente sibilante, cambió a un murmullo poco vocalizado, casi incomprensible.

—¿Veneno? —preguntó.

Perenelle afirmó con un gesto con la cabeza. Miró a su alrededor. Las ruinas estaban cubiertas de los cuerpos sin vida de moscas y arañas. De repente se dio cuenta de que estaba sobre una masa de diminutos cadáveres que le llegaba hasta el tobillo. Decidió que cuando todo esto llegara a su fin quemaría los zapatos.

—Las moscas eran mortíferas. Tus arañas morían cada vez que las mordían. Fueron enviadas para matar a tu ejército.

—Y lo han conseguido —admitió con tono triste la araña Inmemorial—. Muchas han muerto, muchas...

—Las moscas que te atacaron también eran venenosas —

continuó Perenelle—. De forma individual, sus mordiscos eran apenas dañinos pero, Vieja Araña, te han mordido millones de moscas, quizá billones.

El único ojo que Areop-Enap mantenía abierto se cerró lentamente.

—*Madame* Perenelle, debo recuperarme. Eso significa que tengo que dormir.

Perenelle se acercó a la gigantesca araña y apartó todos los cadáveres de moscas de su cabello púrpura. Se descomponían tan sólo con el roce de su piel.

—Duerme, Vieja Araña —dijo amablemente—. Yo te vigilaré.

Areop-Enap se dirigió tambaleándose hacia una de las esquinas de la habitación. Dos gigantes patas barrieron una parte del suelo, cubierta por una capa de moscas y arañas muertas, e intentó tejer una telaraña. Pero la seda era muy fina y de color opaco.

—¿Qué has hecho con las moscas? —preguntó Areop-Enap mientras se esforzaba para crear más telaraña.

—Las he enviado hacia el sur. Perseguían una esencia salvaje —explicó Perenelle con una amplia sonrisa. Alzó su mano derecha y permitió que su aura resplandeciera; de pronto, la telaraña de Areop-Enap se hizo más gruesa y recuperó su color original. La Vieja Araña se acomodó en la esquina de la habitación, en el nido que había creado, y empezó a tejer una telaraña a su alrededor.

—¿Adonde? —preguntó repentinamente Areop-Enap. El único ojo que era capaz de abrir estaba entrecerrado. En ese instante, Perenelle pudo comprobar el incalculable número de llagas que habían provocado los mordiscos venenosos en el cuerpo de la

criatura.

—Al vertedero de San Francisco.

—Pocas lograrán llegar hasta allí... —murmuró Areop-Enap—, y aquellas que lo hagan encontrarán distracciones. Me has salvado la vida, *Madame Perenelle*.

—Y tú la mía, Vieja Araña.

La inmensa pelota de telaraña estaba casi completa. La seda había empezado a endurecerse, adoptando la misma consistencia que una piedra, y sólo había un diminuto agujero en la parte superior.

—Ahora, duerme —ordenó Perenelle—, duerme y fortalécete. Vamos a necesitar tu fuerza y sabiduría en los próximos días.

Realizando un esfuerzo tremendo, Areop-Enap abrió todos los ojos.

—Lamento tener que dejarte sola e indefensa.

Perenelle cerró el capullo que envolvía a la araña Inmemorial, dio media vuelta y salió de la habitación a zancadas. Una suave brisa limpió el suelo sobre el que se alzaba la Hechicera.

—Soy Perenelle Flamel, la Hechicera —anunció en voz alta, insegura de si Areop-Enap podía escucharla—. Y ¡jamás estoy indefensa.

Pero incluso cuando musitaba las palabras, Perenelle distinguió claramente una pizca de duda en su voz.

Capítulo 9

En la orilla oeste de la Isla del Tesoro, ubicada en bahía de San Francisco, un hombre aparente mente joven permanecía sentado sobre el capó de un descapotable Thunderbird rojo de 1960. Bajito y esbelto, el joven llevaba unos vaqueros azules con los bajos desgastados y raídos y las rodilleras rasgadas. La camiseta de algodón mostraba la imagen de la cabeza de un lobo, aunque el paso del tiempo la había desgastado. En los pies lucía unas botas de vaquero muy raspadas que, claramente, necesitaban un recambio de suelas y tacón. Su aspecto desarreglado, con cabello largo y barba de dos días, contrastaba con el brillo del coche sobre el que estaba sentado, que parecía sacado de un salón de exposición y ventas. El joven llevaba veintinueve dólares y algo de calderilla en la cartera; el coche, al menos, valía mil veces eso.

Junto a él, también apoyado sobre el capó del coche, se distinguía un antiguo cuenco de cerámica de origen anasazi, decorado con patrones geométricos de color blanco y negro.

Estaba lleno de un líquido pastoso, una mezcla de miel y aceite de semilla de lino, que reflejaba la imagen de Perenelle Flamel corriendo por Alcatraz mientras una alfombra de cadáveres de moscas y arañas se abría a su paso.

Así que ella era la legendaria Perenelle Flamel. El joven movió el dedo índice siguiendo el sentido de las agujas del reloj en el líquido y sus ojos, de un azul brillante, se tornaron durante un breve periodo de tiempo de color carmesí mientras el aire se cubría de la esencia de pimienta roja. La imagen de Perenelle se definió. El jovencito vio cómo se detenía, fruncía el ceño y miraba a su alrededor, como si supiera que alguien la estaba vigilando. Ondeó la mano y, seguidamente, el líquido tembló y la imagen se desvaneció. Cruzándose de brazos y posándolos sobre su pecho, el joven giró la cabeza hacia el oeste, donde Alcatraz se escondía tras las sombras. Al parecer, todo lo que había escuchado sobre aquella mujer era verdad: Perenelle era una combinación letal, hermosa y mortífera a la vez.

Durante un momento no supo qué hacer. ¿Debía atacar otra vez, o debía esperar? Se llevó la mano a la cara e inspiró profundamente. Su aura resplandeció, mostrando un color rojo púrpura un tono más oscuro que el que lucía el Thunderbird, y la atmósfera marina se cubrió con la esencia de la pimienta roja. Aún tenía energía para hacer... ¿el qué?

Reunir a las moscas le había resultado relativamente sencillo; un chamán indio le había enseñado ese truco y la verdad es que le había salvado la vida en más de una ocasión. Envenenar a las moscas había sido una sugerencia de su maestro Inmemorial. Él se

había ocupado de abastecer toda una piscina de veneno en Solano County, al norte de la ciudad. El plan consistía en destruir el ejército de arañas de Areop-Enap y asesinar a la Inmemorial. Casi lo logra: la masa de arañas estaba muerta y la Vieja Araña estaba al borde de la muerte. Pero en el último minuto algo había atraído a las moscas y las había alejado de Alcatraz. El líquido aceitoso que contenía la vasija que le enseñaba lo que sucedía en otros lugares le había mostrado el aura plateada de Perenelle. Sabía que ella era la responsable. Su rostro se convirtió en una terrible mueca y el joven se mordió nerviosamente el labio inferior. Le había asegurado que la Hechicera estaba débil y que era incapaz de utilizar sus poderes. Evidentemente, la información no había sido correcta.

El líquido espeso empezó a burbujear y a nublarse, después emitió un silbido y humeó; el hechizo tenía un tiempo de vida limitado. Deslizándose por el capó del coche, el joven vertió los deshechos al suelo y, con sumo cuidado, limpió la vasija con agua y la secó con un trozo de gamuza antes de colocarla en el interior del maletero del coche. La acomodó en una pequeña maleta metálica cuyo interior estaba revestido de espuma. Ese cuenco era uno de los objetos más preciados que poseía e, incluso cuando había vivido en una pobreza extrema, jamás pensó en venderlo.

Recostado en el interior de cuero rojo del coche, abrió un sobre precintado y leyó el archivo que le habían enviado codificado a través de su correo electrónico. La fotografía, en blanco y negro, mostraba a un hombre con el cabello blanco y con un rostro muy severo. Había sido tomada mientras cruzaba una calle. En el fondo, sobre los tejados, se distinguía la Torre Eiffel. La fotografía tenía la

fecha y hora impresas, lo que le indicó que la instantánea había sido tomada el día de Nochebuena, hacía seis meses. Ociosamente, el joven se preguntó por qué los Oscuros Inmemoriales estaban buscando a uno de sus agentes de mayor confianza. Ese era el hombre con quien debía trabajar: el inmortal europeo Nicolas Maquiavelo. Las órdenes de los Inmemoriales habían sido explícitas: debía prestar a Maquiavelo toda su ayuda. Se preguntaba si el italiano se parecería a John Dee. Trató al Mago inglés poco tiempo, pero no le cayó bien; era uno de esos inmortales europeos arrogantes que se creía mejor que los demás sólo por tener más años que los propios Estados Unidos. Pero al leer el archivo sobre Maquiavelo descubrió que le inspiraba cierta simpatía. Despiadado, astuto e intrigante, su descripción afirmaba que se trataba del hombre más peligroso en Europa.

Ayudaría a Maquiavelo, por supuesto. Tampoco tenía otra opción: posicionarse en contra de los Oscuros Inmemoriales equivalía a la muerte. Personalmente no creía necesitar la ayuda del italiano. Arrojando el archivo al suelo, giró la llave y encendió el motor. Apretó el acelerador y giró el volante, de forma que el coche derrapó formando un semicírculo y levantando polvo a su paso.

Billy el Niño jamás había necesitado a nadie.

Capítulo 10

El desguace de coches era un laberinto. Alrededor de los callejones se alzaban muros de metal oxidado y apenas había espacio suficiente para que el vehículo pudiera pasar, pues todos los caminos parecían demasiado estrechos. Una barrera sólida de neumáticos, formada por cientos de ellos, se alineaba precariamente en cada esquina. Había una pared compuesta enteramente de puertas de coches, otra de capós y otra de maleteros. Unos gigantescos bloques de motores goteaban grasa y gasolina. Estaban apilados formando una torre junto a un banco de tubos de escape que se habían desplomado sobre el suelo, creando así lo que parecía una escultura abstracta.

Palamedes condujo el taxi londinense hacia una especie de madriguera montañosa de coches estropeados. Sophie estaba completamente despierta. Se enderezó en su asiento y miró, con los ojos de par en par, a través de la ventanilla. En cierto modo, el aparcamiento era tan extraordinario como el Mundo de Sombras

de Hécate. Aunque parecía caótico, supo, de forma instintiva, que probablemente seguía un patrón. Algo revoloteó a su derecha y rápidamente se giró, vislumbrando un movimiento en la oscuridad. Justo cuando volvía a darse la vuelta distinguió una sombra que se movía y desaparecía. Les estaban siguiendo, pero, pese a sus agudizados sentidos, no lograba ver a las criaturas. Sin embargo, tenía el presentimiento de que se deslizaban de forma vertical, como si fueran seres humanos.

—¿Es un Mundo de Sombras? —se preguntó en voz alta.

A su lado, Flamel se desveló.

—No hay ningún Mundo de Sombras en el centro de Londres —murmuró—. Los Mundos de Sombras sólo existen en los linderos de las ciudades.

Sophie asintió. Ya lo sabía, por supuesto.

Palamedes giró el coche hacia la izquierda, adentrándose en un callejón aún más estrecho. Las paredes metálicas estaban tan cerca que casi rasgan las puertas del coche.

—Ya no estamos en el centro de la ciudad, Alquimista —anunció Palamedes con su tono grave—. Estamos en uno de los suburbios con peor reputación de Londres. Y estás equivocado; conozco a dos Inmemoriales que han construido pequeños Mundos de Sombras en el mismo corazón de la ciudad de Londres y existen entradas al menos a otros tres, hasta donde yo sé; entre ellos el más conocido está en la piscina que hay detrás de Traitor's Gate.

Josh estiró el cuello para observar los muros de metal.

—Es como un...

Y se detuvo. Algo en su consciencia, en lo más profundo de su

mente, le hizo percatarse de lo que estaba contemplando.

—Es como un castillo —susurró—. Un castillo hecho de metal oxidado y coches abollados.

La carcajada de Palamedes se asemejó a un ladrido, lo cual dejó perplejos a los dos mellizos.

—Ah, estoy impresionado. Pocas personas lograrían reconocerlo. Esta distribución está basada en un diseño realizado por el gran Sébastien Le Prestre de Vauban.

—Parece el nombre de un vino —cuchicheó Josh, aún maravillado por lo que acababa de descubrir.

—Le conocí —comentó Flamel de forma distraída—, era un famoso ingeniero militar de origen francés —informó mientras se retorció en el asiento para mirar por la ventanilla trasera—. A mi parecer, sólo son coches destrozados —se dijo a sí mismo.

Sophie observó curiosamente a su hermano. ¿Cómo había sabido que ese laberinto era, en realidad, un castillo? Pero entonces, contemplando los muros de coches, se percató de que podía dibujar la forma de un castillo, con sus almenas y torres y los espacios estrechos donde los defensores pudieran disparar a cualquier atacante. Una sombra se movió tras uno de los espacios y se esfumó.

—A lo largo de los años hemos apilado los coches para crear los muros de un castillo —continuó Palamedes—. Los arquitectos medievales eran expertos en defensa y De Vauban poseía todos los conocimientos de cada época para crear la defensa más fuerte del mundo. Decidimos escoger lo mejor de cada estilo: hay partes de castillo normando, patios exteriores y uno interior, una torre de

vigilancia, varias torres más y varias torres del homenaje. La única entrada se halla en este estrechísimo callejón y está diseñada para defender la fortaleza fácilmente —indicó mientras señalaba con la mano las columnas de coches abollados—. Detrás y dentro de las paredes, incluso entre ellas, hay todo tipo de trampas.

El vehículo vibró al pasar sobre una superficie metálica. Los mellizos enseguida bajaron las ventanillas para asomar la cabeza y descubrir que estaban cruzando lo que parecía un puente fabricado únicamente a partir de tubos de escape que estaba suspendido sobre un líquido oscuro y burbujeante.

—El foso —musitó Josh.

—Nuestra visión moderna de un foso —confirmó el caballero Sarraceno—. Está lleno de aceite en vez de agua. Es mucho más profundo de lo que aparenta y los bordes están cubiertos de púas. Si algo se cae... bueno, digamos que no logrará salir de ahí. Y por supuesto podemos hacer que arda en llamas en cualquier momento.

—¿Podemos? —preguntó rápidamente Josh mientras miraba a su hermana.

—Podemos —repitió el caballero.

—Entonces, ¿habitan más personas como tú aquí? —preguntó Josh.

—No estoy solo —respondió Palamedes con una sonrisa, mostrando su blanca dentadura que contrastaba con su color de piel.

Palamedes siguió avanzando con el coche; cruzó el río y se adentró en otro serpenteante callejón en cuyo extremo se alzaba un sólido muro metálico de coches aplastados. Una capa de óxido del

mismo color que la sangre cubría el muro. Palamedes redujo la velocidad, pero no I reno. Pulsó un botón del salpicadero y, de repente, todo el muro empezó a temblar y, sin emitir sonido alguno, se deslizó hacia un lado, dejando así el espacio suficiente para que el coche entrara. Una vez cruzaron el espacio, la puerta metálica volvió a deslizarse a su posición inicial.

Más allá de la entrada se hallaba una zona muy extensa de suelo pantanoso repleto de charcos. En el centro de ese mar de lodo se alzaba una casucha metálica y rectangular construida sobre bloques de hormigón. La cabaña parecía destartalada y mugrienta. Las ventanas estaban cubiertas de malla de neumático y el óxido acumulado sobre las paredes metálicas le otorgaba un aspecto de dejadez. Unos bucles de alambres de púas descendían desde el techo. Dos míseras banderas, una correspondiente al país británico y la otra verde y blanca con un dragón rojo sobrepuesto, ondeaban sobre postes doblados. Ambas banderas estaban rasgadas y necesitaban urgentemente un lavado.

Sophie se mordió el interior de la mejilla para disimular su expresión.

—Esperaba algo más...

—¿... acogedor? —acabó Josh. Su melliza levantó la mano y éste le chocó la mano.

—Más acogedor —confirmó—. Es deprimente.

Josh avistó un grupo de perros salvajes con cuerpo flaco y patas largas merodeando en las sombras, bajo la casucha. Eran del mismo color y raza que el gigantesco perro de pelaje pardo que habían visto con anterioridad. Sin embargo, éstos eran más

pequeños y el pelaje era más pálido y parecía enmarañado. Se produjo una chispa de luz bermeja y Josh entornó los ojos para ver con más claridad: ¿los perros tenían los ojos rojos?

Nicolas se irguió. Bostezó y se desperezó mientras observaba a su alrededor.

—¿A qué viene tanta seguridad, Palamedes? ¿A qué tienes miedo? —murmuró.

—No te haces la menor idea —respondió brevemente Palamedes.

—Dímelo —rogó Nicolas mientras se frotaba el rostro y se acomodaba en el asiento, apoyando los codos sobre las rodillas—. Después de todo, ahora estamos en el mismo bando.

—No, no lo estamos —replicó rápidamente Palamedes—. Puede que tengamos los mismos enemigos, pero no estamos en el mismo bando. Nuestros objetivos difieren bastante.

—¿Y en qué difieren? —preguntó Flamel—. Tú también luchas contra los Oscuros Inmemoriales.

—Sólo cuando es estrictamente necesario. Tú combates para evitar que los Oscuros Inmemoriales regresen a este mundo; en cambio, yo y mis hermanos caballeros nos adentramos en los Mundos de Sombras para rescatar a los humanos que han quedado allí atrapados.

Josh recorrió con la mirada a Flamel y a Palamedes. Estaba confundido.

—¿Qué otros hermanos caballeros? —preguntó—. ¿Quiénes? Flamel respiró profundamente.

—Creo que Palamedes se está refiriendo a los Caballeros

Verdes —explicó.

Palamedes confirmó con la cabeza.

—Eso es.

—Escuché rumores... —murmuró el Alquimista.

—Esos rumores son ciertos —interrumpió Palamedes.

Condujo el coche hasta la cabaña metálica y apagó el motor.

—No piséis ninguno de los charcos —advirtió mientras abría la puerta—. No queráis saber lo que habita en ellos.

Sophie se apeó primero y entrecerró los ojos tras sus gafas de sol a causa de la cegadora luz de la tarde. Tenía los ojos arenosos y secos y sentía una bola áspera en la garganta; se preguntaba si estaría pillando un resfriado. Aunque había intentado desesperadamente no pensar en Palamedes, algunos recuerdos de la Bruja se habían filtrado. Fue entonces cuando se percató de que no sabía mucho sobre él. Se trataba de un humano inmortal que poseía el don especial de moverse con libertad entre los Mundos de Sombras y, sin embargo, no sufrir ningún cambio. Pocos humanos que se introducían en los mundos artificiales creados por los Inmemoriales lograban regresar. La historia humana, tanto antigua como moderna, estaba repleta de personajes que, sencillamente, habían desaparecido. Los pocos que, de algún modo u otro, habían conseguido regresar —por sí mismos o con ayuda— solían descubrir que habían pasado siglos desde su desaparición, aunque sólo hubieran estado atrapados unas cuantas noches. Muchos de los que regresaban se volvían locos o llegaban a la conclusión de que el Mundo de Sombras era el mundo real y que esta tierra no era más que un sueño. Se pasaban la vida entera

intentando regresar a lo que ellos consideraban el mundo real.

—Estás pensando otra vez —avisó Josh mientras la agarraba del codo para distraerla.

Sophie sonrió.

—Siempre estoy pensando.

—Quiero decir que estabas pensando cosas que no deberías.

Cosas de la Bruja.

—¿Cómo lo sabes?

Josh adoptó una expresión seria.

—Durante un momento, sólo un instante, tus pupilas se vuelven plateadas. Da miedo.

Sophie se envolvió el cuerpo con los brazos y tembló. Miró a su alrededor, hacia los muros de coches que rodeaban aquella casucha llena de óxido.

—Es un tanto desalentador, ¿no crees? Creí que todos estos Inmemoriales e inmortales vivían en palacios.

Josh dio una vuelta entera y, cuando volvió a mirar a su hermana, sonrió abiertamente.

—De hecho, creo que está bastante bien. Es como un castillo de metal, y parece ser increíblemente seguro. No hay manera ni siquiera de acercarse a este lugar sin que los guardias te vean.

—Mientras conducíamos por el laberinto me ha parecido ver algo que se movía —informó Sophie.

Josh afirmó con la cabeza.

—Antes Palamedes me ha contado que las casas que hay construidas en todas las calles que rodean este lugar están vacías. Él es el propietario de todas ellas. Dijo que había algo llamado

larvas y lémures en su interior.

—Guardianes.

—He visto un perro enorme... —dijo señalando hacia el grupo de perros que seguían inmóviles junto a la cabaña—. Era como esos de ahí, pero más grande y más limpio. Parecía que patrullara las calles. Y ya has visto las defensas —añadió con tono excitado—. Hay una única entrada, bien vigilada, que conduce hacia un estrecho pasadizo. Así que, aunque tengas un ejército enorme, sólo dos o tres soldados pueden atacar al mismo tiempo. Además, desde ahí abajo son muy vulnerables gracias a las almenas.

Sophie alargó el brazo y estrechó el de su hermano.

—Josh —dijo con dureza. Su mirada reflejaba preocupación. Era la primera vez que oía hablar así a su hermano—. Para. ¿Cómo puedes saber tanto sobre la defensa de un castillo...?

Su voz fue perdiendo fuerza. De repente, el fantasma de una idea inquietante se le pasó por la cabeza.

—No sé —admitió Josh—. Yo sólo..., es como si.. lo supiera. Es como cuando estábamos en París. De algún modo, supe que Dee y Maquiavelo estaban en lo alto de Notre Dame controlando las gárgolas. Y después, hoy, cuando esas tres criaturas se disponían a atacarnos...

—Los Genii Cucullati —murmuró Sophie distraídamente mientras se giraba para ver cómo Nicolas se apeaba del taxi londinense. Observó cómo alargaba el brazo para sacar la mochila de Josh. Fue entonces cuando se dio cuenta de que los nudillos se le habían hinchado ligeramente. La tía Agnes, que vivía en Pacific Heights, en San Francisco, sufría artritis y también tenía los nudillos

hinchados. El Alquimista estaba envejeciendo, y a ritmo rápido.

—Sí, ésos. Sabía que se estaban moviendo siguiendo un patrón de ataque por su lenguaje corporal. Sabía que el del centro embestiría primero y vendría directamente hacia nosotros mientras que los otros dos intentarían flanquearnos. Sabía que, si lograba detenerlo, podría distraer a los otros, lo cual nos daría una oportunidad para escapar—. Josh se detuvo repentinamente al percatarse de lo que estaba diciendo—. ¿Cómo podía saber eso?

—Marte —murmuró Sophie. Entonces asintió con la cabeza y añadió—: Tiene que venir del Dios de la Guerra.

La joven se encogió de hombros. Ella y su hermano estaban cambiando. Entonces negó con la cabeza y replanteó la idea: ya habían cambiado.

—Marte. Yo... yo recuerdo —murmuró Josh—. Cuando estaba Despertándome me dijo algo al final, algo relacionado con otorgarme un don que podría serme útil en los próximos días. Y entonces colocó la mano sobre mi cabeza y sentí un flujo de calor que me recorrió el cuerpo —explicó mientras miraba fijamente a su hermana—. ¿Qué me entregó? No tengo recuerdos extraños, como los que te transmitió la Bruja a ti.

—Creo que deberías estar agradecido por no tener sus recuerdos —comentó rápidamente Sophie—. La Bruja conocía a Marte y le detestaba. Imagino que la mayor parte de sus recuerdos son repugnantes. Josh, creo que te ha traspasado toda su sabiduría militar.

—¿Ha hecho de mí un guerrero?

Aunque la idea resultaba espeluznante, Josh no pudo evitar

mostrar una pizca de satisfacción y deleite en su voz.

—Quizás incluso algo mejor que eso —replicó Sophie en voz baja y lejana al mismo tiempo que sus pupilas se lomaban plateadas—, creo que ha hecho de ti todo un estratega.

—¿Y eso es bueno? —preguntó un tanto decepcionado.

Sophie enseguida dijo que sí con la cabeza.

—Los hombres ganan batallas. Los estrategas ganan guerras.

—¿Quién dijo eso? —preguntó Josh, perplejo.

—Marte —contestó Sophie sacudiendo la cabeza para despejar la repentina afluencia de recuerdos—. ¿No te das cuenta? Marte ha sido el mejor estratega; jamás ha perdido una batalla. Es un don fantástico.

—Pero ¿por qué me lo entregó a mí?

Era exactamente lo mismo que se estaba preguntando su hermana.

Pero antes de que pudiera responder, la puerta de la casucha metálica se abrió inesperadamente produciendo un sonido seco y una silueta empezó a bajar las escaleras.

Se trataba de un hombre bajito, delgado, con hombros encorvados y rostro ovalado y largo. El hombre entornó los ojos, mostrando así su miopía, para ver claramente el taxi. Lucía un bigote ralo y, aunque era calvo en la parte superior de la cabeza, el poco cabello que le crecía tras las orejas le llegaba a la altura de los hombros.

—¿Palamedes? —preguntó con brusquedad e irritado—. ¿Qué significa esto?

El hombre pronunció estas últimas palabras en un inglés seco y

preciso, enunciándolas con claridad. Vio a los mellizos y se detuvo de repente. Sacó un par de gafas de montura negra del bolsillo interior de su chaqueta y se las puso.

—¿Quién es toda esta gente?

Y entonces se giró y reconoció a Nicolas Flamel en el mismo instante en que éste lo reconoció a él.

Ambos reaccionaron simultáneamente.

—¡Flamel! —chilló el desconocido. Dio media vuelta y entró como una flecha en la casucha, tropezándose y cayéndose sobre los peldaños metálicos.

Nicolas bramó algo en un francés arcaico, abrió la mochila de Josh y extrajo a *Clarent* del tubo de cartón diseñado, originalmente, para guardar mapas. Empuñándola con ambas manos, la volteó sobre la cabeza mientras el filo siseaba en el aire.

—¡Corred! —ordenó a los mellizos—. ¡Corred, por vuestras vidas! ¡Es una trampa!

Capítulo 11

Antes de que Sophie o Josh pudieran reaccionar, Palamedes se dio media vuelta y agarró con fuerza los hombros del Alquimista. Las auras de los dos inmortales resplandecieron y crepitaron; el verde esmeralda que emergía de Flamel se mezcló con el verde oliva del caballero. El interior del coche, que hasta ahora desprendía un vago olor a metal y a goma, se cubrió del claro aroma a menta y a clavo, una especia muy picante. Flamel intentaba girar a *Clarent*, pero el caballero le apretó fuertemente la empuñadura y le empujó, obligándole así a apoyarse sobre sus rodillas mientras hundía los dedos en el barro. Finalmente, la espada se desprendió de la mano de Nicolas.

Sophie extendió los dedos de su mano derecha y se preparó para evocar el elemento del fuego, pero Josh la cogió del brazo y la detuvo.

—No —dijo con cierta urgencia. En ese mismo instante, la jauría de perros emergió de las sombras de la cabaña y empezó a

pular a su alrededor. Los animales se movían en completo silencio. Al mostrar los dientes, los perros dejaban al descubierto una dentadura amarillenta y una lengua inerte hendida, como si fuera la de una serpiente.

—No te muevas —susurró mientras apretaba la mano de su melliza.

Los perros se habían aproximado tanto que Josh pudo comprobar que sus ojos eran completamente rojos, sin rastro de una pupila. Oyó el chasquido de dentaduras y notó cómo unos labios babosos le humedecían los dedos. Los animales desprendían un olor húmedo y rancio, parecido a hojas podridas. Aunque los perros no eran enormes, tenían músculos desarrollados y trabajados. Uno de los canes chocó contra las piernas de Josh y éste se desplomó sobre su hermana. Las auras de los mellizos centellearon y el perro que se había topado con las piernas de Josh se cayó de bruces al mismo tiempo que se le erizaba el pelaje.

—¡Basta! —exclamó Palamedes. Su voz tronó y resonó en el interior del coche—. Esto no es ninguna trampa.

El caballero se inclinó ligeramente hacia Nicolas sin apartar sus enormes manos de cada hombro y empujándolo hacia el suelo.

—Puede que no sea tu aliado, Alquimista —retumbó la voz de Palamedes—, pero no soy tu enemigo. Todo lo que me queda ahora es mi honor y prometí a mi querido amigo Saint-Germain que cuidaría de vosotros. Jamás traicionaré esa confianza.

Flamel se sacudió en un intento de librarse de Palamedes, pero fue completamente inútil. El aura del Alquimista crepitó y brilló. Inesperadamente, se consumió produciendo un sonido

chisporroteante y Nicolas se cayó del agotamiento.

—¿Me crees? —preguntó Palamedes.

Nicolas asintió con la cabeza.

—Te creo. Pero ¿por qué está él aquí? Con una mirada de absoluto desprecio, el Alquimista alzó la cabeza para contemplar al hombre que se había relujado en el interior de la cabaña y que estiraba el cuello desde el borde de la puerta principal.

—Él vive aquí —respondió el caballero.

—¡Aquí! Pero es...

—Mi amigo —interrumpió Palamedes—. Han cambiado muchas cosas.

Palamedes dejó de ejercer tanta fuerza sobre el Alquimista y le ayudó a ponerse en pie. Girándole bruscamente, Palamedes le arregló la chaqueta de cuero a Nicolas, que estaba llena de polvo y arrugada. Pronunció una palabra en un idioma incomprensible y los animales que merodeaban junto a los mellizos se dirigieron, otra vez, a las sombras de la cabaña.

Josh bajó la vista y vislumbró la espada, que yacía sobre el suelo. Se preguntó si sería lo suficientemente veloz para alcanzarla y alzó la mirada para descubrir que los ojos marrones de Palamedes le estaban vigilando. El caballero sonrió, mostrando su nivea dentadura, y se agachó para recoger a *Clarent* de entre el lodo.

—Hacía mucho tiempo que no la veía —confesó el caballero en voz baja. Su acento, mucho más marcado ahora, mostró sus orígenes: Oriente Medio.

En el momento en que rozó el arma, su aura cobró vida a su alrededor y, durante un instante, su cuerpo se cubrió con una cota

de malla metálica y negra; una armadura bien estrecha le envolvía los brazos hasta la punta de los dedos y le tapaba hasta los muslos. Cada eslabón de la malla metálica centelleaba con cada reflejo. Cuando su aura se desvaneció, el filo de piedra de *Clarent* resplandeció de color rojo y negro, como si se tratara de aceite sobre agua, y emitió un sonido que recordaba al viento soplando sobre la hierba.

—¡No!

La espada de piedra oscura volvió a teñirse del mismo color de la sangre y Palamedes, cogiendo aire profundamente, la lanzó repentinamente al suelo. Su piel oscura había cobrado un ligero lustre por el sudor.

La espada se quedó clavada en el suelo pantanoso mientras se balanceaba de un lado a otro. De forma casi inmediata, el fango se endureció formando un círculo alrededor de la punta de la espada. Después se secó, se rasgó y se agrietó. Palamedes se frotó las manos vigorosamente después las restregó contra sus pantalones.

—Pensé que era Excal... —dijo rodeando a Flamel—. ¿Qué haces tú con esta... cosa? Tienes que saber qué es.

El Alquimista asintió con la cabeza.

—La he mantenido a salvo durante siglos.

—¡Tú la has mantenido!

El Caballero Sarraceno apretó las manos formando gigantescos puños. De pronto, los antebrazos de Palamedes habían cobrado cierto relieve por las venas, que también se le hincharon en el cuello.

—Si sabías qué era, ¿por qué no la destruiste?

—Es más antigua que la propia humanidad —respondió Flamel en tono calmado—, incluso más antigua que los Inmemoriales o Danu Talis. ¿Cómo podía destruirla?

—Es repugnante —replicó Palamedes—. ¿Sabes todo lo que ha hecho a lo largo de los años?

—Es una herramienta; nada más. Gente malvada la utilizó.

El caballero empezó a sacudir la cabeza en forma de negativa.

—La hemos necesitado para escapar —explicó el Alquimista—. Y recuerda, sin ella, Nidhogg aún seguiría vivo y arrasando las calles parisinas.

Josh dio un paso hacia delante, recogió la espada del suelo y limpió la punta, manchada de barro, con la punta del zapato. Se percibió un vago aroma a naranjas en el ambiente, pero el olor era más amargo y ligeramente ácido. En el mismo instante en que el joven rozó la empuñadura, una oleada de emociones e imágenes se le agolparon en la mente.

Palamedes, el Caballero Sarraceno, a la cabeza de una docena de caballeros con armadura y cota de malla. Parecían maltratados; las armaduras estaban rasgadas y rotas, las armas desconchadas y los escudos abollados. Intentaban abrirse paso entre un ejército de hombres salvajes y primitivos para poder llegar a un pequeño montículo donde un único guerrero de armadura dorada luchaba desesperadamente contra criaturas que eran una mezcla de hombre y animal.

Palamedes gritaba a pleno pulmón para avisar al guerrero de la colina que una gigantesca criatura le iba a atacar por detrás; se trataba de una bestia cuya silueta era la de un ser humano pero lucía

unas astas rizadas, como las de un ciervo, sobre la cabeza. El hombre enastado alzó una diminuta espada de piedra y el guerrero dorado se desplomó.

Palamedes estaba junto al guerrero abatido. Le arrebató amablemente la espada *Excalibur* de la mano.

Palamedes corría a través de una marisma pantanosa, siguiendo los pasos de la criatura enastada. Un grupo de bestias se le echó encima. Hombres-jabalí, hombres-oso, hombres-lobo y hombres-cabra. Pero el Caballero Sarraceno las partía en dos con *Excalibur*, que vibraba en su empuñadura y dejaba tras de sí una estela de luz azul eléctrico.

Palamedes permanecía en pie bajo un acantilado escarpado, observando cómo el hombre enastado trepaba, sin realizar esfuerzo alguno, hacia lo más alto.

Y, en lo más alto, la criatura se giró y alzó en el aire la espada que había utilizado para matar al rey. De ella vertía un humo negro y rojo. Parecía una copia exacta de la espada que empuñaba el Caballero Sarraceno.

Cuando las imágenes se esfumaron, Josh respiró hondo y sintió un escalofrío. El hombre enastado sujetaba a *Clarent*, la hermana gemela de *Excalibur*. Abrió los ojos y contempló la espada. En ese momento, Josh supo por qué Palamedes la había arrojado al suelo. Las dos espadas eran casi idénticas; la única diferencia, apenas perceptible, se hallaba en las empuñaduras. El Caballero Sarraceno había asumido instintivamente que la espada de piedra era *Excalibur*. Concentrando toda su atención en la espada gris, Josh intentó entender lo que acababa de ver: el guerrero de

armadura dorada. ¿Se trataba de...?

Un hedor rancio a suciedad asaltó a Josh. Rápidamente, el joven se dio media vuelta y descubrió al hombrecillo calvo que momentos antes se había asomado por la puerta entornando los ojos tras una gafas de pasta negra. Tenía una mirada pálida y ligeramente azulada. Y apestaba. Josh se aclaró la garganta y dio un paso atrás con los ojos llorosos a causa del hedor.

—Tío, ¡podrías ducharte!

—¡Josh! —exclamó Sophie sorprendida.

—No tengo fe en las duchas —dijo el hombrecillo con su acento inglés perfecto. Parecía increíble que esa voz saliera del cuerpo de aquel hombre—. Dañan los aceites naturales del cuerpo. La suciedad es saludable.

El hombre se acercó a Sophie y la miró de arriba abajo. Enseguida, Josh notó que su hermana pestañeaba frunciendo el ceño y se rascaba la nariz. En cuestión de segundos, se tapó la boca y retrocedió varios pasos.

—¿Ves a lo que me refiero? —dijo Josh—. Necesita darse una ducha.

Limpio la mugre que se había acumulado en la espada y se aproximó a su hermana. Aquel hombre parecía inofensivo, pero sabía perfectamente que había algo de él que enojaba —¿o asustaba?— al Alquimista.

—Sí —respondió Sophie. Intentaba no respirar por la nariz. El hedor que desprendía aquel hombre era indescriptible: una mezcla de olor corporal nauseabundo, prendas de ropa sin lavar y cabello fétido.

—Supongo, y creo que no me equivoco, que sois los mellizos —comentó el hombre mirando a Sophie y a Josh. Acto seguido, asintió con la cabeza, afirmando su suposición—. Mellizos.

Alargó la mano, dejando al descubierto unos dedos llenos de mugre, e intentó tocar el cabello de Sophie. Sin embargo, la joven le apartó de un manotazo. El aura de la joven centelleó y la peste que rodeaba al hombrecillo se intensificó.

—¡No me toques!

Flamel se colocó entre el hombre ataviado con cota de malla y los mellizos.

—¿Qué estás haciendo aquí? —interrogó—. Creí que estabas muerto.

El desconocido sonrió, revelando una dentadura mal conservada y sucia.

—Estoy tan muerto como tú, Alquimista. Aunque soy más famoso que tú.

—Vosotros dos ya os conocíais, claro —intuyó Josh.

—Conozco a este... —vaciló Nicolas arrugando el rostro—, a este personaje desde que era un niño. De hecho, una vez tuve grandes esperanzas en él.

—¿Alguien podría explicarnos quién es? —pidió Josh mirando al Alquimista y a Palamedes, esperando una respuesta.

—Era mi aprendiz, hasta que me traicionó vilmente —explicó Flamel con brusquedad, casi escupiendo las últimas palabras—. Se convirtió en la mano derecha de John Dee.

De inmediato, los mellizos se alejaron del hombrecillo y Josh apretó con más fuerza la empuñadura de la espada.

El hombre calvo ladeó la cabeza. La expresión de su rostro se tornó perdida e increíblemente triste.

—Eso fue hace mucho tiempo, Alquimista. No me he aliado con el Mago desde hace siglos.

Flamel dio un paso adelante.

—¿Y qué te hizo cambiar de opinión? ¿No te pagaba suficiente para traicionar a tu esposa, a tu familia, a tus amigos?

El dolor se apoderó de la pálida mirada de aquel desconocido.

—He cometido errores, Alquimista, eso es cierto. Y he pasado vidas enteras intentando compensarlos. La gente cambia... Bueno, la mayoría de gente —especificó—. Excepto tú. Tú siempre has estado tan seguro de ti mismo y de tu función en este mundo. El gran Nicolas Flamel jamás está equivocado... o si lo está, jamás lo admitirá —añadió en voz baja.

El Alquimista se acercó hacia los mellizos con un caminar balanceante y les miró fijamente.

—Éste —dijo al mismo tiempo que señalaba con la mano al hombre con peto metálico— es el antiguo aprendiz de Dee, el humano inmortal William Shakespeare.

Capítulo 12

Bajo el marco de la puerta principal de su impresionante mansión, Nicolas Maquiavelo observó cómo el doctor John Dee se introducía en su lustrosa limusina negra. El conductor, elegantemente vestido, cerró la puerta y, con un gesto de cabeza, se despidió de Maquiavelo. Acto seguido, se acomodó en el asiento del conductor. Cuando el automóvil desapareció tras una curva, tal y como se había imaginado el italiano, Dee ni se giró ni se despidió con un movimiento de mano. La mirada grisácea de Maquiavelo siguió el rastro del coche hasta que éste se sumergió en el tráfico nocturno. Un momento después de que la limusina saliera de la Place du Canadá, un Renault anónimo siguió su paso. Tres coches les distanciaban. Maquiavelo sabía que el Renault seguiría la limusina de Dee durante tres manzanas y, después, un segundo y un tercer coche lo sustituirían. Las videocámaras que se apilaban sobre el tablero de mandos le mostrarían imágenes en vivo y en directo en el ordenador de Maquiavelo. Mientras estuviera en París, el italiano

controlaría todos y cada uno de sus movimientos. Su instinto, perfeccionado a lo largo de siglos de supervivencia, le advertían de que Dee tramaba algo. El Mago inglés se había mostrado demasiado predispuesto a partir y había rechazado el ofrecimiento de Maquiavelo a pasar la noche en su casa. Se había justificado diciendo que tenía que llegar a Inglaterra lo antes posible para reanudar la búsqueda de Flamel.

Le costó cierto esfuerzo cerrar la gigantesca puerta de entrada, con cristales a prueba de bala incrustados, y fue en ese momento, con ese pequeño detalle, cuando se dio cuenta de cuánto echaba de menos a Dagon.

Dagon había permanecido a su lado durante casi cuatrocientos años, desde el mismo momento en que lo encontró, herido y al borde de la muerte, en Grotta Azzurra, en la isla de Capri. Había cuidado de Dagon hasta que él hubo recuperado la salud. A cambio, la criatura se convirtió en su sirviente y secretario, su guardaespaldas y, a la larga, en su amigo. Habían viajado por todo el mundo e incluso se habían aventurado juntos en algunos Mundos de Sombras. Dagon le había mostrado maravillas y él, a cambio, había introducido a la criatura en el mundo del arte y la música. Pese a su aspecto bruto, Dagon poseía una voz extraordinariamente bella y pura. Fue a finales de la primera mitad del siglo xx, un día en que Maquiavelo escuchó las evocadoras notas de cantos de ballena, cuando reconoció los sonidos que aquella criatura era capaz de crear.

Durante casi cinco siglos, Maquiavelo no permitió a nadie que se acercara a él. Cuando tenía treinta y pocos años, contrajo

matrimonio con Marietta Corsini, en 1502 y, a lo largo de los siguientes veinticinco años tuvieron seis hijos. Pero cuando se hizo inmortal, se vio en la obligación de «morir» para ocultar el secreto de su eterna juventud. El Oscuro Inmemorial que le había entregado el don de la inmortalidad no le confesó, en aquel momento, que aquella artimaña sería necesaria un día u otro. Abandonar a Marietta y a los críos fue uno de los tragos más duros por los que había pasado. Sin embargo, estuvo pendiente de ellos durante el resto de sus vidas. Vio cómo en vejecían, enfermaban y perecían: ése era el lado oscuro del don de la inmortalidad. Cuando Marietta falleció, asistió a su funeral disfrazado y después, en mitad de la noche, se dirigió a su tumba para mostrar sus últimos respetos. Allí juró que siempre veneraría los votos matrimoniales y que jamás, bajo ningún concepto, volvería a casarse. Y esa promesa la había cumplido.

Maquiavelo cruzó a zancadas un pasillo de madera posó la mano sobre un busto de bronce, ubicado encima de una diminuta mesa circular, que representaba la cabeza de Cesare Borgia.

—Dell'arte della guerra —dijo en voz alta. Su voz re sonó en el desierto pasillo. Se produjo un chasquido y una parte de la pared se deslizó, descubriendo así la oficina privada de Maquiavelo. Cuando entró en el despacho, la puerta se cerró con un silbido y las bombillas de luz indirecta se encendieron. Había tenido una sala como ésta, privada y secreta, en cada una de las casas que había habitado. Era su territorio. Durante su vida conjunta, Marietta jamás había tenido acceso a sus aposentos privados en ninguna de sus casas y, a lo largo de los siglos, ni siquiera Dagon había

conocido una sola oficina secreta. En épocas pasadas, para acceder a la sala había tenido que construir pasadizos secretos y protegerla con trampas afiladas; más tarde, las había custodiado con miles de cerraduras que sólo podían abrir un conjunto de llaves hechas a mano. Ahora, en el siglo XXI, mantenía a salvo su despacho con un revestimiento a prueba de bombas y una tecnología de reconocimiento de mano y voz.

La sala era un cubo perfectamente insonorizado. No tenía ventanas y dos de las paredes estaban recubiertas de libros que había coleccionado con el paso de los siglos. Las cubiertas de piel se acumulaban junto a manuscritos polvorientos y ligeramente amarillos, todos ellos colocados cuidadosamente en estanterías. Pergaminos enrollados y atados con un lazo se escondían junto a revistas actuales de colores vivos. De algún modo u otro, todos los libros estaban relacionados con los Oscuros Inmemoriales. Con un gesto distraído, alcanzó una placa de origen acadio de más de cuatro mil años de antigüedad y la colocó sobre una impresión que había descargado de una página sobre mitología. Si bien Nicolas Flamel estaba obsesionado con evitar que los Oscuros Inmemoriales regresaran a este mundo y Dee pretendía devolvérselo a sus maestros, Maquiavelo sentía un gran interés en descubrir la verdad que se escondía tras los enigmáticos gobernadores de tiempos ancestrales. Una de las lecciones que había aprendido en la corte de los Medici fue que el poder procedía del conocimiento, así que estaba decidido a descubrir los secretos de los Inmemoriales.

La pared situada enfrente de la puerta estaba completamente

cubierta de una colección de pantallas de ordenador. Maquiavelo pulsó un botón y cada una de ellas se encendió mostrando imágenes diferentes. Se distinguían diversas ubicaciones parisinas además de instantáneas de, al menos, una docena de capitales mundiales. En cuatro pantallas aparecían las últimas noticias, tanto a nivel nacional como internacional. Una pantalla, más grande que el resto, mostraba una imagen grisácea y granulosa. El italiano se acomodó en una silla de cuero de respaldo alto y miró atentamente la pantalla, intentando así darle sentido a lo que estaba viendo.

Era una cinta que grababa en directo el coche que perseguía a Dee.

Maquiavelo ignoró la limusina negra que aparecía en el centro de la imagen y fijó su atención en las calles. ¿Dónde iba el Mago?

El doctor John Dee le había dicho que se dirigía hacia el aeropuerto, donde le esperaba su *jet* privado que, en esos momentos, estaban cargando de combustible. Se disponía a volar hasta Inglaterra para reanudar la búsqueda y captura del Alquimista. Maquiavelo no pudo evitar dibujar una sonrisa. Evidentemente, Dee no se estaba dirigiendo al aeropuerto; se dirigía al centro de la ciudad. El sexto sentido del italiano no le había fallado: el Mago tramaba algo.

Sin apartar la mirada de la pantalla, Maquiavelo abrió la tapa de su ordenador portátil, lo encendió y recorrió su dedo índice por el lector digital integrado. El aparato completó la secuencia de arranque. Si hubiera utilizado cualquier otro dedo para iniciar el sistema, un virus destructivo hubiera borrado toda la información que contenía el disco duro.

Rápidamente, echó un rápido vistazo a una serie de correos electrónicos encriptados que sus espías y agentes con base en Londres le habían enviado. Desdibujó otra sonrisa irónica; no eran buenas noticias. A pesar de todo lo que había hecho Dee, Flamel y los mellizos habían desaparecido y el trío de Genii Cucullati que el Mago había enviado tras ellos había sido descubierto en un callejón cercano a la estación ferroviaria. Todos se hallaban en un estado de coma profundo y, según las sospechas del italiano, no despertarían hasta dentro de 366 días. Al parecer, el doctor inglés había subestimado al Alquimista una vez más.

Maquiavelo se apoyó cómodamente en la silla y entrelazó los dedos de las manos, casi adoptando una postura de oración. Presionó las yemas de ambos dedos índice contra sus labios. Siempre había sabido que la imagen de Nicolas Flamel, la de un viejo loco y torpe, de aspecto distraído y vagamente excéntrico, era como una cortina de humo. Nicolas y Perenelle siempre habían sobrevivido a todo aquello que los Oscuros Inmemoriales y Dee les habían lanzado a lo largo de los siglos. Lo habían logrado gracias a una destreza astuta, una sabiduría arcana y una buena dosis de suerte. Maquiavelo consideraba a Flamel como alguien inteligente, peligroso y absolutamente despiadado.

No obstante, si bien Nicolas era astuto, tenía que admitir que Perenelle era mucho más lista que su marido. La sonrisa del italiano se desvaneció: ésa era la mujer que tenía que matar, la mujer que su propio maestro Inmemorial había descrito como un ser infinitamente más peligroso que el Alquimista. Maquiavelo suspiró. Asesinar a alguien tan poderoso como la Hechicera no iba a ser tarea fácil.

Pero no le cabía la menor duda de que podía hacerlo. Había fracasado una vez, hacía mucho tiempo. Había cometido el mismo error que Dee acababa de cometer: había subestimado a su enemigo.

Pero esta vez Maquiavelo estaría preparado para enfrentarse a la Hechicera. Esta vez acabaría con ella.

Primero tenía que llegar a Norteamérica. Maquiavelo recorrió los dedos sobre el teclado de su ordenador y escribió la dirección de una página de viajes. A diferencia de Dee, que prefería utilizar su *jet* privado, Maquiavelo había decidido viajar en un vuelo comercial a Norteamérica. Hubiera podido utilizar uno de los *jets* del gobierno francés, pero eso llamaría la atención y, desde siempre, el italiano prefería trabajar entre bastidores.

Necesitaba conseguir un vuelo directo a San Francisco. Sus opciones eran limitadas, pero había un vuelo directo desde París a las 10.15 de la mañana del día siguiente. El vuelo duraba alrededor de once horas, pero las nueve horas de diferencia horaria significaba que llegaría a la costa oeste sobre las 12.30 del mediodía, hora local.

El vuelo de Air France no ofrecía asientos en primera clase, así que reservó un asiento en la clase definida como *espace affaires*, clase de negocios. Era más que apropiado; este viaje, después de todo, era de negocios. Maquiavelo siguió las instrucciones de la página web para obtener el billete y, finalmente, escogió el asiento 4A. Estaba situado en la parte trasera de la cabina de la clase de negocios, pero cuando el avión aterrizara y las compuertas se abrieran, él sería el primero en bajar. Cuando el correo electrónico

de confirmación se asomó por la bandeja de entrada, reenvió una copia de los detalles de su vuelo al agente principal de los Oscuros Inmemoriales en la costa oeste de Norteamérica: el humano inmortal Henry McCarty.

El italiano inmortal había investigado sobre aquel hombre. Durante su corta vida, McCarty había sido conocido como William H. Bonney o Billy el Niño. Nació en 1859 y murió, según los libros de historia, a los veintidós años, edad en que consiguió su inmortalidad. Era muy poco habitual que un humano se convirtiera en inmortal a una edad tan temprana; la mayoría de inmortales que había conocido a lo largo de los siglos eran mayores. Después de décadas de investigación, Maquiavelo aún no tenía la menor idea de por qué los Inmemoriales escogían a ciertas personas para entregarles el don de la inmortalidad. Tenía que haber un patrón o una razón, pero había conocido a reyes, príncipes, vagabundos y ladrones que nada tenían en común excepto que habían recibido la juventud eterna y, por lo tanto, estaban al servicio de los Inmemoriales. Podía contar con los dedos de una mano los inmortales que aparentaban menos de cuarenta años. Así pues, para haberle sido otorgada la inmortalidad a los veintidós años, Billy el Niño debía de ser muy especial.

Una estela de movimiento captó la atención de Maquiavelo y éste alzó la cabeza para observar la pantalla que seguía a Dee.

Los coches se habían detenido y, mientras Maquiavelo contemplaba atentamente, Dee se apeó de la limusina tan rápidamente que ni siquiera dio tiempo al conductor a que abriera la puerta en su lugar. El Mago emprendió su camino y se alejó del

vehículo. De forma inesperada, se detuvo, se giró y clavó la mirada en el coche que había aparcado tras él. Justo en el instante en que Dee miró fijamente a la cámara, Maquiavelo se dio cuenta de que el Mago era consciente de que le habían seguido. El inglés sonrió y después desapareció del escenario. El italiano pulsó un botón de marcación rápida que le comunicaba directamente con el conductor del segundo coche.

—¿Estado? —preguntó sin miramientos. No era necesario que se identificara.

—Estamos parados, señor. El sujeto acaba de salir de su vehículo.

—¿Dónde?

—Estamos sobre el Pont au Double. El sujeto se dirige hacia Notre Dame.

—¡Notre Dame! —exclamó Maquiavelo.

Tan sólo ayer, él mismo había estado en lo más alto de la majestuosa catedral con Dee y, mano a mano, habían dado vida a las gárgolas y grutescos. Había sido testigo de cómo las esculturas trepaban por las paredes para alcanzar la plaza donde Nicolas Flamel, los mellizos, Saint-Germain y una misteriosa mujer les estaban esperando. Las criaturas de piedra tendrían que haber aplastado a los humanos, pero el ataque no siguió el plan que habían acordado.

Flamel y sus compañeros habían decidido combatir las esculturas. De forma distraída, el italiano se rozó la pierna justo en el punto donde una flecha plateada de energía áurica pura se le había clavado el día anterior. Un moratón en forma de estrella le

cubría el muslo, desde la rodilla hasta la cadera. Sabía que no podría caminar con normalidad durante semanas. Los mellizos se habían salvado del ataque, ya que destruyeron las gárgolas y grutescos de Notre Dame.

Maquiavelo permaneció en absoluto silencio, viendo con sus propios ojos las pruebas que demostraban que Sophie y Josh eran, sin la menor duda, los mellizos de la leyenda. Había sido una magnífica demostración de poder. Aunque la chica sólo había aprendido la base de dos de las magias elementales, Viento y Fuego, era más que evidente que su talento natural era extraordinario. Y cuando los mellizos combinaron sus auras para ensalzar e intensificar los poderes de la chica, Maquiavelo se dio cuenta de que Sophie y Josh eran verdaderamente seres excepcionales.

El departamento de relaciones públicas de Maquiavelo había publicado un artículo sobre la destrucción de la mampostería de la catedral afirmando que la causa se debía a una lluvia acida y al calentamiento global. Equipos de investigación arqueológica y estudiantes de universidades parisinas estaban trabajando para limpiar el pavimento. La plaza estaba acordonada con cintas y vallas metálicas.

El italiano fijó su mirada en la pantalla, pero ésta no reflejaba nada. ¿Por qué Dee había regresado a ese lugar?

—¿Le seguimos? —se escuchó al otro lado del interfono.

—Sí —respondió Maquiavelo de inmediato—. Seguidle, pero no os aproximéis demasiado ni le detengáis. No corte esta comunicación.

—Sí, señor.

Maquiavelo se mantuvo a la espera impaciente, con la mirada fija en la imagen estática del coche sobre la pantalla. El conductor se dirigió a los hombres que ocupaban otros dos vehículos y les ordenó que tomaran posiciones en cada una de las entradas de la monumental catedral. Las puertas principales, que daban a la plaza, estaban cerradas. El inmortal observaba detenidamente mientras el conductor pasaba delante de la cámara colocada en el salpicadero y desaparecía por la izquierda sin apartar el teléfono del oído.

—Se dirige a la catedral —informó el conductor mostrando su sorpresa—. Está dentro. No hay salida —añadió enseguida.

El sonido ambiente cambió cuando el tipo entró en la catedral. Se escuchó el eco que producían las pisadas y el chasquido de una puerta al cerrarse; entonces, Maquiavelo percibió un murmullo de voces. Escuchó cómo el conductor alzaba la voz. Había adoptado un tono más exigente, más insistente, pero el italiano no podía descifrar las palabras. Unos segundos más tarde, el conductor volvió a hablar por el aparato telefónico.

—Señor: varios arquitectos y urbanistas se han desplazado hasta este lugar para examinar los daños. El sujeto ha tenido que pasar por aquí, pero afirman que nadie ha entrado en la catedral en la última hora —comunicó el conductor con un tono que mostraba temor; la reputación de Maquiavelo le tildaba de despiadado y nadie quería informar de un fracaso—. Sé que es imposible, pero creo... creo que le hemos perdido —añadió bajando el tono de voz—. No sé cómo... pero al parecer... él no está en la catedral. Acordonaremos toda la zona y llamaremos a más hombres para

buscar...

—Negativo. Dejadle marchar. Volved a la base —ordenó Maquiavelo. Después, colgó el teléfono. Sabía dónde estaba Dee. El Mago no estaba en la catedral: estaba debajo de ella. Había regresado a las catacumbas construidas bajo la ciudad. Pero lo único que podía despertar cierto interés en la ancestral Ciudad de los Muertos era el Inmemorial Marte Ultor.

Y justo ayer Dee había sepultado al Inmemorial entre huesos.

Capítulo 13

Un olor a comida frita cubrió la atmósfera del desguace, disipando así el tufo a óxido y gasolina y el aroma húmedo de los perros. Flamel permanecía en el primer peldaño de la casucha. Incluso ahora, que estaba ligeramente alzado, tenía que levantar la vista para observar el rostro del caballero. El hombre que el Alquimista había presentado como William Shakespeare se había introducido dentro de la casa y había dado tal portazo que todo el edificio tembló. Segundos más tarde un humo negruzco empezó a filtrarse por la chimenea.

—Cocina cuando se siente ofendido —explicó Palamedes.

Josh tragó saliva y se tapó la nariz con los dedos para obligarse a respirar por la boca, ya que el humo del edificio empezaba a rodearlos. Todavía se sentía algo mareado por sus recién despertados sentidos y sabía que debía alejarse del olor del humo y de la grasa. De lo contrario, vomitaría. Se dio cuenta de que su hermana lo observaba con mirada preocupada e hizo un

movimiento con la cabeza señalando el humo. Ella asintió. Un instante más tarde tosió y, a medida que el humo se arremolinaba a su alrededor, los ojos se le llenaron de lágrimas. Con sumo cuidado de no pisar ningún charco fangoso, los mellizos se alejaron poco a poco de la edificación metálica. Josh se frotó los labios con la palma de la mano. Era capaz de saborear el aceite y la grasa en la lengua.

—Sea lo que sea, no pienso comérmelo —murmuró mientras echaba un rápido vistazo a su hermana—. Supongo que tener los sentidos Despertados tiene algunas desventajas.

—Sólo algunas —respondió ésta con una sonrisa—, aunque ya me estoy acostumbrando.

—Pues yo no —suspiró Josh—, por lo menos por ahora.

El Inmortal Marte le había Despertado tan sólo el día anterior, aunque le daba la sensación de que hacía una eternidad de eso y aún estaba completamente abrumado por el impacto que notaban sus sentidos. Todo le resultaba más brillante, más enérgico y mucho más apestoso que antes. Sentía cómo la ropa le raspaba y le pesaba sobre su cuerpo e incluso podía saborear la amarga atmósfera en sus labios.

—Juana me dijo que, pasado cierto tiempo, seremos capaces de eliminar la mayor parte de las sensaciones y concentrarnos únicamente en lo que debemos saber —lo calmó Sophie—. ¿Recuerdas lo mal que me sentía cuando Hécate me Despertó?

Josh afirmó con la cabeza. Sophie estaba tan débil que él había tenido que llevarla en brazos.

—Al parecer, a ti no te ha resultado tan duro —dijo—.

Aunque estás un poco pálido.

—No me siento bien —respondió Josh. Con la barbilla señaló la cabaña, donde una columna de humo grisáceo y negro se retorcía desde la enroscada chimenea, de la que goteaba una grasa burbujeante y un aceite rancio—.

Y eso no ayuda. Me pregunto si olería tan mal si nuestros sentidos no hubieran sido Despertados.

—Seguramente no —respondió Sophie en tono de burla—. Quizá por esta razón los sentidos humanos se aliviaron a lo largo de los siglos. Todo esto es demasiado.

De repente, Flamel miró a los mellizos y alzó el brazo.

—Quedaos cerca; no os alejéis —ordenó. Después, seguido por Palamedes, ascendió el resto de peldaños y abrió bruscamente la puerta. Los dos inmortales desaparecieron en el oscuro interior y cerraron la puerta con un golpe seco.

Sophie miró a su hermano.

—Parece que no estamos invitados.

Aunque intentaba mantener su voz completamente neutral, Josh supo que su hermana estaba enfadada; siempre se mordía el labio inferior cuando estaba irritada u ofendida.

—Supongo que no —acordó Josh mientras se subía el cuello de la camiseta para taparse la nariz y la boca—. ¿Qué crees que está ocurriendo ahí adentro? ¿Crees que si nos acercamos un poco podremos escuchar de qué están hablando?

Sophie giró la cabeza de inmediato para observar a su hermano.

—Estoy segura de que podríamos pero ¿realmente quieres

estar más cerca de esa peste?

Josh arrugó el ceño con tan sólo pensarlo.

—Me pregunto...

—¿Qué?

—Quizá por eso el olor es tan insoportable —dijo en voz baja

—. Saben perfectamente que no podremos soportarlo y nos mantendrá alejados.

—¿Realmente crees que se habrán tomado tantas molestias? ¿Para qué? ¿Para poder hablar sobre nosotros? —preguntó Sophie en el mismo instante que sus ojos resplandecieron con destellos plateados—. No ha sido idea tuya, Josh.

—¿A qué te refieres con que no es mi idea? Me lo he planteado —hizo una pausa y, segundos más tarde, añadió—: ¿O no?

—Es demasiado retorcido —debatía Sophie—, y creo que es algo que Marte se plantearía. Por lo que mis recuerdos, o los de la Bruja, me dicen, hubo un tiempo en que Marte pensó que todo el mundo lo perseguía.

—¿Y era así? —preguntó Josh. Aunque el Inmortal era aterrador, no podía evitar sentir una terrible lástima por él. Cuando Marte Ultor le rozó, Josh sintió una mínima parte del interminable dolor que el guerrero había sentido. Era inaguantable.

—Sí —respondió Sophie a la vez que sus pupilas se teñían de plata—. Sí, todo el mundo iba tras él. Cuando se convirtió en Marte Ultor, el Vengador, era uno de los hombres más odiados y temidos del planeta.

—Son los recuerdos de la Bruja —advirtió Josh—. Intenta no

pensar en ellos.

—Lo sé —confirmó sacudiendo la cabeza—. Pero no puedo evitarlo. Se inmiscuyen por mi mente una y otra vez —admitió. Sintió un escalofrío y se frotó el cuerpo con los brazos, intentando así entrar en calor—. Me está asustando. ¿Qué pasará...? ¿Qué pasará si sus pensamientos se apoderan de los míos? ¿Qué me ocurrirá?

Josh negó con la cabeza. No lo sabía, pero sólo la idea de perder a su hermana melliza le resultaba absolutamente aterradora.

—Intenta pensar en otra cosa —insistió Josh—, algo que la Bruja no pudiera saber.

—Lo intento, pero sabe demasiadas cosas —dijo Sophie mostrando su abatimiento.

Sophie empezó a dar vueltas, intentando centrar su atención en lo que les rodeaba para así ignorar los pensamientos raros y foráneos que se le aparecían en la mente. Sabía que tenía que ser fuerte; tenía que hacerlo por su hermano, pero no podía evitar fijarse en los recuerdos pasados de la Bruja.

—Cada persona que veo, cada acontecimiento que observo, me recuerdan cómo han cambiado las cosas. ¿Cómo se supone que tengo que pensar en algo normal y corriente cuando está sucediendo todo esto a mi alrededor? Míranos, Josh: mira dónde estamos, fíjate en lo que nos ha ocurrido. Todo ha cambiado... ha cambiado por completo.

Josh asintió con la cabeza. Rozó el tubo de cartón que cargaba sobre el hombro, en cuyo interior yacía la espada de piedra. Desde el primer momento que en la librería observó a Dee y a Flamel

luchando con lanzas de energía amarilla y verde, supo que nada volvería a ser lo mismo. Eso había ocurrido, ¿cuándo?, tan sólo cuatro días atrás, pero en esos cuatro días el mundo se había puesto patas arriba. Todo lo que creía saber no era más que una mentira. Habían conocido mitos, combatido contra leyendas; habían cruzado medio mundo en un abrir y cerrar de ojos para luchar contra un monstruo primitivo y para observar cómo piezas de piedra cobraban vida propia.

—¿Sabes qué? —dijo repentinamente la joven—. Tendríamos que haber pedido el jueves libre.

Josh no pudo evitar esbozar una sonrisa.

—Sí, tienes razón.

Hacia varias semanas que quería convencer a su hermana para tomarse un día libre y así visitar el Exploratorium, el museo científico situado junto al puente Golden Gate. Desde el día que había oído hablar de él había querido asistir para ver la famosa obra Sun Painting de Bob Miller, una creación de luz, espejos y prismas. Pero entonces la sonrisa se desvaneció.

—Si lo hubiéramos hecho, nada de esto habría ocurrido.

—Exactamente —acordó Sophie. Desvió la mirada hacia los muros metálicos donde se apilaban coches abollados y oxidados y observó el paisaje pantanoso por donde merodeaban los perros de mirada bermeja—. Josh, quiero que las cosas vuelvan a ser como antes, normales y corrientes —confesó. Miró a su mellizo, que también la estaba observando, y se entrecruzaron las miradas—. Pero tú no. Josh ni siquiera intentó negarlo. Su hermana sabía perfectamente que estaría mintiendo; siempre lo sabía. Y además,

tenía razón: aunque estaba agotado y apenas era capaz de lidiar con sus nuevos sentidos, no quería, bajo ningún concepto, que las cosas volvieran a ser como antes. Él había sido normal durante toda su vida y cuando la gente le miraba sólo veía la mitad de un par de mellizos. Siempre eran Josh y Sophie. Iban de campamento juntos, a conciertos juntos, al cine juntos y jamás habían pasado unas vacaciones separados. Las postales de cumpleaños siempre estaban dirigidas a los dos; las invitaciones a fiestas llegaban con sus dos nombres impresos. En general, eso jamás le había molestado, pero durante los últimos meses había empezado a irritarle. ¿Cómo se sentiría si le consideraran individualmente? ¿Qué ocurriría si Sophie no existiera? ¿Qué pasaría si solo fuera Josh Newman y no la mitad de los mellizos Newman?

Adoraba a su hermana, pero ésta era la oportunidad para ser diferente, para ser considerado de forma individual.

Cuando Hécate Despertó los sentidos de su hermana V los suyos no, Josh sintió celos. Se asustó cuando fue testigo de los poderes imposibles que poseía Sophie. Cuando comprobó el dolor y la confusión que el Despertar había causado en su hermana, el joven se sintió aterrado. Pero ahora sus propios sentidos habían sido Despertados y el mundo se había tornado más fuerte y más brillante. Había podido vislumbrar brevemente su potencial y empezaba a comprender en qué podía convertirse. Había experimentado los pensamientos de Nidhogg y las impresiones de *Clarent*; había observado fugazmente mundos que iban más allá de su propia imaginación. Sabía, tras un mar de dudas, que quería pasar al siguiente nivel y recibir la formación necesaria para

controlar las magias básicas. Pero de lo que no estaba seguro es de si quería hacerlo junto al Alquimista. Había algo de él que no le cuadraba. La revelación de la existencia de otros mellizos anteriores a ellos le había sorprendido y aturdido. Josh tenía preguntas, cientos de preguntas, pero sabía que el Alquimista no respondería con sinceridad. Ahora mismo, no sabía en quién confiar, excepto en Sophie, y el hecho de que ella prefiriese no tener sus poderes le resultaba un tanto espantoso. Aunque el Despertar le había causado un dolor de cabeza punzante y un ardor de estómago insoportable, jamás se arrepentiría de ello. A diferencia de su hermana, le alegraba no haberse tomado aquel jueves libre.

Josh colocó la mano sobre el pecho y presionó. El papel crujió bajo su camiseta, donde aún colgaban las dos páginas que había logrado salvar del Códex. Una idea se le cruzó por la cabeza.

—¿Sabes? —dijo en voz baja—, si hubiéramos ido al Exploratorium, Dee hubiera raptado a Nicolas y a Perenelle y hubiera conseguido arrebatarles el Códex completo. Probablemente los Oscuros Inmemoriales ya habrían abandonado sus Mundos de Sombras. Quizás el mundo ya habría llegado a su fin. No sirve de nada echar la vista atrás, Sophie —acabó con un suspiro sobrecogido.

Los mellizos permanecieron en silencio, intentando comprenderlo todo. La idea les resultaba espeluznante: les costaba entender que el mundo que ellos conocían hubiera llegado a su fin. Si les hubieran hecho este comentario el miércoles pasado, ambos se hubieran desternillado de la risa. Pero ¿ahora? Ahora ambos sabían, y no les cabía la menor duda, que podría haber ocurrido. Y

peor aún, sabían que podía ocurrir.

—O, al menos, eso es lo que dice Nicolas —añadió Josh con un tono amargo.

—¿Tú le crees? —preguntó Sophie con cierta curiosidad—. Creí que no confiabas en él.

—Y no lo hago —reafirmó Josh con firmeza—. Ya has oído lo que Palamedes dice de él. Gracias a Flamel, gracias a lo que él hizo y no hizo, cientos de personas han muerto.

—Nicolas no las mató —recordó Sophie—. Tu «amigo» —dijo en tono sarcástico—, John Dee, fue el culpable.

Josh se giró y observó la casucha metálica. No tenía réplica alguna porque ésa era la verdad. El propio Dee había admitido haber prendido fuego y soltar una plaga sobre el mundo en un intento de detener al matrimonio Flamel.

—Todo lo que sabemos es que Flamel nos ha mentado desde el principio. ¿Qué hay de los demás mellizos? —preguntó—.

Palamedes dijo que Flamel y Perenelle han estado siglos coleccionando pares de mellizos. —Pronunciar la palabra «coleccionando» le provocó incomodidad—. ¿Qué les ocurrió a todos ellos?

Una ráfaga de viento gélido sopló sobre el desguace. Sophie tembló, pero no por la frialdad del aire. Contemplando fijamente la cabaña metálica y sin mirar a su hermano, pronunció unas palabras en tono casi imperceptible. Intentó escoger con cuidado las palabras... pero no pudo evitar que la ira se apoderara de ella.

—Si el matrimonio Flamel todavía está buscando a los mellizos, eso significa que los demás...

¿Qué? —pensó mientras buscaba la mirada de su hermano.

Enseguida, el joven dijo que sí con la cabeza.

—Tenemos que saber qué sucedió con los demás mellizos —dijo firmemente, repitiendo con exactitud lo que su hermana estaba pensando—. Odio tener que preguntártelo, pero ¿la Bruja lo sabe? Quiero decir, ¿sabes si la Bruja conocía el paradero de los mellizos?

Todavía le costaba asumir que la Bruja de Endor, de algún modo u otro, había traspasado todos sus conocimientos a su hermana. Sophie permaneció en silencio durante un segundo y después negó con la cabeza.

—Al parecer, la Bruja no es una experta en el mundo moderno. Conoce información sobre los Inmemoriales, los seres de la Última Generación y algunos de los humanos inmortales más viejos de este mundo. Por ejemplo, había oído hablar del matrimonio Flamel, pero no conoció a Nicolas Flamel hasta que Scatty nos llevó a su tienda. Todo lo que sé es que ha vivido en Ojai durante años sin teléfono, televisión o radio.

—De acuerdo. Entonces olvídate y no pienses más en ella.

Josh recogió un guijarro del suelo y lo lanzó contra el muro de coches abollados. Se percibió un repiqueteo y una silueta cobró forma tras el metal. Los perros de mirada roja alzaron la cabeza y les vigilaron detenidamente.

—¿Sabes?, se me acaba de ocurrir que... —Sophie le observaba completamente muda—. ¿Cómo acabé trabajando para el matrimonio Flamel, una pareja que colecciona mellizos, y tú acabaste trabajando en la cafetería de enfrente? No puede ser una

coincidencia, ¿verdad?

—Supongo que no —afirmó Sophie con un leve gesto de cabeza.

Ella misma había empezado a pensar lo mismo en el instante que Palamedes mencionó a los demás mellizos. No podía tratarse de una coincidencia. La Bruja no creía en las casualidades, ni tampoco Nicolas Flamel, e incluso Scatty dijo que creía únicamente en el destino. Y, por supuesto, también estaba la profecía...

—¿Crees que conseguiste el trabajo porque Nicolas sabía que tenías una hermana melliza? —preguntó la joven.

—Después de la batalla en el Mundo de Sombras de Hécate, Flamel me confesó que había empezado a sospechar que éramos los mellizos de la profecía justo el día antes.

Sophie negó con la cabeza.

—Apenas recuerdo algo de aquel día.

—Estabas dormida —explicó rápidamente Josh— y exhausta después de la batalla.

El recuerdo de aquella lucha le estremeció; fue la primera vez que vio en qué se había convertido su hermana.

—Scatty dijo que Flamel era un hombre de palabra y me recomendó que le creyera —añadió Josh.

—No creo que Scatty nos mintiera —comentó Sophie, pero mientras vocalizaba las palabras se preguntó si era ella o la Bruja quien lo creía.

—Quizá no —dijo Josh. El joven se llevó las manos a la cara y se frotó la frente con los dedos, apartándose la cabellera rubia. Intentaba recordar exactamente lo sucedido el jueves anterior—.

Scatty no estaba de acuerdo con él cuando dijo que sabía quiénes éramos. Flamel explicó que todo lo que había hecho había sido para nuestra propia protección: creo que ella no estaba de acuerdo precisamente con eso. Y lo último que me dijo Hécate antes de que el Árbol del Mundo ardiera en llamas fue que Nicolas Flamel nunca revela toda la verdad.

Sophie cerró los ojos en un intento de disipar el paisaje y los sonidos del desguace. Quería concentrarse y fijar su atención en el mes de abril, cuando ella y su hermano empezaron a trabajar a media jornada.

—¿Por qué conseguiste aquel trabajo? —preguntó arqueando las cejas.

Josh parpadeó, mostrando su sorpresa. Después, mientras intentaba hacer memoria, frunció el ceño.

—Bueno, Papá vio un anuncio en el periódico de la universidad. «Se busca ayudante en librería. No queremos lectores, queremos trabajadores.» Yo no quería hacerlo, pero Papá me contó que él había trabajado en una librería cuando tenía nuestra edad y que había disfrutado mucho. Envié mi currículum y me llamaron para una entrevista dos días después.

Sophie asintió. Mientras Josh permanecía en el interior de la librería, ella había decidido cruzar la calle y esperarle en la pequeña cafetería. Bernice, la propietaria de La Taza de Café, estaba allí, hablando con una mujer espectacularmente bella que Sophie conocía por el nombre de Perenelle Fleming.

—Perenelle —pronunció Sophie. El comentario fue tan inesperado que incluso Josh miró a su alrededor, como si esperara

que la mujer apareciera detrás de ellos. No le habría sorprendido.

—¿Qué ocurre con ella?

—El día que conseguimos nuestros trabajos, tú estabas haciendo la entrevista en la librería, yo me estaba tomando algo en la cafetería y Bernice charlaba con Perenelle Flamel. Mientras Bernice me preparaba mi café con leche, Perenelle entabló una conversación conmigo. Recuerdo que me dijo que no me había visto antes por el vecindario y yo le comenté que había ido allí porque a ti te habían llamado para una entrevista en la librería —explicó Sophie, y cerró los ojos para intentar recordar con más claridad—. No dijo en ningún momento que era una de las propietarias de la librería pero recuerdo que me preguntó algo como: «Oh, te he visto con un jovencito. ¿Era tu novio?». Le dije que no, que era mi hermano. Entonces ella me dijo: «Os parecéis mucho». Cuando le dije que éramos hermanos mellizos, Perenelle sonrió, se bebió rápidamente el té y se marchó. Cruzó la calle y entró en la librería.

—Recuerdo cuando entró —confirmó Josh—. La verdad es que no tenía la sensación de que la entrevista fuera demasiado bien. Me dio la impresión/de que Nicolas, o Nick... ya da igual cómo se llame, estaba buscando a alguien mayor para el puesto. Entonces Perenelle entró en la tienda, me dedicó una sonrisa y le pidió a Flamel que se fueran a la trastienda. Vi cómo me observaban. Después, ella salió de la tienda a paso ligero.

—Volvió a La Taza de Café —murmuró Sophie. Ahora, los recuerdos y los acontecimientos parecían cobrar sentido. Cuando volvió a musitar palabras, lo hizo Con un susurro—. Josh, acabo de

acordarme de algo: le preguntó a Bernice si aún estaba buscando empleados. Le sugirió que, ya que mi hermano trabajaba al otro lado de la calle, sería perfecto que yo trabajara en La Taza de Café. Bernice estuvo de acuerdo y me ofreció un trabajo en ese mismo instante. Pero ¿sabes qué?, cuando volví a trabajar al día siguiente pasó una cosa muy extraña. Juraría que Bernice se sorprendió al verme allí. Incluso tuve que recordarle que me había ofrecido el trabajo el día anterior.

Josh asintió con la cabeza. Ahora recordaba que su hermana le había contado aquel hecho.

—¿Crees que Perenelle, de alguna forma, le obligó a darte el trabajo? ¿Crees que podría haber hecho eso?

—Oh, por supuesto —confirmó Sophie mientras sus ojos se tornaban brillantes. Incluso la Bruja de Endor reconocía que Perenelle era una Hechicera con poderes extraordinarios—. Entonces, ¿crees que conseguimos los trabajos porque somos mellizos?

—No me cabe la menor duda —dijo Josh con tono colérico—. Sólo éramos otro par de mellizos para añadir a la colección de los Flamel. Nos han engañado.

—¿Qué vamos a hacer, Josh? —preguntó Sophie con voz tan enfadada como la de su hermano.

La idea de que el matrimonio Flamel los hubiera utilizado le provocaba náuseas. Si Dee no hubiera aparecido en la tienda, ¿qué hubiera ocurrido con ellos? ¿Qué habría hecho la pareja Flamel con ellos?

Josh cogió a su hermana de la mano y la colocó tras él. Ambos

se dirigieron hacia la pestilente cabaña metálica.

Poco a poco, subieron los peldaños. Los perros permanecían sentados y les seguían con la cabeza y la mirada roja.

—No hay marcha atrás. No tenemos elección, Sophie: tenemos que llegar hasta el final.

—Pero ¿cuál es el final, Josh? ¿Dónde acaba? ¿Cómo acaba?

—No tengo ni idea —admitió el joven. Se detuvo y se giró para mirar directamente a Sophie. Inspiró profundamente, como si intentara tragarse su ira—. Pero tú sabes lo que yo sé. Lo que importa somos nosotros.

Sophie afirmó con la cabeza.

—Tienes razón. La profecía somos nosotros; somos oro y plata, somos especiales.

—Flamel nos necesita —continuó Josh—. Dee nos necesita. Ha llegado el momento de conseguir algunas respuestas.

—Ataque —dijo Sophie mientras cruzaba de un salto un charco fangoso—. Cuando le conocí, quiero decir, cuando la Bruja le conoció, Marte siempre decía que el ataque era la mejor defensa.

—Mi entrenador de fútbol dice lo mismo.

—Pero tu equipo no ha ganado un solo partido en la última temporada —le recordó Sophie.

Estaban a punto de alcanzar la puerta principal cuando William Shakespeare apareció ante ellos con una sartén ardiendo entre las manos.

Capítulo 14

Sin pensárselo dos veces, Josh sacó el tubo de cartón del hombro y extrajo rápidamente la espada. Se asentó fácilmente en su mano y con los dedos envolvió la empuñadura de cuero teñido. Dio un paso hacia delante, colocándose así entre Shakespeare y su hermana.

El inmortal ni siquiera les miró. Giró la llameante sartén y sacudió el contenido. Lo que parecía media docena de salchichas quemadas se desplomó sobre el suelo fangoso. Produjeron un sonido chirriante y sibilante mientras seguían cociéndose y echando chispas al aire. Uno de los perros de ojos rojos se abrió paso entre las sombras de la casucha y una lengua serpentina salió disparada como una flecha de su boca para agarrar un pedazo de carne, aún ardiente, que un instante más tarde engulló. Las llamas hacían que su mirada fuera aún más intensa y, cuando se relamió el hocico, unos zarcillos de humo grisáceo se le escabulleron por la comisura de los labios.

Shakespeare se inclinó y acarició suavemente la cabeza del animal. La luz del atardecer se reflejaba en los gruesos cristales de sus gafas y los convertía en espejos plateados.

—Ha habido un pequeño contratiempo con nuestra cena —anunció con una sonrisa que dejó al descubierto su dentadura mugrienta.

—No pasa nada. No teníamos tanta hambre —repuso Sophie rápidamente—. Además, estoy intentando dejar de comer carne.

—¿Vegetarianos? —preguntó Shakespeare.

—Algo así —respondió Sophie al mismo tiempo que su hermano afirmaba con la cabeza.

—Quizás haya algo de ensalada dentro —comentó el inmortal de forma distraída—. Ni Palamedes ni yo somos vegetarianos. Aunque hay fruta —añadió—, un montón de fruta.

Josh asintió.

—Un poco de fruta nos iría bien —comentó Josh. La idea de comer carne le revolvió el estómago.

Aparentemente, Shakespeare no se había percatado de la presencia de la espada en la mano de Josh.

—Mantén siempre tus espadas brillantes —murmuró.

Entonces dio un paso hacia delante y sacó un trapo de cocina sorprendentemente limpio. Se quitó las gafas y empezó a limpiar los cristales con el trapo. Sin aquellas gafas tan gruesas, Sophie pudo darse cuenta de que, en realidad, se parecía mucho a la imagen del famoso dramaturgo que había observado en sus libros de texto. Se volvió a colocar las gafas y miró a Josh.

—¿Es *Clarent*?

Josh dijo que sí con un gesto de cabeza. Podía notar cómo la espada temblaba ligeramente entre sus manos y cómo cierta calidez se apoderaba de su cuerpo. El inmortal se inclinó ligeramente. Tan sólo unos pocos centímetros separaban su estrecha y alargada nariz de la punta de la espada. Pero no hizo el ademán de tocarla.

—He visto a su gemela muchas veces —dijo como si estuviera hablando solo—. Las hojas son idénticas, pero las empuñaduras son ligeramente diferentes.

—¿Viste a *Excalibur* cuando estabas con Dee? —preguntó Sophie sagazmente.

Shakespeare asintió.

—Cuando estaba con el doctor —explicó. Alargó el brazo y, con cierta indecisión, rozó la punta de la hoja de la espada con su dedo índice. La espada de piedra centelleó, se produjo un murmullo y una estela de color amarillo pálido descendió desde el arma, como si alguien hubiera vertido líquido sobre la espada. Entonces, el aire se cubrió de la fragancia del limón. Seguidamente, Shakespeare continuó—: Dee heredó *Excalibur* de su predecesor, Roger Bacon, pero ésta era la espada que realmente quería encontrar. Las espadas gemelas son más antiguas que los mismos Inmemoriales y fueron creadas antes de que Danu Talis emergiera de los mares. De forma individual, cada una de las espadas es poderosa, pero la leyenda relata que juntas amasan el poder suficiente para destruir la propia tierra.

—Me sorprende que Dee no la encontrara —interrumpió Josh un tanto desconcertado. Podía sentir cómo la espada vibraba entre sus manos y unas extrañas imágenes empezaron a fluir por su

consciencia. De algún modo u otro, Josh sabía que se trataba de los recuerdos de Shakespeare.

Un edificio circular en llamas...

Una diminuta y lamentable tumba, una joven que estaba frente a ella, lanzando un puñado de tierra...

Y Dee. Un tanto más joven de lo que Josh recordaba; tenía el rostro sin arrugas y el cabello oscuro y poblado. Sólo la barba contenía algún que otro cabello blanco.

—El Mago siempre creyó que la espada se había perdido en las profundidades de un lago de las montañas galesas —continuó Shakespeare—. Se pasó décadas intentando dar con ella.

—Flamel la encontró en Andorra —dijo Sophie—. Confiaba en que Carlomagno la hubiera depositado ahí en el siglo XIX.

Shakespeare sonrió.

—Así que el Mago estaba equivocado. Resulta gratificante saber que el doctor no siempre está en lo cierto.

Sophie, que hasta ahora permanecía detrás de su hermano, se colocó junto a él y le bajó el brazo. Cuando la brisa rozaba la espada parecía que ésta gimiera.

—¿Eres realmente... realmente William Shakespeare? ¿El Bardo? —preguntó. Después de todo lo que había visto y vivido durante los últimos días, la idea de que ese hombre pudiera ser el verdadero dramaturgo le resultaba sobrecogedora.

El hombrecillo dio un paso hacia atrás y ejecutó una reverencia sorprendentemente elegante, con las piernas estiradas y la cabeza inclinada casi a la altura de la cintura.

—A su servicio, milady.

El efecto se vio un tanto arruinado por el hedor que desprendía el dramaturgo.

—Por favor, llámame Will.

Sophie no sabía cómo debía reaccionar.

—Jamás había conocido a alguien famoso... —empezó. Pero se detuvo al percatarse de lo que estaba diciendo.

Shakespeare se irguió. Josh tosió y se alejó un poco mientras se secaba las lágrimas de los ojos.

—Has conocido a Nicolas y Perenelle Flamel —dijo Shakespeare con su inglés preciso—; también al doctor John Dee, al conde de Saint-Germain y, por supuesto, a Nicolas Maquiavelo —continuó—. Y corrígeme si me equivoco pero también has conocido a la encantadora Juana de Arco.

—Así es —respondió Sophie con una tímida sonrisa—. Les hemos conocido a todos. Pero ninguno era tan famoso como tú.

William Shakespeare se tomó unos instantes para considerar el comentario y después asintió con la cabeza.

—Estoy seguro de que Maquiavelo y, desde luego, Dee, discreparían. Pero sí, tienes razón, por supuesto. Ninguno de ellos tiene mi —hizo una pausa—, mi perfil. Mi obra ha prosperado y sobrevivido, pero la suya no es tan popular.

—¿Realmente estuviste al servicio de Dee? —preguntó repentinamente Josh. Se había dado cuenta de que era la oportunidad perfecta para conseguir algunas respuestas.

La sonrisa de Shakespeare se desvaneció.

—Pasé veinte años al servicio de Dee.

—¿Por qué? —inquirió Josh.

—¿Le has conocido alguna vez? —replicó Shakespeare. Josh respondió afirmando con la cabeza—. Entonces sabrás que Dee es uno de los enemigos más peligrosos: está convencido de que lo que está haciendo es lo correcto.

—Es lo mismo que dijo Palamedes —murmuró Josh.

—Y es la verdad. Dee es un mentiroso, pero al final comprendí que realmente se cree sus propias mentiras. Porque quiere creerlas, necesita creerlas.

De forma inesperada empezó a caer una llovizna sobre el desguace de coches y cada una de las gotas chocaba contra las planchas abolladas.

—Pero ¿tiene razón? —preguntó rápidamente Josh mientras corría a refugiarse de la lluvia bajo uno de los costados de la casa metálica. Alargó el brazo y agarró a Shakespeare. En ese mismo instante su aura resplandeció, emitiendo una luz brillante y naranja, al mismo tiempo que un aura de color amarillo pálido se formaba alrededor de la silueta del dramaturgo. El aroma a limón y a naranja se entremezcló y, aunque ambos olores hubieran resultado agradables, el hedor corporal de Shakespeare teñía cualquier buen aroma.

Dee, mucho más joven, sin arrugas en el rostro y con el cabello y la barba oscuros. Estaba mirando fijamente un enorme cristal. A su lado, un joven William Shakespeare con los ojos abiertos de par en par.

Imágenes en el cristal...

Campos exuberantes y verdes...

Huertos repletos de frutas...

Mares llenos de peces...

—Espera. ¿Crees que Dee debería hacer que los Inmemoriales regresaran a este mundo?

Shakespeare empezó a subir las escaleras.

—Sí —respondió sin tan siquiera girarse—. Mis propias investigaciones me conducen a creer que, probablemente, ésa sea la decisión correcta.

—¿Por qué? —rogaron los mellizos al unísono.

El Bardo les rodeó.

—La mayoría de Inmemoriales han abandonado este mundo. Los seres de la Última Generación juegan con los humanos y utilizan la tierra como patio de recreo y campo de batalla. Pero los más peligrosos son los humanos. Estamos destruyendo este mundo. Considero que el regreso de los Oscuros Inmemoriales podría salvar la tierra de nuestra propia destrucción.

Perplejos, los mellizos se miraron el uno al otro. Ahora estaban completamente confundidos. Josh fue quien habló primero.

—Pero Nicolas dijo que los Oscuros Inmemoriales quieren a los humanos para alimentarse.

—Algunos sí. Pero no todos los Inmemoriales comen Carne; algunos se alimentan de recuerdos y emociones. Al parecer, es un pequeño precio que hay que pagar para conseguir un paraíso sin hambruna, sin enfermedades.

—¿Por qué necesitamos a los Oscuros Inmemoriales? —preguntó Sophie—. Entre el Alquimista y Dee, junto con otros como ellos, amasan el poder y la sabiduría suficientes para salvar el mundo.

—Yo no lo creo.

—Pero Dee es muy poderoso... —empezó Josh.

—No puedes preguntarme nada sobre Dee; no tengo respuestas.

—Pasaste veinte años a su lado; debes de conocerlo mejor que cualquier otra persona de este mundo —protestó Sophie.

—Nadie conoce verdaderamente al Mago. Le quise como a un padre, como a un hermano mayor. Él era a quien admiraba, a quien quería parecerme.

Una única lágrima apareció bajo los gruesos cristales del inmortal y le recorrió la mejilla.

—Y entonces me traicionó y asesinó a mi hijo.

Capítulo 15

En lo más profundo de las catacumbas de la ciudad de París, el doctor John Dee se sacudía un tanto fastidiado el polvo de las mangas de su traje. Se arregló los puños de la chaqueta y se estiró la corbata. El Mago chasqueó los dedos y una bola de color amarillo apareció frente a él, flotando a la altura de su cabeza. Desprendía un olor a huevos podridos, pero el olor le resultaba tan familiar a Dee que ya ni siquiera le parecía nauseabundo. Una luz amarillenta iluminó las dos columnas arqueadas de huesos pulidos que habían sido talladas para imitar el marco de una puerta. Más allá de aquella abertura sólo había oscuridad. Dee se adentró en una cámara subterránea para enfrentarse a un dios congelado.

A lo largo de su vida, el Mago había contemplado maravillas. Había llegado a aceptar lo extraordinario como algo normal y corriente, y lo extraño y maravilloso como algo común. Dee había sido testigo de cómo fábulas de Las mil y una noches cobraban vida; había luchado con monstruos sacados de mitos griegos y

babilonios; había viajado por reinos que se creían producto de la imaginación, mentiras contadas por Marco Polo e Ibn Battuta. Sabía que las leyendas de los celtas y los romanos, los galos y los mongoles, los rusos y los vikingos, incluso las historias los mayas estaban basadas en hechos reales. Los dioses de Grecia y Egipto, los espíritus de las llanuras norteamericanas, los tótems de las junglas y los Myoo (Reyes de la Sabiduría) japoneses habían habitado esta tierra. Ahora sólo eran recordados como fragmentos de mitos o partes de una leyenda, pero John Dee sabía que, en tiempos remotos, habían caminado por este planeta. Formaban parte de una raza Inmemorial que había gobernado el mundo durante milenios.

Uno de los Inmemoriales más extraordinarios era Marte, y hacía menos de veinticuatro horas Dee lo había sepultado en una tumba de hueso sólido.

El Mago entró en una cámara circular gigantesca pero de techo bajo cuyas paredes eran del mismo color que la mantequilla, amarillo apagado. Miró alrededor de la cámara. Aunque había conocido su ubicación durante décadas, jamás había tenido una razón de peso para aventurarse hasta allí abajo para enfrentarse al Dios durmiente. Y el día anterior, todo había ocurrido tan rápido que no había tenido la oportunidad de examinar el sepulcro. Con la mano, recorrió una parte de la suave pared que había junto a la puerta. Sus conocimientos científicos le ayudaron a reconocer los materiales: fibra de colágeno y fosfato de calcio. Las paredes no eran de piedra, sino de hueso. Dee vislumbró dos hendiduras en la pared. Entre ellas distinguió dos depresiones, como si fueran dos

hoyuelos, y de repente el Mago supo qué estaba viendo y dónde estaba. Estaba mirando dos ojos y una nariz. Aquella sala no había sido tallada a partir de una única pieza de hueso, tal y como él creía, sino que estaba en el interior de una gigantesca calavera. Y lo más aterrador de todo es que parecía ser una calavera humana. Dee sintió un escalofrío que le recorrió la espalda; jamás los había visto con sus propios ojos, pero había escuchado historias de Mundos de Sombras donde habitaban gigantes caníbales. El día anterior, la superficie de los muros era suave y estaba pulida; hoy, en cambio, parecía tener el aspecto de una vela cuando se acerca demasiado al fuego. Unas estalactitas alargadas y congeladas parecían gotear un caramelo pegajoso desde el techo; unas gigantes burbujas habían quedado inmortalizadas en el mismo instante en que se disponían a explotar; unos hilos de líquido espeso se enroscaban creando formas decorativas.

En el centro de la cámara se hallaba un pedestal de piedra rectangular salpicado de lo que, a primera vista, parecía cera amarilla. La pesada losa estaba partida en dos. Y, sobre el suelo, justo delante del pedestal, se distinguía una estatua grisácea cuya mitad estaba sepultada en algo de color amarillo. Representaba a un corpulento hombre que se apoyaba en el suelo sobre sus rodillas y sus manos. Había quedado petrificado en el mismo momento que intentaba ponerse en pie. La figura iba vestida con los atuendos típicos de un guerrero: lucía una armadura de metal y de cuero de tiempos remotos. Tenía el brazo izquierdo estirado, con los dedos completamente separados; en cambio, la mano derecha estaba enterrada en el suelo hasta la altura de la muñeca. Su cuerpo, desde

la cintura hasta los pies, también se mezclaba con el propio suelo. Sobre la espalda de la escultura, dos espantosas criaturas de pequeño tamaño también estaban petrificadas. Su postura indicaba que querían saltar hacia delante para atacar con sus pezuñas de cabra. Se podía detallar cada hueso de las criaturas, pues su piel debía de ser extremadamente fina, y tenían las bocas abiertas de par en par, lo cual dejó al descubierto unas mandíbulas repletas de dientes puntiagudos. Las zarpas delanteras, completamente extendidas, tenían unas garras afiladas como dagas.

Dobló el abrigo para que éste no rozara el suelo y se subió ligeramente el bajo de los pantalones. Después, Dee se agachó para echar un vistazo a las estatuas. La pieza parecía haber salido de un museo, como si se tratara de una escultura clásica de Miguel Ángel o de Bernini, quizá. Pero eran Fobos y Deimos sobre la espalda de Marte Ultor. Dee hizo un movimiento con la mano y la bola de luz fluyó por encima de las cabezas de los sátiros. Los detalles eran verdaderamente increíbles; cada cabello se había preservado, y las babas que emergían de sus bocas, e incluso uno de ellos, Fobos, creyó Dee, tenía una uña rota. Pero no eran estatuas; el día anterior habían sido criaturas salvajes y Marte las había librado para que le atacaran. Hubiera sido una muerte terrible. Los sátiros se alimentan del pánico y del miedo... y a lo largo de los siglos el doctor John Dee había aprendido que había muchas cosas a las que temer. El hecho de saber qué podrían hacer los Inmemoriales con él siempre le había causado un pinchazo en el estómago. Fobos y Deimos se hubieran dado un festín durante varios meses.

El Mago se inclinó hacia delante para observar el casco que cubría completamente la cabeza de Marte. Bajo la capa amarillenta de hueso, la piedra gris aún era visible. Centelleaba como el granito, pero no era una piedra natural. Durante un instante, Dee sintió algo parecido a lástima por el Oscuro Inmemorial. La Bruja de Endor había provocado que su aura se hiciera visible y, por lo tanto, se endureciera a su alrededor hasta tener la misma consistencia que la piedra. De esta forma, lo atrapó en una corteza imposible. Si el Vengador intentaba arrancarse esa capa de piedra, su aura burbujearía como lava y se endurecería de inmediato. Marte, que antaño había vagado por el mundo y había sido venerado como un dios por docenas de civilizaciones que le denominaban de forma diferente, había permanecido prácticamente inmóvil durante milenios. Dee se preguntaba qué crimen había cometido el Dios de la Guerra para ofender de tal forma a la Bruja, para que ésta le condenara a este calvario. Sin duda alguna, debía de tratarse de un crimen terrible. Entonces los labios del Mago se retorcieron formando una sonrisa. Se le había ocurrido algo. Se acercó a la silueta y dio unos golpecitos sobre el casco con los nudillos. En aquella sala cubierta de hueso, el sonido se amortiguó.

—Sé que puedes escucharme —dijo Dee en tono conversador—. Estaba pensando que éste parece ser tu destino. Primero la Bruja te atrapa en tu propia aura y, después, yo te atrapo en hueso sólido.

Unos zarcillos de humo negro emergieron repentinamente del casco del Oscuro Inmemorial.

—Ah, perfecto —murmuró Dee—. Por un momento pensé que

te había perdido.

Unos ojos color carmesí resplandecieron en lo más profundo del casco.

—No soy tan fácil de matar —dijo Marte con una voz cortante y grave cuyo acento era indefinible.

Dee se enderezó y se sacudió el polvo de las rodillas.

—¿Sabes una cosa? Cada Inmemorial que he matado ha dicho eso. Pero hay sangre en tus venas, y todo ser vivo puede morir —amenazó con una diminuta sonrisa—. Sin embargo, debo admitir que eres difícil, de hecho extremadamente difícil, de matar, pero no es imposible. Sé hacerlo. Ya lo hice. Hace menos de una semana asesiné a Hécate.

El interior del casco se iluminó con un resplandor del mismo color que la sangre durante un instante; después se desvaneció. Encerrado entre granito y hueso, Marte no se podía mover. No obstante, Dee sentía claramente la mirada del Inmemorial clavada en él. Unos hilos de humo negro volvieron a brotar del casco de Marte y, en lugar de ojos, el Mago pudo distinguir dos bolas rojas con diminutas motas azules.

—¿Has venido a regodearte, Mago?

—No es ésa mi intención —contestó Dee. El Mago caminó hasta colocarse tras el trío de estatuas, desde donde podía examinar cada ángulo—. Pero ya que estoy aquí, también puedo regodearme de todas formas.

Recorrió el hombro del Inmemorial con las manos y Dee sintió cómo su propia aura parpadeaba cuando un casi imperceptible zumbido de energía crujió de la estatua. Incluso enterrada bajo un

caparazón de piedra y hueso, el aura del Inmemorial tenía poder.

—Cuando escape de aquí—retumbó la voz de Marte—, y ten por seguro que lo haré, tú serás mi prioridad. Incluso antes de descubrir el paradero de la Bruja de Endor, daré contigo y, créeme, mi venganza será terrible.

—Qué miedo —dijo Dee con tono sarcástico—. La Bruja te ha mantenido aquí encerrado durante milenios. Aún no has logrado despojarte de esa maldición, y tú sabes perfectamente que si le ocurre algo a la Bruja el hechizo morirá con ella, dejándote a ti atrapado para siempre —recordó el Mago mientras se colocaba frente al Inmemorial otra vez—. Quizá debería haber matado a la Bruja. De ese modo, tú jamás podrías escapar.

Se produjo un sonido muy peculiar en el interior del casco. El Mago tardó varios segundos en percatarse de que el Inmemorial estaba carcajeándose.

—¡Tú! ¿Matar a la Bruja? Me llamaban el Dios de la Guerra; mis poderes eran terribles. Y aun así no fui capaz de matarla. Si te enfrentas a ella, Mago, te hará algo horrible y se asegurará de que tu agonía perdure a lo largo de los milenios. Una vez, hace mucho tiempo, redujo a toda una legión romana a figuras del tamaño de una uña y las ensartó en un alambre plateado para poderlas llevar como si fuera un collar. Ha mantenido con vida a esa legión durante siglos —explicó el Inmemorial entre risas—. Coleccionaba pisapapeles de ámbar en cuyo interior había una persona que la había ofendido. Así que, ¡corre y ataca a la Bruja! Estoy seguro de que será particularmente creativa con tu castigo.

Dee se agachó para ponerse a la misma altura del Inmemorial y

mirarle a la cara. Entrelazó los dedos de las manos y miró fijamente al interior humeante y oscuro del casco de piedra. Dos puntos carmesí le observaban. El Mago hizo unos movimientos con los dedos y la bola de luz descendió hasta quedarse flotando tras su cabeza. Esperaba que la potente luz cegara a Marte, pero aquellas dos órbitas ni siquiera pestañearon. Con un giro de muñeca, Dee alejó la luz enviándola hacia el techo, donde se suavizó hasta apagarse. En ese instante la cámara se tiñó de color sepia.

—He venido aquí a hacerte una oferta —dijo Dee después de un largo momento de silencio.

—No hay nada que puedas ofrecerme.

—Hay una cosa —dijo Dee con tono confiado.

—¿Has venido por decisión propia o te han enviado tus maestros? —preguntó Marte.

—Nadie sabe que estoy aquí.

—¿Ni siquiera el italiano?

Dee se encogió de hombros.

—Sospecha algo, pero no puede hacer nada.

Entonces Dee se quedó completamente callado y esperó. Dee era partidario del silencio. Según su experiencia, muchas personas suelen hablar sólo para llenar el silencio.

—¿Qué quieres? —preguntó finalmente Marte.

El Mago agachó ligeramente la cabeza para esconder una sonrisa. Con esa sencilla pregunta, Dee supo que el Inmemorial le otorgaría exactamente lo que había venido a buscar. El doctor John Dee siempre se había enorgullecido de su imaginación, ya que, gracias a ella, se había convertido en uno de los magos y

nigromantes más poderosos del mundo. Sin embargo, no lograba hacerse una idea de cómo se sentiría si estuviera atrapado durante siglos en un caparazón de piedra. Había percibido la desesperación en la voz del Dios de la Guerra justamente el día anterior, cuando había suplicado a Sophie que invirtiera la maldición, lo cual le había dado una idea.

—Sabes que soy un hombre de palabra —empezó Dee. Marte no musitó nada—. De acuerdo, he mentido, engañado, robado y asesinado; pero todo ello con una única intención: hacer posible el regreso de los Inmemoriales a este mundo.

—El fin justifica los medios —gruñó Marte.

—Exactamente. Y sabes que si te doy mi palabra, mi juramento, cumpliré mi promesa. Ayer dijiste que podías leer mis intenciones claramente.

—Sé que, a pesar de tus defectos, o posiblemente gracias a ellos, eres un hombre honorable, aunque es una definición de honor un tanto peculiar —añadió Marte—. Pero sí, si me das tu palabra, te creeré.

Dee se levantó y empezó a caminar alrededor de la estatua hasta colocarse tras ella, de forma que Marte no pudiera observar el gesto triunfante que tenía en el rostro.

—La Bruja de Endor jamás invertirá tu maldición, ¿verdad?

Marte Ultor permaneció en silencio durante un buen rato, pero Dee no hizo ningún movimiento para romper el silencio. Quería darle tiempo al Inmemorial para que reflexionara sobre lo que acababa de decir; necesitaba que el Vengador reconociera que estaba condenado a llevar esa cascara de piel durante toda una

eternidad.

—No —admitió el dios con un espantoso susurro—. No lo hará.

—Quizás algún día conozca exactamente lo que hiciste para ganarte tal castigo.

—Quizá. Pero no por mí.

—Así que estás atrapado... o puede que no.

—Explicate, Mago.

Dee empezó a caminar siguiendo el sentido de las agujas del reloj alrededor del petrificado Inmemorial. No quiso alzar la voz ni mostrar ningún tipo de emoción mientras describía su plan.

—Ayer tú despertaste a Josh, el mellizo de aura dorada. Tú le tocaste; estás conectado con él.

—Sí, existe una conexión —acordó Marte.

—La Bruja tocó a la melliza de aura plateada y la formó en la Magia del Aire. Además, también le transmitió todo su compendio de sabiduría —continuó Dee—. Ayer tú dijiste que la chica tiene que saber el hechizo que pueda librarte de esta pesadilla.

—Y ella dijo que lo sabía —murmuró Marte.

Dee le dio una palmadita en la espalda a la estatua antes de sentarse frente a ella. Una energía eléctrica iluminó La sala.

—¡Y ella se negó! Pero ¿se negaría a hacerlo si la vida de su hermano, o mejor aún, la vida de sus padres, estuviera en peligro? ¿Se negaría? ¿Podría negarse?

El humo que brotaba desde el visor del casco del Inmemorial se tornó blanco y después grisáceo.

—Incluso conociéndome, sabiendo lo que soy, lo que hice y de

lo que soy capaz, la joven se atrevió a enfrentarse a mí con tal de salvar a su hermano —dijo Marte en voz baja—. Estoy seguro de que haría cualquier cosa para salvar a su hermano y a su familia.

—He aquí mi juramento, mi promesa —continuó Dee—: Encuentra al chico y te juro que traeré a la chica, a su hermano y a sus padres aquí, ante ti. Cuando vea que están al borde de la muerte, te garantizo que ella te librerá de esta terrible maldición.

Capítulo 16

Desde el exterior, la majestuosa estructura metálica que se alzaba en el centro del claro pantanoso parecía estar muy deteriorada y en ruinas pero, al igual que ocurría con todo lo demás del desguace, era sólo una fachada. El interior de la casucha estaba impecable, limpio, sin una mota de polvo. Uno de los extremos de la sala principal se utilizaba para cocinar y comer; contenía un fregadero, una nevera, unos fogones para cocinar y una mesa. En la sección central de la cabaña se distinguía un escritorio donde se apoyaba un ordenador de mesa y dos pantallas idénticas. Al otro extremo de la choza se podía vislumbrar una gigantesca televisión de pantalla plana delante de dos sofás de cuero. Un trío de torres metálicas aguardaba docenas de DVD.

Cuando los mellizos siguieron a Shakespeare hacia el interior de aquella casa aparentemente en ruinas, enseguida se percataron de que habían interrumpido una discusión entre Flamel y Palamedes, quienes estaban de pie a uno y otro lado de la mesa de madera de

la cocina. El caballero tenía los brazos cruzados sobre el pecho y las manos de Flamel estaban cerradas, convirtiéndose así en puños. La atmósfera había cobrado un aroma ácido por la mezcla de sus auras.

—Creo que deberíais esperar fuera —advirtió Nicolas mirando a ambos mellizos. Después desvió la mirada hacia el Caballero Sarraceno y añadió—: Acabaremos enseguida.

Sophie hizo el ademán de salir de la sala, pero Josh la empujó levemente para que ésta se introdujera aún más en la habitación.

—No. Creo que deberíamos esperar aquí —dijo Josh con firmeza. Observó a Palamedes y después al Alquimista—. Si tenéis algo que decir, deberíais hacerlo delante de nosotros. Después de todo, esto es por nosotros, ¿verdad? —preguntó echando un vistazo a su hermana—. Nosotros somos... ¿cuál es la palabra?

—El catalizador —facilitó Sophie.

Josh asintió con la cabeza.

—El catalizador —repitió, aunque ésa no era la palabra exacta que estaba buscando. Miró a su alrededor, fijándose sobre todo en el ordenador, y después se giró hacia su hermana—. Odio cuando los adultos te ordenan que salgas de una habitación cuando están hablando sobre ti. ¿No te ocurre lo mismo?

Sophie asintió.

—Lo odio.

—No estábamos hablando de vosotros —inquirió rápidamente Flamel—. De hecho, esto no tiene nada que ver con vosotros. Está relacionado con un asunto pendiente entre el señor Shakespeare y

yo.

—En este momento —dijo Josh adentrándose todavía más en la sala y concentrándose para mantener su tono de voz firme—, todo lo que ocurra nos incumbe.

Josh Newman clavó la mirada en el Alquimista y prosiguió:

—Casi nos matas. Has cambiado nuestras vidas ir... irrev... irrovo...

—Irrevocablemente —corrigió Sophie.

—Irrevocablemente —repitió Josh—. Y si vosotros dos tenéis un problema, entonces se convierte en nuestro problema y debemos saber de qué se trató.

Sophie colocó la mano sobre el hombro de Josh y lo apretó, dándole ánimos. Palamedes sonrió y su blanca sonrisa pareció resplandecer durante un instante.

—El chico tiene carácter. Me gusta.

El rostro de Nicolas era una máscara impassible, pero sus ojos pálidos parecían estar nublados. Una vena, que se hinchó repentinamente en su frente, parecía incluso latir. Se cruzó de brazos y asintió a Palamedes.

—Entonces debes saber que no tengo ningún tipo de problema con el Caballero Sarraceno —anunció mientras giraba lentamente la cabeza, señalando así al hombrecillo con delantal mugriento que permanecía delante de la nevera abierta y sacaba bolsas llenas de fruta—. Tengo un problema con este hombre. Un serio problema.

Shakespeare lo ignoró.

—¿Qué queréis comer? —preguntó a los mellizos—. Sé que no queréis carne, pero tenemos cantidad de fruta fresca recolectada

esta misma mañana. Y Palamedes ha comprado pescado en el mercado de Billingsgate.

Colocó varias bolsas repletas de fruta en el fregadero y después abrió el grifo. Un chorro de agua llenó el fregadero metálico.

—Sólo fruta —respondió Sophie.

Palamedes echó un rápido vistazo a los mellizos.

—Esta disputa no tiene nada que ver con vosotros —anunció—. Se remonta a siglos atrás. Pero sí, estoy de acuerdo con que os afecta. De hecho, nos afecta a todos —aclaró mientras desviaba la mirada hacia el Alquimista—. Si queremos sobrevivir debemos, todos nosotros, dejar de lado viejas disputas, viejas costumbres. Sin embargo, permitidme que sugiera que discutamos esto después de comer.

—Queremos tener respuestas ahora —dijo Josh—. listamos hartos de que nos tratéis como a niños.

El caballero inclinó la cabeza y miró al Alquimista.

—Tienen derecho a ciertas respuestas.

Nicolas Flamel se frotó el rostro con las manos. Tenía unas ojeras amoratadas bajo los ojos y las líneas de expresión de la frente eran claramente más profundas. Sophie se dio cuenta que la piel de las manos del Alquimista empezaba a mostrar unas diminutas manchas. El mismo les había dicho que envejecería a un ritmo de al menos un año por cada día que pasara. Sin embargo, en su opinión, el Alquimista aparentaba, al menos, diez años más que hacía una semana.

—Antes de seguir con esto —interrumpió Nicolas con un

acento francés ahora más evidente por el cansancio—, debo admitir que me incomoda discutir este tipo de cosas delante de... —levantó la mano y miró a Shakespeare—, de ese hombre.

—Pero ¿por qué? —preguntó Sophie con frustración. Cogió una de las sillas de madera y se desplomó sobre ella. Josh tomó otra silla para sentarse al lado de su hermana. El caballero permaneció en pie unos momentos y seguidamente también se sentó. Sólo el Alquimista y el Bardo se quedaron de pie.

—Nos traicionó a mí y a Perenelle —empezó bruscamente Flamel—. Nos vendió a Dee.

Los mellizos se giraron para observar al Bardo, que en ese instante estaba colocando uvas, manzanas, peras y cerezas en un par de platos.

—Eso, en parte, es verdad —admitió.

—Por su culpa, Perenelle fue herida y estuvo a punto de morir —prosiguió Flamel.

Los mellizos volvieron a desviar la mirada hacia el Bardo. Éste asintió con la cabeza.

—Eso ocurrió en 1576 —informó Shakespeare en voz baja mientras apartaba la mirada de la mesa. Todos pudieron advertir que su mirada azul pálido se magnificaba tras los cristales y que de sus ojos salían dos gigantescas lágrimas.

Josh se apoyó en el respaldo, completamente perplejo.

—¿Estáis discutiendo sobre algo que ocurrió hace más de cuatrocientos años? —preguntó con voz incrédula el joven Newman.

Shakespeare se giró para dirigirse directamente a Sophie y

Josh.

—Sólo tenía doce años. Yo era más joven que vosotros —les contó mientras esbozaba una tierna sonrisa, desvelando una dentadura amarillenta—. Cometí un error, un terrible error. Y he pasado siglos pagando por ello. —Se giró hacia Flamel—. Fui aprendiz del Alquimista. Él tenía una pequeña librería en Stratford, el lugar donde yo me crié. —Josh contempló a Nicolas—. No me trató bien.

Flamel alzó rápidamente la cabeza y abrió la boca para responder, pero Shakespeare siguió su discurso, impidiéndole así que le interrumpiera.

—Yo no era un analfabeto; había asistido a la Nueva Escuela del Rey y era capaz de leer y escribir inglés, latín y griego. Ya en aquel entonces, cuando tan sólo era un crío, sabía que quería ser escritor, así que convencí a mi padre para que me encontrara un puesto de trabajo en la librería del señor Fleming —continuó Shakespeare. El Bardo ahora tenía la mirada clavada en el Alquimista y su discurso cada vez resultaba más formal, casi arcaico—. Ansiaba leer y aprender y escribir; el señor Fleming se dedicó a ordenarme que fregara los suelos, que le hiciera los recados y que llevara paquetes con libros por toda la ciudad.

El Alquimista abrió otra vez la boca, pero enseguida la cerró, sin musitar palabra. Shakespeare prosiguió:

—Y entonces el señor Dee apareció en Stratford. Deberíais saber que ya en aquella época era un personaje famoso. Había prestado sus servicios a dos reinas, María e Isabel, y había logrado mantener la cabeza sobre los hombros, lo cual no era habitual en

aquel entonces. Era una persona muy cercana a la reina Isabel; de hecho, se decía que él había escogido la fecha para su coronación. Su reputación decía que poseía la mayor biblioteca de toda Inglaterra, así que me pareció completamente normal que entrara en la librería de los Fleming. Sorprendentemente, el matrimonio Fleming, que casi nunca salía de su establecimiento y jamás se aventuraba más allá de la ciudad, no estaba en casa ese día. La tienda estaba a cargo de uno de sus ayudantes, un hombre con cara de caballo cuyo nombre no he sido capaz de recordar.

—Sebastian —informó Flamel en voz baja.

Shakespeare fijó su mirada húmeda en el Alquimista y afirmó con la cabeza.

—Ah, sí, Sebastian. Pero Dee no tenía interés alguno en él. Habló directamente conmigo; primero en inglés, después en latín y por último en griego. Me pidió que le recomendara un libro, así que le sugerí Medea, de Ovidio, lo compró y luego me preguntó si estaba contento en ese lugar de trabajo. —La mirada pálida de Shakespeare no se apartó de Flamel—. Le dije que no. Así que me ofreció un aprendizaje; me dio la oportunidad de escoger entre un puesto de asistente de librero y un aprendizaje junto con uno de los hombres más poderosos de Inglaterra. ¿Cómo podía rechazar tal oportunidad? —Josh hizo un gesto con la cabeza, dando a entender que comprendía su elección. Él hubiera hecho exactamente lo mismo—. Así que me convertí en el aprendiz de Dee. Quizás incluso más que eso: llegué a creer que él me consideraba como un hijo propio. Pero lo que es innegable es que él fue quien me creó.

Sophie se inclinó hacia delante, acercándose a la mesa y

mostrándose algo confusa.

—¿A qué te referes cuando dices que él te creó?

La tristeza nubló la mirada de Shakespeare.

—Dee vio algo en mí, un ansia por vivir sensaciones, un anhelo por experimentar aventuras, y me ofreció formarme y educarme de una forma que el matrimonio Fleming, Flamel, jamás haría o podría hacer. Él me mostró mundos más allá del entendimiento, alimentó mi imaginación y me permitió el acceso a su increíble biblioteca, lo cual me otorgó el lenguaje suficiente para dar forma y describir los mundos que había descubierto. Gracias al doctor John Dee me convertí en William Shakespeare, el escritor.

—Te has dejado la parte en que te pidió que te adentraras en nuestra casa a altas horas de la noche y robaras el Códex —añadió Flamel con frialdad—. Y como fracasaste en tu misión, él nos acusó de ser espías españoles. Cincuenta hombres de la Reina rodearon la librería y nos «tacaron sin previo aviso. Malhirieron a Sebastian y Perenelle recibió una bala de mosquete en el hombro, lo cual casi acaba con su vida.

Shakespeare escuchaba las palabras y asentía con la cabeza, indicando así que contaba la verdad.

—Dee y yo no estábamos en Stratford cuando aquello sucedió y sólo lo supe más tarde, mucho más tarde —añadió con un susurro—. Y para entonces ya era demasiado tarde, por supuesto. Estaba bajo un hechizo de Dee: me había convencido de que podía llegar a ser el escritor que quería. Aunque entonces parecía imposible, yo le creí. Mi padre fabricaba guantes y comerciaba con lanas; en mi familia no había escritores, ni poetas, ni dramaturgos, ni

siquiera actores. —Sacudió ligeramente la cabeza y añadió—: Quizá debería haber seguido los pasos de mi padre e introducirme en el negocio familiar.

—El mundo habría sido un lugar mucho más pobre —consoló Palamedes.

El Caballero Sarraceno observaba de cerca tanto a Shakespeare como al Alquimista.

—Me casé, tuve hijos —continuó el Bardo. Ahora articulaba las palabras con más lentitud y centraba toda su atención en Flamel—. Primero una hija, mi preciosa Susanna, y después, dos años más tarde, los gemelos, Hamnet y Judith.

Sophie y Josh se pusieron derechos enseguida y se entrecruzaron rápidamente las miradas. Era la primera vez que oían que Shakespeare había tenido mellizos.

Se produjo un largo silencio hasta que, finalmente, el Bardo inmortal lo rompió con un profundo suspiro. Extendió los dedos de las manos sobre la mesa de madera y les miró fijamente.

—Fue entonces cuando descubrí el verdadero interés que Dee tenía en mí. De alguna forma él sabía que yo tendría mellizos. Creía que serían los mellizos legendarios de

la profecía del Códex. En 1596 ya me había mudado a Londres y no vivía en Stratford. Dee hizo una visita a mi esposa y le ofreció educar a los mellizos. Ella estuvo conforme con la oferta, aunque; ya en aquel entonces corrían malos rumores sobre el doctor. Unos días más tarde, intentó Despertar a Hamnet. El acontecimiento acabó con su vida —finalizó—. Mi hijo sólo tenía once años.

Nadie habló durante el largo silencio que se produjo a

continuación. Sólo se percibía la lluvia cayendo sobre el techo metálico.

Finalmente, Shakespeare alzó la mirada y observó a Flamel. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Rodeó la mesa y se colocó directamente enfrente del Alquimista.

—Un niño insensato te traicionó por su ignorancia y estupidez. En última instancia, pagué por aquello con la vida de mi hijo. Nicolas, no soy tu enemigo; odio a Dee de una forma que no puedes ni siquiera imaginar —Shakespeare agarró a Flamel por el brazo y añadió—: He esperado mucho tiempo para volver a verte. Entre tú y yo sabemos más sobre el Mago que cualquier otra persona de este planeta. Estoy harto de huir y esconderme; ha llegado el momento de poner en común nuestro conocimiento, de trabajar codo con codo, ría llegado el momento de luchar contra Dee y sus Oscuros Inmemoriales. ¿Qué me dices? —preguntó.

—Es una buena estrategia —irrumpió Josh antes de que Flamel pudiera responder. El joven sabía, incluso mientras pronunciaba las palabras, que no tenía la menor idea de lo que estaba diciendo. Era Marte quien hablaba por él—. Te has pasado toda una vida huyendo; Dee no esperará que cambies tu táctica.

Palamedes apoyó los antebrazos sobre la mesa.

—El chico tiene razón —dijo—. Efectivamente, el Mago te ha atrapado aquí, en Londres. Si huyes, te capturará.

—Y si nos quedamos aquí nos capturará a todos —añadió rápidamente Josh.

Nicolas Flamel miró a su alrededor. Evidentemente, estaba algo abrumado por lo que acababa de escuchar.

—No estoy seguro... —dijo finalmente—. Si pudiera hablar con Perenelle... ella sabría qué hacer.

Shakespeare sonrió por primera vez desde que habían llegado, mostrando así su satisfacción.

—Creo que podemos solucionar eso.

Capítulo 17

Perenelle Flamel permanecía en pie bajo el arco de la entrada y contemplaba la oscuridad que se abría ante ella. Antaño, allí mismo, se había alzado una puerta metálica muy pesada que tapaba esa apertura; ahora, la puerta yacía en el suelo tras la Hechicera, abollada, retorcida y sin bisagra alguna a causa del peso de las arañas que habían ascendido como una oleada oscura de las celdas de abajo. Con Areop-Enap retirada y refugiada en su propio capullo, los pocos arácnidos que habían sobrevivido habían desaparecido y todo lo que quedaba sobre la superficie de Alcatraz eran cascarillas secas de moscas muertas y cuerpos de arañas. Perenelle se preguntaba quién, o qué, había enviado las moscas. Se trataba, sin duda alguna, de alguien poderoso; alguien que, probablemente, en ese mismo instante estaba planeando su siguiente movimiento.

Perenelle ladeó ligeramente la cabeza y deslizó su larga cabellera negra detrás de la oreja, cerró los ojos y escuchó. Su

sentido del oído era preciso, pero no lograba percibir ningún movimiento. Sin embargo, la Hechicera sabía que las celdas no estaban vacías. La cárcel de la isla estaba repleta de bebedores de sangre y carnívoros, vetalas, minotauros, windigos y onis, troles y cluriclauns y, por supuesto, la letal esfinge. Los rayos de sol habían recargado el aura de Perenelle y sabía que podría enfrentarse a las criaturas más inofensivas, aunque los minotauros y los windigos podrían darle algún que otro problema. No obstante, era completamente consciente de que no podría vencer a la esfinge. El león con alas de águila se alimentaba de energía mágica; el simple hecho de estar cerca de aquella criatura le desgastaría el aura, dejándola así indefensa y vulnerable.

Perenelle se colocó la mano en el estómago, que no había parado de rugirle. Tenía hambre. En contadas ocasiones la Hechicera necesitaba alimentos, pero era innegable que estaba consumiendo mucha energía y necesitaba calorías para recuperarse. Si Nicolas estuviera allí, eso no supondría un problema; muchas veces, en sus viajes, su marido había utilizado sus capacidades alquímicas para transmutar piedras en pan y agua en sopa. Conocía un par de encantamientos con cuernos de la abundancia que había aprendido en Grecia y que podrían proporcionarle suficientes alimentos, pero para ello necesitaría hacer uso de su aura, lo que atraería rápidamente a la esfinge hacia ella.

No había encontrado ningún ser humano sobre la isla y, de hecho, dudaba de que alguno hubiera podido sobrevivir una sola noche en Alcatraz manteniendo su cuerpo y su cordura intactos. En ese instante se acordó de un artículo de periódico que había leído

recientemente, hacía alrededor de seis meses. En él se decía que una empresa privada había adquirido Alcatraz y que, a partir de ahora, estaría cerrada al público y transformarían el parque público en un museo de historia multimedia. Ahora que sabía que Dee era el verdadero propietario de la isla, supuso que aquello no era verdad, con lo cual, si ningún ser humano había pisado esa isla durante, al menos, los seis últimos meses, resultaría casi imposible encontrar algo comestible. No sería la primera vez que, a lo largo de su vida, Perenelle había tenido hambre.

El Mago había reunido un ejército en las celdas, criaturas sacadas de cada cultura mundial y mitos de todas las razas. Sin excepción, se trataba de monstruos que habían sido el origen de las pesadillas humanas durante milenios. Y si había un ejército, eso sólo podía significar que se acercaba una guerra. Los labios de la Hechicera formaron una sonrisa irónica. Al parecer, ella era el único ser humano en Alcatraz.. junto con una serie de bestias míticas, monstruos terribles, vampiros y criaturas mitad hombre mitad animal. Las Nereidas nadaban en el océano que rodeaba la isla, una Diosa con ganas de venganza la había encerrado en una celda en las profundidades de la isla y algún ser increíblemente poderoso, o bien Inmemorial o bien de la Última Generación, la atacaba desde algún lugar de tierra firme.

La sonrisa de Perenelle se desvaneció; estaba completamente segura de que había estado en situaciones peores en algún momento del pasado, pero en ese preciso instante no lograba recordar ninguna. Y siempre había tenido a Nicolas junto a ella. Juntos eran invencibles.

Una suave brisa emergió desde abajo, erizándole el cabello. Al mismo tiempo, unas diminutas motas de polvo se arremolinaron en el aire y, en la oscuridad, se visualizó el contorno de una silueta. Perenelle abandonó el oscuro interior para recibir los rayos de sol que tanto la fortalecían. Dudaba de que fuera la esfinge; hubiera percibido su inconfundible aroma, una mezcla del olor almizclado de león, pájaro y serpiente.

La figura se materializó bajo el arco de la entrada, tomando profundidad y sustancia a medida que se acercaba a la luz. La silueta parecía contener partículas de óxido rojo y pedazos de telaraña brillante: era el fantasma de Juan Manuel de Ayala, el descubridor y Guardián de Alcatraz. El espectro realizó una reverencia.

—Me complace verte fuerte como un roble, *Madame* —dijo en un español arcaico y formal.

Perenelle sonrió.

—¿Por qué? ¿Creías que volverías a verme en forma de espíritu, como tú?

Un De Ayala casi transparente flotó por el aire y consideró cuidadosamente la pregunta; después negó con la cabeza.

—Sabía que si perecías en esta isla, tu espíritu no se quedaría aquí, sino que se habría marchado.

Perenelle asintió con la cabeza y la mirada se le nubló de pena.

—Hubiera ido en busca de Nicolas.

La dentadura perfecta que el marinero fantasma jamás había tenido durante su vida quedó al descubierto cuando éste esbozó una sonrisa.

—Acompáñame, *Madame*, acompáñame: creo que hay algo que deberías ver.

Se giró y se deslizó flotando hacia las escaleras. Perenelle vaciló; confiaba plenamente en De Ayala, pero sabía que los fantasmas no eran las criaturas más brillantes en términos de inteligencia y que se les podía engañar fácilmente. Y en ese momento, de una forma casi imperceptible, Perenelle reconoció la esencia de menta en la atmósfera salada y húmeda. Sin pensárselo dos veces, la Hechicera siguió al fantasma hacia las sombras.

Capítulo 18

Nicolas Flamel se sentó delante de dos pantallas de ordenador LCD idénticas. William Shakespeare se sentó a su derecha y Josh prefirió mantener cierta distancia y se quedó tras ellos. Intentaba quedarse lo más lejos posible del inmortal inglés y respirar sólo por la boca. Cuando Shakespeare se movía dejaba tras de sí un rastro pestilente, pero cuando se sentó y se quedó quieto, el hedor se acumuló a su alrededor, formando una nube gruesa que envolvía su silueta. Palamedes y Sophie habían salido a dar de comer a los perros.

—Confía en mí; es bastante sencillo —explicó Palamedes pacientemente—. Sólo debemos realizar una pequeña variación del hechizo de adivinación que Dee me enseñó hace ya más de cuatrocientos años.

—¿Me permitís que os mencione que el ordenador está apagado? —interpuso Josh repentinamente al percatarse de que, aparentemente, nadie se había dado cuenta de ello—. Sólo las

pantallas están encendidas.

—Pero sólo necesitamos las pantallas —explicó Shakespeare de modo enigmático. Después miró al Alquimista y añadió—: Dee siempre utilizaba una superficie reflectante para este tipo de adivinación...

—¿Adivinación? —preguntó Josh con el ceño fruncido. Ya había escuchado a Flamel utilizar la misma palabra—. ¿A qué te refieres?

—Adivinación proviene del antiguo término francés *descrier*— murmuró Shakespeare—, que significa «proclamar» o «mostrar». En el caso de Dee, significaba «revelar». Cuando estaba con él, siempre llevaba consigo un espejo.

Flamel afirmó con un gesto de cabeza.

—Su famosa «piedra de visión», o lente mágica. He leído sobre eso.

—Se la mostró a la mismísima reina Isabel en su casa, en Mortlake —relató el Bardo—. Le aterró de tal forma aquello que vio que salió corriendo de casa y jamás regresó. El doctor podía mirar la lente y concentrarse en personas o lugares de todo el mundo.

Flamel asintió una vez más.

—Muchas veces me he preguntado qué era.

—Parece un televisor —comentó rápidamente Josh. Y entonces se dio cuenta de que estaban hablando de algo perteneciente al siglo xvii.

—Sí, muy parecido a un televisor, pero sin cámara alguna al otro lado para transmitir la imagen. Era un pedazo de tecnología

Inmemorial —añadió Shakespeare—, un regalo de su maestro. Creo que era una lente orgánica que se activaba mediante el poder de su aura.

—¿Qué ha ocurrido con él? —se preguntó Flamel en voz alta.

Shakespeare sonrió manteniendo los labios unidos.

—Yo lo robé la noche que huí. Tenía pensado quedármelo y quizás incluso utilizarlo contra él. Pero entonces caí en la cuenta de que si la lente creaba un vínculo entre Dee y su maestro, probablemente también lo crearía entre su maestro y yo. Lo lancé al río Támesis a la altura de Southwark, cerca de donde, más tarde, construimos el teatro Globe.

—Me pregunto si todavía estará allí —murmuró Flamel.

—Sin duda estará perdido bajo siglos de cieno y barro. Pero eso no importa; Dee podía, y seguro que lo hizo, utilizar cualquier superficie pulida para la adivinación, como espejos, ventanas o cristales, pero entonces descubrió que los líquidos funcionaban aún mejor. Aplicando su aura a un líquido, el Mago era capaz de alterar sus propiedades y convertirlo en reflectante para poder ver a personas y lugares de todo el planeta, tanto del presente como del pasado. Con suficiente tiempo y preparación incluso podía contemplar Mundos de Sombras. También podía utilizarlo para mirar a través de los ojos de animales o pájaros. Se convirtieron en sus espías.

—Es un personaje increíble —añadió Flamel mientras movía la cabeza mostrando su asombro—. Una lástima que no hubiera escogido trabajar con nosotros y luchar contra los Oscuros Inmemoriales.

—El Doctor solía utilizar agua de manantial pura, aunque sé de buena tinta que también ha utilizado nieve, hielo, vino o incluso cerveza. Cualquier líquido funcionará —informó. El Bardo se inclinó hacia delante y golpeó suavemente el marco de plástico negro que rodeaba la pantalla de ordenador. Entonces añadió—: ¿Y qué tenemos aquí... sino cristal líquido?

Los ojos pálidos del Alquimista se abrieron de par en par y, muy lentamente, asintió con la cabeza. Bajo el cuello de su camiseta, Flamel extrajo un par de quevedos con un cordón y se los colocó sobre la nariz.

—Por supuesto —susurró—. Y las propiedades del cristal líquido pueden alterarse aplicando una carga eléctrica o magnética. Eso cambia la orientación de los cristales.

Nicolas chasqueó los dedos y una diminuta chispa verde, más pequeña que un alfiler, apareció en su dedo índice. El interior de la casucha, que hasta entonces apestaba a comida frita, se cubrió de la fragancia de la menta y la imagen de un hilo retorcido apareció inmediatamente en ambas pantallas. Flamel deslizó su dedo y ambas pantallas destellaron una luz blanca, luego verde y, de forma inesperada, se convirtieron en espejos mates que reflejaban su rostro, junto con el de Shakespeare y Josh.

—Jamás se me habría ocurrido. ¡Eres un genio!

—Gracias —musitó Shakespeare. Pareció avergonzarse por el cumplido y las mejillas enseguida se le sonrojaron.

—¿Qué utilizarás como espejo al otro lado? —preguntó Flamel.

—Telaraña —respondió sorprendentemente el Bardo—. Creo

que, ya sea un palacio o un rancho, en ellos siempre hay telarañas. Los hilos tienen una textura pegajosa por el líquido que contienen y son excelentes espejos mágicos.

Flamel asintió una vez más, obviamente impresionado.

—Ahora, todo lo que necesitamos es algo que te una con *Madame Perenelle*.

Nicolas se quitó la pulsera de plata maciza que llevaba alrededor de la muñeca derecha.

—Perenelle me hizo esta pulsera —explicó mientras la colocaba sobre la mesa—. Hace más de un siglo, un cazador de recompensas enmascarado nos persiguió por toda América. Tenía las pistolas cargadas con balas de plata. Creo que pensó que éramos nombres lobo.

—¡Hombres lobo y balas de plata! —exclamó Shakespeare después de soltar una tremenda carcajada—. Dios mío, ¡qué bobos pueden ser estos mortales!

—Yo siempre creí que las balas de plata funcionaban contra los hombres lobo —dijo Josh—, pero supongo que me equivoco.

—Así es—dijo Flamel—. Yo siempre he preferido el vinagre.

—O el limón —añadió Shakespeare—. Y la pimienta es otra alternativa más que razonable. —Al ver a Josh tan descolocado, el Bardo añadió—: Lánzales pimienta a los ojos o a la nariz. Se detendrán y estornudarán, lo cual te dará el tiempo suficiente para escapar.

—Vinagre, limón y pimienta —murmuró Josh—. Me acordaré de añadirlos a la cajita donde guardo las armas para cazar hombres lobo. Y si no encuentro ningún hombre lobo, siempre puedo

prepararme una ensalada —añadió el joven con tono sarcástico. Shakespeare negó con la cabeza.

—No, no, necesitarías un buen aceite de oliva para una ensalada —corrigió con voz seria—, y el aceite de oliva es completamente inofensivo para cualquier criatura mitad hombre mitad animal.

—Aunque es muy útil contra las brujas y stregas —murmuró Flamel de forma distraída mientras creaba aquellas formas arremolinadas sobre las dos pantallas LCD.

—Yo no tenía ni idea de eso —admitió Shakespeare—. ¿Y cómo se utiliza...?

—¿Qué ocurrió con el cazarrecompensas? —interrumpió Josh un tanto frustrado mientras intentaba volver atrás en la conversación.

—Oh, Perenelle acabó rescatándolo de una tribu de Oh-mah.

—¿Oh-mah? —preguntaron Josh y Shakespeare a la misma vez.

—Sasquatch... Saskehavis —dijo Flamel. Entonces, durante un breve instante, la imagen de un humano de aspecto primitivo y alto apareció en la pantalla. Estaba cubierto de un pelaje rojizo y llevaba consigo un garrote gigantesco hecho de la raíz de un árbol—. Big Foot.

—Big Foot. Claro —dijo Josh mientras sacudía la cabeza—. ¿Estás diciendo que existen Big Foot en América?

—Por supuesto —respondió Flamel de forma desdeñosa—. Cuando Perenelle rescató al cazarrecompensas de los Oh-mah —continuó mientras acariciaba el brazalete—, le presentó sus balas

de plata como regalo —explicó mientras un zarcillo verde rodeaba la pulsera plateada—. Vi cómo fundía las balas de plata con su aura y les daba forma. —El Alquimista guardó el brazalete en el interior de su puño—. Siempre decía que había una parte de ella en la pulsera.

Y entonces, de repente, las dos pantallas LCD parpadearon y el trío vio la imagen de Perenelle Flamel.

Capítulo 19

Incluso sin la guía y la ayuda de Ayala, el aroma a menta hubiera conducido a Perenelle a las profundidades de Alcatraz, donde yacían todas las celdas. Fresco y limpio, tapaba el nauseabundo olor del edificio en estado de putrefacción y el hedor siempre presente de sal marina. Ahora se distinguía otra esencia en la isla de Alcatraz: el olor a zoológico, a muchos animales juntos.

De Ayala se detuvo ante la entrada de una celda y se hizo a un lado, dejando ver a Perenelle una gigantesca e intrincada telaraña que cubría toda la apertura. La telaraña circular desprendía un brillo blanco y de ella goteaba un líquido tembloroso. La esencia a menta era más intensa en ese preciso lugar.

—¿Nicolas? —susurró Perenelle, desconcertada. No había duda, era el familiar e inconfundible aroma del aura de su marido... Pero ¿qué estaba haciendo él ahí? Alargó el cuello para intentar ver a través de la telaraña el interior de la celda—. ¿Nicolas? —susurró otra vez.

De repente, cada gota que contenía la telaraña titiló y todas ellas se unieron. En cuestión de segundos la telaraña adoptó una superficie reflectante, como si la Hechicera estuviera observando un espejo. Después esa consistencia se desvaneció y la telaraña se tiñó de color negro, dejando al descubierto el complicado patrón que había debajo. Un hilo verde se enroscó en cada hebra de la telaraña y, sin dudar ni un segundo, reconoció la voz de Nicolas. «Siempre decía que había una parte de ella en la pulsera.» La telaraña volvió a cobrar vida y a iluminarse y tres rostros con expresión de asombro aparecieron de entre las sombras.

—¡Nicolas! —exclamó Perenelle en un suspiro rasgado.

Intentaba con todas sus fuerzas impedir que su aura resplandeciera. Aquello era imposible, al menos en el mundo en que ella vivía. De forma instintiva supo que era una forma de adivinación que utilizaba el líquido de la telaraña como fuente de visión... y supo, también, que su marido no habría sido capaz de hacer esto solo; jamás había llegado a dominar este arte en particular. Pero Nicolas siempre la sorprendía, incluso después de más de seiscientos años de matrimonio.

—Nicolas —murmuró—. ¡Eres tú!

—¡Perenelle! ¡Oh, Perenelle!

La alegría que se desprendía de la voz de Nicolas la dejó sin respiración. La Hechicera parpadeó para deshacerse de las lágrimas y después centró toda su atención en su marido, examinándole con todo detalle. Las arrugas de la frente eran más profundas, tenía nuevas líneas de expresión alrededor de los ojos y la nariz, las ojeras habían cobrado un tono más amarotado y oscuro

y el cabello parecía tener un color plateado. Pero no le importaba: estaba vivo. Sintió cómo algo en su interior se estremecía y se tranquilizaba. La esfinge se había mofado de ella diciéndole que Nicolas estaba condenado a la muerte; Morigan había dicho que Nidhogg andaba suelto por la ciudad de París. Perenelle temía incluso pensar en su marido y en aquello que podría haberle sucedido. Pero ahí estaba: con aspecto mayor, evidentemente; cansado, desde luego, ¡pero vivo!

El chico, Josh, también estaba ahí, justo detrás de Nicolas. Él también parecía agotado. Tenía la frente manchada y el cabello despeinado, pero por lo demás parecía estar sano y salvo. No veía a Sophie por ningún lado. ¿Y dónde estaba Scathach? Perenelle mantuvo su rostro impassible y desvió la mirada para observar al hombre que estaba sentado junto a su marido. Le resultaba algo familiar.

—Te he echado de menos —dijo Nicolas. El Alquimista levantó la mano derecha y extendió los dedos. Miles de kilómetros les separaban, pero Perenelle, inconscientemente, imitó el gesto, uniendo sus dedos con los de su marido. Intentó, con sumo cuidado, no rozar la telaraña, pues sabía perfectamente que podía romper la conexión.

—¿Estás bien? —murmuró Nicolas. La voz se oía lejana y, en ese momento, la imagen parpadeó y una brisa que soplaba desde el otro lado del pasillo, donde había una puerta abierta, ondeó la telaraña.

—Estoy bien e ilesa —respondió Perenelle.

—Rápido, Perry, no tenemos mucho tiempo. ¿Dónde estás?

—No estoy lejos de casa; estoy en Alcatraz. ¿Y tú?

—Me temo que estoy más lejos de casa que tú. Estoy en Londres.

—¡Londres! Morrigan me dijo que estabas en París. Nicolas sonrió.

Ah, pero eso era ayer; hoy estamos en Londres, pero no por mucho tiempo. ¿Puedes abandonar la isla?

—Desafortunadamente, no —respondió Perenelle con una triste sonrisa—. Esta isla pertenece a Dee. Hay una esfinge que anda suelta en los pasillos de la cárcel, las reídas están repletas de monstruos y el mar está controlado por Nereidas.

—Quédate a salvo: iré a por ti —prometió Nicolas. Perenelle asintió. No le cabía la menor duda de que el Alquimista intentaría llegar a ella; que lo hiciera a tiempo era otro asunto.

—Sabes que lo haré —dijo Nicolas. Habían vivido juntos durante muchos años y, durante el último siglo, habían compartido una vida cómoda y en la sombra, alejados de las criaturas Inmemoriales y de la Última Generación. De hecho, habían tenido tan poco contacto con ese mundo que a veces olvidaba que la sabiduría de su marido era incalculable.

—¿Tienes un plan?

—En París recuperaré nuestro viejo mapa de las líneas telúricas del mundo —explicó rápidamente y con una mirada traviesa—. Hay una línea en algún lugar de la llanura de Salisbury que nos conducirá directamente al monte Tamalpais. Iremos hacia allí cuando... —vaciló. Perenelle enseguida se percató de la duda y empezó a preocuparse.

—¿Cuándo? ¿Qué te traes entre manos, Nicolas?

—Primero hay algo que tengo que hacer en Londres —respondió—. Quiero que los mellizos conozcan a alguien.

A Perenelle inmediatamente se le ocurrieron docenas de nombres, pero ninguno de ellos bueno.

—¿Quién?

—Gilgamés.

Perenelle hizo ademán de abrir la boca para protestar pero la mirada glacial de su marido la frenó. Abrió los ojos de par en par y Nicolas hizo un movimiento casi imperceptible hacia Josh con la cabeza.

—Voy a pedirle que enseñe a los mellizos la Magia de Agua.

—Gilgamés —repitió—, el Rey. —Con una sonrisa más que forzada, añadió—: Dale recuerdos de mi parte.

—Lo haré —dijo Nicolas—. Estoy seguro de que se acuerda de ti. Y espero que nos conduzca hasta la línea telúrica que nos lleve a casa.

—Rápido, Nicolas, dime, ¿está todo bien? ¿Los niños están a salvo?

—Sí. Los mellizos están aquí, conmigo —respondió Nicolas—. Los dos han sido Despertados y Sophie ha recibido formación tanto en la Magia del Aire como en la Magia del Fuego. Desgraciadamente, Josh aún no ha recibido ninguna enseñanza.

Perenelle observaba a Josh mientras su marido le relataba lo sucedido. Incluso con esa imagen ondeada Perenelle sintió, aunque no vio, la decepción en el joven.

—Tengo muchas cosas que contarte —continuó Flamel.

—Por supuesto. Pero Nicolas, te estás olvidando de tus modales —reprendió Perenelle—. No me has presentado a... —Entonces, en ese preciso instante, la Hechicera reconoció al personaje—. ¿Ese de ahí es el Maestro Shakespeare?

El hombre sentado junto a Nicolas realizó una elegante reverencia tal y como pudo desde su posición.

—A su servicio, *Madame*.

Perenelle permaneció en silencio. Sintió una punzada en el hombro, justo en el lugar donde había recibido el impacto de bala cuando les atacaron tras la traición de Shakespeare. Sin embargo, a diferencia de Nicolas, ella jamás había guardado rencor a aquel chico. Sabía el poder de persuasión que tenía Dee. Al final, inclinó la cabeza a modo de saludo.

—Maestro Will. Tienes buen aspecto.

—Gracias, *Madame*. Hace casi cuatrocientos años escribí un verso en tu honor: *La edad no puede marchitarla, ni la costumbre hace rancia*. Al parecer, ese verso todavía es cierto —dijo. Después respiró hondo y añadió—: Te debo una disculpa, *Madame*. Por culpa de lo que hice casi mueres. Cometí un error.

—Escogiste el bando equivocado, Will.

—Lo sé, *Madame*. —La tristeza y el pesar que se reflejaron en la voz del inmortal eran casi palpables.

—Pero tú no cometiste un error: el error hubiera sido permanecer en ese lado, ¿no crees? —preguntó Perenelle con tono más divertido.

El Bardo sonrió e inclinó la cabeza, agradeciéndole, en silencio, el comentario.

—Perry, me equivoqué con el señor Shakespeare. No es un aliado del Mago —informó Nicolas mientras hacía un movimiento con la mano—. Él ha hecho que esta comunicación sea posible.

Perenelle inclinó la cabeza.

—Gracias, Will. No te imaginas cómo agradezco ver a Nicolas sano y salvo.

Las mejillas de Shakespeare se sonrojaron ligeramente y lo mismo ocurrió en la calvicie que se asomaba en su cabeza.

—Es un placer, *Madame*.

—Y tú, Josh, ¿cómo estás? El chico asintió.

—Bien, supongo. Muy bien.

—¿Y Sophie?

—Genial. Aprendió el Fuego y el Aire. Deberías haber visto lo que les hicimos a las gárgolas de Notre Dame.

Perenelle apartó su mirada verde hacia Nicolas y alzó las cejas a modo de pregunta silenciosa.

—Como te he dicho, tengo muchas cosas que contarte —dijo Flamel. Se inclinó hacia delante. Empezó a hablar en inglés, pero, sin darse cuenta, cambió de idioma y se expresó en el francés de su juventud—. Estábamos atrapados y rodeados por los Guardianes de la ciudad. El chico alimentó el aura de su hermana con la suya propia, plata y oro unidos. Su poder fue increíble: vencieron las magias de Dee y Maquiavelo. Perenelle, los tenemos; finalmente, ¡tenemos a los mellizos de la leyenda!

La telaraña se mecía cuando una repentina y nauseabunda ráfaga de viento barrió todo el pasillo. La imagen de Nicolas se disolvió en un millón de rostros; cada gota de líquido reflejaba el

rostro del Alquimista. Entonces las gotas volvieron a unirse y la superficie reflectante volvió a aparecer.

—*Madame...* —susurró De Ayala con tono alarmante—. *Algo se acerca.*

—Nicolas —dijo rápidamente Perenelle—. Tengo que irme.

—Iré a por ti lo antes posible —respondió su marido.

—Sé que lo harás. Pero ten cuidado, Nicolas. Puedo ver el envejecimiento en tu rostro.

—Perry, una última palabra de consejo, por favor —añadió Nicolas—. El señor Shakespeare cree que tenemos que enfrentarnos y luchar, pero estamos en el corazón de Londres, dominio de Dee, y claramente nos superan en número. ¿Qué crees que deberíamos hacer?

—Oh, Nicolas —dijo en voz baja Perenelle. Utilizó un dialecto bretón ya olvidado que solía hablar en su perdida juventud. Se produjo un sutil cambio en los ángulos y huesos de su rostro. Su mirada verde se tornó glacial y, cambiando al inglés, añadió—: Hay momentos para huir y momentos para enfrentarse y luchar. Durante medio milenio has acumulado suficiente sabiduría alquímica, que puedes utilizar para combatir a Dee y a sus Oscuros Inmemoriales, pero siempre me has dicho que no podías porque esperabas encontrar a los mellizos. Bien, ahora ya los tienes. Y tú mismo me has dicho que son muy poderosos. Utilízalos. Aséstale un golpe al corazón del imperio de Dee, déjale ver que no estás indefenso. Ha llegado el momento, Nicolas, el momento de enfrentarse y luchar.

El Alquimista asintió.

—¿Y tú? ¿Estarás a salvo hasta que vaya a por ti?

Perenelle había empezado a decir que sí con la cabeza cuando el mismo horror saltó a través de la telaraña, con las garras completamente extendidas hacia su rostro.

Capítulo 20

El alquimista, Josh y Shakespeare observaron cómo Perenelle empezaba a asentir... y de repente , la imagen se disolvió en millones de píxeles, justo en el mismo instante en que vislumbraron la imagen de unas garras retorcidas. De forma instintiva, le fres se alejaron bruscamente de las pantallas.

—¿Qué... qué ha ocurrido? —preguntó Josh, confundido. La pantalla de la izquierda estaba completamente legra, pero la derecha aún mostraba unos puntos brillante de color rojo y verde.

Flamel cerró fuertemente la mano izquierda formando un puño. En el interior se hallaba el brazalete de plata. Un hilo de fuego verde con aroma a menta empezó a danzar alrededor del metal mientras él deslizaba las yemas de los dedos sobre el monitor. El cristal líquido de la pantalla empezó a crear un arcoíris de colores y, acto seguido, unas diez líneas muy finas de colorines iluminaron la negrura de la otra pantalla formando una especie de hilos verticales que reflejaban una vaga imagen de un pasillo vacío al otro lado del

mundo. Pero no había rastro de Perenelle.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Josh. Shakespeare sacudió la cabeza.

—No tengo la menor idea.

Entonces el Bardo formó una especie de pinza con los dedos y se acercó peligrosamente a la pantalla. Cinco de los finísimos hilos de colores coincidieron con sus cinco dedos.

—Algo se ha abalanzado sobre *Madame* Perenelle y le ha rasgado. Tiene que haberla atacado a través de la telaraña —informó mientras daba suaves golpecitos con la uña sobre el cristal—. Al parecer, aún conservamos la conexión a través de la humedad de la telaraña. Puedo volver a intentarlo.

—¿Está... está bien? —preguntó Josh algo preocupado. Hacía unos segundos se había percatado de que el brazalete de plata estaba partido por la mitad; el centro se había fundido y convertido en dos lágrimas de plata—. ¿Nicolas?

Flamel no musitó palabra. Estaba temblando. Le daba la sensación de que no le corría sangre por las venas y, de hecho, tenía los labios azulados. La palabra «Perenelle» se le formó en los labios, pero no fue capaz de articularla en voz alta.

La imagen de la pantalla ondeó... Y justo en ese momento, vieron a Perenelle.

La Hechicera estaba alejándose de la telaraña con las manos extendidas, mostrando así su afán por protegerse. Un rasguño le recorría el hombro y le llegaba hasta el brazo, dejando al descubierto su carne roja.

—Perenelle —murmuró Flamel, aunque se asemejó más a un

sonido que se escapaba de un grito sofocado.

Y entonces la vieron. Una criatura se deslizaba poco a poco por el pasillo de piedra, aproximándose a la Hechicera. Josh jamás había contemplado algo como aquello en toda su vida: se trataba de una bestia hermosa a la par que espantosa. La criatura debía de medir su misma altura, pero mientras su rostro de mejillas sonrojadas parecía el de un joven, el cuerpo tenía un aspecto esquelético. Josh podía distinguir claramente cada hueso y costilla a través de su piel grisácea. Las garras, que eran una mezcla entre un pie humano y una garra de pájaro, chasqueaban en el suelo produciendo un ruido seco y, aunque sus manos eran claramente humanas, lucía unas uñas extremadamente largas, negras y muy afiladas, como si pertenecieran a un felino. Unas gigantescas alas de murciélago le crecían desde su huesuda columna vertical. Eran tan largas que incluso barrían el suelo a su paso.

Y entonces apareció una segunda silueta, la de una mujer. Lucía un cabello oscuro y fino que le encuadraba su precioso y delicado rostro. Pero lo que más le llamó la atención es que el cuerpo de aquella criatura se asemejaba más al de un chico. Tenía unas alas rasgadas y húmedas. La criatura deslizó su pierna izquierda hacia atrás.

—Vétala —murmuró Flamel horrorizado—. Bebedores de sangre, carnívoros.

Otra silueta apareció ante Perenelle Flamel. Vaga y frágil, esta bestia tenía aspecto humano y masculino. Tenía los puños cerrados en gesto amenazante y parecía gemir algo completamente incomprensible.

El aura del Alquimista resplandeció de color esmeralda alrededor de su cuerpo y el agradable aroma a menta se intensificó.

—Tengo que ayudarla —dijo completamente desesperado.

De forma inesperada, Palamedes irrumpió por la puerta de la cabaña.

—¡Tu aura! ¡Sofócala!—ordenó. Con los ojos como platos, Sophie llegó tras el caballero seguida de los perros de mirada bermeja, que se amontonaron en la puerta de entrada y empezaron a ladrar y a gruñir.

—Perenelle tiene problemas —explicó Josh mirando a su hermana. Sabía perfectamente que Sophie sentía mucha simpatía por aquella mujer.

—¡Flamel, detente! —exclamó Palamedes. Pero el Alquimista lo ignoró por completo. Colocó las dos mitades de la pulsera de plata sobre la palma de su mano izquierda. Dobló los dedos, cerró la mano y una luz cegadora de color esperanza sepultó su puño. Entonces deslizó su mano derecha sobre la pantalla LCD y presionó.

—¡Perenelle! —llamó.

El olor a menta se cubrió completamente por el cálido aroma de la especia de clavos, que apareció en el mismo momento en que el Caballero Sarraceno posó sus manos sobre los hombros del Alquimista.

—Tienes que parar, Nicolas. ¡Traerás la destrucción sobre todos nosotros!

De forma repentina, el aura del Alquimista resplandeció aún más, emitiendo una luz todavía más intensa; al principio fue de un

verde esmeralda brillante, que rápidamente pasó a tomar el matiz de un jade luminiscente para, finalmente, teñirse de un verde oliva oscuro. El caballero salió disparado hacia atrás lejos de Nicolas. En ese preciso instante, cuando se desplomaba contra una pared metálica con tal fuerza que la abolló, una armadura de malla se formó alrededor de su cuerpo. Unas llamas verdosas emergieron entre cada nudo de su armadura.

—¡Will, detene! —gritó Palamedes con voz sofocada y temerosa—. ¡Rompe la conexión!

—Maestro, por favor... —pidió Shakespeare mientras agarraba la manga del Alquimista y tiraba de ella. Unas diminutas llamas verdes brotaron de inmediato desde su hombro; cuando el Bardo notó el fuego glacial, se apartó de un salto de Nicolas.

Josh se agachó junto al Alquimista sin apartar la mirada de la pantalla.

—¿Qué estás intentando hacer? —preguntó.

—Fortalecer el aura de Perenelle con la mía —respondió el Alquimista con una voz que dejaba entrever su desespero—. Los Vétala la destrozarán. Pero me temo que no tengo fuerza suficiente —finalizó aterrorizado.

Josh alzó la vista para mirar a su hermana, vio cómo ésta hacía un leve movimiento de cabeza y volvió a girarse hacia Nicolas.

—Déjame que te ayude —dijo.

—Déjanos ayudarte —añadió Sophie.

Los mellizos tomaron posiciones a cada lado del Alquimista, Sophie a su derecha y Josh a su izquierda, y ambos posaron una mano sobre el hombro de Nicolas. Josh miró a su hermana y

preguntó:

—¿Qué hacemos ahora?

La mezcla de esencias de la sala se hizo apabullante, incluso casi nauseabunda: naranjas y vainilla, clavo y menta, todas ellas mezcladas con los olores de comida frita, de cuerpo rancio tras días sin ducharse y de perro húmedo.

El Caballero Sarraceno gritó, pero las palabras se perdieron en el mismo instante en que los mellizos resplandecieron sus auras alrededor de ellos. Las auras, doradas y plateadas, chisporroteaban y crepitaban al acariciar el aura del Alquimista, que había cobrado un color más intenso y, con el contacto, de inmediato cobró fuerza y brillo, centelleando motas doradas e hilos plateados.

—¡Alquimista! —exclamó Palamedes desesperadamente—. ¡Nos has condenado a todos!

—¡Perenelle! —gritó Nicolas con los dedos extendidos sobre la pantalla de ordenador. Unos zarcillos serpenteantes de color verde, amarillo y plateado emergieron desde su brazo y se deslizaron hacia abajo, envolviendo cada dedo y desapareciendo en la superficie de la pantalla.

En la pantalla derecha se produjo una grieta justo en el centro y un humillo negruzco empezó a brotar. Entonces se escuchó la voz de Perenelle, débil y aguda, pero claramente audible.

—¡Nicolas! ¡Para! ¡Para ahora! —Perenelle parecía estar aterrorizada.

En la pantalla de la izquierda todos contemplaron cómo su aura cobraba existencia a su alrededor y emitía un resplandor blanco níveo. Pero entonces, de forma abrupta, el aura parpadeó y

desapareció.

—¡Nicolas! —chilló Perenelle—. ¡Me has matado!

Y entonces la pantalla se derritió formando un charco pestilente de plástico burbujearo y cristal fundido.

Capítulo 21

El doctor John Dee se paseaba por la explanada de llegadas del aeropuerto de Londres. No se sorprendió al encontrar a un hombre ataviado con un traje de dos piezas negro, camisa blanca y gafas oscuras, sujetando un cartel con el nombre Dee impreso cuidadosamente en él. El Mago había hecho una llamada para informar a las oficinas en Londres de Enoch Enterprises de que iba a llegar.

—Soy el doctor John Dee —anunció mientras le entregaba a aquel hombre su maleta pero mantenía consigo la bolsa donde guardaba su ordenador portátil.

—Sí, señor. Le he reconocido. Sígame, por favor. Dee enseguida advirtió un leve acento de Oriente Medio en aquel hombre; estaba casi seguro de que era de origen egipcio. Siguió al extraño hasta una limusina negra y anónima aparcada justo en la zona de llegadas del aeropuerto, donde estaba prohibido estacionar. El conductor abrió la puerta trasera y se hizo atrás; en

ese instante, las ventanillas de la nariz de Dee captaron un aroma familiar y, de inmediato, se percató de que el coche y el conductor no habían venido de parte de su empresa. Durante un segundo, Dee pensó en dar media vuelta e huir... pero entonces se dio cuenta de que no tenía adonde ir.

—Gracias —respondió educadamente mientras se deslizaba hacia el oscuro interior del vehículo.

La puerta se cerró con un chasquido suave y neumático. El olor en el compartimento cerrado era suficientemente intenso para impedirle respirar. Se sentó tranquilamente y escuchó el ruido sordo que produjo el conductor al colocar su maleta en el maletero; momentos más tarde, el coche arrancó suavemente y se dirigió silenciosamente hacia una curva. El Mago posó la bolsa que contenía su ordenador portátil junto a él. Después se giró para observar la figura encapuchada que sabía, sin duda alguna, que estaría sentada al otro lado del asiento de cuero. Dibujando una sonrisa forzada, el Mago realizó una leve reverencia.

—*Madame*. Debo admitir que estoy sorprendido, y encantado, por supuesto, de verte aquí.

La figura que permanecía en la sombra se movió y el cuero del asiento crujió. Acto seguido, la luz interior del coche se encendió y Dee, aunque ya sabía qué vería por el olor que aquella criatura desprendía, no pudo evitar quedarse atónito y con la mirada fija y aterrada sobre la gigantesca cabeza de gato que tenía a tan sólo unos pocos centímetros de distancia. Gracias a la luz, el Mago pudo distinguir claramente los colmillos y los gruesos bigotes de la bestia. La Oscura Inmemorial Bastet alzó la cabeza y clavó sus

enormes ojos amarillos de pupilas rasgadas en él.

—Realmente, empiezas a caerme mal, doctor John Dee —gruñó.

El doctor tuvo que obligarse a sonreír. Acto seguido, bajó la vista de sus afilados colmillos y se sacudió una mota de polvo invisible de la manga.

—Ahora ya formas parte de la mayoría; caigo mal a muchas personas. Pero lo justo es justo —añadió con indulgencia—. Yo también siento aversión y poca simpatía por muchas personas. De hecho, por la mayor parte de personas. Pero créame, *Madame*, en el fondo sólo velo por vuestro interés.

De repente, la luz se apagó y Bastet volvió a hacerse invisible en la oscuridad.

Una idea se cruzó por la mente de Dee y éste, enseguida, preguntó:

—Creí que tu aversión por el hierro te impedía utilizar comodidades modernas como el coche.

—El hierro no me resulta tóxico, a diferencia de otros Inmemoriales. Puedo tolerarlo durante breves periodos de tiempo. Y este vehículo está compuesto, básicamente, de fibra de carbón.

Dee asintió con gesto serio mientras filtraba la información que Bastet acababa de proporcionarle: el hierro no era tóxico para todos los Inmemoriales. El siempre había supuesto que fue precisamente la aparición de este material lo que alejó a los Inmemoriales de este mundo. Después de más de cuatrocientos años a su servicio, había cantidad de información que aún no conocía.

El coche redujo la velocidad y después se detuvo. A través de la ventanilla polarizada, Dee sólo lograba vislumbrar el semáforo rojo. Esperó hasta que la luz cambió a verde antes de volver a pronunciar palabra.

—¿Puedo preguntarte qué he hecho para enojarte? —murmuró. Le satisfacía comprobar que era capaz de mantener la voz firme, sin temblores.

Bastet era una Inmemorial de la Primera Generación y una de las primeras soberanas de Danu Talis. Después de que la isla se sumergiera, se convirtió en objeto de veneración durante varias generaciones en Egipto; además varios países y culturas, como la inca o la china, honraban a los felinos en memoria de aquella época en que Bastet caminaba por el antiguo mundo humano.

Dee percibió el sonido del papel crujir y el girar de las páginas. En ese instante se percató de que la Inmemorial estaba leyendo en absoluta oscuridad.

—Eres la encarnación de los problemas, doctor Dee. Puedo olerlo en esa ridícula aura de azufre que posees —respondió mientras se distinguía el sonido del papel haciéndose trizas de forma metódica y lenta—. He examinado detenidamente tu expediente, y la verdad es que la lectura no ha sido muy inspiradora. Quizá fueras nuestro primer agente en este mundo, aunque pongo en duda que hayas sido especialmente útil. Has fracasado una y otra vez en tu misión de capturar al matrimonio Flamel y has dejado un rastro de muerte y destrucción a tu paso. Tu tarea era proteger la existencia de los Inmemoriales y hace tan sólo tres días destruiste no sólo uno, sino tres Mundos de Sombras interconectados. Esta última aventura

en París casi desvela nuestra presencia a los seres humanos. Incluso permitiste que Nidhogg arrasara las calles de la capital francesa.

—Eso, en realidad, fue idea de Maquiavelo... —empezó el Mago.

—Varios Inmemoriales piden tu destrucción —continuó Bastet con un gruñido profundo.

La frase sorprendió tanto al Mago que éste se quedó sin palabras.

—Pero yo sirvo a los Oscuros Inmemoriales con lealtad. Lo he hecho durante siglos —protestó con tono lastimero.

—Tus métodos son crueles, anticuados —prosiguió la Inmemorial con cabeza de felino—. Fíjate en Maquiavelo: es como un bisturí, limpio y preciso; tú eres una espada de dos filos, ordinario y torpe. Antaño estuviste a punto de convertir esta misma ciudad en cenizas. Tus criaturas asesinaron a un millón de humanos en Irlanda, y ciento treinta mil perecieron en Tokio. A pesar de todas estas pérdidas humanas, no has logrado capturar al matrimonio Flamel.

—Me dijeron que capturara a los Flamel y el Códex utilizando todos los medios que necesitara. Ésa era la prioridad —contestó bruscamente Dee un tanto enfadado—. Hice lo que tenía que hacer para lograr el objetivo. Y permíteme que te recuerde que, hace tres días, entregué el Libro de Abraham el Mago.

—Pero incluso en esa misión fracasaste —susurró Bastet—. El Códex estaba incompleto; faltaban las dos últimas páginas.

La respiración de la Inmemorial cambió y, de repente, Dee fue consciente, incluso en la oscuridad que reinaba en el interior de la

limusina, de que Bastet había acercado peligrosamente sus puntiagudos colmillos al rostro de Dee.

—Mago, tú gozas de la protección de un Inmemorial muy poderoso, quizás el más poderoso de todos, y ello te ha mantenido con vida durante mucho tiempo —continuó Bastet. Sus ojos amarillos y brillantes cobraron vida en la sombra; tenía las pupilas tan finas como el filo de un cuchillo—. Cuando otros han pedido tu castigo, o tu muerte, tu maestro te ha protegido. Pero me pregunto, y no soy la única, ¿por qué un Inmemorial como el que te protege utiliza una herramienta tan defectuosa como tú?

Esas palabras lo dejaron paralizado.

—¿Cómo me has llamado? —murmuró finalmente. Tenía la garganta completamente reseca y sentía que la lengua era demasiado grande para el tamaño de su boca.

Los ojos de Bastet centellearon.

—Una herramienta defectuosa.

Dee se quedó sin aliento. Intentó calmar sus latidos, que le bombeaban el pecho. Habían pasado más de cuatrocientos años desde la última vez que había escuchado aquellas tres palabras, pero las tenía perfectamente grabadas en su memoria. Jamás las había olvidado. De muchas formas, esos tres términos habían determinado su vida.

Estaban conduciendo por el corazón del Londres del siglo XXI. El Mago cerró los ojos e intentó recordar la última vez que se había sentido así, la última vez que había escuchado aquellas palabras, y sintió que retrocedía en el tiempo hasta situarse en el Londres de Enrique VIII.

Ciertos recuerdos, enterrados pero jamás olvidados, le vinieron a la mente. Sabía perfectamente que la Inmemorial había utilizado esas palabras a propósito y no por accidente. Bastet le estaba demostrando cuánto sabía sobre él.

Era 23 de abril de 1542, un día lluvioso y frío en Londres, y John Dee estaba frente a frente con su padre, Roland, en la casa que tenían en la calle Thames. Dee tenía entonces quince años, aunque aparentaba más edad, pero en aquel instante se sintió como un crío de diez. Tenía las manos cerradas en los puños detrás de la espalda y era incapaz de moverse. Sentía miedo de pronunciar palabra, apenas podía respirar y el corazón le latía con tal fuerza que todo el cuerpo le temblaba. Sabía que si se movía, aunque sólo fuera un ápice, se desplomaría, o daría media vuelta y correría por la habitación como un niño pequeño. Si hablaba, no podría evitar romper a llorar. Pero no estaba dispuesto a demostrar su debilidad delante de Roland Dee. Sobre el hombro derecho de su padre, a través de una diminuta ventana, John podía vislumbrar la parte más alta de la Torre de Londres. Se quedó quieto y en silencio, de forma que su padre continuó con la lectura.

John Dee siempre supo que era un niño diferente.

Cuando tan sólo era un crío ya resultaba más que evidente que poseía un don, una habilidad extraordinaria para las matemáticas y las lenguas era capaz de leer y escribir en inglés, en latín y en griego. Además, él mismo se había enseñado francés y algo de alemán. John estaba completamente dedicado a su madre, Jane, quien siempre se posicionaba a favor de él y en contra de su padre dominante. Animado por su madre, John invirtió todos sus

esfuerzos en asistir a la institución universitaria de St. John, en Cambridge. Pensaba, y tenía la esperanza, que su padre estaría encantado ante tal idea, pero Roland Dee era un comerciante textil que ocupaba un puesto poco importante en la corte de Enrique y que incluso sentía cierto temor ante ese tipo de educación. Roland había sido testigo de lo que les ocurría a aquellos hombres de la corte que habían recibido una educación sólida: era muy fácil ofender al rey y quienes lo hacían a menudo acababan en la cárcel o muertos y despojados de cualquier tierra, o fortuna que poseyeran. John sabía que su padre quería que él siguiera con el negocio familiar, y para ello no necesitaba más educación que la capacidad de leer, escribir y sumar una columna de números.

Pero él ansiaba más.

En aquel día de abril, en 1542, finalmente reunió el coraje suficiente para confesarle a su padre que asistiría a la universidad, con o sin su consentimiento. Su abuelo,

William Wild, había accedido a pagar las cuotas, así que el joven se había matriculado sin el permiso de su padre.

—De acuerdo, pero si vas a esa escuela, después, ¿qué? —preguntó Roland mientras se acariciaba su poblada barba con rabia—. Te llenarán la cabeza de tonterías inútiles. Aprenderás tu latín y griego, tus matemáticas y filosofía, tu historia y geografía. Pero ¿de qué me sirve a mí? ¿O a ti? No tendrás suficiente con eso. Querrás acumular más sabiduría y eso te conducirá a ciertos caminos, hijo mío. Jamás te sentirás satisfecho, porque jamás sabrás lo suficiente.

—Di lo que quieras —respondió como pudo el niño de quince años—. Voy a ir.

—Entonces te convertirás en un cuchillo tan afilado que apenas resulta útil: te convertirás en una herramienta defectuosa... ¿Y de qué me puede servir a mí una herramienta defectuosa?

El doctor John Dee abrió los ojos y se centró, una vez más, en las calles del Londres moderno.

Apenas mantuvo contacto con su padre después de aquel día, ni siquiera cuando encerraron al viejo en lo más alto de la Torre de Londres. Dee se marchó a Chelmsford y, más tarde, se fue a la Universidad de Trinity recientemente fundada. Enseguida se labró una reputación que aseguraba que era uno de los hombres más brillantes de su época. Había momentos en que recordaba las palabras de su padre y reconocía que Roland Dee había estado en lo cierto: su búsqueda por la sabiduría era insaciable, lo cual le condujo a caminos oscuros y peligrosos. En última instancia, le condujo a los Oscuros Inmemoriales.

Y en algún lugar en lo más profundo de su mente, en el rincón más oscuro y secreto donde guardaba y enterraba los recuerdos más dolorosos, merodeaban esas tres amargas palabras.

Una herramienta defectuosa.

Sin importar todos sus logros sus extraordinarios éxitos, sus fantásticos descubrimientos y sus asombrosas precisiones, incluso su inmortalidad y su relación con personajes que habían sido venerados durante generaciones como dioses y mitos, aquellas tres palabras le molestaban ya que, en secreto, temía que su padre también hubiera tenido razón en eso. Quizás era una herramienta defectuosa.

El Mago se aclaró la garganta, levantó la frente del cristal de la

ventanilla, dibujó una risa burlona en el rostro y se giró hacia el sombrío interior del coche.

—No tenía la menor idea de que guardaban un expediente sobre mí.

Bastet cambió de postura y el cuero del asiento crujió.

—Tenemos expedientes y archivos de cada ser humano, mortal e inmortal, que está a nuestro servicio. El tuyo parece ser mayor que toaos los demás juntos.

—Me halaga.

—No debería. Es, tal y como he dicho, una letanía de fracasos.

—Me decepciona que lo veas de esa forma —dijo Dee en voz baja—. Afortunadamente, no respondo ante ti. Respondo a una autoridad más alta —añadió con la sonrisa burlona aún en el rostro. Bastet bufó como un gato cuando le agarran por la cola—. Pero basta de cortesías —continuó el Mago mientras se frotaba las manos—. ¿Qué te ha traído a Londres? Creí que habías regresado a tu mansión de Bel Air después de nuestra aventura en el Valle Mili.

—Hace unas horas alguien de mi pasado contactó conmigo —informó la Oscura Inmemorial con un tono de voz que reflejaba su cólera—. Alguien que pensé que había muerto, alguien con quien jamás hubiera querido volver a hablar.

—No estoy seguro de que eso tenga que ver conmigo... —empezó el Mago.

—Marte Ultor contactó conmigo.

Dee se irguió. En ese instante sus ojos ya se habían adaptado a la oscuridad, de forma que podía distinguir la silueta de la cabeza

gatuna de Bastet en la sombra con la ventanilla rectangular de fondo.

—¿Marte ha hablado contigo?

—Por primera vez en siglos. Me ha pedido que te ayude.

Dee asintió. Cuando había abandonado las catacumbas, el Inmemorial aún no había respondido a su oferta de llevar a los mellizos a París y obligar a Sophie a deshacer el hechizo.

El cuero volvió a crujir y el olor a felino que desprendía la Diosa se intensificó.

—¿Es cierto? —preguntó la Inmemorial. Estaba tan cerca de Dee que éste tuvo que retroceder para evitar su apestoso aliento.

El Mago giró la cara y parpadeó para quitarse las lágrimas de los ojos.

—El.. —tosió—. ¿El qué es cierto?

—¿Puedes liberarle? La Bruja le condenó; y se trata de una condena que no piensa perdonar.

Una de las razones de por qué el Mago inglés había sobrevivido en la corte letal de la reina Isabel y durante siglos posteriores era que él jamás hacía una promesa que no podía cumplir, o una amenaza que no pensaba llevar a cabo. Se tomó un segundo para considerar la respuesta y, con sumo cuidado, intentó mantener su expresión neutral. A pesar de la oscuridad que reinaba en la parte trasera del vehículo, sabía perfectamente que la Inmemorial de cabeza de gato veía a la perfección, pues la oscuridad no impedía su visión.

—La Bruja ha transmitido toda su sabiduría y tradiciones populares a la chita, Sophie, de la cual sabemos con certeza que es

uno de los mellizos de la leyenda. Incluso la joven admitió que sabía cómo invertir el hechizo, pero cuando Marte le pidió le rogó, que lo hiciera, ella se negó. Todo lo que tengo que hacer es darle una buena razón para que la próxima vez que se lo pidamos no se niegue —explicó. Después esbozó una sonrisa y añadió—: Puedo ser muy persuasivo. —La Oscura Inmemorial gruñó—. Al parecer, la idea no te entusiasma. Pensaba que estarías encantada de tener a alguien como Marte en tus filas.

La Inmemorial soltó una carcajada, un sonido horrendo.

—Tú no sabes nada sobre Marte Ultor, el Vengador, ¿verdad?

El Mago permaneció en silencio unos segundos antes de contestar.

—Conozco algunos de los mitos —admitió.

—Antaño fue un héroe; después se convirtió en un monstruo —relató Bastet en voz baja—. Una fuerza de la naturaleza difícil de amansar, impredecible y mortífero.

—Parece que no le tienes mucho aprecio.

—¿Aprecio? —repitió Bastet—. Le quiero. Y precisamente porque le quiero no creo que sea una buena idea que merodee por este mundo otra vez.

Un tanto confundido, Dee negó con la cabeza.

—Pensaba que necesitaríamos a Marte en la batalla que libraremos en breve.

—Es más que probable que su rabia devaste este mundo y todos los Mundos de Sombras que lo rodean... Por ello, algún héroe humano o un guerrero Inmemorial se verá obligado a destruirlo por completo. Al menos, en las catacumbas, sé dónde

está y sé que está a salvo.

Dee intentaba desesperadamente dar sentido a lo que estaba escuchando.

—¿Cómo puedes afirmar que le quieres y, sin embargo, preferir que esté condenado a esa muerte en vida?

Dee sintió más que escuchó el silbido de las uñas cortando el aire que vagaba cerca de su cara. Percibió el sonido de las uñas clavándose y rasgando el cuero del asiento. Cuando se decidió a hablar, la voz de la Inmemorial temblaba de emoción.

—Las culturas humanas han llamado a Marte con varios nombres a lo largo de los años. Yo le llamo Horus... y es mi hermano pequeño.

Atónito, Dee se recostó en el asiento.

—Entonces, ¿por qué la Bruja le condenó? —preguntó—. Estás sugiriendo que ese hechizo, en realidad, le protege.

—Porque ella le quería más que yo. La Bruja de Endor es su esposa.

Capítulo 22

Vetala.

La Hechicera se giró y dijo la espalda a la criatura que había atravesado la telaraña. Obviamente, había estado durmiendo en esa misma celda. Perenelle había captado un leve movimiento justo en el instante antes de que ésta apareciera, pero no había sido lo suficientemente rápida para escapar de sus retorcidas garras. Una afilada uña le había arañado la piel. Sentía un escozor en el hombro y en el brazo, como si la hubieran quemado. Sabía perfectamente que debía Volver a un lugar donde pudiera recibir rayos de sol lo antes posible para poder curar la herida. Perenelle se estremeció ante la idea de saber la asquerosidad que podía esconderse bajo las uñas de aquella criatura.

Detrás del vampiro, la telaraña colgaba hecha jirones. Unas diminutas chispas verdes danzaban por ella. Perenelle se preguntaba si esas pequeñas luces habían sido las culpables de despertar a la criatura. Cada hilo reflejaba una parte de Nicolas,

Josh y Shakespeare.

Y entonces la segunda criatura emergió de entre los pedazos de telaraña que oscilaban en la puerta.

Perenelle se percató de que las dos criaturas se asemejaban lo suficiente para ser gemelas. Sus rostros eran bellos, con delicados rasgos indígenas, de tez perfecta y gigantescos ojos marrones. Sabía que, justo antes de atacar, tenían las alas negras de murciélago alrededor de sus cuerpos, ocultando así la delgadez de sus cuerpos grisáceos y escondiendo las garras que tenían tanto en las manos como en los pies.

Corriendo a toda prisa por el pasillo, Perenelle logró alejarse de los Vétala mientras intentaba desesperadamente recordar lo que sabía sobre ellos. Eran criaturas primitivas con aspecto de bestia; criaturas nocturnas que adoraban la oscuridad y, al igual que muchos clanes de vampiros nocturnos, eran fotosensibles y no podían soportar la luz del sol.

Tenía que alcanzar las escaleras del otro extremo del pasillo... pero no se atrevía a girarse y empezar a correr.

De Ayala apareció detrás de los dos Vétala. El espíritu alzó las manos y pasó flotando a través de las criaturas. Gimió, emitió un aullido largo y aterrador que mostraba desesperación y absoluta soledad. El lamento retumbó una y otra vez en cada piedra húmeda que construía el pasillo. Los Vétala ignoraron al fantasma. Sus gigantescos ojos estaban fijados en la Hechicera. Tenían la boca ligeramente abierta, lo cual dejaba al descubierto una dentadura nívea y alineada. Sin embargo, las criaturas se relamieron y las mejillas quedaron húmedas por la saliva. La silueta de Ayala se

tornó invisible y, de repente, se comenzaron a escuchar tales portazos sobre sus cabezas que incluso empezó a rociar polvo sobre ellos. Los Vétala ni siquiera se inmutaron. Sencillamente continuaron caminando hacia delante.

—*Madame, no puedo ayudarte* —dijo De Ayala desesperadamente mientras cobraba forma ante la Hechicera—. *Es como si supieran que soy un fantasma y que no puedo hacerles daño.*

—Parece que están hambrientos —murmuró Perenelle—, y saben que no pueden comerte.

De repente, Perenelle frenó en seco, pues acababa de darse cuenta de que los hilos de telaraña que permanecían detrás de los vampiros habían empezado a emitir un pálido resplandor de color verde. Logró vislumbrar la imagen de su marido perfilada con la inconfundible aura de menta.

—Perenelle.

La voz de Nicolas apenas era un tenue susurro. Perenelle distinguió un parpadeo de movimiento junto a él, pero entonces su aura se encendió, se iluminó de tal forma que el pasillo de Alcatraz se tiñó de un resplandor verde pálido.

La Hechicera conocía una docena de hechizos que le ayudarían a vencer a los vampiros, pero sabía que para utilizarlos tenía que activar su aura... y eso atraería a la esfinge. Estaba dispuesta a dar media vuelta y arrancar a correr; una vez alcanzara las escaleras correría a toda prisa para intentar llegar a la puerta antes de que las criaturas la derribaran. Estaba convencida de que podía lograrlo. Se trataba de criaturas de bosque; sus garras estaban diseñadas

para caminar por la tierra suave y la corteza de árbol. Anteriormente, ya había visto cómo sus uñas se deslizaban y resbalaban sobre el suelo de piedra. Las alas de murciélago, que hasta el momento habían mantenido dobladas alrededor de sus cuerpos, también eran torpes y pesadas. Perenelle dio otro paso hacia atrás, acercándose así al rectángulo iluminado que había detrás de ella. Ahora que podía sentir el calor del sol en su espalda, sabía que estaba cerca de la escalera.

Y entonces, en los hilos de la telaraña ondeante, Perenelle observó a Sophie y a Josh, que se habían colocado a cada lado de su marido. Los tres la miraban detenidamente al mismo tiempo que fruncían el ceño. El aura de Nicolas empezó a iluminarse del color verde esmeralda. A su derecha, Sophie resplandeció de color plateado y Josh, a su izquierda, de color dorado. La telaraña brillaba como si de una linterna se tratara y todo el pasillo cobró luz.

—Perenelle.

Los dos Vétala se dieron media vuelta, bufando como gatos ante el sonido de la luz repentina. Fue en ese instante cuando Perenelle vio cómo su marido alargaba el brazo, con los dedos extendidos, para rozarla. Unas partículas de luz bailaban en las yemas de sus dedos... y justo entonces, la Hechicera supo qué se proponía hacer su marido.

—¡Nicolas! ¡Para! ¡Para ahora!—gritó.

Unas espirales erizadas y unos círculos retorcidos de energía plateada, verde y dorada empezaron a emerger desde los jirones de la telaraña. Siseando y chispeando, rebotaron sobre las paredes

y el techo y después se arremolinaron alrededor de los pies de Perenelle, creando así un charco de luz que, de forma gradual, se sumergió en las piedras que conformaban el suelo. La Hechicera empezó a jadear en el momento en que una cálida oleada de energía empezó a fluir por sus piernas, ascendiendo poco a poco, pasando por el pecho hasta finalmente explotar en la cabeza. Multitud de imágenes danzaron por su mente; pensamientos y recuerdos que no le pertenecían.

La Torre Eiffel iluminada...

Nidhogg arrasando las calles de la ciudad...

Valkirias con su armadura blanca...

Las mismas mujeres atrapadas en un bloque de hielo...

Gárgolas arrastrándose por los muros de Notre Dame...

Los espantosos Genii Cucullati avanzando...

Sin que ella lo deseara, el aura de Perenelle empezó a cobrar vida alrededor de su cuerpo, emitiendo una luz blanca y glacial. De inmediato su cabello se expandió formando una cubierta oscura tras ella.

—¡Nicolas! —gritó Perenelle en el mismo instante que la telaraña se ennegrecía hasta convertirse en polvo y su aura se desvanecía—. ¡Me has matado!

Y entonces, aullando desde las profundidades de Alcatraz, se escuchó el grito triunfante de la esfinge.

Incluso los Vétala se giraron y huyeron despavoridos.

Capítulo 23

Batiendo sus alas peludas, lo cual ayudaba a expandir un hedor nauseabundo, la esfinge apareció al final del pasillo. Las gigantescas garras de león arañaban el suelo de piedra. La criatura se agachó lentamente hasta apoyar la panza en el suelo y extendió sus alas de águila al mismo tiempo que chillaba triunfante en un idioma anterior al del primer faraón egipcio.

—Eres mía, Hechicera. Me daré un banquete con tus recuerdos y después me comeré todos tus huesos.

La cabeza de la esfinge era la de una hermosa mujer, pero las pupilas las tenía finas y alargadas y la lengua que ondeaba por el aire era larga, negra y hendida. Cerró los ojos, inclinó ligeramente la cabeza hacia atrás y respiró hondamente.

—Pero ¿qué pasa aquí... qué pasa aquí? —se preguntó en voz alta mientras sacaba la lengua como un dardo para saborear la atmósfera. Dio un par de pasos por el pasillo y Perenelle escuchó el ruido seco que producían sus garras al frotar con el suelo—.

¿Cómo puede ser? Has acumulado poder... mucho poder... demasiado poder. —Entonces la criatura se detuvo y dibujó una mueca horrenda en su rostro—. Y tienes fuerza —dijo con voz temblorosa—. Más fuerza de la que deberías.

Perenelle ya había comenzado a dar media vuelta para salir disparada hacia las escaleras cuando, de repente, se detuvo y se quedó contemplando a la esfinge. Las esquinas de sus ojos se arrugaron y una diminuta sonrisa apareció en sus labios. Ahora la Hechicera tenía una expresión cruel. Se acercó la mano al rostro para contemplarla con más detalle. La observaba un tanto asombrada, pues se había creado una especie de guante con superficie reflectante, como si se tratara de un espejo, en la palma de su mano. El espejo se transformó hasta convertirse en transparente, después translúcido y por último opaco.

—Tienes razón —susurró. Y entonces soltó una fuerte carcajada que resonó en todas las paredes—. ¡Gracias, Nicolas!; ¡gracias, Sophie y Josh! —exclamó.

La sonrisa de aquella mujer asustó a la esfinge, pero su carcajada la aterrorizó. La criatura dio un paso adelante un tanto indecisa, pero enseguida dio marcha atrás. A pesar de su apariencia pavorosa y reputación atroz, la esfinge era cobarde. Había crecido en una época de monstruos y precisamente el miedo y la cobardía la habían mantenido viva a lo largo de los milenios.

La Hechicera se colocó frente a frente con la criatura y juntó las palmas, pulgar contra pulgar y rozándose todos los dedos. De repente, su aura resplandeció con una luz blanca, inundando así todo el pasillo del mismo color. Un segundo más tarde, su aura

cobró una textura completamente diferente y la cubrió de un óvalo protector hecho de cristales reflectantes. Se podía apreciar con todo detalle cada desmenuzado ladrillo, cada tubo oxidado, además del techo repleto de moho y los barrotes de hierro de las celdas. Unas sombras angulares y largas se extendieron por el pasillo hacia la esfinge, aunque el cuerpo de Perenelle no tenía sombra alguna.

La Hechicera alzó la mano derecha. Una bola de luz blanca, que fácilmente podía confundirse con una bola de nieve, brotó de la palma de su mano y rebotó sobre el suelo, una, dos y varias veces hasta comenzar a rodar. La bola se detuvo ante las patas mugrientas de la esfinge.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer con esto? — preguntó bruscamente la criatura—. ¿Cogerla con la boca y entregártela?

La sonrisa de Perenelle era aterradora y todo su cabello se erizó formando una nube oscura tras ella.

La esfera empezó a crecer. Mientras giraba, se retorció y daba vueltas, unos diminutos cristales de hielo centelleantes la cubrían como si de una manta se tratara. La temperatura ambiental descendió abruptamente y el aliento de la esfinge empezó a formar una nebulosa blanca con cada respiración.

La esfinge era una criatura del desierto. Durante toda su larga vida, había conocido el calor árido y el sol abrasador. De hecho, a lo largo de las semanas que había permanecido vigilando Alcatraz, había logrado acostumbrarse al frescor de la cárcel isleña, a la humedad de los bancos de niebla, al escozor de la lluvia y a las

ráfagas de viento. Pero jamás había experimentado un frío como éste. Era tan gélido que incluso ardía. Minúsculos cristales brotaron de la esfera resplandeciente e iluminaron su piel como brasas ardientes. Un copo de nieve del tamaño de una mota de polvo aterrizó en su lengua: fue como lamer carbón ardiendo. Y la bola siguió creciendo y creciendo.

Perenelle dio un paso hacia delante.

—Debería darte las gracias. —La esfinge se alejó ligeramente—. Si me hubiera girado en un intento de huir, me hubieras perseguido hasta las profundidades de la isla. Pero cuando me recordaste que tenía más poder que ante me di cuenta del regalo que me habían hecho mi marido y los mellizos.

La esfinge chilló como un gato feroz en el momento que el aire gélido le empezó a escocer su rostro humano.

—Tus poderes no durarán. Me los beberé.

—Lo intentarás —dijo Perenelle en voz baja, incluso casi de forma amable—. Pero para ello necesitarás concentrar toda tu atención en mí. Y, personalmente, creo que es muy difícil concentrarse cuando hace frío —añadió con una sonrisa.

—Tu aura se desvanecerá —amenazó la esfinge mientras sus afilados colmillos empezaban a castañetear. Ahora, unos caracoles de hielo cubrían la pared.

—Tienes razón. Tengo un minuto, quizás incluso menos, antes de que mi aura se desvanezca y cobre su poder habitual. Pero es tiempo suficiente.

—¿Tiempo suficiente? —tembló la criatura. El pecho y las piernas de la esfinge estaban completamente cubiertos de escarcha;

sus mejillas, siempre pálidas, se habían sonrojado, y tenía los labios teñidos de azul.

—¡Tiempo suficiente para hacer esto! La bola de nieve había crecido de tal forma que ahora parecía una calabaza gigantesca. La criatura arremetió contra la bola, aplastando los miles de cristales congelados con su garra de león. Cuando apartó la pata, la piel y las uñas se le habían quemado del frío intenso que desprendía la bola.

—Un chamán de las islas Aleutianas me enseñó este bonito hechizo —anunció Perenelle al mismo tiempo que se aproximaba a la esfinge.

De inmediato, la criatura intentó alejarse, pero el suelo estaba resbaladizo a causa del hielo de forma que, al apoyar todo su peso, el hielo se quebró y ella se desplomó bruscamente.

—Los aleutianos son expertos en nieve y en la magia del hielo. Existen muchos tipos diferentes de nieve —dijo la Hechicera—. Suave...

Copos de nieve del mismo tacto de una pluma brotaron de la bola de nieve y rodearon a la esfinge, siseando al acariciar su piel y derritiéndose en el instante que la tocaban.

—Dura...

Unos pedazos de hielo tan sólidos como una piedra empezaron a surgir de la bola y a quemar el rostro humano de la bestia.

—Y también existen ventiscas.

La pelota estalló. Unos copos de nieve especialmente gruesos explotaron contra la criatura, cubriéndole así todo el pecho y el rostro. La bestia tosió en el momento que los gélidos cristales

rozaron el interior de su boca. Escarbando con los pies, la esfinge intentó dar marcha atrás, pero una manta de hielo tapizó todo el pasillo. Alzó las alas, pero la capa de escarcha pesaba de tal forma que apenas lograba moverlas.

—Y, por supuesto, granizo.

Unas astillas del tamaño de un guisante y pedazos de hielo golpearon a la criatura ancestral. Perdigones y piedras de granizo empezaron a rebotar desde la bola de nieve, perforando así las alas de la esfinge.

Con un aullido sobrecogedor, la esfinge se giró y huyó.

Una avalancha de nieve siguió sus pasos al mismo tiempo que las piedras de granizo botaban en el suelo y se hacían mil pedazos al chocar con la bóveda del pasillo mientras repiqueteaban contra las puertas metálicas de las celdas. Unos copos de nieve bastante gruesos emergieron a lo largo de todo el pasillo. Los barrotes de hierro quedaron completamente destruidos por el frío polar; los ladrillos se desmenuzaron hasta convertirse en polvo y unos gigantescos pedazos de techo se desplomaron bruscamente por el peso del hielo.

La esfinge estaba a punto de alcanzar el extremo del pasillo cuando, de repente, todo el corredor se derrumbó, enterrándola así bajo toneladas de piedra y metal. Un instante más tarde, el hielo se desplomó sobre las ruinas del pasillo, sellando así los escombros que habían quedado atrapados bajo una capa subterránea de hielo tan dura como el propio hierro.

Perenelle se tambaleó mientras su aura se desvanecía alrededor de su cuerpo.

—*Bravo, Madame* —murmuró el fantasma de Juan Manuel de Ayala que en ese momento emergió de entre las sombras;

La Hechicera se apoyó cuidadosamente en la pared mientras intentaba recuperar el aliento y dejaba de jadear. Temblaba a causa del esfuerzo y aquel sacrificio le había provocado un dolor punzante en las articulaciones y músculos.

—*¿La has matado?*

—No lo creo —dijo Perenelle con tono agotado—. La he detenido, irritado, asustado. Pero mucho me temo que para acabar con la esfinge se necesita algo más que eso.

La Hechicera se dio media vuelta y, lentamente, subió las escaleras apoyándose en la pared para poder mantener el equilibrio.

—*Lo de la nieve y el hielo ha sido impresionante* —comentó De Ayala mientras flotaba por encima de las ruinas y admiraba la capa sólida de hielo que Perenelle había formado al final del pasillo.

—He estado a punto de intentar otra cosa, pero por alguna razón pensé en la imagen de las dos mujeres guerreras atrapadas en un bloque de hielo; parecían Valkirias...

—*¿Un recuerdo?* —sugirió De Ayala.

—Mío desde luego que no —susurró Perenelle.

Al asomarse a los rayos de sol matutino, Perenelle suspiró de alivio. Con los vestigios del aura que le quedaba, la Hechicera se rozó las heridas con la yema de los dedos con el fin de curarlas. Después entrecerró los ojos y ladeó la cabeza hacia el sol.

—Creo que son los recuerdos de Sophie —anunció un tanto perpleja. Entonces se le cruzó una repentina idea por la mente y se

quedó completamente inmóvil—. Las Valkirias y Nidhogg han vuelto a este mundo —dijo atónita.

Instintivamente, la Hechicera se giró hacia el este y abrió los ojos. ¿Qué les habría ocurrido a Nicolas y a los mellizos? ¿En qué problema se habrían metido?

Capítulo 24

Alquimista! —exclamó Palamedes desesperadamente—. ¡Nos has condenado a todos! Flamel se desplomó sobre las pantallas de cristal líquido y las destrozó instantáneamente. Ahora su piel se había teñido de un amarillo pálido, del mismo color que el de un antiguo pergamino, y las líneas de expresión y arrugas de la frente y del contorno de los ojos se habían multiplicado a la par que profundizado. Cuando se giró para mirar al Caballero Sarraceno, Nicolas tenía los ojos vidriosos, perdidos, y el blanco se había tornado de color verde.

—Te advertí que no usaras tu aura —gruñó el Caballero—. Te avisé —continuó mientras rodeaba a Shakespeare—. Prepárate para la batalla. Avisa a los guardias.

El Bardo asintió con la cabeza y salió escopeteado hacia el exterior de la casucha, donde los perros de mirada bermeja permanecían en silencio. La jauría siguió los pasos de Shakespeare, rodeándole como si se tratara de un escudo protector. La armadura

de cota de malla del caballero apareció, como si de un fantasma se tratara, alrededor de su cuerpo y, segundos más tarde, se solidificó.

—¿Qué te dije, Alquimista? Siempre dejas una estela de muerte y destrucción a tu paso. ¿Cuántos perecerán esta noche gracias a ti? —gritó antes de salir por la puerta.

Josh parpadeó en un intento de difuminar los destellos negros que brillaban ante él. Vio cómo su hermana se bamboleaba y la agarró por el brazo.

—Estoy agotado —confesó Josh.

Sophie asintió con la cabeza.

—Yo también.

—He podido sentir realmente la energía fluyendo por el brazo —dijo un tanto perplejo.

Acto seguido observó las yemas de los dedos. Estaban ligeramente enrojecidas y contenían diminutas ampollas de agua. Acercó una silla a su hermana melliza y le ayudó a sentarse. Después, Josh se arrodilló ante ella.

—¿Cómo te sientes?

—Agotada —murmuró Sophie.

En ese instante Josh se percató de que los ojos de su hermana aún parecían dos espejos plateados. Le inquietaba ver una imagen tan distorsionada de sí mismo en la mirada de Sophie. Era un cambio mínimo en su hermana, pero, sin embargo, le otorgaba un aspecto siniestro e incluso casi extraterrestre. A medida que miraba a su alrededor, los ojos de Sophie empezaron a cobrar su color azul habitual.

—¿Perenelle? —preguntó. Tenía la boca completamente seca,

de forma que articulaba las palabras de forma espesa y lenta—. ¿Qué le ha ocurrido? —susurró con voz ronca—: Necesito agua.

Josh estaba poniéndose en pie cuando, de repente, Shakespeare apareció a su lado con dos vasos llenos de un líquido turbio.

—Bebed esto.

Josh aceptó ambos vasos. Tomó un sorbo de su vaso para probarlo antes de entregarle el otro a su hermana. Hizo una mueca.

—Está dulce. ¿Qué contiene?

—Sólo agua. Me he tomado la libertad de añadir una cucharada de miel natural a cada vaso —dijo el inmortal—. Acabáis de gastar una gran cantidad de calorías y habéis quemado gran parte de los azúcares y sales naturales de vuestro cuerpo. Tenéis que recuperarlos tan rápido como sea posible. —Sonrió torciendo la boca y dejando al descubierto su mala dentadura—. Consideradlo como el precio de la magia.

Colocó un tercer vaso ligeramente más grande que los otros, movió el líquido para que se mezclara con la miel y lo posó sobre la mesa, junto al Alquimista. —Tú también, Nicolas —dijo amablemente—. Bébetelo rápido. Hay mucho que hacer.

Entonces se dio media vuelta y desapareció entre la oscuridad nocturna.

Sophie y Josh observaron cómo Nicolas se acercaba el vaso a los labios y sorbía lentamente el pegajoso líquido. La mano derecha le temblaba, de forma que tuvo que utilizar también la izquierda para mantener el vaso firme. El Alquimista se dio cuenta de que los

mellizos le contemplaban e hizo el ademán de sonreír, pero sólo logró dibujar una mueca que expresaba dolor.

—Gracias —susurró—. Habéis salvado a Perenelle.

—Perenelle —repitió Sophie—. ¿Qué le ha ocurrido?

Nicolas sacudió la cabeza.

—No lo sé —admitió.

—Aquellas criaturas... —empezó Josh.

—Vétala —dijo Nicolas.

—Y algo que parecía, a simple vista, un fantasma —añadió Sophie.

Nicolas, aun tiritando, se acabó el vaso de agua y lo colocó otra vez sobre la mesa.

—De hecho, eso me da esperanzas —dijo con una sonrisa que, esta vez, sí era auténtica—. Perenelle es la séptima hija de una séptima hija. Puede comunicarse con los espíritus de los muertos; no sienten ningún temor hacia ella. Alcatraz es una isla de fantasmas y la mayoría de ellos son inofensivos.

—¿La mayoría? —preguntó Josh.

—La mayoría —confirmó Nicolas—. Pero ninguno puede hacerle daño a mi Perenelle —añadió con tono confiado.

—¿Crees que le ha ocurrido algo? —preguntó Sophie en el mismo momento en que su hermano había abierto la boca para articular la misma pregunta.

Se produjo un silencio y después Flamel contestó.

—No lo creo. Ví cómo su aura resplandecía. Fortalecida por nuestras auras, sobre todo por las vuestras, Perenelle cobró una fuerza extraordinaria al menos durante un breve periodo de tiempo.

—¿Pero qué quiso decir cuando dije que la habías matado? —preguntó Sophie con una voz más fuerte.

—No lo sé —confesó en voz baja—. Pero de lo que no me cabe duda es de que si le hubiera ocurrido algo, lo sabría. Lo sentiría.

Poco a poco, y con cierta rigidez, el Alquimista se puso en pie y se despezó. Miró a su alrededor y contempló el interior vacío de la casa. Entonces desvió la mirada hacia los mellizos y les señaló las mochilas.

—Coged vuestras cosas; tenemos que salir de aquí.

—¿E ir dónde? —inquirió Josh.

—A cualquier lugar muy lejos —respondió Nicolas—. La combinación de nuestras auras habrá actuado como un faro. Apostaría a que cada Inmemorial, ser de la Última Generación e inmortal que habite en Londres se está dirigiendo hacia aquí en este preciso instante. Por eso Palamedes está tan disgustado.

Sophie se puso en pie. Josh alcanzó a su hermana para calmarla, pero ella enseguida hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Creí que ibas a quedarte para combatir —le dijo a Nicolas—. Eso es lo que Perenelle te dijo que hicieras. Y corrígeme si me equivoco, ¿Palamedes y Shakespeare no sugirieron exactamente lo mismo?

Flamel empezó a subir las escaleras y esperó a que los mellizos se reunieran con él en el exterior, bajo la fría oscuridad nocturna, para darles una respuesta. Primero miró a Josh.

—¿Tú qué propones? ¿Quedarnos y luchar o huir?

Josh le observó perplejo, atónito.

—¿Me lo estás preguntando a mí? ¿Por qué?

—Eres nuestro estratega, inspirado en el mismo Marte. Si alguien sabe qué se debe hacer en una batalla, ése eres tú. Y, tal y como Perenelle me recordó, vosotros sois los mellizos de la leyenda: tenéis mucho poder. Así que, Josh, dime, ¿qué deberíamos hacer?

Josh estaba a punto de protestar y asegurar que no tenía la menor idea cuando, de repente, en el mismo momento en que negaba con la cabeza, supo la respuesta.

—No sabemos con exactitud lo que se está acercando, así que es difícil de decir —confesó. Después miró a su alrededor y continuó—: Por una parte, estamos seguros tras las murallas de esta fortaleza inteligentemente diseñada a prueba de bombas. Sabemos que alrededor del castillo la zona está protegida y que en el interior de las casas se hallan criaturas leales al caballero. No me cabe la menor duda de que Shakespeare y Palamedes tienen otras defensas. Pero si nos quedamos y combatimos, estaremos atrapados aquí, ya que éste es el país de Dee y, por lo tanto, tendrá tiempo para traer refuerzos. Eso nos mantendrá aquí encerrados —explicó. Miró a su hermana y añadió—: Yo propongo que huyamos. Cuando llegue el momento de la batalla, deberemos estar en condiciones.

—Bien dicho —dijo el Alquimista—. Yo estoy de acuerdo. Huimos ahora y sobrevivimos para poder combatir otro día..

Palamedes apareció de entre las sombras, al igual que su aroma a clavo. Su transformación en el Caballero Sarraceno, quien había

luchado junto al rey Arturo, se había completado. Estaba ataviado, de pies a cabeza, con una armadura metálica y negra que tapaba un traje de cota de malla también negro. Una cofia de malla le protegía completamente la cabeza y el cuello y se extendía hasta los hombros. Sobre ella, Palamedes lucía un casco de tipo bacinete, metálico y pulido, que también le cubría la nariz. De uno de sus costados pendía una espada shamshir curvada y, en la espalda, llevaba atada una espada de dos puños gigantesca. La armadura le proporcionaba a aquel corpulento hombre un aspecto monstruoso. Antes de que pudiera pronunciar palabra, Shakespeare apareció a toda prisa con cinco de los perros de mirada rubí que le seguían los pasos silenciosamente.

—¿Cuan mal están las cosas? —retumbó Palamedes.

—Mal —murmuró Shakespeare—. Hace un rato unos individuos, inmortales la mayoría y algunos cazarrecompensas humanos, se han adentrado en las calles patrulladas por las /larvas y los lémures. No han conseguido llegar muy lejos.

El aura de Shakespeare chisporroteó y cobró forma: era de un color amarillo pálido y desprendía una esencia a limón. El peto de mecánico que acostumbraba a llevar el Bardo se convirtió en una moderna armadura del cuerpo de policía. Cargaba con una maza cubierta de barro por rozar con el suelo y una cadena en la mano izquierda. Uno de los perros lamió la maza con su lengua de serpiente. —Las larvas y los lémures eran nuestra primera línea de defensa —continuó mirando al Alquimista y a los mellizos—. Son fieles, pero no demasiado brillantes. Y cuando se alimentan, duermen. Los asaltantes habrán alcanzado los muros antes de

medianoche.

—El castillo aguantará —anunció Palamedes muy seguro de sí mismo.

—Ningún castillo es completamente impenetrable —respondió Josh. Entonces, al ver la gigantesca silueta de mirada roja y brillante que se distinguía en la oscuridad, el joven se detuvo. Todos los demás siguieron la mirada de Josh. Se trataba del perro más grande de la jauría. Tenía el pelaje enmarañado y apelmazado por la cantidad de mugre que contenía y tenía un corte en la espalda, muy cerca de la columna vertebral.

—¡Gabriel! —exclamó Shakespeare. En cuestión de una milésima de segundo, lo que tardó en bajar un peldaño de la escalera, el perro se transformó. Sus músculos se estiraron, sus huesos crujieron y chasquearon y el perro se encabritó sobre sus dos patas traseras. El cuello empezó a empequeñecerse y los ángulos de su rostro y la mandíbula cambiaron radicalmente de forma. Cobró un aspecto casi humano; parecía un jovencito con cabello largo y pardo. Un tatuaje de color azulado y púrpura comenzó a dibujarse en sus mejillas, recorriéndole el cuello y extendiéndose hasta su desnudo pecho. Iba descalzo y únicamente llevaba unos pantalones de lana rugosos y ásperos con un estampado negro y rojo. Bajo el flequillo, todos pudieron apreciar unos ojos del mismo color que la sangre.

—Gabriel, estás herido —dijo el Bardo.

—Un rasguño —respondió el hombre-perro—. Nada más. Y la bestia que lo hizo no volverá a acercarse a nadie.

La criatura hablaba con un acento melódico que, enseguida,

Sophie reconoció como gales. Uno de los perros que estaba alrededor de Shakespeare también adoptó una forma humana.

—¿Sois Torc Allta? —preguntó Josh al acordarse de las criaturas que vigilaban el Mundo de Sombras de Hécate.

—Son familiares nuestros —dijo Gabriel—, pero nosotros somos Torc Mandra.

—Los Sabuesos de Gabriel —añadió Sophie en el mismo instante que las pupilas se le tornaron plateadas—. Ratchets.

Gabriel se giró para poder observar a la joven. Al mismo tiempo, extrajo su lengua hendida, como si se tratara de una serpiente, para saborear la atmósfera.

—Hace mucho tiempo que nadie se refiere a nosotros con ese nombre —dijo. Después volvió a sacar la lengua—. Pero tú no eres completamente humana, ¿verdad, Sophie Newman? Tú eres la Melliza Luna y demasiado joven para poseer la sabiduría de milenios en tu interior. Apestaras a la repugnante bruja Endor —dijo con aire desdeñoso al mismo tiempo que se giraba y se arrugaba la nariz en señal de repugnancia.

—Eh, no le puedes hablar así a mí... —empezó Josh. Pero Sophie enseguida le tiró del brazo, frenando así su discurso.

Ignorando por completo el arrebató cite Josh, Gabriel se dirigió hacia Palamedes.

—Las larvas y los lémures han caído.

—¡Tan pronto! —exclamó el Caballero Sarraceno.

Shakespeare y Palamedes parecían consternados ante la noticia.

—¿Estás seguro? ¿Todos han caído?

—Todos. No queda ni uno.

—Había casi cinco mil... —empezó Shakespeare.

—Dee está aquí —anunció Gabriel con un gruñido—. Y también Bastet.

Se encogió de hombros y, al arquear la espalda, su herida se abrió y la criatura dibujó una terrible mueca.

—Pero hay algo más, ¿verdad? —intuyó Nicolas Flamel—. Los seguidores de los Oscuros Inmemoriales y los agentes de Dee en esta ciudad conforman una alianza de facciones tan opuestas que incluso si entramos en batalla es posible que se maten los unos a los otros. Para acabar con las larvas y los lémures necesitan de un ejército entrenado y organizado que deba su lealtad a un único líder.

Gabriel inclinó ligeramente la cabeza.

—La Caza está ahí fuera.

—Oh, no.

Palamedes suspiró profundamente y extrajo la espada de dos puños que mantenía atada en su espalda.

—Y su maestro también —añadió Gabriel con expresión de vencimiento.

Josh miró a su hermana y se preguntó si ella sabría de qué estaba hablando el Troc Mandra. Sus ojos se habían convertido en un par de discos plateados. La expresión de su rostro no era de miedo, sino de asombro.

—Cernunnos ha vuelto —anunció Gabriel con una voz que dejaba entrever su terror. Y entonces, uno tras otro, todos los sabuesos inclinaron ligeramente la cabeza hacia atrás y empezaron a

aullar lastimosamente.

—El Dios Astado —murmuró Sophie al mismo tiempo que empezaba a temblar—. Maestro de la Caza Salvaje.

—¿Un Inmemorial? —preguntó Josh.

—Un Arconte.

Capítulo 25

Me dijeron que esta mujer, Perenelle, estaba atrapada, débil — comunicó Billy el Niño a través del estrecho micrófono Bluetooth que asomaba por sus cachetes sin afeitarse—. Y eso no es cierto.

A través del parabrisas del lujoso Thunderbird, repleto de bichos aplastados, podía vislumbrar claramente Alcatraz, que se alzaba al otro lado de la bahía.

—Creo que tenemos un problema. Un serio problema.

Al otro lado del mundo, Maquiavelo escuchaba la voz que le hablaba por su manos libres mientras él se dedicaba a preparar una sencilla maleta. No lograba recordar la última vez que él mismo se había tenido que preparar el equipaje; Dagon siempre se había ocupado de eso.

—¿Y por qué me llamas? —preguntó Maquiavelo. Metió un tercer par de zapatos hechos a mano, aunque poco después decidió que dos pares eran más que suficiente y los volvió a sacar de la maleta.

—No me andaré con rodeos —admitió Billy a regañadientes—. No pensé que iba a necesitar tu ayuda. Estaba seguro que podría ocuparme de ella yo solo.

—Un error que ha costado muchas vidas —murmuró Maquiavelo en italiano; después cambió a inglés y añadió—: ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Hace unos minutos ocurrió algo en Alcatraz. Algo muy extraño... algo poderoso.

—¿Cómo lo sabes? No estás en la isla.

El italiano percibió claramente el sobrecogimiento en la voz del inmortal norteamericano.

—Lo sentí... ¡a más de cinco kilómetros de distancia! Maquiavelo se enderezó.

—¿Cuándo? ¿Cuándo exactamente? —preguntó mientras comprobaba la hora en su reloj.

Cruzó a zancadas la habitación, abrió su ordenador portátil y deslizó los dedos sobre el lector táctil para encenderlo. Había recibido una docena de correos electrónicos encriptados le sus espías en Londres informándole de que algo extraordinario había sucedido. Los correos electrónicos los había recibido alrededor de las 20.45, justo un cuarto de hora antes.

—Hace quince minutos —informó Billy.

—Explícame con exactitud lo ocurrido —ordenó Maquiavelo. Apretó un botón del costado del teléfono y empezó a grabar la conversación.

Billy el Niño se apeó del coche, alzó un par de prismáticos abollados de color verde militar y se los acercó a los ojos. Había

aparcado cerca del puente Golden Gate; justo a su derecha, la isla parecía estar en calma y paz, descansaba bajo un cielo nocturno completamente despejado, pero sabía que aquella imagen era engañosa. Frunció el ceño en un intento de recordar con precisión lo que había sucedido.

—Era... Era como un aura encendida, ardiendo en llamas — explicó—. Pero poderosa, la más poderosa que jamás he visto.

La voz de Maquiavelo se oía perfectamente a través de la línea telefónica trasatlántica.

—Un aura poderosa...

—Muy poderosa.

—¿Distinguiste algún aroma?

Billy vaciló y, de forma instintiva, inspiró, pero lo único que logró apreciar era el perfume salado del mar y el olor penetrante de la contaminación. Negó con un gesto de cabeza y, al darse cuenta de que Maquiavelo no podía verle, habló.

—Si lo había, no lo recuerdo. No, estoy seguro de que no.

—¿Cómo notaste el poder del aura?

—Hacía frío, mucho frío. E hizo que mi propia aura centelleara. Durante unos minutos no tuve ningún tipo de control —admitió Billy con voz temblorosa—. Por un momento pensé que iba a consumirme entre las llamas.

—¿Algo más? —inquirió Maquiavelo manteniendo su voz calmada deseando que Billy se concentrara.

Todos los humanos inmortales sabían que un aura fuera de control podría consumir el cuerpo humano que envolvía; el proceso se conocía como combustión humana espontánea.

—Dime.

—Afortunadamente había aparcado el coche cuando eso pasó; si hubiera estado conduciendo habría destrozado el coche. Me quedé ciego y sordo por completo. Ni siquiera podía escuchar mi propio latido. Y cuando recuperé el oído me dio la sensación de que cada perro de la ciudad aullaba. Y los pájaros también graznaban.

—Quizás era la esfinge asesinando a la Hechicera —susurró el italiano. Billy frunció el ceño, pues su agudo oído le indicaba un ápice de arrepentimiento en la voz de Maquiavelo—. Tengo entendido que la esfinge tiene permiso para matar a la mujer.

—Es lo mismo que pensé yo —admitió Billy—. Tengo una vasija de adivinación. Se trata de una pieza de cerámica de origen anasazi. Es una pieza muy difícil de encontrar y muy poderosa.

—Por lo que sé, la mejor —acordó Maquiavelo.

—Cuando conseguí volver a controlar mi aura, de inmediato intenté contemplar la isla a través de mi vasija. Logré ver la imagen de la Hechicera. Estaba apoyada sobre uno de los muros del patio de la cárcel, tomando el sol, calmada y relajada. Y entonces, y sé que esto es imposible, abrió los ojos, alzó la cabeza... y juraría que me vio.

—Puede ser —murmuró Maquiavelo—. Nadie sabe hasta dónde llegan los poderes de la Hechicera. ¿Y después...?

—El líquido de mi vasija de adivinación se congeló hasta convertirse en un pedazo sólido de hielo.

Billy desvió la mirada hacia el asiento del copiloto, donde los fragmentos de la vasija ancestral permanecían envueltos con las

páginas del periódico matutino.

—Se ha hecho añicos —confesó con una voz que denotaba desesperación—. He tenido esa vasija durante mucho, mucho tiempo —añadió con voz menos débil—. La Hechicera sigue viva, pero no logro detectar a la esfinge. Creo que Perenelle la ha matado —finalizó con tono asombrado.

—Eso también pude ser —añadió Maquiavelo pronunciando las palabras con lentitud—, aunque es poco probable. No nos adelantemos a los hechos. Lo único que sabemos es que la Hechicera sigue viva.

Billy el Niño respiró profundamente.

—Pensé que podría ocuparme de Perenelle Flamel yo solo; ahora sé que no puedo. Si conoces algún tipo de magia o hechizo europeo, es el momento de utilizarlos —carcajeó Billy el Niño, aunque no había un ápice de diversión en su risa—. Solo tendremos una oportunidad para asesinar a la Hechicera; si fracasamos, no saldremos de la Roca con vida.

Nicolas Maquiavelo asintió con la cabeza, dándole así la razón al joven. Se preguntó si el inmortal norteamericano también sabía que Morrigan había desaparecido. Pero lo que sin duda alguna el Niño no se imaginaba era que, exactamente en el mismo instante en que el aura poderosa de la isla había empezado a resplandecer, una energía similar había parpadeado en el norte de Londres.

Rápidamente, Maquiavelo leyó por encima los correos electrónicos que había recibido; todos le informaban de lo que, al parecer, era un aura increíblemente poderosa cobrando vida.

«... más poderosa que cualquier otra que haya visto antes...»

«... comparable al aura de un Inmemorial...»

«... informes sobre auras que ardían espontáneamente en el parque de Hampstead Heath, en la calle Camden y en el cementerio Highgate...»

Resultaba interesante la información que proporcionaban dos de los correos electrónicos: resaltaban el inconfundible olor a menta.

La firma de Flamel.

Maquiavelo sacudió la cabeza en un gesto de admiración. El Alquimista debía de haber conectado con Perenelle. La adivinación era un procedimiento relativamente sencillo y, aunque normalmente funcionaba en distancias cortas, los Flamel habían contraído matrimonio en el año 1350 y habían convivido durante más de 650 años. La conexión entre ellos era muy fuerte y, por esa razón, podían haber establecido una comunicación a miles de kilómetros de distancia. Pero la adivinación no debería haber activado las auras de Flamel y Perenelle de forma tan dramática. A menos que... a menos que Perenelle estuviera en peligro y el Alquimista hubiera alimentado el aura de su esposa con la suya propia. Maquiavelo frunció el ceño. Nicolas estaba debilitándose por momentos; ese proceso le hubiera matado.

¡Los mellizos!

Nicolas Maquiavelo volvió a sacudir la cabeza, pero esta vez en un gesto de desagrado. Estaba seguro de que el Alquimista, debido a su rápido envejecimiento, se tornaría más lento, más débil. Tenía que estar conectado con los mellizos. Él mismo había sido testigo de cómo trabajaron juntos en Notre Dame para vencer a las

gárgolas. Seguramente habían entregado parte de su fuerza a Flamel y él, a su vez, se las había arreglado para conectar con Alcatraz y Perenelle. Por eso el rastro de su aura era tan evidente.

—Por qué has contactado conmigo? —se preguntó Maquiavelo en voz alta.

—No eres la primera persona a quien he llamado —admitió Billy el Niño—, pero no logro ponerme en contacto con mi maestro. Pensé que debía advertirte... y esperaba que, quizá, tú propondrías algún modo de vencer a esa tal Perenelle Flamel. ¿La has visto alguna vez?

—Sí —respondió Maquiavelo con una sonrisa glacial mientras buscaba entre sus recuerdos—. Sólo una vez Hace mucho tiempo, exactamente en el año 1669. Dee había perdido la pista de los Flamel después del Gran Incendio en Londres, pero el matrimonio había huido de la Europa continental. Yo estaba de vacaciones en Sicilia cuando me los encontré por casualidad. Nicolas estaba enfermo, había ingerido comida envenenada y yo mismo me aseguré de que el médico local añadiera unas gotas de poción durmiente a sus medicamentos. En mi arrogancia, creí que podría vencer a Perenelle primero y después ir tras el Alquimista.

El italiano alzó ligeramente la mano y la observó cuidadosamente bajo la luz. Un rastro de cicatrices se diferenciaban claramente sobre las manos, además de otras en los hombros y la espalda.

—Luchamos durante un día entero: su brujería contra mi magia y alquimia... —Su voz fue desapareciendo hasta convertirse en silencio.

—¿Qué ocurrió? —preguntó finalmente Billy.

—Las energías que liberamos provocaron la erupción del volcán Etna. Casi muero en esa isla aquel día.

Billy el Niño se apartó los binoculares de los ojos, giró la cabeza hacia la bahía y se sentó sobre un muro de piedra. Contempló fijamente sus botas de vaquero completamente destrozadas; el cuero estaba raspado y desteñido. Había llegado el momento de comprar un nuevo par de botas, pero eso significaba desplazarse hasta el hogar de un zapatero que conocía en Nuevo México que todavía fabricaba botas y zapatos siguiendo un patrón tradicional. Billy tenía algunas amistades en Albuquerque y en Las Cruces, otras en Silver City, donde se había criado, y en el Fuerte Sumner, donde Pat Garrett le había disparado a muerte.

—Podría avisar a toda una pandilla —dijo en voz baja, esperaba que el italiano objetara, así que se sorprendió cuando no recibió respuesta alguna—. Sería como en los viejos tiempos. Conozco a algunos inmortales, un par de vaqueros, un conquistador español y dos guerreros apaches que nos deben su lealtad. Quizá si atacamos todos juntos la isla...

—Es una buena idea, pero probablemente estarías condenando a tus amigos a muerte —respondió Maquiavelo—. Hay otra forma —se produjeron interferencias en la línea telefónica—. Hay un ejército en la isla, un ejército de monstruos. Creo que, en vez de atacar a Perenelle, sencillamente tenemos que despertar a las bestias dormidas. Muchas han permanecido dormidas bajo un encantamiento durante un mes o incluso más; tendrán hambre... e irán en busca de comida caliente y sangrienta: *Madame* Perenelle.

Billy el Niño asintió con la cabeza, pero de repente una idea se le cruzó por la mente.

—Hey, ¿pero nosotros no estaremos en la isla?

—Confía en mí —dijo Maquiavelo—. Una vez hayamos despertado al ejército durmiente, no querremos estar por ahí cerca. Te veré mañana a las doce y media del mediodía, hora local, justo cuando mi avión aterrice. Si todo va según lo previsto, Perenelle no volverá a ver la luz del sol.

Capítulo 26

El doctor John Dee estaba aterrorizado. A su lado, Bastet respiró profundamente y se estremeció. Fue entonces cuando Dee se percató de que la Inmemorial también estaba asustada, lo cual le aterraba todavía más.

No era la primera vez que el Mago sentía miedo, pero siempre lo había acogido con agrado. El miedo le había mantenido vivo, le había hecho huir mientras otros preferían quedarse para combatir y, posteriormente, fallecer. Pero este pavor no era normal: le dolían los huesos, tenía el estómago revuelto, una repulsión le recorría el cuerpo y estaba cubierto de un sudor frío. La parte analítica y calculadora del inglés le mostraba que no se trataba de un miedo racional; era algo más fuerte, algo prehistórico y ancestral, un terror registrado en lo más profundo del sistema límbico, la parte más antigua del cerebro humano. Era un miedo primigenio.

A lo largo de su extensa vida, Dee se había topado con algunos de los Inmemoriales más repugnantes, criaturas espantosas que en

nada se asemejaban a un ser humano. Gracias a su afán por la investigación y sus viajes, el Mago se había adentrado en algunos de los Mundos de Sombras más oscuros; lugares donde criaturas horripilantes sacadas de pesadillas sobrevolaban cielos color esmeralda o bestias con tentáculos se retorcían en mares coralinos. Pero jamás había sentido este pavor. Por el rabllo del ojo podía vislumbrar puntos negros que le nublaban la vista. Fue en ese instante cuando cayó en la cuenta de que respiraba tan fuerte que incluso había empezado a hiperventilar. En un intento desesperado de calmar su respiración, el doctor se concentró en el origen de su miedo, la criatura que se paseaba a zancadas por una calle vacía del norte de Londres.

La mayoría de farolas estaban apagadas y las pocas que quedaban iluminadas desprendían un resplandor sódico y espantoso sobre aquella silueta, coloreándola así de sombras amarillas y negras. Medía alrededor de dos metros y medio y poseía unas extremidades musculadas y gigantescas en cuyos extremos aparecían unas pezuñas similares a las de una cabra. Lucía un casco gigantesco con seis astas afiladas que se enroscaban a cada lado de su cráneo, lo cual añadía otro metro y medio a su altura. El cuerpo lo tenía completamente cubierto de diferentes pieles de animales que se habían extinguido hacía décadas y a Dee le resultaba imposible decidir dónde acababan esas pieles y dónde comenzaba exactamente el propio pelaje de la criatura. Sobre su hombro izquierdo se hallaba un garrote de unos dos metros fabricado a partir de la mandíbula de un dinosaurio; de hecho, en uno de los costados se podía distinguir una línea de dientes puntiagudos.

Era Cernunnos, el Dios Astado.

Hacía más de quince mil años, un artista asustado del Paleolítico había dibujado la imagen de esta criatura en una cueva situada al suroeste de Francia, una imagen de algo que no era ni hombre ni bestia, sino una mezcla de ambos. Dee se dio cuenta de que probablemente estaba experimentando las mismas sensaciones que aquel pobre hombre. Con tan sólo mirarlo, Dee se sentía pequeño, intrascendente y enclenque.

Siempre había creído que el Dios Astado era sólo otro Inmemorial, quizás incluso uno de los Grandes Inmemoriales, pero justo ese mismo día, tan sólo unas horas antes, Marte Ultor le había desvelado algo sorprendente y, a su vez, bastante aterrador. El Dios Astado no era un Inmemorial. Era algo más ancestral, mucho más antiguo, que existía en los orígenes de los mitos.

Cernunnos era uno de los legendarios Arcontes, la raza que había gobernado el planeta en el pasado más remoto. El Yggdrasill, el Árbol del Mundo, tan sólo era una semilla cuando el Dios Astado pisó por primera vez el mundo y Nidhogg y los de su especie acababan de salir del cascarón. Evidentemente, esto ocurrió cientos de milenios antes de que los primeros humanos aparecieran en el mundo.

El Dios Astado dio un paso hacia delante y la luz le iluminó el rostro.

Dee notó como si alguien le hubiera pegado una patada en el estómago. Esperaba observar una máscara horripilante, pero la criatura era preciosa, asombrosa e insólitamente hermosa. Tenía la tez extremadamente bronceada, lisa y sin arruga alguna, como si

hubiera sido tallada en una piedra. Los ojos, ovalados y de color ámbar, resplandecían en sus respectivas, y muy profundas, cuencas. Cuando habló, la criatura apenas abrió la boca para articular las palabras y su extensa garganta permaneció inmóvil.

—Un Inmemorial y un humano, un gato y su maestro. Me pregunto cuál de ellos será más peligroso.

Su voz era sorprendentemente suave, incluso casi amable. Sin embargo, no se distinguía ningún tipo de emoción. Aunque Dee percibió claramente las palabras en inglés, estaba seguro de que podía escuchar la vibración de cientos de otras lenguas pronunciando las mismas palabras en su cabeza. Cernunnos se acercó y, en ese instante, se inclinó apoyándose sobre una rodilla. Primero clavó su mirada en Bastet y, después, bajó los ojos para observar a Dee. El Mago contempló la mirada del Dios Astado: las pupilas eran como dos rajadas negras pero, a diferencia de una serpiente, eran horizontales, como dos líneas planas.

—Así que tú eres Dee —vibraron las decenas de voces en la cabeza de Dee.

El Doctor hizo una reverencia para esquivar la mirada ámbar de la criatura mientras intentaba desesperadamente controlar su miedo. Un olor a almizcle envolvía al Arconte, el mismo olor de bosques salvajes y vegetación podrida. La esencia golpeó a Dee y fue entonces cuando se dio cuenta de que quizá tenía algo que ver con las emociones que sentía. Había visto a criaturas peores, sin duda más asombrosas que ésta. Entonces, ¿qué tenía el Dios Astado para que se sintiera tan aterrado? Se concentró en el garrote salvaje que acarreaba la criatura. Aparentemente parecía la mandíbula de

un sarcosouqus, el cocodrilo emperador que databa del periodo Cretáceo. Dee no pudo evitar preguntarse cuan antiguo era el Arconte.

—Estamos encantados con tu presencia —siseó Bastet. Dee creyó escuchar el temblor del miedo en la voz de la Inmemorial.

—No creo que sea así —respondió Cernunnos mientras se volvía a poner en pie.

—Nosotros...—empezó Bastet. Pero de repente, el inmenso garrote empezó a girar y se detuvo de un frenazo a pocos milímetros de la cabeza felina de Bastet.

—Criatura: no vuelvas a dirigirme la palabra. No estoy aquí por casualidad. Tú —dijo Cernunnos desviando su mirada ámbar hacia Dee—, tu maestro Inmemorial ha apelado a una antigua deuda que existía entre nosotros desde el amanecer de los tiempos. Si te ayudo, mi deuda estará pagada. Ésa es la única razón por la que estoy aquí. ¿Qué necesitas?

El Mago inspiró profundamente. Volvió a realizar una reverencia y se mordió el interior de la mejilla para evitar dibujar una sonrisa. Un Arconte estaba bajo sus órdenes. Cuando finalmente habló, se sintió más que satisfecho al comprobar que su voz permanecía firme y controlada.

—¿Qué es lo que sabes? —empezó.

—Soy Cernunnos. Puedo leer tus pensamientos y tus recuerdos, Mago. Sé lo que tú sabes; sé lo que has sido; sé lo que eres ahora. El Alquimista, Flamel y los niños están con el Caballero Sarraceno y el Bardo, escondidos tras su fortaleza metálica. Quieres que yo, junto con mi Caza Salvaje, fuerce una entrada para

ti.

Aunque el rostro del Arconte permaneció como una máscara sin movimientos perceptibles, Dee creyó escuchar lo que parecía una nota sarcástica en la voz del Dios Astado.

El Mago hizo una reverencia más e intentó, con todas sus fuerzas, controlar sus pensamientos.

—Exactamente.

El Arconte giró su inmensa cabeza hacia los muros metálicos del desguace de coches.

—Se me han prometido ciertas cosas —retumbó—. Esclavos. Carne fresca.

Dee se apresuró en contestar.

—Por supuesto. Puedes quedarte con Flamel y todos aquellos que desees. Sólo necesito las dos páginas del Códex, que tiene Flamel, y a los mellizos.

Dee realizó otra reverencia. Con el poder del Dios Astado y la Caza Salvaje que obedecía todas sus órdenes no podía fracasar.

—Tengo órdenes directas para comunicarte lo siguiente —dijo Cernunnos inclinando ligeramente la cabeza para observar al Mago mientras sus ojos ámbar resplandecían con intensidad—. Si fracasas, tus maestros Inmemoriales te entregarán a mí. Un regalo, una pequeña recompensa por despertarme de mis sueños.

La gigantesca cabeza astada se inclinó hacia un lado y, al mismo tiempo, las pupilas horizontales se extendieron hasta cubrir completamente sus ojos de un negro azabache.

—Hace milenios que no tengo una mascota. No tardan mucho en convertirse —añadió Cernunnos.

—¿Convertirse? —preguntó Dee algo temeroso.

Una oleada amarilla de pelajes nauseabundos, zarpas, dientes y ojos empezó a fluir por las calles, iluminadas únicamente por la tenue luz de las farolas. Emergía de las casas, saltaba desde las ventanas, arrasaba las vallas, brotaba de las alcantarillas. Las criaturas, que desprendían un hedor asqueroso, se reunieron en silencio absoluto formando un semicírculo detrás del Arconte. Tenían el cuerpo de lobos grises gigantescos... pero todas ellas tenían rostros humanos.

—Convertirse —repitió Cernunnos. Sin mover el cuerpo, retorció la cabeza formando un ángulo imposible para contemplar el ejército silencioso que se había agrupado tras él. Después, miró a Dee y añadió—: Tú eres fuerte. Tardarías al menos un año en formar parte de la Caza Salvaje.

Capítulo 27

Palamedes rodeó al Alquimista.

—¡Mira qué has hecho! —exclamó.

La cólera endurecía su acento, de forma que sus palabras apenas eran entendibles.

Flamel ignoró el comentario por completo y se giró hacia Shakespeare.

—¿Existe alguna ruta para escapar? —le preguntó con tono calmado.

El Bardo asintió con la cabeza.

—Por supuesto. Hay un túnel construido justamente debajo de la cabaña. Conduce a un teatro abandonado, que está a un kilómetro y medio más o menos —informó con una sonrisa torcida—. Yo mismo escogí esa ubicación.

Flamel se dirigió hacia Sophie y Josh.

—Coged vuestras cosas. Vámonos; conseguiremos alejarnos lo suficiente antes de que llegue el Dios Astado.

Antes de que cualquiera de los mellizos pudiera objetar, el Alquimista los agarró a ambos por el brazo y los empujó hacia el interior de la cabaña. Josh enseguida apartó la mano de Flamel con desdén y enfado y su hermana, Sophie, también se agitó bruscamente para librarse de él. El Alquimista estaba a punto de protestar cuando se percató de que tanto Palamedes como Shakespeare se habían quedado inmóviles. Se giró para observar al dramaturgo.

—Rápido. Sabes perfectamente de lo que es capaz el Dios Astado; una vez la Caza Salvaje haya probado una gota de sangre, apenas podrá controlarse.

—Ve tú —dijo Shakespeare—. Yo me quedaré aquí. Puedo entretenerlos; así os daré el tiempo que necesitáis para escapar.

Nicolas sacudió la cabeza.

—Eso es una locura —dijo desesperado—. No podrás escapar. Cernunnos te destruirá.

—Posiblemente destruirá mi cuerpo —sonrió Shakespeare—, pero mi nombre es, y seguirá siendo, inmortal. Mis palabras jamás se olvidarán mientras exista la raza humana.

—¿Y si regresan los Oscuros Inmemoriales, lo cual puede suceder antes de lo que te imaginas? Ven con nosotros —rogó. Después, con tono más amable, añadió—: Por favor.

Pero el Bardo negó con la cabeza. Su aura crepitó y empezó a resplandecer alrededor de su cuerpo al mismo tiempo que cubría la atmósfera con la esencia del limón. Una armadura moderna parpadeó hasta convertirse en una armadura plateada y cota de malla y, finalmente, en una ornamentada y grotesca de la Edad

Media. Estaba recubierta por un metal brillante y amarillento. La superficie estaba lisa, pulida, diseñada especialmente para esquivar cualquier embestida. En las rodillas y los codos se distinguían unos parches repletos de púas. Deslizó hacia atrás el visor del casco que le tapaba la cabeza y dejó al descubierto una mirada pálida que se veía magnificada por las gafas que llevaba.

—Me quedaré y lucharé junto a los sabuesos de Gabriel. Me han ofrecido su lealtad durante siglos; ha llegado el momento de que yo les muestre mi lealtad —sonrió mostrando su maltrecha dentadura.

—William.. —murmuró Flamel al mismo tiempo que negaba con la cabeza.

—Alquimista, no estoy completamente indefenso. No he vivido todo este tiempo sin aprender algo de magia. Recuerda, en el corazón de la magia se halla la imaginación. .. y dudo que exista alguien con mayor imaginación que yo.

—Ni alguien con mayor ego —interpuso Palamedes—. Will, no podemos ganar esta batalla. Deberíamos huir, reagruparnos y combatir otro día. Ven con nosotros —dijo el caballero con un tono de voz que reflejaba un ápice de súplica.

El Bardo inmortal sacudió la cabeza con decisión.

—Me quedo. Sé que no puedo ganar, pero puedo entretenerlos aquí durante horas... quizás incluso hasta el amanecer. La Caza Salvaje no puede exponerse a la luz del sol —anunció mientras observaba al Alquimista—. Es algo que tengo que hacer. Te traicioné una vez; permite que enmiende mi error.

Nicolas dio un paso hacia delante y agarró el brazo armado de

Shakespeare con tal fuerza que ambas auras se iluminaron de repente.

—Shakespeare, sabiendo lo que sé ahora, sería un verdadero honor quedarme y luchar a tu lado. Pero permítenos hacer lo que dice Palamedes: déjanos escoger nuestras batallas. No tienes que hacer esto por mí.

—Oh, pero no lo hago únicamente por ti —reconoció Shakespeare. Giró lentamente la cabeza y echó un vistazo a los mellizos que permanecían en silencio—. Lo hago por ellos.

Se acercó a Sophie y a Josh mientras la armadura crujía y chirriaba. Les miró directamente a los ojos. Ahora, el Bardo desprendía un aroma claro y limpio a limón. Los mellizos podían vislumbrar su reflejo en la brillante armadura del dramaturgo.

—He sido testigo de sus poderes, pon los mellizos de la leyenda, no me cabe la menor duda. Aquellos Inmemoriales leales a nosotros tienen la obligación de formar a estos mellizos, de cuidarlos y otorgarles todo su potencial. Llegará el día en que necesitemos sus poderes... de hecho, el mundo entero los necesitará.

Entonces dio un paso atrás y sacudió la cabeza mientras se colocaba las gafas ante unos ojos gigantes y cristalinos.

—Y también lo hago por Hamnet, mi querido hijo. Mi niño mellizo. Su hermana jamás volvió a ser la misma después de su muerte, aunque vivió durante muchos años. No estuve ahí para ayudarlo, pero ahora puedo ayudarlos a vosotros.

—Puedes ayudarnos huyendo con nosotros —sugirió Sophie en voz baja—. Sé lo que se avecina.

Sophie sintió un escalofrío en el momento en que ciertas imágenes se le aparecieron en los rincones de su conciencia.

—Cernunnos y la Caza Salvaje —confirmó Shakespeare. Después contempló a los sabuesos de Gabriel. Algunos de ellos mantenían su forma perruna, aunque la gran mayoría se había transformado en ser humano—. Hombres lobo contra hombres perro. Será una batalla interesante.

—Te necesitamos —se apresuró Josh.

—¿Necesitarme? —preguntó Shakespeare sorprendido—. ¿Por qué?

—Tú posees una gran sabiduría. Podrías enseñarnos —respondió Josh.

El Bardo sacudió la cabeza en forma de negación mientras su armadura chirriaba. Bajó el tono de voz para que sólo Josh y Sophie pudieran escuchar sus palabras.

—El Alquimista sabe más cosas, muchas más cosas, que yo. Y Sophie tiene acceso a la sabiduría de los tiempos; sabe mucho más de lo que se imagina." No me necesitáis. No puedo enseñaros las magias elementales, lo cual ahora mismo es vuestra prioridad: si existe alguna posibilidad de que sobreviváis en los próximos días debéis especializaros en las cinco magias puras.

—¡Cinco! —exclamó Josh atónito—. Pensé que sólo había cuatro elementos —confesó mientras miraba a Sophie—. Aire y Fuego, Agua y Tierra.

—¿Cuatro elementos? —sonrió Shakespeare—. Te olvidas del Aither, la quinta magia. La más misteriosa y poderosa de todas. Pero para poder llegar a dominarla primero debes controlar las

otras cuatro —informó. Levantó la cabeza, se giró hacia el Alquimista y alzó el tono de voz—. Idos. Llévalos hasta Gilgamés, el Rey. Y Nicolas —añadió con tono serio—, ten cuidado. Sabes cómo es.

—¿Cómo es? —preguntó enseguida Josh algo nervioso.

El Bardo desvió su mirada azul pálido hacia Flamel.

—¿No les has contado nada?

Miró a los mellizos y seguidamente se deslizó el visor para cubrirse la cara por completo. Cuando volvió a hablar, su voz retumbó en el interior del casco.

—La noble mente del rey está trastocada. Está loco. Bastante, bastante loco.

Josh se acercó al Alquimista.

—Nunca nos has dicho...

Entonces un sonido tronó en mitad de la noche. Era el bramido de un ciervo: ancestral y primitivo, el rugir de la bestia resonó en los muros metálicos del desguace. Incluso hizo temblar el suelo de tal forma que los charcos empezaron a vibrar y a palpitar.

Como si de un acto reflejo se tratara, el aura de Sophie emergió a su alrededor adoptando la forma de una armadura protectora automáticamente; la de Josh también resplandeció como una sombra dorada alrededor de su cabeza y manos.

El olor húmedo y grasiento del óxido de los coches y el hedor del pelaje mojado de los sabuesos de Gabriel se cubrieron repentinamente por una pestilencia repulsiva. Los mellizos la reconocieron de inmediato: les recordó a unas vacaciones que habían pasado con sus padres en Perú. Se traba del olor putrefacto

de la jungla mezclado con la esencia de árboles podridos y húmedos y flores mortíferas.

Y entonces Cernunnos y la Caza Salvaje iniciaron su ataque.

Capítulo 28

De repente, Josh cayó en la cuenta de que estaba sujetando a *Clarent* entre las manos, aunque no lograba recordar el momento en que la había sacado del tubo de cartón. La empuñadura de cuero estaba seca y cálida entre las palmas húmedas y sudadas de Josh y éste sintió un hormigueo, como si un insecto le recorriera la piel.

La ancestral espada crepitó y unos zarcillos de humo grisáceo y blanco empezaron a emerger de ella al mismo tiempo que cristales diminutos se establecían en la piedra y destellaban reflejos rojos y negros.

Una avalancha de sensaciones e ideas le abrumaron. No eran pensamientos suyos y, como ya había empuñado la espada antes y había experimentado sus emociones, Josh no pensaba que pertenecieran a la espada. Estas sensaciones eran nuevas y extrañas. Se sentía... diferente: seguro de sí mismo, fuerte, poderoso. Y enfadado. Sobre todo, sentía una ira terrible. Sintió un

escozor en el estómago y no pudo evitar doblegarse de dolor. De hecho, podía realmente notar cómo el calor ascendía desde su estómago hasta el pecho al mismo tiempo que le recorría los brazos. Las manos le ardían incómodamente y entonces, de forma inesperada, el humo que emergía de *Clarent* cambió de color y se tiñó de un rojo negruzco bastante desagradable. La espada se retorció entre sus manos.

El dolor desapareció y mientras recuperaba la postura, Josh se dio cuenta de que no estaba asustado. Todos los miedos de los últimos cinco días se habían desvanecido.

Miró a su alrededor e intentó asimilar el número de defensores con que contaban. No tenía la menor idea de la escala del ejército al que se iban a enfrentar y, aunque la fortaleza metálica estaba bien construida, sabía, de forma instintiva, que no vería otro amanecer: estaba diseñada para esquivar los ataques de seres humanos. Automáticamente, Josh alzó la mirada en un intento de averiguar la hora mediante la ubicación de las estrellas, pero el cielo estaba cubierto por una capa de nubes color ámbar... En ese instante se acordó de que llevaba un reloj: las 20.25. Quedaban nueve horas hasta el amanecer, momento en que la Caza Salvaje se retiraría a su Mundo de Sombras crepuscular.

Golpeando suavemente la espada de piedra contra la palma de su mano izquierda, Josh miró a su alrededor entornando los ojos. ¿Cómo atacaría él un lugar de estas características? Scathach lo sabría; la Guerrera sería capaz de decirle dónde debían colocarse y dónde ocurriría el primer ataque. Suponía que los atacantes no habían traído catapultas, porque derrumbar los muros hubiera

consumido mucho tiempo además de resultar extremadamente costoso. El Dios Astado necesitaría realizar una apertura...

Y entonces Josh se dio cuenta de que no necesitaba la ayuda de la Guerrera. Él ya lo sabía. Sophie tenía razón: cuando Marte le había Despertado, le había transmitido toda su sabiduría marcial.

Josh se giró para observar a Palamedes y Shakespeare. Los sabuesos de Gabriel habían trepado los muros metálicos y se habían unido a aquellos que ya se habían desplazado hasta los parapetos de hierro. En total debía de haber unos cien guerreros, pero Josh sabía perfectamente que no eran suficientes. Todos estaban armados con arcos y flechas, ballestas y lanzas. «¿Por qué no utilizan armas modernas?», se preguntó el joven. Los arqueros tenían un puñado de flechas en sus aljabas y los lanceros tan sólo podían llevar dos o tres lanzas. Cuando hubieran atacado con sus lanzas y flechas, aquellos guerreros no servirían para nada; sencillamente se dedicarían a esperar a sus atacantes.

Josh se dirigió hacia la puerta principal de la fortaleza y, sin darse casi cuenta, alzó la mano y señaló con la punta de la espada la entrada. Sabía que la parte más débil e indefensa de un castillo era la puerta. Josh retorció los labios formando una extraña sonrisa.

—Concentrará su ataque aquí—dijo a nadie en particular y sin apartar la mirada de la puerta. Al mismo tiempo, un hilo de humo grisáceo emergió de la espada, como si indicara que Josh tenía razón. Aquí era donde el Dios Astado intentaría crear una apertura.

En ese momento, se oyó un golpe seco contra las puertas con tal fuerza que todos los muros vibraron. Los coches, colocados uno encima de otro en altas columnas, se movieron. Otro golpe, como

si proviniera de un carnero, hizo temblar la noche. En algún lugar de la oscuridad, un coche se desplomó sobre el suelo, y los cristales se hicieron añicos.

El ciervo chilló otra vez, un sonido de poder primitivo.

Al parecer, *Clarent* reaccionó al aullido, pues se retorció en la palma de Josh. Una oleada de calor empezó a subirle por la muñeca y, de repente, su aura apareció e iluminó su silueta de color naranja.

—Josh... —murmuró Sophie.

Josh se giró hacia su hermana melliza y se dio cuenta de que ésta tenía la mirada clavada en sus manos. Rápidamente, se miró las manos: las tenía recubiertas por un par de manoplas justo en la empuñadura de la espada de piedra. Parecían un par de guantes de piel suave, aunque desgastados y desteñidos. El cuero estaba rasgado y manchado de lo que aparentemente parecía mugre y barro.

Otro golpe tremendo contra la puerta.

—No tenemos suficientes tropas para sujetar las murallas —pensó Josh en voz alta. Señaló con *Clarent* y añadió—: Palamedes y Shakespeare, deberíais abrir las puertas. Los sabuesos de Gabriel pueden matar uno a uno a los enemigos a medida que vayan entrando por el estrecho pasadizo.

Flamel dio un paso hacia delante para alcanzar a Josh.

—Tenemos que salir de aquí.

En el preciso instante en que el Alquimista rozó el hombro de Josh, el aura del joven se intensificó a su alrededor y unos zarcillos amarillos de energía pura empezaron a arrastrarse por el pecho y

los brazos del joven Newman. El Alquimista apartó rápidamente los dedos, como si se hubiera quemado con el contacto. La espada de piedra emitió brevemente un resplandor dorado, después palideció hasta teñirse de un rojo sucio y, de repente, una avalancha de emociones tomó a Josh por sorpresa.

Miedo. Un miedo terrible a criaturas con aspecto monstruoso y a seres humanos sombríos.

Pérdida. Infinitos rostros, hombres, mujeres y niños, familias, amigos y vecinos. Todos ellos muertos.

Ira. La sensación que sobresalía por encima de las demás era la ira, una rabia que le hervía la sangre.

Lentamente, el joven se giró para contemplar al inmortal. Ambos cerraron los ojos. De inmediato, Josh supo que estos nuevos sentimientos no guardaban relación alguna con la espada. Ya había empuñado a *Clarent* con anterioridad, así que reconocía la naturaleza peculiarmente repulsiva de los recuerdos e impresiones de la espada. Sabía que lo que acababa de experimentar eran los pensamientos del Alquimista. Cuando Nicolas le rozó, Josh sintió su miedo, su pérdida, su ira, y algo más: durante un segundo logró vislumbrar vagamente siluetas de niños... de muchos niños vestidos con trajes típicos de una docena de países a lo largo de los siglos. Y cuando el humano inmortal apartó la mano, Josh tuvo la impresión de que todos aquellos niños eran mellizos.

El joven dio un paso hacia delante y se acercó al Alquimista. Alargó la mano y se la ofreció. Quizá si lograba que volviera a tocarle podría sujetarle y, finalmente, obtener respuestas. Sabría toda la verdad sobre Nicolas Flamel.

El humano inmortal dio un paso atrás, alejándose de Josh. Aunque intentó esbozar una tierna sonrisa, Josh pudo ver cómo Flamel cerraba los puños y le pareció distinguir un leve resplandor en las uñas del inmortal, que se habían teñido de color verde. En la atmósfera se podía respirar un suave aroma a menta, aunque era ácido y amargo.

Otro golpe sacudió el desguace y la puerta principal tembló en el marco. El metal chirriaba a medida que el ejército de la Caza Salvaje se lanzaba contra las murallas, las arañaba y las rascaba. Josh vaciló, pues estaba indeciso.

No sabía si forzar una confrontación con el Alquimista o dirigir el asalto. Entonces algo que su padre le dijo se le apareció en la mente. Estaban paseando por la orilla del río Tennessee mientras charlaban sobre la batalla de Shiloh que tuvo lugar durante la Guerra Civil estadounidense.

—Siempre es mejor luchar sólo en una batalla a la vez, hijo — comentó su padre—. De esa forma, siempre ganas.

Josh se dio media vuelta. Tenía que hablar con Sophie y explicarle lo que había visto. Así, juntos, podrían hacerle frente a Flamel. Salió disparado hacia Palamedes.

—¡Espera! —ordenó—. ¡No abras fuego!

Pero antes de que pudiera detener a Palamedes, el joven escuchó la voz ronca y profunda del Caballero Sarraceno alto y claro desde el otro lado del desguace.

—¡Fuego!

Los arqueros situados en los parapetos soltaron las flechas, que parecían cortar el aire con un susurro, y rápidamente

desaparecieron en la oscuridad.

Josh se mordió el labio. Deberían conservar la munición, pero tenía que admitir que el Caballero Sarraceno conocía, y muy bien, las tácticas. Flechas primero, después lanzas y finalmente las ballestas, poderosas pero de corto alcance que se mantenían en la reserva para el combate cuerpo a cuerpo.

—¡Lanzas! —exclamó el Caballero Sarraceno—. ¡Fuego!

Los sabuesos de Gabriel despidieron sus lanzas afiladas desde debajo de las murallas.

Josh ladeó la cabeza, intentando escuchar y concentrándose en sus sentidos agudizados, pero no logró percibir sonido alguno de las fuerzas atacantes. Parecía increíble, pero el ejército salvaje se movía y combatía en absoluto silencio.

—Tenemos que irnos —dijo Nicolas apresuradamente.

Josh hizo caso omiso a sus palabras. Entonces escuchó cómo las garras rasgaban el metal, cómo los colmillos hacían trizas las vallas y destrozaban las columnas de coches oxidados.

—¡Flechas! —gritó Shakespeare desde otra parte de la muralla—. ¡Tiro al aire!

Otro golpe tremendo sacudió la puerta principal.

—¡La puerta! —exclamó Josh con un tono de voz autoritario—. ¡Van a entrar en avalancha por aquí!

Tanto Palamedes como William Shakespeare se giraron para observar al joven.

Clarent, que permanecía entre las manos de Josh, resplandecía con una luz roja y negra.

—Concentraos en la puerta. Es precisamente por ahí por

donde intentarán abrirse paso.

Palamedes sacudió la cabeza, pero de inmediato el Bardo empezó a trasladar a aquellos sabuesos que estaban bajo sus órdenes hacia la puerta.

Clarent empezó a emitir una luz carmesí. Se retorció entre las palmas de Josh y, sin darse cuenta, el joven dio un paso hacia delante, como si la espada le estuviera arrastrando hacia el enemigo.

—Un golpe más —murmuró.

Capítulo 29

Un golpe más —murmuró Dee. Dee y Bastet habían permanecido en silencio mientras observaban cómo la Caza Salvaje se lanzaba hacia las murallas metálicas. A diferencia de lobos normales, estas criaturas se movían sin ladrar, ni tan siquiera gruñir; el único sonido perceptible era el chasqueo de sus pezuñas sobre el pavimento. La mayoría avanzaba apoyada sobre sus cuatro patas, agachada, aunque algunos de ellos corrían utilizando tan sólo las traseras. Dee se preguntó si aquí se hallaba el origen de la leyenda de los hombres lobo. Los perros, los Sabuesos de Gabriel, siempre habían ofrecido su protección a los humanos; los lobos de la Caza Salvaje, en cambio, siempre los habían cazado.

Un centenar de los lobos más ágiles habían logrado clavar las zarpas sobre la verja y habían empezado a escalar por los coches apilados. Y entonces aparecieron los defensores sobre los parapetos. Las flechas silbaban hasta derrumbar la primera línea de combate de la Caza Salvaje y en el momento en que rozaban los

rostros humanos de los lobos, las criaturas cambiaban. Dee vislumbró simios, centuriones romanos, guerreros mongoles, hombres de las cavernas neandertales, oficiales de Prusia y parlamentarios ingleses... y de repente, todos se desmenuzaron convirtiéndose en polvo.

—Cernunnos está malgastando sus tropas —comentó Bastet.

Había dado un paso atrás, colocándose así entre las sombras. Cubierta por su largo abrigo de cuero negro, Bastet apenas se podía distinguir en la oscuridad.

—Es una tremenda distracción —dijo el Mago sin tan siquiera mirar a la Inmemorial. Era la primera vez que Bastet hablaba desde que el Arconte la había humillado. Incluso Dee podía sentir las oleadas de rabia que emergían de la Inmemorial. El Mago dudaba de que alguien, o algo, se hubiera dirigido de tal modo a Bastet y hubiera sobrevivido. También era consciente de que él había sido testigo de tal humillación; Bastet jamás lo olvidaría. Desde el rabllo del ojo, Dee pudo ver cómo la gigantesca cabeza gatuna de Bastet se giraba para observarle.

—Los que están atacando las murallas son sólo una distracción —añadió rápidamente en un intento de justificar su comentario anterior—. El asalto principal se desarrollará en la entrada principal —entonces hizo una pausa y prosiguió—: Supongo que no hay nada que pueda hacerle daño al Arconte, ¿verdad?

Los ojos de Bastet se estrecharon hasta convertirse en dos rendijas.

—Vive —siseó—, así que también puede morir.

—Pensé que los Arcontes eran meras historias —dijo

rápidamente. Dee se preguntó qué sabía exactamente Bastet sobre aquella criatura.

La Inmemorial se mantuvo en silencio durante unos instantes antes de contestar.

—En mi juventud me enseñaron que en el corazón de cada historia se esconde una semilla de realidad.

Al Mago le costaba imaginarse a la diosa con cabeza de felino como una jovencita; de repente se le apareció la absurda imagen de una gatita blanca, suave y afelpada. ¿Alguna vez Bastet había sido joven? ¿O había nacido ya adulta? Había muchas cosas que deseaba saber. Entornó los ojos para mirar hacia la calle donde se alzaba Cernunnos. «He aquí un nuevo misterio: el Arconte», pensó. Dee se había pasado vidas enteras investigando las leyendas de los Inmemoriales. De vez en cuando se había encontrado con fragmentos de cuentos y relatos sobre la raza misteriosa que había gobernado la tierra en el pasado más remoto, antes de que los Grandes Inmemoriales levantaran Danu Talis del lecho marino. Se decía que los Inmemoriales habían construido sus imperios encima de la tecnología de los Arcontes e incluso habían tomado posesión de ciudades abandonadas por esta raza antigua, donde posteriormente se establecieron. Entonces, ¿cómo podía estar Cernunnos en deuda con un Inmemorial? ¿Acaso los Arcontes no eran más poderosos que aquellos que llegaron después de ellos? Los Inmemoriales, incluso las criaturas de la Última Generación, eran infinitamente más poderosos que los humanos, que habían aparecido en este mundo después que ellos.

El Mago observó cómo el Arconte alzaba su gigantesco garrote

y lo desplomaba sobre una puerta metálica que, aparentemente, era muy sólida. El sonido estalló en la oscuridad nocturna y unas chispas blancas salieron escopeteadas hacia el aire. La puerta tembló y crujió. Cuando Cernunnos volvió a asir el garrote, arrancó decenas de tiras metálicas que habían quedado colgando en la puerta.

La gigantesca criatura astada tiró el garrote, agarró la puerta hecha trizas y la arrancó de un tirón mientras sacaba el metal como si se tratara de papel de pergamino.

Cernunnos se apartó y permitió que la Caza Salvaje manara por la apertura. La criatura se giró hacia Dee y Bastet. Su hermoso rostro estaba iluminado por una sonrisa radiante.

—Hora de cenar —anunció.

Capítulo 30

Josh salió disparado para tomar una posición desde donde pudiera vigilar la puerta de la entrada. Fue testigo de cómo un bulto metálico y grueso se introducía en la puerta, creando una apertura gigantesca. En ese instante vislumbró fugazmente una monstruosa criatura astada que había derruido todas las defensas únicamente con las manos. Y entonces apareció la Caza Salvaje. Los componentes del ejército salvaje eran más pequeños de lo que Josh había imaginado, pero igualmente eran más voluminosos que cualquier lobo que había visto antes. Tras el pelaje y la mugre sus rostros eran, sin duda alguna, humanos. Las criaturas salvajes entraron como si de una avalancha se tratara a través de la apertura, desbordándose las unas sobre las otras, rasgándose con los colmillos y las pezuñas entre sí mientras se apresuraban a cruzar la apertura. Pero las estrechas murallas metálicas las mantenían agrupadas. No se percibía un solo ladrido o gruñido; los únicos sonidos existentes eran el chasqueo de las garras y el castañeteo de

los dientes.

—Flechas —suspiró Josh.

—¡Tiro al aire! —ordenó Palamedes desde el parapeto de la izquierda, como si hubiera escuchado las palabras del joven.

Una segunda oleada de flechas llovió sobre la Caza Salvaje. Durante un instante, las criaturas se transformaron y adoptaron el aspecto que habían tenido cuando habían sido humanas: guerreros espartanos, celtas con el rostro pintado de azul, gigantescos vikingos y esbeltos cazadores masáis. Entonces, el pelaje, la carne y los huesos se desmenuzaron hasta convertirse en polvo antiguo. Aquellos que seguían detrás parpadeaban sus ojos amarillos y estornudaban cuando el polvo les rociaba el hocico.

—¡Fuego! —gritó Shakespeare desde el parapeto de la derecha.

Una tercera lluvia de flechas arrasó otra línea de criaturas. Samuráis con armadura completa, gurkas feroces con camuflaje selvático y homínidos primitivos se deshicieron en polvo en cuestión de una décima de segundo. Caballeros de las cruzadas con armadura metálica y oficiales alemanes de la Segunda Guerra Mundial con uniformes grises, legionarios franceses con trajes azules y vándalos recubiertos de pieles asumieron sus formas humanas antes de desaparecer. Josh se fijó en la sonrisa que todos ellos dibujaban en sus rostros, como si se sintieran aliviados por ser finalmente libres.

—Tres descargas: los sabuesos de Gabriel se han quedado sin flechas —musitó Josh.

—Tenemos que irnos ya —dijo tajantemente Flamel mientras

se aproximaba al joven para colocarse justo delante de él.

—No —respondió tranquilamente Josh—. No nos iremos.

—Tú estabas de acuerdo en que lo mejor era irnos —empezó Flamel—. Nos enfrentaremos a ellos, pero no hoy.

—He cambiado de opinión —respondió brevemente Josh.

Por una parte, si razonaba de una forma fría, práctica y lógica, Josh reconocía que tenía sentido huir, esconderse y reagruparse. Buscó a Shakespeare y lo encontró sobre un parapeto, rodeado de los Sabuesos de Gabriel. El Bardo se había comprometido a sacrificarse él mismo para que los demás tuvieran tiempo suficiente de escapar. Y eso no guardaba relación alguna con la lógica; se trataba de una decisión emocional. Y, en algunas ocasiones, la emoción había ganado más batallas que la lógica. *Clarent* temblaba entre sus manos y, por primera vez, Josh observó momentáneamente el linaje de guerreros que habían empuñado la ancestral espada, que se habían enfrentado a adversidades terribles, que habían luchado con monstruos y demonios y combatido contra ejércitos enteros. Algunos, de hecho muchos, habían perecido, pero ninguno había huido. La espada de piedra susurró mostrando su acuerdo en la mente de Josh. Un guerrero no huía.

—Josh... —nombró el Alquimista con voz de enfado.

—¡Nos quedamos! —espetó Josh. Se giró para mirar a Flamel y hubo algo en la mirada del joven que hizo que el Alquimista se alejara de él.

—Entonces estarás poniéndote a ti, y a tu hermana, en un peligro terrible —dijo Flamel con voz glacial.

—Creo que hemos estado en un peligro terrible desde el momento en que te conocimos —respondió Josh. De forma inconsciente alzó la espada, de la que brotaba un humo grisáceo, y la movió en el espacio que les separaba,

dibujando así dos líneas en el aire. Después agregó—: Hemos pasado los dos últimos días huyendo de un peligro y de otro contigo —amenazó mientras sus labios se retorcían formando una sonrisa aterradora—. Creo que deberíamos haber huido de ti.

El Alquimista se cruzó de brazos en el mismo instante en que Josh notó la amarga esencia de la menta en la atmósfera.

—Haré ver que no he oído nada.

—Pero lo has oído. Y lo he dicho en serio.

—Estás agotado —dijo Nicolas en tono relajado—. Tus poderes acaban de ser Despertados hace poco y no has tenido ni siquiera la oportunidad de aprender a manejarlos. Quizá Marte te transmitió parte de su conocimiento, lo cual te ha confundido; además —añadió mientras señalaba la espada con un gesto—, estás empuñando la Espada del Cobarde. Sé perfectamente lo que puede hacer, los sueños que crea, las promesas que hace. Incluso puede hacer que un niño se crea un adulto —se detuvo, tomó aire y cambió completamente el tono de voz, haciéndolo más serio y amargo—. Josh, no estás pensando con claridad.

—Discrepo contigo, Flamel —comentó el joven—. Por primera vez estoy pensando con mucha claridad. Esto, todo esto, es por nosotros —dijo mientras miraba más allá del hombro del Alquimista, dirigiéndose hacia la Caza Salvaje.

Flamel siguió la mirada de Josh y observó tras él.

—Sí —aceptó—. Pero no por vosotros, no por Sophie y Josh Newman. Todo esto se debe a aquello que sois, y a aquello en lo que os podéis convertir. Es tan sólo otra batalla en una guerra que se libra desde hace milenios.

—Ganar batallas ayuda a vencer guerras —dijo Josh—.

Una vez, mi padre me dijo que siempre es mejor luchar sólo en una batalla a la vez. Nosotros combatiremos en ésta.

—Quizá deberías consultarle a tu hermana —matizó Flamel.

—No tiene por qué —respondió Sophie en voz baja. La joven, que no pudo evitar escuchar la conversación entre su hermano y el Alquimista, se posicionó detrás de su mellizo.

—Así pues, ¿estáis de acuerdo en esto? —preguntó Flamel.

—Los dos que son uno —empezó Sophie mientras observaba el rostro del Alquimista—, ¿no es lo que somos?

Josh se giró para centrar su atención en el ataque. Los sabuesos de Gabriel habían arrojado sus lanzas y disparado sus últimas ballestas. En ese instante, el pasillo metálico estaba cubierto de un remolino de polvo empalagoso. Unas figuras apenas perceptibles se movían entre aquella nube de humo, pero ningún enemigo se había abierto paso todavía. Palamedes y Shakespeare habían descendido de las murallas y estaban reuniendo a los sabuesos alrededor de la entrada del callejón. De repente, Josh alzó la mirada y, como si fuera un acto reflejo, se percató de que las murallas estaban indefensas. Por esta razón no se sorprendió al ver las primeras cabezas de lobo asomándose por los parapetos.

—Si os ocurre algo a alguno de los dos ahora —dijo Flamel desesperadamente mientras apartaba la mirada de Josh y se

concentraba en Sophie—, todo lo que hemos hecho, todo lo que hemos conseguido, no habrá servido para nada. Sophie, tú posees los recuerdos de la Bruja. Tú, más que nadie, sabes perfectamente aquello que los Oscuros Inmemoriales hicieron a la humanidad en tiempos pasados. Si os capturan a ti y a tu hermano y recuperan las dos últimas páginas del Códex volverán a hacer lo mismo, o incluso cosas más horribles, a este mundo.

Las palabras del inmortal agitaron horripilantes recuerdos en el interior de Sophie, así que la joven pestañeó en un intento de deshacerse de las pesadillas de una inundación que devastaba el planeta. Respiró hondamente y asintió.

—Pero antes de que puedan hacer algo, los Oscuros Inmemoriales tienen que capturarnos —avisó mientras alzaba su mano izquierda y la convertía en un guante sólido y plateado—. A estas alturas, Josh y yo no somos normales y corrientes, ya no somos, ni siquiera, humanos del todo —añadió con tono amargo.

—¡Retirada! —gritó Josh.

Cuando el joven se giró para mirar a su hermana, Sophie se quedó atónita al comprobar que las pupilas de Josh se habían tornado doradas y contenían pequeñas motas negras y rojas que coincidían perfectamente con los tonos que lucía la espada de piedra que empuñaba. En ese preciso momento, Sophie se acordó de que los ojos de Marte eran de color carmesí. Josh alargó el brazo y, antes de que ella pudiera articular palabra, la agarró con fuerza.

—Les empujaremos tras el foso —anunció—. Y entonces le prenderemos fuego.

Sophie pestañeó. Contempló a Josh, que se mantenía recto y erguido, mientras sujetaba firmemente a *Clarent*. De repente, los ojos de la joven se cubrieron del color de la plata al mismo tiempo que los recuerdos de la Bruja se inundaban su consciencia. Vislumbró la fantasmagórica imagen de Marte, ataviado con una armadura roja y dorada, sobrepuesta sobre la silueta de su hermano. Marte también había empuñado la famosa espada en su mano izquierda.

Josh avistó al Bardo e inspiró profundamente.

—¡Shakespeare!

Su voz, potente y mandataria, retumbó en el absoluto silencio que reinaba y tanto el Bardo como Palamedes se giraron. Josh señaló con su espada hacia las murallas, que en ese instante estaban cubiertas del pelaje gris de los lobos que trepaban por las almenas.

—¡Retirada! ¡Volved al foso!

El Bardo empezó a sacudir la cabeza, mostrando así su desacuerdo, pero el gran caballero sencillamente agarró al hombrecillo por la cintura y lo colocó sobre sus hombros. Ignorando por completo las patadas y las protestas de Shakespeare, el Caballero Sarraceno se dio media vuelta y salió disparado hacia donde se encontraban Flamel y los mellizos, junto con los Sabuesos de Gabriel que, en ese instante, mostraban tanto su forma perruna como humana.

—Bien hecho —dijo Palamedes cuando alcanzó a Josh—. Estaban a punto de invadirnos. Nos has salvado.

El Caballero Sarraceno descargó a Shakespeare de sus hombros y lo posó sobre el suelo. Se quitó el casco y dedicó una

sonrisa a su amigo inmortal.

—Oh, si aún escribieras, Will, creo que ésta sería una historia fantástica —comentó. Después se giró hacia Josh—. Ya está. Los últimos Sabuesos de Gabriel están con nosotros. Abramos fuego al foso.

—Todavía no. Dejemos que se acerquen aún más antes de abrir fuego —dijo Josh confiando en sí mismo—. Eso les mantendrá entretenidos durante un rato.

Entonces se detuvo repentinamente; a medida que ciertas dudas emergían a la superficie de su consciencia se giró hacia Palamedes y, un tanto inquieto, añadió seguro de lo que decía:

—¿No crees...? ¿Alguna vez te has enfrentado a la Caza Salvaje?

El gigantesco caballero asintió con la cabeza.

—Así es. Jamás he visto una criatura viva que, por voluntad propia, cruce el fuego. A pesar de su apariencia, Cernunnos es mitad bestia.

—No lo cruzarán —confirmó Shakespeare, cuyo rostro estaba completamente rojo y tenía las gafas dobladas—. Agregué una o dos tinturas al aceite. Algunos minerales, hierbas y especias exóticas que, por alguna misteriosa razón, tanto los Inmemoriales como los de la Última Generación consideran repulsivas. El foso está bordeado con mercurio, y también he mezclado mineral de hierro y varios óxidos y los he vertido sobre el líquido. Ni siquiera Cernunnos será capaz de cruzar las llamas.

—El Arconte se aproxima —murmuró Sophie, pero nadie de los presentes la escuchó. Se rodeó el cuerpo con los brazos en un

intento de frenar el temblor que le sacudía el cuerpo. La Bruja de Endor había conocido a Cernunnos; conocido, temido y odiado. La Bruja se había pasado siglos buscando reliquias de tecnología arconte y, de forma sistemática, había destrozado cada vestigio que había encontrado: quemó libros metálicos, fundió los artefactos y asesinó a todos los narradores que repetían sus hazañas. Sophie intentó una y otra vez borrar todos aquellos recuerdos de las criaturas que habían gobernado este planeta antes de los Inmemoriales. Ahora, precisamente esos recuerdos amenazaban con abrumentarla.

Una silueta monstruosa se deslizó por las ruinas polvorientas de la Caza Salvaje. En ese instante, Cernunnos se adentró en el pasillo metálico. La criatura se movía lentamente, sin prisa pero sin pausa, con el enorme garrote apoyado sobre su hombro izquierdo. Unos zarcillos de humo blanco se enroscaban por sus astas y, cada vez que se rozaban, saltaban unas chispas que alumbraban su rostro escultural con una luz tenue. Ladeó ligeramente la cabeza, esbozó una sonrisa y abrió los brazos de par en par. Movía la boca, pero las palabras que se formaban en las cabezas de los allí presentes no estaban en sincronía con sus labios; el sonido se asemejaba al de una docena de voces hablando a la vez. Los mellizos le escucharon hablar en inglés, concretamente con acento de Boston; en el caso de Flamel, se trataba del francés de su juventud; Palamedes, en cambio, percibió una lengua musical del desierto de Babilonia; los oídos de Shakespeare, a su vez, le oyeron hablar en un inglés isabelino.

—Vengo a darme un banquete, y a por los mellizos. Bueno, y

también para pasar un rato divertido. Jamás creí que también recogería a una vieja amiga.

Cernunnos alargó la mano derecha y la espada de piedra, que seguía en el puño de Josh, empezó a desprender un fuego rojo y negro mientras unos rescoldos oscuros emergían formando espirales en el aire.

—Tienes algo que me pertenece, jovencito. Devuélveme mi espada.

Josh empuñó el arma con más fuerza.

—Ahora me pertenece a mí.

La carcajada del Dios Astado fue ligera, casi como una risita tonta.

—¡Tuya! No tienes la menor idea de lo que estás empuñando —dijo Cernunnos mientras avanzaba a zancadas. Sus pezuñas, idénticas a las de una cabra, sellaban el fango a cada paso. Se detuvo en la orilla del foso y arrugó la nariz, la primera expresión que dibujaba en su rostro perfecto.

—Sé qué es —respondió Josh.

Dio un paso hacia delante, aproximándose así al Dios Astado. Ahora, tan sólo un foso de dos metros de ancho cubierto de un líquido espeso y oscuro les separaba. Josh mantenía la espada sujeta por ambas manos, intentando así mantenerla firme y estable. El arma temblaba, se estremecía entre su empuñadura. Entonces, el joven se percató de que la vibración que le recorría los brazos y los hombros era un pulso regular... como el latido de un corazón. Mientras un agradable calor fluía por su cuerpo, intensificándose, sobre todo, en el pecho y en el estómago, Josh se sintió fuerte,

seguro de sí mismo, sin miedo a nada ni a nadie. Si Cernunnos atacaba, Josh sabía que sería capaz de vencerle.

—Ésta es *Clarent*, la Espada de Fuego —anunció mientras su voz retumbaba—. Vi con mis propios ojos lo que le hizo a Nidhogg. Sé lo que puede hacerte a ti.

—Amenazado por un joven humano —dijo el Dios Astado perplejo.

Josh se aproximó a la orilla del foso mientras observaba fijamente a la criatura que se alzaba al otro lado del líquido. Fragmentos de pensamientos danzaban en su consciencia, imágenes de la época en que Cernunnos había poseído la espada.

—Se acerca una batalla —informó Josh en voz alta—. Y creo que voy a necesitar esta espada.

Cernunnos sonrió.

—Recuerda que también se la conoce bajo el nombre de la Espada del Cobarde —prosiguió la criatura mientras desplomaba el gigantesco garrote sobre el suelo.

Entonces, apoyándose en el garrote, bajó su cabeza astada y clavó su mirada ámbar en el joven.

—Es un arma maldita. Todos los que la empuñan están malditos.

—Tú la empuñaste.

—Exactamente —convino Cernunnos—, y mírame. Antaño, el mundo estaba bajo mis órdenes; ahora, en cambio, debo mi lealtad a otro. La espada te envenenará y, a la larga, te destruirá.

—Podrías estar mintiéndome —replicó Josh. Sin embargo, en algún rinconcito de su mente sabía que el Arconte no le estaba

engañando.

—¿Por qué iba a mentirte? —preguntó Cernunnos algo confuso—. No soy ningún Inmemorial, ni tampoco una criatura de la Última Generación. No tengo necesidad alguna de mentir a un humano.

Sophie dio un paso hacia delante para colocarse junto a su mellizo. Permaneció tras él y posó el pulgar cuidadosamente en el tatuaje que lucía su muñeca. Todo lo que tenía que hacer para activar su magia del Fuego era rozar el punto rojo del interior del círculo dorado. El Dios Astado observó a Sophie mientras sus pupilas se contraían formando dos líneas horizontales negras.

—Nos hemos conocido antes —anunció. En su voz se percibía una nota de perplejidad.

Atónitos, los mellizos negaron con la cabeza, indicándole así que estaba equivocado.

—Sí, nos hemos conocido antes —insistió el Dios Astado.

—Creo que nos acordaríamos —dijo Sophie.

—Digamos que sería difícil olvidarse de ti —agregó Josh.

—Os conozco —finalizó Cernunnos con firmeza—. Pero es un misterio que resolveremos más tarde.

En ese instante Nicolas, seguido de Palamedes y Shakespeare, se apresuró a reunirse con los mellizos. El Dios Astado miró a cada uno de ellos, empezando y acabando por el Alquimista. Se enderezó y desterró su garrote de dinosaurio para apuntar, con él, hacia Flamel.

—Cena —anunció. Entonces desvió el garrote hacia Palamedes—. Almuerzo —el garrote se movió hasta apuntar a

Shakespeare—. Un tentempié.

—Creo que debería tomármelo como una ofensa —murmuró el Bardo.

El Dios Astado clavó su mirada en el inmortal.

—Y tus Sabuesos de Gabriel se reunirán con la Caza Salvaje; dos clanes ancestrales reencontrados.

Alzó el garrote. Se produjo un movimiento entre las sombras tras el Arconte y, de forma inesperada, la masa de lobos avanzó en tropel con los hocicos abiertos.

Sophie cerró los ojos, se concentró y apretó el tatuaje circular con su dedo pulgar. Acto seguido se creó una diminuta bola de fuego en la palma de su mano. Clavando los dedos en los hombros de Josh, apartó a su hermano de la orilla del foso y lanzó el globo dorado en el líquido espeso.

El círculo se deslizó por la superficie del aceite y, durante un segundo, se mantuvo flotando sobre él. Después, desapareció dejando un rastro de humo blanco.

—Oh —suspiró.

Sentía como si se hubiera quedado sin aire en los pulmones, dejándola así sin aliento y jadeando. Aunque había aprendido la Magia del Aire tan sólo el día anterior, esta magia elemental ya formaba parte de ella. Había vencido a las Dísir y las gárgolas gracias a ella, pero sabía perfectamente que apenas conocía sus propiedades. Había mucha información que necesitaba aprender.

La silenciosa Caza Salvaje se abalanzó sobre el foso. De repente, Josh se arrodilló y sumergió a *Clarent* en el líquido espeso. De inmediato, la espada explotó y ardió en llamas con una

explosión sorda que roció de llamaradas pegajosas y negras toda la atmósfera. La fuerza de la explosión hizo que Sophie y Josh salieran disparados hacia el barro. En la otra orilla del foso, la Caza Salvaje se desmoronó mientras los perros caían unos sobre otros en un intento de alejarse de las llamas. Algunos seguían resbalando por el lodo húmedo mientras otros eran empujados hacia el fuego por la presión de los cuerpos que había detrás. En un abrir y cerrar de ojos, desaparecieron dejando tras de sí una estela de cenizas oscuras.

—¡Pagarás por eso! —exclamó Cernunnos apuntando a Josh con el garrote—. ¡Jovencito... devuélveme mi espada!

—Déjame intentarlo otra vez.

Sophie chasqueó los dedos y lanzó una gigantesca llamarada amarilla hacia el gigantesco garrote del Dios Astado, que empezó a arder desprendiendo el nauseabundo hedor a hueso quemado.

—¿Tu mamá nunca te dijo que era de mala educación señalar?

Capítulo 31

Perenelle Flamel descendió el último peldaño de la escalera oxidada y alzó la barbilla para poder contemplar el círculo diminuto por el que se apreciaba un cielo azul pálido. Entonces frunció el ceño: lo que aparentemente parecía una nube estaba descendiendo hacia ella, directamente hacia el agujero que conectaba la superficie de Alcatraz con el viejo túnel de contrabando que se hallaba en las profundidades de la isla. La nube se retorció y, posteriormente, se solidificó en la figura de Juan Manuel de Ayala.

—¿*Madame* Perenelle?—preguntó el marinero en un español arcaico—. ¿*Qué estás haciendo aquí abajo?*

—No estoy del todo segura —admitió Perenelle—. Pensé en hacerle una visita a la Diosa Cuervo.

Ayer —¿había ocurrido ayer?— Perenelle y Aereop-Enap habían vencido a Morrigan, la Diosa Cuervo, junto a su ejército de pájaros. La Vieja Araña había querido alimentar a Morrigan con algunas de sus arañas devoradoras de aves, pero Perenelle se había

negado a tal hazaña y le había pedido a la Inmemorial que trasladara a la criatura, completamente recubierta de telaraña, a la oscura celda ubicada en el fondo de la isla.

Cuando, en un principio, Perenelle había liberado a Areop-Enap de la cárcel, había desmantelado un complicado patrón de lanzas clavadas en el pantanoso suelo que rodeaba la celda. Cada punta de las lanzas estaba pintada con una ancestral Palabra de Poder que creaba una barrera inquebrantable para cualquier miembro de la raza Inmemorial. Cuando Areop-Enap llevó a Morrigan a la celda, Perenelle recurrió a su extraordinaria memoria para recrear el patrón de lanzas alrededor de la boca de la cueva. Entonces, haciendo uso del fango y las conchas, volvió a dibujar aquellas palabras sobre las puntas de las lanzas, encerrando así a Morrigan tras Palabras de Poder y símbolos anteriores a los Inmemoriales. Sólo un ser humano podría liberarla; un Inmemorial o un ser de la Última Generación ni tan siquiera podrían acercarse al invisible, y a la vez mortífero, hechizo creado por el embrujo primigenio.

—*Madame* —dijo urgentemente De Ayala—. *Debemos sacarte de esta isla.*

—Lo sé —contestó Perenelle mientras gesticulaba una expresión de disgusto cuando sumergió el pie en el lodo hasta el tobillo—. Estoy trabajando en ello. ¿Has visto a alguna de las Nereidas?

—*Hay una docena de ellas tomando el sol en las rocas y he visto a otro par alrededor del muelle. Pero no hay ni rastro de su padre, Nereo, aunque supongo que debe de estar cerca* —

Unas volutas fantasmagóricas manaron por el aire mientras De Ayala rodeaba su cuerpo con los brazos—. *Las Nereidas no pueden pisar tierra firme... pero su padre sí. Y lo hará.*

Perenelle avanzó por el pasillo mientras sus pies chapoteaban en el lodo. Sorprendida, se giró hacia el fantasma.

—No sabía eso.

—*Las Nereidas tienen cuerpos de mujer pero colas de peces. Nereo, en cambio, tiene piernas. A veces se dirige a tierra firme, a pueblos pesqueros aislados para... para comer; o se arrastra sigilosamente por las cubiertas de los barcos por la noche y secuestra a un marinero incauto.*

Perenelle se detuvo y alargó el cuello para observar el pasillo. El otro extremo del túnel se inclinaba hacia el mar y, de repente, se imaginó al Viejo Hombre del Mar trepando por el túnel hacia ella. Sacudió la cabeza para olvidarse de tal imagen y chasqueó los dedos para crear una llama blanca que flotaba justo delante de su frente. Al igual que una luz colocada sobre el casco de un minero, la llama emitía un resplandor amarillento ante ella. Perenelle volvió a girarse hacia De Ayala.

—¿Te quedarás detrás de mí para vigilar, para avisarme si alguien, o algo, se aproxima?

—*Por supuesto* —el fantasma dobló su torso en un intento de realizar una reverencia sin piernas—. *Pero ¿por qué estás aquí, Madame? Aquí abajo sólo yace la Diosa Cuervo.*

La sonrisa de Perenelle iluminó la oscuridad.

—Es precisamente a ella a quien vengo a ver.

—¿Has venido a regodearte? —preguntó Morrigan con voz

ronca y casi masculina.

—No —respondió Perenelle con sinceridad. Se quedó en el umbral, cruzó los brazos sobre el pecho y observó la celda—. He venido hasta aquí para hablar contigo.

Areop-Enap había tejido una espectacular orbe circular con telaraña en el centro de la celda subterránea. Las hebras eran del mismo grosor que el dedo meñique de la Hechicera y, bajo la luz que se balanceaba sobre su cabeza, resplandecían de color plateado. Justo en el centro de la red de telaraña, con los brazos abiertos y con la capa de plumas negras extendida a su alrededor, yacía la Diosa Cuerva. Parecía como si, sencillamente, la criatura estuviera pendida en el aire y daba la sensación de que, en cualquier momento, caería en picado.

—No tienes buen aspecto —dijo Perenelle.

En aquella luz tenue, Perenelle pudo ver que la piel de alabastro de la criatura había tomado una tonalidad verdosa. Su vestido de cuero negro se había secado hasta agrietarse, dejando así al descubierto la tez pálida de la diosa. Las tachuelas de plata que tenía insertadas en el chaleco estaban teñidas y ennegrecidas y el pesado cinturón de cuero que rodeaba su cadera goteaba de la humedad. Además, las hebillas redondas estaban deslustradas y lucían el mismo color verdoso que su rostro.

Morrigan sonrió y se humedeció los labios oscuros con la punta de la lengua.

—Desde la última vez que hablamos has envejecido. Moriremos juntas, tú y yo.

Perenelle movió la mano y la luz flotó hacia Morrigan. La Diosa

Cuervo intentó girar la cabeza hacia un lado, pero estaba tan amarrada por la pegajosa telaraña que apenas pudo. Unos reflejos aparecieron en su mirada azabache, dándoles así el aspecto de tener pupilas. Bajo la piel de su rostro se podían apreciar los huesos de la diosa.

—Pareces enferma —dijo Perenelle—. Quizá fallezcas antes que yo.

—Los símbolos me están envenenando —explicó Morrigan—, pero estoy segura de que lo sabías.

Perenelle se giró para observar el jeroglífico cuadrado que había dibujado en la punta de la lanza más cercana.

—No lo sabía. Sé que mantuvieron a Areop-Enap atrapada aquí, pero ella parecía estar sana y salva.

—Areop-Enap es una Inmemorial. Yo pertenezco a la Última Generación. ¿Cómo descubriste los símbolos? —preguntó Morrigan. Tosió y añadió—: Muchos de los Inmemoriales y la mayoría de los de la Última Generación creen que estos símbolos junto con las Palabras de Poder son tan sólo una leyenda.

—Yo no los descubrí. Fue tu amiguito Dee quien los utilizó para atrapar a Areop-Enap en esta misma celda —confesó la Hechicera.

Morrigan retorció los labios en señal de desagrado.

—¿Dee? ¿Dee conocía esas Palabras ancestrales?

La diosa se quedó en silencio y, luego, muy despacio empezó a negar con la cabeza.

—¿No me crees? —preguntó Perenelle.

—Oh no, todo lo contrario. Te creo. Y también creo que

conozco mejor al Mago inglés que cualquier otro que siga vivo. Sin embargo, cuanto más descubro sobre él, más me doy cuenta de lo poco que sé. Él jamás me dio una pista que me indicara que poseía esta sabiduría ancestral.

—Y ahora te estás preguntando quién se la enseñó —adivinó Perenelle sagazmente—. Areop-Enap dijo que había alguien con Dee, un Inmemorial creyó ver, pero tan poderoso que ni siquiera la Vieja Araña pudo distinguirlo. Debían de estar protegidos por un encantamiento muy complejo de ocultación. Sin duda era el maestro de Dee.

—Nadie conoce al maestro del Mago.

Perenelle pestañeó mostrando su sorpresa.

—¿Ni siquiera tú?

La perfecta y blanca dentadura de Morrigan se distinguió entre los labios negros.

—Ni siquiera yo. Nadie lo sabe y aquellos que sienten curiosidad, ya sean Inmemoriales, de la Última Generación o humanos, desaparecen. Es uno de los grandes secretos... aunque el mayor de todos es por qué su maestro continúa protegiéndole y manteniéndole con vida a pesar de todos los desastres que ha cometido. Durante siglos ha fracasado en su intento de capturaros a ti y a tu marido —dijo mientras tosía una carcajada balbuceante—. Los Inmemoriales no se caracterizan por su amabilidad ni por su generosidad, y menos aún por su comprensión. He visto cómo algunos humanos eran reducidos a polvo sólo por equivocarse en el modo de ejecutar una reverencia. ¿Sabes qué piensa hacer Dee con todas las criaturas que habitan en esta isla?

Morrigan observó a la Hechicera en absoluto silencio. Perenelle sonrió.

—Qué importa si lo sé... sobre todo si ambas vamos a morir juntas.

La Diosa Cuervo intentó asentir, pero tenía la cabeza completamente inmovilizada por la telaraña.

—A Dee le ordenaron que coleccionara estas criaturas, pero estoy segura de que él no sabe cuáles son las intenciones de los Inmemoriales.

—Pero tú sí—adivinó Perenelle.

—En otra ocasión vi cómo algo parecido a esto sucedía. Ocurrió hace mucho tiempo, mientras vosotros, los humanos, os dedicabais a medir el tiempo. Es un ejército, para llamarlo de algún modo —explicó la Diosa Cuervo con tono cansado—. Cuando llegue el momento apropiado lo liberarán sobre la ciudad.

Perenelle se quedó sin aliento. De repente se le apareció la imagen de vampiros hambrientos sobrevolando el cielo de San Francisco, de troles arrastrándose por las alcantarillas, de peists en la bahía, de wendigos y cluricauns campando a sus anchas por las calles.

—Será una carnicería.

—Ésa es la idea —susurró Morrigan—. ¿Cómo crees que reaccionaría la raza humana si viera monstruos de los mitos y leyendas en las calles y en el cielo?

—Con terror, con incredulidad —respondió Perenelle mientras tomaba aire—. La civilización se derrumbaría.

—Ya se ha derrumbado antes —reconoció Morrigan con tono

desdeñoso.

—Y se ha levantado —añadió rápidamente Perenelle.

—No volverá a levantarse. Me han llegado rumores de que hay colecciones similares, ejércitos, zoológicos, reservas de animales salvajes, llámalo como quieras, en cada uno de los continentes. Supongo que los liberarán al mundo el mismo día. Los ejércitos humanos se desgastarán y desperdiciarán sus armas contra las criaturas... y entonces, cuando estén débiles y exhaustos, aquellos a los que tú denominas Oscuros Inmemoriales regresarán a la Tierra —finalizó la Diosa Cuervo. Soltó una carcajada que enseguida se convirtió en un ataque de tos—. Bueno, ése es el plan. Por supuesto, eso no puede ocurrir si Dee no recupera las dos últimas páginas del Códex. Sin la Invocación Final, los Mundos de Sombras no pueden alinearse —Tosió una vez más—. Me pregunto qué le habrá preparado el maestro de Dee a su aprendiz si fracasa esta vez.

—Pero pensaba que Dee era tu amigo —dijo Perenelle un tanto perpleja—. Habéis trabajado codo con codo a lo largo de los siglos.

—Jamás por elección propia —dijo bruscamente Morrigan—. Estoy bajo las órdenes de los Inmemoriales a los que Dee debe su lealtad.

La Diosa intentó darse media vuelta en la pegajosa telaraña, pero las hebras se tensaron, sujetándola aún con más fuerza.

—Y mira dónde he llegado.

Una lágrima negra se formó en el rabillo del ojo y, un instante más tarde, le recorrió la mejilla.

—Moriré aquí, hoy, envenenada por estos símbolos, y jamás volveré a ver el cielo.

Perenelle observó cuidadosamente cómo la lágrima descendía por el mentón de Morrigan. En el momento en que se desprendió de su piel, la lágrima se transformó en una pluma blanca que flotó ligeramente por la atmósfera hasta aterrizar en el suelo.

—Quizá Dee envíe a alguien para rescatarte.

—Lo dudo —tosió la Diosa Cuervo—. Si fallezco, mi muerte no será más que un inconveniente. Dee conseguirá a otro sirviente que le proporcionará su maestro Inmemorial y yo seré olvidada para siempre.

—Al parecer el Mago nos ha traicionado a las dos —susurró la Hechicera.

Perenelle vio cómo otra lágrima negra se deslizaba por el rostro de Morrigan y se convertía en una pluma al despegarse de su piel.

—Morrigan, ojalá... ojalá pudiera ayudarte —admitió Perenelle—, pero no estoy segura de poder confiar en ti.

—Por supuesto que no puedes confiar en mí —recriminó Morrigan—. Si me liberas ahora, te destruiré. Ésa es mi naturaleza.

Su tez pálida se había oscurecido hasta cobrar un tono azul oscuro y la frente y las mejillas estaban repletas de diminutos puntos. Empezó a deshacerse de la telaraña mientras las plumas negras de su capa se desplomaban sobre la pila de plumas blancas que se alzaba bajo sus pies.

—Ha llegado el momento de morir...

La criatura abrió los ojos de par en par, negros y vacíos, y entonces, lentamente, muy lentamente, unos bucles de color rojo y

amarillo empezaron a iluminar la oscuridad tiñéndola de una luz naranja pálido. Tomó aire,, cerró los ojos y se quedó inmóvil.

—¿Morrigan? —susurró Perenelle.

La criatura no se movió.

—¿Morrigan? —preguntó otra vez Perenelle. Aunque aquella criatura había sido su enemiga durante generaciones, la Hechicera empezó a sentir remordimientos; le consternaba la idea de haberse quedado ahí viendo cómo una leyenda moría ante ella.

De repente, Morrigan abrió los ojos. Ya no eran negros, sino de un carmesí brillante, el mismo color que la sangre fresca.

—¿Morrigan...?

Perenelle retrocedió un paso.

La voz que salió de los labios de la Diosa Cuervo era sutilmente diferente a la suya habitual. Se podía diferenciar claramente un rastro de acento irlandés o escocés en su voz.

—Morrigan está durmiendo ahora... Soy Badb.

Lentamente, la criatura cerró los ojos y, un segundo más tarde, los volvió a abrir: eran de un color amarillo muy brillante.

—Yo soy Macha —El acento celta se diferenciaba perfectamente y el tono de voz era más profundo, más áspero.

La bestia volvió a cerrar los ojos y, cuando los volvió a abrir, uno se había teñido de un rojo brillante mientras que el otro lucía un amarillo reluciente. Las voces emergían de la misma boca, aunque no estaban en sincronía.

—Somos las hermanas de Morrigan —anunció la criatura mientras la mirada roja y amarilla se clavaba en la Hechicera—. Hablemos.

Capítulo 32

Pensé que vosotras dos estabais muertas —dijo Perenelle Flamel. Sabía que debería estar asustada, pero lo que sintió fue un tremendo alivio. Y curiosidad.

La bailarina lengua de llamas que danzaba sobre su cabeza desprendía una luz amarilla y cálida sobre la oscura figura de la Diosa Cuervo, que seguía atrapada en una telaraña gigantesca. En el rostro verdoso y cubierto de ampollas de la Inmemorial, un ojo rojo y otro amarillo miraban a la Hechicera. Cuando los labios oscuros se movieron, las dos voces sonaron al unísono.

—Dormidas, quizá, pero no muertas.

Perenelle asintió; no le resultaba una idea tan fuera de lo normal. Había crecido en un mundo de fantasmas, había vislumbrado espíritus durante cada día de su vida y conversaba con ellos a menudo. Sin embargo, sabía que las voces que articulaba la boca de Morrigan no pertenecían a espíritus; se trataba de algo diferente. Intentó recordar toda la información que conocía acerca

de la Diosa Cuervo. La criatura pertenecía a la Última Generación; había nacido después del hundimiento de Danu Talis. Se había establecido en tierras que, más tarde, se reconocerían bajo el nombre de Irlanda y Gran Bretaña y enseguida los celtas la veneraron como una diosa de guerra, de muerte y de masacre. Al igual que muchos Inmemoriales y seres de la Última Generación, era una diosa tríada: tenía tres aspectos. Con el paso del tiempo, algunos Inmemoriales sufrían algún tipo de alteración claramente visible; Hécate estaba condenada a cambiar físicamente durante el transcurso del día, de niña a anciana. Otros, en cambio, cambiaban según las fases de la luna o las estaciones del año. Pero todas las diosas tríadas mostraban, sencillamente, aspectos diferentes de la misma persona. Sin embargo, por lo que ella lograba recordar, Macha, Badb y Morrigan eran tres criaturas diferentes con personalidades distintas... todas ellas salvajes y letales.

—Cuando Nicolas y yo estuvimos en Irlanda, allá por el siglo XIV, una anciana muy sabia me dijo que Morrigan, de algún modo, os había asesinado.

—No fue exactamente así —replicó la criatura. Durante un único instante, los dos ojos se tiñeron de rojo y sólo se escuchó una voz—: Jamás fuimos tres; siempre fuimos una.

Perenelle mantuvo su rostro impassible, cautelosa para conservarlo neutral.

—¿Un cuerpo, tres personalidades? —preguntó. Entonces afirmó con la cabeza—. Así que por eso las tres hermanas jamás han sido vistas juntas.

—En momentos diferentes del mes, dependiendo de la fase

lunar, cada una asume el control de este cuerpo —explicó la criatura.

Entonces la criatura pestañeó y el color de los ojos cambió a amarillo. Asimismo, también se notó una alteración en la voz y en los ángulos del rostro, lo cual otorgaba un aspecto sutilmente distinto.

—Y hay ciertas épocas del año en que una u otra prevalece sobre las demás. El pleno invierno siempre ha sido mi temporada.

El ojo izquierdo se tornó carmesí mientras el derecho continuó amarillo y entonces se percibieron ambas voces.

—Pero normalmente este cuerpo siempre ha estado bajo el control de nuestra hermana pequeña, Morrigan.

La criatura empezó a toser con tal fuerza que incluso logró tambalear la telaraña. De forma simultánea, un líquido espeso y negro se acumuló en sus labios. Los ojos, rojo y amarillo, parpadearon hacia la colección de lanzas que se hallaba tras Perenelle.

—Hechicera, rompe los Símbolos de Ligadura... nos están envenenando, matando lentamente.

Perenelle miró por encima de su hombro. En el exterior de la boca de la cueva, las doce lanzas de madera se alineaban en el pasillo formando una serie de triángulos y cuadrados entrelazados. Por el rabillo del ojo, la Hechicera lograba avistar una luz tenue y fantasmagórica que vibraba entre las puntas metálicas de las lanzas sobre las que ella misma había inscrito Palabras de Poder con barro.

—Hechicera... por favor. Rompe el hechizo —susurró la Diosa

Cuervo—. Nuestra hermana, Morrigan, te conoce... y te respeta. Sabe que eres fuerte y poderosa... pero jamás cruel.

Perenelle dio un paso hacia atrás, acercándose así al pasillo, y arrancó una de las lanzas del lodo, rompiendo así el laberinto. De forma instantánea, el tamborileo que Perenelle apenas había logrado distinguir, se esfumó y la atmósfera se cubrió del amargo aroma metálico de los olores habituales de un túnel subterráneo: sal y lodo nauseabundo, pescado podrido y algas marinas. Sujetando la lanza con ambas manos, la Hechicera regresó al interior de la celda.

—Espero que esto no sea ninguna trampa —avisó.

A medida que aproximaba la lanza a la Diosa Cuervo, la punta empezó a brillar. Entonces se encendió, como si de una bombilla se tratara, y empezó a emitir una luz fría. Perenelle rozó la punta de la lanza con el montón de plumas que yacía bajo la telaraña. Todas y cada una de las plumas chisporrotearon, ardieron, se enroscaron y se chamuscaron. El hedor que desprendían las plumas quemadas provocó que a Perenelle se le humedecieran los ojos y se viera obligada a salir de la celda.

Los ojos de la diosa parpadearon entre el humo.

—Sin trucos...

Y entonces, de forma inesperada, un escalofrío recorrió el cuerpo que permanecía atrapado entre la telaraña y el amarillo y rojo de sus ojos dieron paso a un color oscuro y sombrío.

—¡Están mintiendo! —chilló Morrigan—. ¡No las escuches!

Perenelle alzó la lanza, llevando la punta lustrosa y metálica a la misma altura del rostro de la Diosa Cuervo. La luz negra y blanca iluminó la tez verdosa de la criatura mientras ésta cerraba los ojos e

intentaba, sin éxito alguno, girar la cabeza. Cuando volvió a abrir los ojos, el bermejo inconfundible de Badb y el limón de Macha habían ocupado su lugar. Los ojos empezaron a pestañear, cambiando continuamente de color mientras las dos hermanas hablaban.

—Morrigan nos ha engañado —anunció Badb.

—Encarcelado, hechizado, maldecido... —añadió Macha.

—Utilizó un encantamiento de nigromancia asqueroso que aprendió del predecesor de Dee para atar nuestros espíritus, para esclavizarnos y despojarnos de todo poder...

—Hemos estado atrapadas bajo ese hechizo durante siglos —comentó Macha—, capaces de ver y escuchar todo lo que nuestra hermana veía y escuchaba pero incapaces de movernos, de actuar...

—Pero el efecto corrosivo de los Símbolos de Ligadura ha roto el encantamiento y nos ha permitido recuperar el control de este cuerpo.

—¿Qué queréis? —preguntó Perenelle que, en ese instante, sentía curiosidad además de lástima por la triste historia.

—Queremos ser libres —confluyeron ambas voces mientras el ojo izquierdo seguía brillando rojo y el derecho amarillo—. Es posible que nuestra hermana esté preparada para sacrificarse, pero nosotras no. Es posible que nuestra hermana se haya convertido en una esclava de Dee y los Inmemoriales, pero nosotras no. No nos posicionamos en el bando humano tras la caída de Danu Talis, pero tampoco combatimos contra ellos. Antaño, la raza humana incluso llegó a rendirnos culto, y precisamente esa adoración nos hizo más

fuerzas. Cada guerra que libraban, cada batalla que vencían o perdían, nos alimentaba, gracias al sufrimiento y recuerdos de los muertos en combate. Incluso lloraron nuestra muerte cuando desaparecimos del Mundo de los Hombres, y eso es mucho más de lo que hizo nuestro propio clan o cualquier otra especie. Ninguno de ellos mostró preocupación u objetó cuando Morrigan nos ató, nos atrapó, nos hechizó. Hechicera, no debemos nuestra lealtad a ningún Inmemorial o ser de la Última Generación.

Perenelle clavó el extremo de la lanza sobre el suelo pantanoso, agarrando la madera justo por debajo de la punta metálica, y se apoyó sobre ella. La inscripción de lodo empezó a emitir un pulso continuo, como si se tratara del latido de un corazón, al mismo tiempo que desprendía un calor sobre su rostro. En ese instante, la Hechicera sintió un leve tamborileo a lo largo del palo de madera.

—Libéranos —rogó la Diosa Cuervo—, y estaremos en deuda contigo.

—Es una oferta muy tentadora —reconoció Perenelle—. Pero ¿cómo sé que puedo confiar en vosotras? ¿Cómo puedo estar segura de que, en el momento en que os libere, no os abalanzaréis sobre mí?

La criatura envuelta en telaraña dejó entrever una sonrisa blanca y luminosa.

—Porque te damos nuestra palabra, una palabra de guerrera, la palabra irrompible de la Diosa Cuervo —respondió la diosa de ojos amarillos.

—Y porque estás sujetando la lanza que lleva inscrito el jeroglífico del Arconte —añadió la diosa de ojos rojos.

—¿Arconte? —preguntó Perenelle. Había escuchado tal palabra, quizá, dos veces en su larga vida.

—Anteriores a los Inmemoriales, los Doce Arcontes gobernaban este planeta.

—¿Anteriores a los Inmemoriales? —repitió Perenelle.

—El término es más antiguo y salvaje de lo que imaginas —dijo la Diosa Cuervo con una sonrisa—. Mucho más ancestral. Mucho más salvaje.

Perenelle asintió.

—Siempre lo creí.

La idea de la existencia de Arcontes le resultaba fascinante, de hecho a Nicolas le encantaría, pero la Hechicera prefirió concentrarse en asuntos más prácticos.

—¿Podéis sacarme de la isla? —preguntó en voz alta mientras apretaba con más fuerza la lanza. Todo dependía de la respuesta de la criatura.

Se produjo un momento de duda y entonces, la diosa habló.

—No podemos hacer eso. A pesar de tu ligereza, serías demasiado pesada para nosotras. Aquéllos como nosotras, ya sean Inmemoriales o de la Última Generación, que poseemos la habilidad de volar, tenemos huesos débiles. No somos fuertes.

La Hechicera asintió y se relajó. Ya sabía la respuesta de antemano; hacía casi dos siglos había combatido contra un nido de harpías de la Última Generación en el monte Palatino, en Roma, Italia. En ese instante había descubierto que, a pesar de su aspecto feroz y garras mortíferas, carecían de fuerza física. Durante el tiempo que Nicolas tardó en encontrar una espada y una lanza entre

el equipaje, Perenelle las aplastó como moscas con su capa de cuerpo. Y entonces agarró su látigo, que estaba entretejido a partir de un puñado de serpientes que había arrancado del cabello de Medusa, y convirtió a las criaturas en piedra. Si la Diosa Cuervo le hubiera dicho que podían sacarla de la isla habría sabido que le estaban mintiendo.

—En el momento que pensaste que nuestra hermana había perecido —continuó la Diosa Cuervo—, nosotras sentimos tu pena, tu lástima al verla morir. Libéranos, Hechicera, y mientras nosotras controlemos este cuerpo no te atacaremos ni a ti ni a nadie de los tuyos. Ése es nuestro juramento.

A diferencia de su marido, Nicolas, que era un hombre de ciencias, Perenelle Flamel era una criatura de intuición. Siempre seguía su instinto; apenas le había fallado y, si ahora estaba equivocada y la Diosa Cuervo le atacaba, tenía la esperanza de que la combinación de su poder junto con la lanza mortal sería efectiva contra la criatura.

—Entonces dadme vuestra palabra —exigió Perenelle.

—La tienes —vibraron ambas voces—. No te haremos daño. Estamos en deuda de honor contigo.

—Cerrad los ojos —ordenó Perenelle.

Dio un paso hacia delante y aproximó la lanza a la telaraña. Un humo de color grisáceo y blanquecino empezó a ascender en línea vertical al mismo tiempo que las hebras de telaraña siseaban y chisporroteaban con el leve roce de la lanza. Perenelle intentó cortar los hilos que mantenían sujeta a la Diosa Cuervo, pero entonces se acordó de que ésta era una criatura apenas sensible al

dolor. La lanza formó una gigantesca X sobre la orbe plateada y la criatura se desplomó sobre el suelo sin producir sonido alguno. Aunque se había liberado de la telaraña, aún estaba recubierta por hilos blancos.

Los ojos, rojo y amarillo respectivamente, se abrieron de par en par.

—Con cuidado, Hechicera —murmuró la Diosa Cuervo mientras Perenelle se aproximaba con la lanza entre las manos. La mirada bicolor de la criatura se clavó en la lanza—. Un corte sería letal.

—No lo olvidaré —prometió la Hechicera mientras, con sumo cuidado y delicadeza, rasgaba el capullo casi invisible. Después lo apartó y liberó a la Diosa Cuervo.

La criatura se puso en pie y se sacudió los hilos pegajosos de telaraña que se le habían pegado en su armadura de cuero. Se desperezó y la piel que le cubría el cuerpo empezó a quebrarse mientras estiraba los brazos y arqueaba la espalda. Las dos voces sonaron al mismo tiempo.

—Oh, qué alegría sentirse viva otra vez.

—¿Existe algún peligro de que Morrigan pueda volver a aparecer? —preguntó Perenelle mientras se levantaba sin soltar la lanza. Un sencillo movimiento acabaría con la vida de la Diosa Cuervo.

Los ojos de la criatura se intercambiaban de color.

—Mantendremos a nuestra hermana pequeña bajo control.

Entonces la diosa giró bruscamente la cabeza para contemplar algo que se encontraba tras Perenelle.

Mientras se giraba, Perenelle no pudo evitar preguntarse si estaba cayendo en la trampa más antigua del mundo.

Juan Manuel de Ayala entró flotando a la celda. Los ojos y la boca del fantasma eran agujeros vacíos y un rastro de su esencia quedó tras él como si se tratara de una bandera ondeante.

—¿Qué ocurre? —preguntó Perenelle.

De inmediato supo que se trataba de algo horrible. Ondeó la espada y, durante un breve periodo de tiempo, el fantasma se solidificó y apartó su mirada de la Diosa Cuervo para centrarse en la brillante lanza.

—¿Problemas?

—*Nereo ha venido* —respondió la voz aterrada del fantasma—. *El Viejo Hombre del Mar está aquí.*

—¿Dónde? —preguntó Perenelle.

—*¡Aquí!* —exclamó el fantasma. Y entonces se giró, alzó el brazo izquierdo y señaló la oscuridad que reinaba en el fondo—. *Acaba de trepar por las rocas, al otro lado del pasillo. ¡Viene a por ti!*

Un hedor nauseabundo a pescado podrido y grasa de ballena rancia se apoderó de todo el pasillo.

Capítulo 33

Unas llamas de color rojo vivo, chisporroteantes y crepitantes, rugían hacia arriba mientras un humo sucio y grasiento ascendía en espiral y se retorció en la atmósfera nocturna que cubría el desguace de coches. John Dee apartó la cabeza y respiró hondo; todo lo que lograba distinguir era el hedor de goma chamuscada y grasa, pero no podía detectar ni rastro de magia.

—Voy a entrar —anunció mirando a Bastet.

—No te lo aconsejaría —avisó la diosa con cabeza de gato.

—¿Por qué no?

La Oscura Inmemorial le mostró la dentadura en lo que, aparentemente, pretendía ser una sonrisa. Se colocó su larga capa alrededor de sus hombros estrechos.

—Sería una lástima si un miembro de la Caza Salvaje te confundiera con un enemigo o el Arconte decidiera convertirte en uno de los suyos. Ha perdido muchos lobos esta noche; necesitará sustituirlos.

—No estoy completamente indefenso, *Madame* —respondió Dee.

De debajo del abrigo el Mago extrajo la corta espada de piedra conocida bajo el nombre de *Excalibur* y cruzó a zancadas la calle, dirigiéndose directamente al desguace. Se detuvo ante la puerta principal. El metal sólido estaba tachonado por las hendiduras de los colmillos de los lobos del Arconte y allí donde el metal se había rasgado, las criaturas lo habían arrugado y arrancado como si se tratara de una hoja de aluminio. Dee acercó la espada hacia donde el Arconte había rozado el metal, pero no ocurrió nada. Si Cernunnos había utilizado poder mágico, *Excalibur* debería haber reaccionado, pero la espada se mantuvo fría y oscura. Dee asintió con la cabeza; la bestia había hecho uso de su fuerza bruta para abrir las puertas. El Mago empezaba a preguntarse cuánto poder áurico o mágico poseía Cernunnos. Las leyendas describían a los Arcontes, e incluso a los primeros Inmemoriales, los Grandes Inmemoriales que habían llegado tras ellos, como gigantes o monstruos espantosos y, algunas veces, como ambos. Pero jamás se creyó que fueran magos o hechiceros. Fueron precisamente los Grandes Inmemoriales los primeros en desarrollar ese tipo de habilidades.

Dee intentó ocultar una sonrisita; ahora que sospechaba que Cernunnos poseía poco poder mágico, o incluso ninguno, empezaba a sentirse más seguro de sí mismo. La criatura le había dejado entrever que era capaz de leer sus pensamientos, pero podría haberle mentido. Intentó recordar con exactitud las palabras del Arconte cuando apareció por primera vez: «Puedo leer tus

pensamientos y tus recuerdos, Mago. Sé lo que tú sabes; sé lo que has sido; sé lo que eres ahora».

Eso no significaba nada. Cernunnos afirmaba conocer los pensamientos de Dee, pero no lo había demostrado de ningún modo. El inglés sabía que su maestro Inmemorial había dado instrucciones al Arconte.

«El Alquimista, Flamel, y los niños están con el Caballero Sarraceno y el Bardo escondidos tras su fortaleza metálica. Quieres que yo, junto con mi Caza Salvaje, fuerce una entrada para ti.»

Cernunnos no le había descubierto nada nuevo. Era, sencillamente, la repetición de un hecho, un hecho que Dee ya conocía, y el planteamiento de las órdenes que había recibido del Inmemorial. Lo único que había hecho era simular que leía los pensamientos de Dee.

El doctor John Dee se carcajeó en voz baja. Sin duda alguna aquella criatura era ancestral, poderosa y, sobre todo, letal. Pero, de repente, no le parecía tan peligrosa y aterradora.

Sujetando la espada con firmeza, se deslizó hacia la entrada y se adentró en el estrecho pasillo metálico. Lograba escuchar el fuego; ahora estaba más cerca, crepitando y aullando, cubriendo las murallas de sombras bailarinas. Dee se percató de que, con cada paso que daba, dejaba tras de sí una nube de polvo arenoso. Cerrando los labios con fuerza, extrajo un pañuelo blanco del bolsillo y se tapó la boca con él: no quería respirar los restos polvorientos de la Caza Salvaje. Había sido mago, hechicero, nigromante y alquimista durante muchos años, de forma que le resultaba fácil imaginar las asquerosas propiedades que ese polvo

contenía. Evidentemente, no quería que se colara ni una mota en sus pulmones.

Caminó sobre flechas de madera con punta de piedra y lanzas con mango de hojas y descubrió que el suelo que pisaba estaba repleto de pernos de ballesta. El paisaje le recordó su juventud. Había atestado asedios y estudiado el arte de la guerra en la corte isabelina, así que, a partir de las ruinas, podía descifrar lo que había ocurrido: los defensores habían atrapado a la mayoría de lobos de la Caza Salvaje en el estrecho pasillo hasta convertirlos en polvo. «Pero ¿por qué no han mantenido la posición para continuar su ataque contra la Caza Salvaje?», se preguntó. «Quizá porque se han quedado sin munición —pensó Dee respondiendo su propia pregunta—, de forma que se han visto obligados a retirarse hacia una posición más defensiva.» Bajo el pañuelo blanco, Dee esbozó una amplia sonrisa. La historia le había enseñado que una vez los defensores empezaban a retirarse, el asedio estaba llegando a su fin.

Flamel y los demás estaban atrapados.

Al salir del pasillo metálico, Dee avistó el foso en llamas rodeando completamente la cabaña metálica de aspecto humilde que se hallaba en el centro del campo. Dee salió disparado: conocía al menos una docena de hechizos para apagar el fuego; también podía transmutar el aceite en arena y utilizar otro encantamiento persa que convertiría la arena en cristal.

El Alquimista y los mellizos permanecían al otro lado del fuego; Sophie y Josh estaban muy juntos. La luz de las llamas teñía sus cabelleras rubias en pelirrojas y doradas. Otros dos humanos

estaban junto a ellos; uno, el más alto y corpulento, iba ataviado con una armadura negra mientras que el otro, bajito y ligero, lucía una armadura desajustada. Los Sabuesos de Gabriel, todos ellos de pelaje carmesí, habían adoptado tanto su forma animal como humana y se habían reunido alrededor del caballero más esbelto de una forma protectora.

La figura del Arconte se distinguía ante las llamas danzantes; el resplandor jugueteaba sobre sus astas. Mientras tanto, la Caza Salvaje que había logrado sobrevivir esperaba pacientemente. Los rostros humanos de los lobos rastreaban los movimientos de Dee mientras éste se abría paso entre la expansión pantanosa. Sin mover el cuerpo, Cernunnos giró la cabeza para observar al Mago. La mirada del Dios Astado se clavó en la espada de piedra que Dee sostenía y que, ahora, había comenzado a verter un humo azul.

—*Excalibur y Clarent*, juntas en el mismo lugar —murmuró la voz vibrante de Cernunnos en el interior de la cabeza de Dee—. Sin duda es un momento memorable. ¿Sabes cuándo fue la última vez que estas dos espadas estuvieron tan cerca la una de la otra?

Dee estuvo a punto de confesarle que ambas espadas habían estado en París justo el día anterior, pero prefirió no decir nada que pudiera irritar a la criatura. El Mago había empezado a trazar un plan horrible en su interior, algo tan incomprensible que incluso temía concentrarse demasiado en la idea por si acaso Cernunnos pudiera, realmente, leer sus pensamientos. Tomando posición a la izquierda de la criatura, Dee empuñó el arma con su mano izquierda y cruzó los brazos sobre el pecho. El resplandor azul de la espada tiñó la parte izquierda de su rostro de un color frío.

—Supongo que debió de ser aquí, en Inglaterra —respondió finalmente Dee—, cuanto Arturo luchó contra su sobrino Mordred en la llanura de Salisbury. Mordred utilizó a *Clarent* para acabar con la vida de Arturo —añadió.

—Yo maté a Arturo —corrigió Cernunnos—. Y a Mordred también. Y era su hijo, no su sobrino —explicó el Dios Astado mientras se giraba hacia las llamas—. Eres un mago; imagino que puedes sofocar estas llamas, ¿verdad?

—Por supuesto.

Un nuevo aroma se extendió por la ya asquerosa atmósfera: se trataba del hedor de huevos podridos.

—¿No puedes cruzar el fuego? —preguntó Dee deliberadamente en un intento de conocer los límites de los poderes del Dios Astado.

—Las llamas contienen metal —respondió bruscamente Cernunnos.

Dee asintió. Sabía, por experiencia propia, que algunos metales, particularmente el hierro, envenenaban a los Inmemoriales. Por lo que acababa de descubrir, ocurría lo mismo con los Arcontes. Se preguntó si las dos razas estaban relacionadas de alguna forma; siempre había supuesto que, a pesar de ser parecidos, estaban separados, como los Inmemoriales y los humanos.

—Puedo apagar el fuego —anunció Dee con seguridad.

El Arconte se inclinó ligeramente hacia delante y su inconfundible aroma a bosque se intensificó de forma repentina cuando se quedó mirando las llamas. Dee siguió la dirección de su

mirada y averiguó que estaba observando al chico, a Josh.

—Puedes quedarte con los mellizos, Mago, y con tus páginas. Sólo te reclamo a los tres humanos inmortales y a los Sabuesos de Gabriel.

—Trato hecho —dijo Dee de inmediato.

—Y a *Clarent*. Te exijo que me entregues la Espada del Fuego.

—Obviamente, puedes quedártela —respondió Dee sin dudar un solo segundo.

De forma deliberada, el Mago permitió que su aura amarilla apareciera alrededor de su cuerpo, desprendiendo ese nauseabundo aroma y sabiendo que ocultaría sus pensamientos. No tenía intención alguna de entregarle la espada gemela de *Excalibur* y, además, no estaba preparado para verla desaparecer en algún Mundo de Sombras lejano junto con el Dios Astado. Su escandaloso plan, de repente, cobró sentido.

—Sería un verdadero honor entregarte la espada yo mismo.

—Te lo permitiré —respondió el Arconte con un tono de voz algo arrogante.

Dee inclinó la cabeza para que la criatura no pudiera observar el triunfo y la satisfacción en su mirada. Se enfrentaría al Arconte con *Excalibur* en su mano derecha y *Clarent* en la izquierda. Haría una reverencia al Dios Astado, daría un paso hacia delante... y después clavaría ambas espadas en el cuerpo de Cernunnos. El aura azufre del Mago se tornó cada vez más brillante a medida que crecía su emoción. ¿Cómo se sentiría, qué aprendería, qué sabría después de asesinar al Arconte?

Capítulo 34

Tosiendo y con los ojos llorosos, Sophie, Josh y los tres inmortales se alejaron a gatas por el suelo pantanoso. El calor abrasador les obligaba a retroceder. Estaban a salvo tras la columna de llamas, pero también estaban atrapados.

Josh ayudó a su hermana a ponerse en pie. Tenía el flequillo chamuscado y erizado y los pómulos se le habían enrojecido. Al mismo tiempo, las cejas se habían convertido en poco más que manchas difuminadas.

Sophie alargó el brazo para trazar una línea sobre los ojos de Josh.

—Tus cejas han desaparecido.

—Las tuyas también —dijo mientras sonreía abiertamente. Se rozó los pómulos. Tenía la tez tirante, los labios secos y agrietados y, de repente, Josh se dio cuenta de la suerte que habían tenido: si hubiera estado unos centímetros más cerca del foso se habría quemado completamente. Sophie se acercó la mano al rostro y se

acarició la mejilla con su dedo meñique. De forma instantánea, su hermano percibió la esencia a vainilla mientras una brisa fresca soplaba sobre su piel abrasada. Cogió la mano de su hermana y la apartó de su cara; la yema de su dedo meñique estaba cubierta de plata.

—No deberías usar tus poderes —dijo un tanto preocupado.

—Es un método de curación sencillo; «conectar con las manos», así lo llamó Juana. Utiliza poca aura, o nada. No volveremos a tener cortes ni moratones —anunció con una sonrisa.

—Tengo la sensación de que deberíamos estar preocupados por cosas más serias que cortes o moratones —dijo Josh.

Se giró para observar la cortina de llamas. El Dios Astado permanecía pacientemente al otro lado de las llamas. Tenía los brazos cruzados sobre su gigantesco pecho y los restos que ardían lentamente de su Caza Salvaje yacían bajo sus pies. Aunque cientos de lobos de la Caza Salvaje se habían convertido en cenizas, al menos el doble permanecían con vida. La mayoría de ellos se habían reunido formando un semicírculo detrás de Cernunnos; algunos estaban sentados, otros, en cambio, permanecían de pie. Pero todos ellos tenían su mirada humana clavada en su maestro. Josh se giró formando una circunferencia. El resto de la Caza Salvaje había tomado posiciones alrededor del campo. Estaban completamente rodeados.

—¿Qué están haciendo? —se preguntó en voz alta.

—Esperando —retumbó la voz de Palamedes tras él.

Josh se dio media vuelta.

—¿Esperando?

—Saben que el fuego no arderá durante mucho más tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—Una hora. Quizá dos —informó. Desvió la mirada hacia el cielo, intentando así calcular el tiempo—. Quizás hasta medianoche, pero no es suficiente —dijo mientras encogía los hombros.

La armadura oscura del caballero estaba manchada de lodo y mugre y olía a grasa. Chirriaba y crujía con cada movimiento.

—Construimos esta fortaleza más bien por privacidad que por protección, aunque nos ha mantenido a salvo de algunas de las criaturas menos agradables que habitan en esta tierra. Jamás fue diseñada para mantener alejado a algo como Cernunnos —confesó Palamedes. De repente, se giró hacia Sophie en el mismo instante en que una idea se le cruzó por la mente. Su mirada líquida reflejaba la luz de las llamas—. Sophie, tú te has formado en el Fuego. Podrías mantener vivas las llamas.

—No —replicó inmediatamente Josh. De forma instintiva, se colocó delante de su hermana—. Sólo intentar algo así podría matarla, incluso quemarla.

El Alquimista afirmó con la cabeza.

—Sophie tendría que avivar las llamas hasta el alba; no tiene suficiente fuerza para hacerlo, todavía no. Tenemos que encontrar otra alternativa.

—Conozco algunos hechizos... —empezó Shakespeare—. Tú también, Palamedes. ¿Y qué hay de ti, Nicolas? Trabajando juntos, estoy seguro de que los tres...

El Bardo giró la cabeza, abriendo ampliamente las aletas de la nariz y entornando los ojos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Palamedes mientras intentaba ver más allá del muro de fuego.

—Dee —dijeron Shakespeare y Flamel al unísono. Cuando pronunciaron su nombre, la silueta de un hombrecillo junto al Arconte empezaba a distinguirse por su resplandor amarillo azufre. Estaba empuñando una espada azul.

—Con *Excalibur* —añadió Flamel.

Mientras el grupo observaba la imagen, el Mago sumergió *Excalibur* en la columna de llamas y giró la espada. Siseando y chisporroteando, la espada de piedra atravesó el fuego y una repentina corriente de aire gélida descendente creó un agujero circular perfecto, como si se tratara de una ventana, entre las llamas rabiosas. Dee estiró el cuello para contemplar a través de la apertura y sonrió. El fuego se podía ver reflejado en su dentadura, que ahora parecía estar teñida de un color rojo sangre.

—Bueno, bueno, bueno, pero ¿qué tenemos aquí? Al maestro Shakespeare, aprendiz del Alquimista y del Mago. Es prácticamente como una reunión familiar. A Palamedes, el Caballero Oscuro, casi reunido con las dos espadas que gobernaron y a la vez arruinaron la vida de su maestro. Y, cómo no, a los mellizos. Es muy amable por tu parte traerlos a casa, Nicolas, aunque hubiera sido mucho más sencillo si hubiéramos cerrado este negocio en la costa oeste. Ahora tendré que hacerles regresar a Estados Unidos. Sin embargo, entrégamelos ahora y nos evitaremos muchos disgustos.

El Alquimista soltó una carcajada, aunque el sonido nada tenía de humorístico.

—¿No estás olvidando algo, John?

El Mago ladeó la cabeza.

—Al parecer estás atrapado detrás del fuego, Nicolas. Y rodeado por la Caza Salvaje —dijo Dee. Agitó su dedo pulgar señalando la gigantesca figura que permanecía a su lado—. Y, por supuesto, aquí está Cernunnos. Esta vez no hay escapatoria. Ni siquiera para ti.

—Somos tres inmortales con poder —anunció Flamel en voz baja—. ¿Eres capaz de enfrentarte a nosotros?

—Oh, yo no tengo que hacerlo —reconoció Dee—. Yo sólo tengo que apagar el fuego. Ni siquiera tú puedes imponerte contra un Arconte y la Caza Salvaje.

Josh dio un paso hacia delante mientras *Clarent* desprendía una luz oscura en su mano izquierda. Las sombras bailarinas le otorgaban un aspecto mayor al de un jovencito de quince años.

—¿Y qué hay de nosotros? Sería un tremendo error olvidarse de nosotros —avisó—. Tú estabas en París. Tú viste lo que hicimos con las gárgolas.

—Y con Nidhogg —añadió Sophie mientras se colocaba junto a él.

Clarent gimió y en ese preciso instante salió disparada hacia *Excalibur*, empujando así a Josh hacia el agujero. Las dos espadas se encontraron en la apertura circular que Dee había creado entre las llamas. Ambas armas se cruzaron formando una explosión de chispas.

Y los pensamientos de Dee se traspasaron a Josh.

Miedo. Un miedo terrible y espantoso a criaturas horripilantes y

humanos sombríos.

Pérdida. Infinidad de rostros, hombres, mujeres y niños, familia, amigos y vecinos. Todos ellos muertos.

Rabia. La emoción que reinaba sobre las demás era la de rabia, una rabia que le hervía la sangre.

Hambre. Un hambre insaciable por el conocimiento, por el poder.

Cernunnos. El Dios Astado. El Arconte. Yaciendo muerto sobre el lodo y Dee sobre él, sujetando a *Clarent* y a *Excalibur* en cada mano. Ambas espadas desprendían un resplandor rojizo y azulado.

Los pensamientos y las emociones aterrizaban en Josh como embestidas. Sentía cómo le sacudía la cabeza cada imagen que se le cruzaba. Sin embargo, lo más impactante de todo era la visualización del Arconte tumbado sobre el lodo. Dee tenía la intención de matar a Cernunnos, pero para hacerlo necesitaba a *Clarent*. Y Josh no pensaba entregarle la Espada del Fuego. La empuñó con más fuerza y empujó a *Excalibur*, aunque era como empujar un muro de piedra. Sujetando a *Clarent* con ambas manos, volvió a ejercer presión sobre la espada de Dee. La piedra del filo se rayaba y echaba chispas, pero no se movía. La luz convertía el rostro de Dee en una calavera sonriente.

Josh había visto a su hermana concentrar su aura; había sido testigo de cómo la moldeaba alrededor de su cuerpo; había sentido sus propiedades curativas sobre su propia piel, pero no tenía la menor idea de cómo lo hacía. Juana le había entrenado, le había enseñado, pero él no había recibido tal ayuda.

—¿Soph...?

—Estoy aquí —dijo Sophie posicionándose inmediatamente junto a él.

—¿Cómo...? —empezó intentando buscar la palabra adecuada

—. ¿Cómo conseguiste concentrar tu aura?

—No lo sé. Yo sólo... supongo que sólo me concentré al máximo.

Josh inspiró profundamente y frunció el ceño, arrugando la frente y uniendo las cejas. Se concentró tanto como pudo.

Pero no sucedió nada.

—Cierra los ojos —aconsejó Sophie—. Visualiza con claridad y precisión lo que quieres que ocurra. Empieza por algo pequeño, diminuto...

Josh asintió. Volvió a tomar aliento y apretó fuertemente los ojos. Sophie podía concentrar su aura en su dedo meñique, ¿por qué él no lograba...?

De forma inesperada, sintió algo que le revolvió el estómago; después ascendió por su cuello y se extendió por los brazos y por las manos, por donde mantenía agarrada la espada. Su aura explotó, cubriendo de luz su cuerpo e incluso la espada.

Clarent gimió en un sonido agónico que se produjo al mismo tiempo que la espada de piedra se convertía en oro macizo. En el momento en que rozó la espada de Dee, apagó el fuego azulado de *Excalibur* y la convirtió en piedra grisácea.

Josh parpadeó, dejando al descubierto su sorpresa.

Y su aura desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

Simultáneamente, el fuego dorado se desvaneció de alrededor

de *Clarent* y fue sustituido por un fuego carmesí y negruzco. *Excalibur* volvió a encenderse en una gigantesca explosión de chispas. Tambaleándose y temblando, Josh intentó retener la empuñadura sobre *Clarent*, pero la enorme fuerza ejercida envió a Dee volando hacia atrás y provocando así un geiser de lodo. El mago intentó deslizarse sobre el suelo mugriento y fangoso mientras *Excalibur* volaba por los aires hasta clavarse en el lodo sobre el que Dee había apoyado la cabeza.

A Josh le supuso un gran esfuerzo arrancar a *Clarent* de las llamas. De inmediato, la ventana circular se cerró de golpe. El rostro del joven era una máscara espantosa; tenía unas sombras azuladas y amoratadas bajo los ojos pero, aun así, intentó esbozar una temblorosa sonrisa para su hermana.

—¿Lo ves? No era ningún problema.

Sophie se dirigió a su hermano y posó la mano sobre su hombro. Josh sintió un cosquilleo de energía del aura de su hermana fluyendo por su cuerpo que le calmó el dolor de sus piernas temblorosas.

—Me pregunto qué piensa hacer ahora Dee —dijo Sophie.

Un segundo más tarde, un trueno resonó y retumbó mientras un rayo destellaba casi encima de sus cabezas. La lluvia que se produjo fue torrencial.

Capítulo 35

Perenelle chapoteó por el túnel fangoso, dirigiéndose directamente hacia la escalera. En una mano sujetaba la lanza; con la otra se tapaba la nariz, pero aun así podía notar el hedor a pescado, que le rozaba la lengua y atravesaba su garganta cada vez que pasaba saliva.

Juan Manuel de Ayala flotaba junto a ella, de espaldas al pasillo. No había ni rastro de la Diosa Cuervo.

—¿De qué tienes miedo? —preguntó Perenelle—. Eres un fantasma; no hay nada que pueda hacerte daño. Sonrió y utilizó un tono de voz más suave—. Lo siento, no quería ser grosera. Sé el tremendo esfuerzo que te ha supuesto llegar hasta la boca de la cueva para avisarme.

—*Fue más sencillo cuando rompiste el Hechizo de Ligadura* —respondió el fantasma. La mayoría de su esencia se había desvanecido, dejando sólo visible su rostro y el contorno de su cabeza sobrevolando el aire. Sus ojos, brillantes y oscuros,

resplandecían en la oscuridad—. *Nereo es la pesadilla de todo marinero* —admitió—. *No temo por mí, sino por ti, Hechicera.*

—¿Qué es lo peor que puede ocurrir? —preguntó Perenelle suavemente—. Sólo puede matarme. O, al menos, intentarlo.

La mirada del fantasma se tornó líquida.

—*Oh, él no te matará. No de inmediato. Te arrastrará hacia algún reino submarino y te mantendrá con vida durante siglos. Y cuando acabe contigo, te convertirá en alguna criatura marina, en una manatí o un dudongo.*

—Eso sólo es una leyenda... —empezó la Hechicera pero enseguida se detuvo al darse cuenta de lo absurda que resultaba su idea: estaba corriendo por un túnel subterráneo acompañada por un fantasma, siguiendo los pasos de una antigua diosa celta y perseguida por el Viejo Hombre del Mar. Cuando alcanzó el final del túnel, alargó el cuello y miró hacia arriba. Pudo ver un círculo de cielo azul.

Se rasgó los bajos del vestido para arrancar una tira de tela y se lo ató alrededor de la cintura. Colocando la lanza entre el cinturón improvisado y su espalda, alargó el brazo para agarrar la barandilla viscosa y metálica de la escalera oxidada.

—*¡Perenelle!* —bramó De Ayala mientras flotaba hacia arriba.

—¿Ya te marchas, Hechicera? —La voz resonó desde lo más profundo del pasillo, líquida y rebosante, con un sonido semejante a un gorgoteo, a gárgaras.

Perenelle se giró rápidamente y lanzó una diminuta chispa de luz hacia el túnel. Como si se tratara de una pelota de goma rebotó en el techo, golpeó en una pared, volvió a botar en el suelo y salió

disparada hacia arriba otra vez.

Nereo apareció en la oscuridad.

Justo el instante antes de que él alargara la mano y atrapara la luz en su mano enmarañada, Perenelle pudo avistar fugazmente la imagen de un hombre de aspecto sorprendentemente normal: una cabeza repleta de cabello rizado y grueso que descendía sobre sus hombros y una barba corta que se retorció formando dos tirabuzones perfectos. Iba ataviado con un chaleco hecho a partir de hojas de kelp que se solapaban las unas con las otras y de hebras de algas marinas. En su mano izquierda sujetaba un tridente de piedra perversamente puntiagudo. A medida que la luz se desvanecía y el túnel se sumergía en una oscuridad absoluta, Perenelle se percató de que el Viejo Hombre del Mar no tenía extremidades inferiores. Bajo la cintura, ocho patas de pulpo se retorcieron y se enrollaban por el pasillo.

La peste a pescado podrido se intensificó y en ese momento se produjo un leve movimiento. Una pata ventosa se enrolló alrededor del tobillo de Perenelle y la asió con fuerza. Una segunda pata, pegajosa y viscosa, se amarró a la piel de la Hechicera.

—Quédate un rato —gorjeó Nereo. Otra pierna emergió bruscamente y las ventosas se clavaron en su piel. Su carcajada parecía una esponja húmeda que se retorció para extraer toda el agua—. Insisto.

Capítulo 36

Josh se sentó aturdido mientras la cortina de fuego empezaba a desaparecer dejando tras de sí una nube de humo espeso y blanco. La lluvia provocó que el suelo se convirtiera en un gigantesco charco pantanoso al mismo tiempo que los truenos retumbaban incesantemente sobre sus cabezas. Los rayos destellaban vigorosamente cubriendo todo el paisaje de color ceniza y ébano.

—Hora de irse —anunció Palamedes con decisión mientras las gotas de lluvia le bañaban el casco.

Se giró para observar a los mellizos, a Nicolas y a Shakespeare. Todos ellos estaban empapados y los chicos en particular tenían el cabello tan mojado que incluso parecía que se les hubiera pegado al cráneo.

—Hay momentos para luchar y momentos para huir; un buen soldado siempre sabe lo que es necesario hacer. Podemos quedarnos y combatir a Dee y a Cernunnos, pero ninguno de nosotros logrará sobrevivir. Excepto vosotros, quizá —dijo

dirigiéndose a los mellizos. La luz de las llamas teñía su piel oscura y su armadura negra de un matiz ámbar—. Aunque no estoy seguro de la calidad de vida que os esperaba al servicio de los Oscuros Inmemoriales, ni cuánto tiempo sobreviviríais entre ellos.

Un humo amargo se enroscó a su alrededor; un humo espeso, empalagoso y nocivo que les obligó a retroceder hacia la cabaña metálica.

—Will, coge a los Sabuesos de Gabriel..

—No voy a huir —interrumpió de inmediato el Bardo.

—No te estoy pidiendo que huyas —respondió Palamedes con brusquedad—. Quiero que os reagrupéis; no quiero sacrificar nuestras fuerzas inútilmente.

—¿Nuestras fuerzas? —preguntó Nicolas—. No me digas que finalmente el Caballero Sarraceno ha tomado partido.

—Temporalmente, créeme —aclaró Palamedes. Se giró hacia el Bardo y ordenó—: Will, conduce a los Sabuesos de Gabriel por el túnel subterráneo de la cabaña. ¡Gabriel! —El hombre-perro de mayor tamaño se acercó a toda prisa. Los tatuajes azules que tenía inscritos en sus mejillas estaban manchados de lodo y sangre, y su pelaje de color pardo estaba completamente despeinado—. Protege a tu maestro. Sácale de Londres y llévale a Great Henge. Esperadme allí.

Shakespeare abrió la boca para protestar, pero, al percatarse de la mirada amenazadora del Caballero Sarraceno, la cerró de inmediato.

Gabriel asintió con la cabeza.

—Así lo haré. ¿Cuánto tiempo esperamos en Henge?

—Si no he aparecido mañana al anochecer, lleva a Will a uno de los Mundos de Sombras más cercanos; quizás Avalon, o Lyonesse. Allí estaréis a salvo.

Ignorando por completo al Alquimista, Gabriel desvió su mirada color sangre hacia los mellizos.

—¿Y qué hay de los dos que son uno?

Josh y Sophie se mantuvieron en silencio, espera rulo la respuesta de Palamedes. El caballero inspiró hondo y respondió.

—Voy a llevarlos de Nuevo a Londres —anunció. Después se dirigió hacia el Alquimista—. Les presentaremos al Rey.

La dentadura salvaje del hombre-perro se dejó entrever tras una sonrisa.

—Dejarlos con Cernunnos sería más seguro.

Sophie y Josh se acomodaron en la parte trasera del taxi oscuro londinense mientras observaban al Alquimista, a Shakespeare y a Palamedes reunirse alrededor de un barril en llamas en cuyo interior ardían pedazos de madera y tiras de neumático. La lluvia hacía sisear las llamas mientras un humo espeso y blanco que emergía de las brasas del foso se mezclaba con los humos grasientos y negros que brotaban del barril.

—Puedo avistar sus auras —murmuró Josh con tono cansado. La aparición inesperada de su propia aura le había dejado exhausto. Un dolor de cabeza tremendo empezaba a aporrearle el cráneo justo encima de los ojos. Además, los músculos de los brazos y las piernas le escocían. Por si eso no fuera poco, tenía el estómago revuelto y sentía que en cualquier momento iba a vomitar. Tenía las manos entumecidas por la empuñadura de *Clarent*.

Sophie se dio media vuelta para observar a través de la ventana, que en ese instante estaba empuñada por el vaho. Josh tenía razón: alrededor del cuerpo de los tres inmemoriales se podían distinguir sus auras. La de Flamel, de color verde esmeralda, la de Palamedes, de color oliva,

que se contraponía con el amarillo limón del aura de Shakespeare.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Josh.

Sophie pulsó el botón correspondiente para bajar la ventanilla, pero el coche no había arrancado, así que las ventanillas eléctricas no funcionaban. Frotó el cristal con la palma de la mano para deshacerse del vaho y mantuvo la respiración. Las auras de los inmemoriales brillaban intensamente, e incluso podía sentir un leve cosquilleo de poder mientras que de sus manos manaba lo que parecía un líquido pegajoso en el interior del barril.

—Aparentemente Nicolas y Palamedes están entregando parte de su poder a Shakespeare. Los labios del Bardo se están moviendo, pero no dice nada... —informó Sophie. Abrió la puerta del coche para oír con más claridad mientras la lluvia se introducía en el oscuro interior del vehículo.

—... la imaginación es la clave, hermanos inmemoriales —pronunció Shakespeare—. Todo lo que debo hacer es concentrarme; así podré crear un hechizo muy poderoso.

—Es una conjugación —anunció Sophie perpleja. De repente se dio cuenta de que había articulado una palabra que jamás habría utilizado días antes, una palabra que ni tan siquiera habría entendido. Josh se deslizó hacia su hermana para observar la noche

húmeda.

—¿Qué es una conjur... conjugar...?

—Está creando algo a partir de la nada; esculpe y da forma a algo sólo imaginándoselo.

Abrió un poco más la puerta haciendo caso omiso a las gotas de lluvia que le rociaban el rostro. Sabía, porque la Bruja lo sabía, que se trataba de la magia más ardua y agotadora de todas, ya que requería una capacidad extraordinaria de concentración.

—Hazlo rápido —dijo el Alquimista con la boca llena de polvo.

—El fuego está a punto de extinguirse y no estoy seguro de la fuerza que me queda.

Shakespeare asintió con la cabeza e introdujo ambas manos en lo más profundo del barril ardiente.

—Hierve y bulle, hierve y bulle —susurró con un acento más marcado, que recordaba al familiar acento isabelino con el que se había criado—. Primero permítenos tener la serpiente del Nilo...

Unos zarcillos de humo se enroscaron alrededor del barril que, de forma inesperada, empezó a hervir con cientos de serpientes. Los reptiles brotaron del barril y se deslizaron hacia el suelo.

—¡Serpientes! ¿Por qué siempre hay serpientes? —gruñó Josh mientras apartaba la mirada.

—... serpientes con manchas y lenguas dobles... —continuó Shakespeare.

Otra avalancha de sierpes se desbordó del barril, retorciéndose y desliziéndose alrededor de los pies de los inmortales. Sin producir sonido alguno, los Sabuesos de Gabriel retrocedieron sin dejar de contemplar el tumulto de serpientes.

—Y ahora erizos espinosos, tritones y lombrices ciegas... — prosiguió el Bardo. Alzó el tono de voz y adoptó una melodía retórica, como si estuviera repitiendo un verso. Tenía la cabeza echada hacia atrás y los ojos completamente cerrados. Con una voz más ronca, añadió—: ... y sapos, horripilantes y venenosos.

Las criaturas emergieron en cascada del barril: cientos de erizos gruesos, sapos grotescos, tritones deslizantes y lombrices retorcidas.

—... y finalmente, búhos...

Una docena de búhos nacieron de entre las llamas, alzando el vuelo mientras provocaban una lluvia de chispas.

De repente, Shakespeare perdió el conocimiento. Se hubiera desplomado sobre el suelo si el Caballero Sarraceno lo hubiera evitado.

—Suficiente —ordenó Palamedes.

—¿Suficiente? —susurró el Bardo mientras abría los ojos y miraba a su alrededor. Las criaturas habían creado una manta salvaje que cubría a los tres inmemoriales hasta los tobillos. El suelo que les rodeaba estaba repleto de serpientes caracoladas, sapos saltarines, tritones enroscados y lombrices húmedas—. Bueno, ya está hecho.

Los rayos destellaban sobre sus cabezas cuando el Bardo alargó la mano para estrechar el brazo del Alquimista. Rápidamente, abrazó al Caballero Sarraceno.

—Gracias, hermanos míos, amigos míos. ¿Volveremos a vernos? —preguntó.

—Mañana al atardecer —dijo Palamedes—. Ahora

vayámonos.

Cuidadosamente, alzó su pierna izquierda. Una víbora negra salió de su tobillo.

—¿Cuánto tiempo durarán? —preguntó.

—Lo suficiente —respondió Shakespeare con una sonrisa. Apartándose los mechones de cabello de los ojos, levantó la mano para saludar a los mellizos, que seguían en el coche—. Sólo nos despedimos para volvernos a encontrar.

—Tú no escribiste eso —dijo rápidamente Palamedes.

—Lo sé, pero ojalá lo hubiera hecho.

Entonces, rodeado por los sabuesos, William Shakespeare se sumergió en el interior de la casucha metálica y desapareció. Gabriel esperó a que los demás sabuesos hubieran entrado en la cabaña.

—Mantenlo a salvo —ordenó Palamedes.

—Le protegeré con mi vida —prometió Gabriel con su suave acento gales—. Pero explícame algo —pidió mientras señalaba la masa de criaturas que se hallaba entre el barro—. ¿Estas cosas...? —dijo dejando la pregunta inacabada.

La sonrisa de Palamedes era feroz.

—Un regalito para la Caza Salvaje.

El sabueso Gabriel afirmó con la cabeza, se detuvo y, de repente, se transformó adoptando su cuerpo perruno, se dirigió hacia la casucha y desapareció.

Entonces, con un último bufido, las llamas del foso se extinguieron.

—Hora de irse —anunció Flamel mientras se abría camino

entre las criaturas que había conjurado Shakespeare—. No tenía la menor idea de que era capaz de hacer esto.

—Lo ha creado sólo con su imaginación —dijo Palamedes. Abrió la puerta del taxi e invitó al Alquimista hacia el interior—. Abrochaos el cinturón —aconsejó al mismo tiempo que su armadura negra se desvanecía—. Va a ser un paseo agitado.

La lluvia torrencial se detuvo de forma tan repentina como se había iniciado y, en ese preciso instante, la Caza Salvaje saltó por encima del humo gris.

Un momento más tarde, Cernunnos cruzó el foso mientras el humo se retorció alrededor de sus astas. Inclinando la cabeza hacia atrás, bramó una carcajada triunfante.

—¿Dónde creéis que vais? —preguntó mientras avanzaba a zancadas en dirección al coche—. Nadie escapa del Dios Astado.

Capítulo 37

Sujetándose firmemente a la barandilla metálica de la escalera con una mano, Perenelle tiró de la lanza que tenía amarrada en la espalda y la clavó con todas sus fuerzas en uno de los tentáculos del pulpo que se había enroscado alrededor de su cuerpo. La punta de metal del arma apenas rozó la piel viscosa del animal, pero de repente el brazo tentaculado salió disparado para reunirse con los demás, dejando a la mujer con una serie de marcas en toda la piel por la succión que había producido. Antes de que la Hechicera pudiera apuñalar otra vez a la bestia, los otros dos tentáculos desaparecieron en la oscuridad del túnel.

—Hechicera, eso ha sido verdaderamente grosero. Podrías haberme herido. Un poco más de profundidad y me hubieras amputado el tentáculo.

—Ésa era la intención —murmuró Perenelle guardando la lanza en el cinturón improvisado y poniéndose en pie.

—No he perdido un tentáculo en siglos. Y para que crezca uno

nuevo tiene que pasar mucho tiempo —añadió la criatura con tono malhumorado en griego, con un acento horripilante.

Ignorándole por completo, Perenelle subió otro peldaño, acercándose así un poco más a la luz. Se preguntaba si Nereo podría caber en ese hueco tan estrecho. El hedor nauseabundo de la criatura la abrumaba y le humedecía los ojos. Tragó saliva al mismo tiempo que sentía cómo le protestaba el estómago. Dándose media vuelta en el estrecho pasadizo, Perenelle miró hacia abajo. Nereo estaba justo debajo del hueco. Ella sólo podía distinguir su cabeza y hombros que la luz tenue alumbraba desde arriba; afortunadamente, todo el resto de su cuerpo se mantenía en la sombra. Alzó el tridente y saludó.

—Al parecer estás atrapada, Hechicera. No puedes trepar y, además, apuñalarme con tu mondadientes. Pero yo sí puedo alcanzarte...

Perenelle logró vislumbrar fugazmente la imagen de los tentáculos retorciéndose en la oscuridad. Primero uno, después dos, más tarde cuatro tentáculos empezaron a arrastrarse hacia ella, enroscándose y enrollándose, deslizándose sobre las piedras húmedas como si se tratara de dedos que se mueven con sigilo.

—¿Tienes idea de quién soy? —preguntó Perenelle en inglés. De inmediato, repitió la pregunta en griego antiguo.

Nereo encogió los hombros, un movimiento que hizo que todos sus tentáculos se erizaran.

—Debo confesar que no.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —pidió Perenelle mientras subía otro escalón de la escalera oxidada. La mujer tenía la

sensación de que sus palabras se asemejaban a las de una profesora aburrida.

—Estoy pagando una vieja deuda —burbujeó Nereo—. Uno de los Grandes Inmemoriales me prometió que mi deuda hacia ellos se anularía si regresaba a este mundo y venía a esta isla con mis hijas. Me dijeron que podría quedarme contigo y, aunque como sirvienta no serías excepcional, después de un siglo o dos podrías convertirte en una buena esposa. Todo lo que sé es que te llaman hechicera.

—¿Pero sabes qué hechicera? —preguntó Perenelle.

La criatura soltó una tremenda carcajada.

—Oh, humana; ni lo sé ni me importa. En mi época, ese término poseía un significado. Una hechicera era alguien con poder; alguien a quien uno debía temer, además de respetar. Pero aquí, en los tiempos que corren en este mundo, las palabras ancestrales, los títulos antiguos, no tienen significado alguno. De hecho, según he descubierto, un mago no es más que un animador para niños, alguien que saca conejos de chisteras.

La risa de Perenelle dejó perplejo al Oscuro Inmemorial; estaba tan atónito que no pudo articular palabra ni sonido.

—Entonces deberías saber lo siguiente, Nereo: no soy ningún tipo de animadora. Me sorprende que tu Inmemorial no te haya revelado con quién te ibas a enfrentar en esta isla. Bueno, quizá no me sorprende tanto. Si lo hubieras sabido, probablemente no te habrías embarcado en esta aventura tan insensata —la voz de Perenelle tronó bajo el hueco—. Soy la séptima hija de una séptima hija. He vivido en esta tierra durante casi siete siglos y guardo en mi

interior la sabiduría del tiempo. He recibido formación por parte de los mejores hechiceros, magos, brujos y encantadores que han habitado este planeta. Quizá reconocerías el nombre de algunos de ellos. Fui aprendiz de la Bruja de Endor y alumna de dos de las hechiceras más reconocidas de la historia: Circe y Medea.

—¿Circe? —susurró Nereo de forma incómoda agitando los tentáculos—. ¿Medea? —añadió con una voz que dejaba entrever su abatimiento.

—Tú, más que los demás, deberías saber la reputación de mis maestros.

—¿Y eras buena estudiante? —preguntó Nereo cautelosamente.

—La mejor. Escucha atentamente esto, Viejo hombre del Mar: jamás seré tu esposa. Estoy casada con el Alquimista, Nicolas Flamel.

—Oh —suspiró el Inmemorial.

—Soy la humana inmortal Perenelle Flamel.

—Ah, esa hechicera —murmuró Nereo.

—Sí, esa hechicera.

Perenelle arrancó una púa metálica de la pared, concentró su aura en la palma de la mano y observó cómo el metal oxidado se retorció, se enrollaba y, pasados unos segundos, se derretía formando un líquido mugriento y de color marrón.

—Permíteme mostrarte un truco que la misma Circe me enseñó.

Abrió la mano y dejó que las gotas metálicas manaran de su palma. Una veintena de diminutas esferas doradas y marrones se

desplomaron entre las sombras.. La lluvia de metal fundido bufó y chisporroteó mientras se esparcía por el cuerpo de Nereo. De repente, la atmósfera se cubrió del tufo a pescado frito. Los tentáculos de pulpo azotaron y aporrearon las piedras al mismo tiempo que el Viejo Hombre del Mar aullaba y chillaba idiomas humanos e inhumanos. Perenelle vertió la última gota que tenía en la yema de los dedos. Siguió con la mirada el camino que seguía la lágrima dorada... que aterrizó justo en la mitad de la frente de Nereo, en el entrecejo. Esta vez, la criatura gritó con tal fuerza que incluso la Hechicera logró escuchar la repentina explosión de alas cuando miles de aves marinas reunidas en la isla alzaron el vuelo, chillando y bramando.

Nereo desapareció entre las sombras, dejando tras de sí una estela de olor a pescado quemado.

—Las cosas no quedarán así, Hechicera Perenelle —sollozó—. ¡Jamás escaparás de esta isla con vida!

Intentando esquivar la oleada de cansancio que le estaba azotando, Perenelle se dio media vuelta y subió la escalera.

—Eso es lo que dice todo el mundo —murmuró. Pero sigo viva.

—Podrías haberme ayudado.

Perenelle estaba sentada en uno de los escalones que había en el patio de ejercicios. Desvió el rostro hacia el sol de media tarde y dejó que el calor empapara su cuerpo y recargara su aura.

—¿Por qué?

Colgada del siguiente escalón, justo a la derecha de Perenelle, la Diosa Cuervo había desplegado su capa oscura y también se

había colocado de cara a la luz solar, con los ojos escondidos tras unas gafas de sol con cristal de espejo. Su piel había recuperado su antiguo color alabastro y apenas se distinguía el verde que, hasta instantes antes, había teñido su tez. Alrededor de sus labios las ampollas casi habían desaparecido por completo.

Perenelle consideró la contestación de la diosa durante un momento y después asintió con la cabeza. No tenía respuesta a eso. Nereo no era su enemigo.

—También podríamos haber huido volando —sugirió la Diosa Cuervo sin mover un ápice la cabeza.

Perenelle ya empezaba a identificar las voces; la de Badb era ligeramente más suave que la de Macha, más ronca y masculina.

—¿Por qué no lo habéis hecho? —preguntó.

Cuando finalmente logró atravesar el hueco, cubierta de barro y completamente agotada, sabía, sin duda alguna, que no estaba en condiciones de enfrentarse a la Diosa Cuervo. No esperaba encontrarse a la criatura todavía en la isla; le sorprendió verla agachada en la entrada del hueco, justo debajo de la torre hidráulica oxidada, cosiendo cuidadosamente unas plumas largas y negras en la capa.

—¿Por qué os habéis quedado?

La Diosa Cuervo se agitó.

—Hemos estado atrapadas en el interior de Morrigan durante mucho tiempo. Ha vivido largos periodos de diversión; ahora es nuestro turno. Y decidimos que no habría lugar más emocionante que Alcatraz en las próximas horas.

Perenelle se apoyó sobre los codos para observar con más

precisión a la criatura.

—¿Emocionante? Creo que esta palabra no significa lo mismo para nosotras.

La Diosa Cuervo movió la cabeza y se deslizó las gafas de sol por la nariz, dejando al descubierto su mirada. Ambos ojos, uno amarillo y el otro rojo, parpadearon.

—Recuerda, humana, somos Badb y Macha. Somos la Furia y la Matanza. Nuestra hermana es la Muerte. A lo largo de milenios nos han arrastrado a campos de batalla de todo el mundo, donde nos alimentábamos del dolor y los recuerdos de los moribundos y los muertos en combate —anunció la criatura. Después, con una sonrisa terrorífica que mostraba su dentadura perfecta, añadió—: Y en este momento, esta isla es el lugar donde debemos estar —Se relamió los labios—. ¡Creo que nos vamos a dar un tremendo festín!

Capítulo 38

Los neumáticos empezaron a dar vueltas en el barro y, de forma abrupta y brusca, el gigantesco taxi empezó a avanzar a bandazos. Sophie soltó un grito sofocado cuando se abrochó el cinturón y apoyó la espalda en el asiento. Josh gruñó, pues tal agitación le había revuelto el estómago.

—¡Lo siento! —exclamó Palamedes—. Esperad. Aquí están...

Nicolas se sujetó a la tira de goma que había situada sobre la puerta y se inclinó hacia delante.

—¡Nos dirigimos directamente hacia ellos! —gritó con una voz que reflejaba su alarma.

—Lo sé —respondió Palamedes con una sonrisa que brilló en el oscuro interior del vehículo—. La mejor forma de defensa es...

—... el ataque —finalizó Josh.

Una línea sólida de lobos con rostro humano se abalanzó sobre el coche. Puesto que el suelo seguía cubierto por barriles humeantes, las criaturas no se percataron de la alfombra de

serpientes hasta que fue demasiado tarde. Los reptiles se alzaban adoptando la forma de signos de interrogación, con las bocas abiertas y las cabezas agitadas. Y entonces la línea de frente de la Caza Salvaje se desvaneció convirtiéndose en polvo mugriento que explotó sobre el parabrisas, cubriéndolo por completo. Con calma, Palamedes lanzó un chorro de agua sobre el cristal y pulsó el botón del limpiaparabrisas, pero lo único que logró fue que el polvo sucio se transformara en una pasta espesa.

Un trío de lobos gigantes, más grandes y corpulentos que todos los demás, saltó por encima del foso... y aterrizó directamente sobre los erizos. Las púas de los erizos se alzaron para atravesar las patas y pezuñas de los lobos. Las bestias se desmenuzaron con una expresión de sorpresa en sus rostros.

Cernunnos aulló y bramó mientras avanzaba torpemente entre la masa de serpientes y erizos que cubría el suelo pantanoso. Los reptiles le golpeaban al mismo tiempo que los erizos le clavaban sus púas, pero, al parecer, sus ataques no surtían efecto en la criatura.

Josh se encogió de hombros y, al contemplar cómo las serpientes se retorcían y trepaban por las gigantescas patas del Dios Astado, sintió un pinchazo en el estómago.

Palamedes aceleró el motor del coche, cambió de marcha y avanzó con bramidos y rugidos hacia el estrecho puente metálico para cruzar el foso. Allí se encontraron con otro trío de la Caza Salvaje. Dos se escondieron tras los neumáticos que formaban un geiser de polvo; en cambio, el tercero saltó sobre el capó del vehículo y martilleó el cristal con las pezuñas. El parabrisas se agrietó por las embestidas y el Caballero Sarraceno frenó de forma

repentina. El coche produjo un chirrido cuando se detuvo en seco y el lobo salió disparado del capó, cayendo directamente en un nido de víboras. Josh se giró en el asiento para contemplar cómo más criaturas del ejército de la Caza Salvaje se desplomaban repentinamente al rozar la piel viscosa de los sapos venenosos; también observó cómo otros se convertían en polvo al tropezarse con algún tritón o pisaban las lombrices. La atmósfera se enturbió con la incesante explosión de polvo opaco. Los búhos descendieron en picado en la noche nocturna, con las garras extendidas, como si fueran guadañas, para atacar a las bestias que, con un solo roce, se esfumaban dejando tras de sí una nube de polvo.

—¿Shakespeare ha creado todas estas criaturas? —preguntó Sophie perpleja. Miraba fijamente a través del parabrisas trasero mientras se daba cuenta de que el suelo estaba completamente cubierto por una masa tumultuosa.

—Todas y cada una de ellas —respondió Palamedes con gran orgullo— Cada criatura se generó en el interior de su imaginación y su aura las animó. No podéis olvidar que Shakespeare es casi autodidacta —al mirar por el retrovisor, advirtió que el Alquimista le observaba—. Imaginad lo que podría haber conseguido si hubiera recibido la formación adecuada.

Nicolas se encogió de hombros, mostrando así su incomodidad.

—Yo no podría haberle enseñado esto.

—Aunque deberías haber reconocido el talento que hay en él.

—¡Dee! —exclamó Josh.

—Sí, Dee sí lo reconoció —concordó Palamedes.

—No. ¡Dee está justo delante de ti! —gritó el joven.

El doctor John Dee avanzaba a través del humo mientras giraba a *Excalibur* en su mano izquierda, creando así un círculo de fuego azul. Su mano derecha goteaba energía amarilla. Se había colocado justamente delante de la entrada al recinto, bloqueando así la entrada.

—¿Qué se cree? ¿Que no voy a arrollarle? —dijo Palamedes.

Dee señaló el taxi con la espada de piedra y entonces lanzó una pelota de energía. Golpeó el suelo empapado, rebotó una vez y después salió rodando hacia el coche. El motor se paró y la batería del coche se agotó, de forma que el vehículo frenó de forma repentina y brusca.

Sophie percibió un movimiento fugaz tras ellos y se giró en el mismo momento en que el Arconte, cubierto de serpientes, aparecía entre las nubes de polvo.

—Esto no tiene buena pinta —murmuró mientras tiraba de la manga de Josh.

—Tiene mala pinta —comentó su mellizo cuando vio al Arconte—, muy mala.

—¿Qué hacemos ahora?

—Siempre es mejor luchar en sólo una batalla a la vez. De esa forma, siempre ganas.

—¿Quién dijo eso? —preguntó Sophie—. ¿Marte?

—Papá.

Capítulo 39

Josh! —exclamó Nicolas.

Josh Newman abrió la puerta izquierda del coche, se aseguró de que no hubiera serpientes bajo sus pies y se apeó de un salto. *Clarent* silbaba y gemía cada vez que el joven la giraba, demostrando así su intención de luchar contra Dee.

—Le mantendré ocupado —gritó—. ¿Puedes intentar arrancar el coche? —preguntó al caballero.

—Lo intentaré —respondió Palamedes con una risilla. Se giró para observar al Alquimista—. La batería se ha agotado. ¿Puedes recargarla?

—Josh Newman —anunció Dee con un tono de satisfacción a medida que el joven se aproximaba—. No estarás pensando seriamente en enfrentarte a mí, ¿verdad?

Josh ignoró por completo las palabras del Mago. Sujetando a *Clarent* con firmeza, con ambas manos alrededor de la empuñadura, Josh sintió cómo el arma se asentaba cómodamente

entre sus puños.

Dee esbozó una amplia sonrisa y, con tono paciente, continuó:

—Quiero que te tomes unos momentos para reflexionar sobre lo que estás considerando hacer. He pasado una eternidad con esta arma; tú sólo has tenido a *Clarent* durante un día, como mucho. No podrás vencerme bajo ninguna circunstancia.

Sin previo aviso, Josh lanzó un ataque devastador sobre el Mago. De hecho, *Clarent* pareció gritar cuando rozó con *Excalibur*, un llanto chirriante que emulaba el triunfo. Josh ni tan siquiera se tomó la molestia de recordar los movimientos que Juana y Scatty le habían enseñado; permitió que fuera la espada quien tomara el control, quien atacara y estocara, quien rasgara y esquivara las embestidas. En algún rincón de su mente supo que analizaba cada uno de los movimientos de Dee, percatándose de cómo deslizaba los pies, cómo empuñaba la espada, cómo entornaba los ojos antes de arremeter contra él. *Clarent* arrastraba a Josh hacia delante cada vez que cortaba el aire. Todo lo que el joven podía hacer era mantener ambas manos alrededor de la empuñadura. Era como intentar sujetar a un perro sin adiestrar: un perro hambriento y rabioso.

Durante un breve instante, Josh tuvo la ridícula sensación de que *Clarent* estaba viva y hambrienta.

—¡Sophie! —bramó Nicolas.

Pero la joven no le escuchó. Su única preocupación era su hermano. Sophie abrió la puerta derecha del vehículo y se bajó rápidamente. En el momento en que sus pies se posaron en el suelo, su aura resplandeció y, pocos segundos más tarde, se transformó

en el reflejo invertido de la armadura que había visto alrededor de Juana de Arco. A diferencia de Josh, ella no tenía espada, pero había recibido formación en la Magia del Aire y la Magia del Fuego. De forma deliberada, la jovencita eliminó las barreras que Juana de Arco había colocado para protegerla de los recuerdos de la Bruja de Endor. En ese momento necesitaba saber todo aquello que la Bruja conocía acerca del Arconte Cernunnos.

Rumores, fragmentos, leyendas susurradas.

Antaño fue una criatura hermosa. Un gigante: alto, orgulloso y arrogante. Un científico respetado. Primero experimentó con otros seres y, cuando tal cosa se prohibió, probó sus experimentos en sí mismo. Finalmente, se convirtió en un ser repulsivo, con salientes huesudos por toda su cabeza, con dedos de los pies como pezuñas. Sólo su rostro permaneció inalterado, un recordatorio espantoso de su antigua belleza. El incomprensible paso del tiempo destruyó su gran intelecto y, ahora, era poco más que una bestia. Ancestral y poderosa, todavía con la capacidad de alabear humanos en hombres-lobo. Habitaba en un Mundo de Sombras muy lejano repleto de bosques fríos y húmedos.

«A ningún animal le gusta el fuego», razonó Sophie. Si el Arconte vivía en un mundo de bosques húmedos, probablemente le asustaría el fuego. Sintió un leve cosquilleo de temor. ¿Qué ocurriría si el fuego le jugara una mala pasada? De inmediato desestimó esa idea. Su magia no le fallaría esta vez. Un segundo antes de rozar el pulgar en su tatuaje para aclamar la Magia del Fuego utilizó una parte minúscula de su aura para invocar la Magia del Aire.

Un tornado amenazante apareció alrededor del Arconte. Los

restos de la Caza Salvaje, que consistían básicamente en partículas de polvo y arenilla, empezaron a ascender en espiral, rodeando así a Cernunnos en una manta vibrante y gruesa. Completamente ciego y con la boca y la nariz llenas de mugre, la criatura se cubrió el rostro. En ese preciso momento, Sophie apretó el pulgar contra el tatuaje circular y encendió la nube de polvo. Antes de desplomarse contra el suelo y quedar completamente inconsciente, Sophie logró escuchar el grito del Dios Astado. Era el sonido más aterrador que jamás había escuchado.

—Josh —jadeó Dee en un intento desesperado de esquivar las tremendas embestidas que le entumecían los brazos—. Hay muchas cosas que no sabes. Muchas cosas que yo puedo explicarte. Preguntas que puedo responder.

—Ya sé muchas cosas sobre ti, Mago.

Chispas de colores azul pálido y rojo negruzco explotaban cada vez que las espadas gemelas se chocaban, rociando a los combatientes de motas ardientes. El rostro de Josh estaba repleto de manchitas negras. En cambio, en el traje de Dee se podían distinguir decenas de diminutos agujeros.

—Tú estabas pensando en asesinar al Arconte —anunció Josh. Pronunció cada palabra acompañada por una embestida.

—Tú has sostenido a *Clarent* —dijo Dee mientras aguantaba los ataques—. Has saboreado sus poderes. Sabes perfectamente lo que es capaz de hacer. Piénsalo: si asesinas al Arconte, experimentarás milenios, cientos de milenios, de sabiduría. Conocerás la historia mundial desde sus orígenes. Y no sólo la de este mundo, sino la historia de una miríada de mundos.

De repente, una explosión de calor con aroma a vainilla les sacudió y ambos se desplomaron sobre sus rodillas.

Dee estaba justo delante del Arconte y tuvo que retroceder torpemente mientras se cubría los ojos con las manos, pues la luz le estaba dejando ciego. Josh dio vueltas en el suelo y observó al Dios Astado sepultado por unas llamas verdes y doradas. Tras él, avistó a su hermana, que yacía inconsciente en el suelo. Asustado, dio una voltereta y descubrió a *Excalibur* arrojada sobre el fango, justo a su derecha. De forma instantánea, Josh envolvió la espada con sus dedos y un relámpago de agonía le recorrió su mano izquierda, donde mantenía a *Clarent*. Intentó deshacerse de la Espada Cobarde, pero no pudo, parecía estar pegada a su palma, estar lacrada en su puño. Entre sus dedos empezó a manar una sangre de color rojo brillante. Arrojó a *Excalibur* y el dolor abrasador que se había apoderado de su mano izquierda se desvaneció. Josh se puso en pie con cierta dificultad y, ayudándose del filo de piedra de *Clarent*, envió de un bandazo a *Excalibur* por los aires. Después, salió disparado hacia su hermana.

Dee se apoyó sobre las rodillas y parpadeó mientras se le aparecían imágenes fantasma de lo que había ocurrido. Observó cómo Josh lanzaba a *Excalibur* por los aires; cómo ésta se zambullía en los restos empalagosos del foso humeante. La espada flotó en la superficie del aceite oscuro y viscoso durante un único segundo; después, el líquido espeso empezó a burbujear con vigor y la espada se sumergió.

Josh se desplomó sobre sus rodillas, completamente aterrado. Cogió a Sophie entre sus brazos y la alzó para colocarla en el

asiento trasero del coche. En ese mismo instante, el coche arrancó. Nicolas Flamel, con aspecto enfermo, se desmoronó en el interior del coche. Josh distinguió unos zarcillos de energía verde que brotaban de sus manos y enseguida adivinó que había utilizado su poder para recargar el coche.

John Dee tuvo que arrojarse hacia un lado para apartarse del camino mientras el vehículo, con todas las puertas abiertas, aullaba en el interior del estrecho callejón, pisando las flechas y lanzas con las ruedas. El Mago intentó desesperadamente concentrar sus pensamientos y reunir la energía suficiente para detener el taxi, pero estaba agotado tanto a nivel físico como mental. Poniéndose en pie con mucha dificultad, Dee contempló al Arconte arrojarse al suelo y dar vueltas y vueltas en el fango, en un intento de apagar las llamas que danzaban y parpadeaban entre el pelaje que le cubría el cuerpo. Sólo unos pocos del ejército de la Caza Salvaje habían logrado sobrevivir al ataque y dos de ellos se convirtieron en polvo cuando Cernunnos, de forma accidental, chocó con ellos.

El metal chirrió al mismo tiempo que una lluvia de chispas brotaba del parachoques y de las puertas abiertas del vehículo. El taxi oscuro consiguió cruzar la puerta principal, completamente destruida, y serpenteó hasta llegar a la calle húmeda mientras el motor rugía. Las luces de los frenos se encendieron; el coche dobló la esquina y desapareció.

Escondida entre las sombras, Bastet extrajo un teléfono móvil del bolsillo y pulsó un número de marcación rápida. Su llamada fue contestada en el primer tono.

—Dee ha fracasado —dijo brevemente. Y finalizó la llamada.

Capítulo 40

Sophie se despertó cuando el taxi tropezó con un badén. Estaba absolutamente desorientada y tardó varios instantes en darse cuenta de que lo que creía que eran fragmentos de sueños eran, en realidad, recuerdos recientes. Aún lograba escuchar a Cernunnos gritar en el interior de su cabeza y, durante un breve momento, sintió lástima por la criatura. Alzándose lenta y rígidamente para adoptar una postura sentada, miró a su alrededor. Josh yacía recostado a su lado; respiraba con dificultad y tenía el rostro ennegrecido e hinchado por las chispas que le habían abrasado. El Alquimista permanecía sentado en la sombra, inclinado hacia la ventana, observando la noche oscura. Al notar que Sophie se movía, giró la cabeza. Su mirada cansada reflejó las luces de la ciudad.

—Esperaba que pudieras dormir un rato más —dijo en voz baja.

—¿Dónde estamos? —preguntó Sophie de manera densa.

Tenía la boca y los labios completamente secos y de hecho imaginó que podía sentir el polvo arenoso de la Caza Salvaje en su lengua.

Flamel le ofreció una botella de agua.

—Estamos en Millbank —anunció mientras, de forma amable, daba unos golpecitos a la ventanilla—. Acabamos de pasar el Parlamento.

A través de la ventanilla trasera, Sophie pudo observar fugazmente el espectacular edificio parlamentario inglés. La iluminación le otorgaba una apariencia cálida, como si perteneciera a otro mundo.

—¿Cómo estás? —preguntó Nicolas.

—Agotada —admitió Sophie.

—No me sorprende después de lo que acabas de hacer. Sabes perfectamente que lo que has hecho hoy es algo único en la historia humana: has derrotado a un Arconte.

Sophie bebió más agua.

—¿Le he matado?

—No —respondió Flamel. De repente, Sophie sintió cierto alivio—, aunque me atrevería a decir que si recibieras una formación completa... —El Alquimista se detuvo durante un instante y después añadió—: Cuando estéis entrenados, creo que no habrá nada que tú y tu hermano no podáis conseguir.

—Nicolas —interrumpió Sophie de forma inesperada y con tono triste—, no quiero recibir más formación. Sólo quiero ir a casa. Estoy cansada de todo esto, de huir y combatir. Estoy harta de sentirme enferma, de los constantes dolores de cabeza, de los pinchazos en los ojos y en los oídos, del nudo del estómago.

En ese instante, la joven se percató de que estaba al borde de las lágrimas y se frotó el rostro con las manos. No estaba dispuesta a llorar ahora.

—¿Cuándo podremos ir a casa?

Se produjo un largo silencio; cuando finalmente Flamel respondió su acento se intensificó, de forma que Sophie distinguió claramente el francés antiguo de su juventud.

—Espero poder llevaros a Norteamérica pronto, quizá mañana. Pero no podéis volver a casa. Todavía no.

—Entonces, ¿cuándo? No podemos estar huyendo y escondiéndonos siempre. Nuestros padres ya estarán haciéndose ciertas preguntas. ¿Qué debemos decirles? —se preguntó mientras alzaba la mano y observaba cómo su piel se transformaba en un espejo reflectante plateado—. ¿Cómo les explicamos esto?

—No se lo expliquéis —dijo sencillamente Nicolas—. Quizá no tengáis que hacerlo. Las cosas están sucediendo muy rápido, Sophie —su acento francés hacía que el nombre de la joven sonara exótico—. Más rápido de lo que yo imaginaba o anticipaba. Todo está llegando a su fin. Al parecer, los Oscuros Inmemoriales han abandonado cualquier tipo de precaución. Están desesperados por capturaros a vosotros junto a las páginas del Códex. Fíjate en lo que han hecho: han liberado a Nidhogg, a la Caza Salvaje e incluso al Arconte Cernunnos en el mundo. Son criaturas y seres que no han caminado por este planeta desde hace siglos. A lo largo de los años, han querido capturarnos a mí y a Perenelle vivos por nuestro amplio conocimiento sobre el Códex y los mellizos; ahora, en cambio, nos quieren muertos. Ya no nos necesitan porque tienen la

mayor parte del Libro y saben que tú y tu hermano sois los mellizos de la profecía —Nicolas suspiró produciendo un sonido que expresaba cansancio—. Pensé que tendríamos un mes como mucho, un mes antes de que el hechizo de la inmortalidad se esfumase y Perenelle y yo envejeciéramos como dos ancianos. Pero ya no lo creo. En menos de dos semanas llegará Litha: el solsticio de verano. Es un día increíblemente significativo; un día en que los Mundos de Sombras se acercan a este mundo. Creo que todo se acabará entonces, para bien o para mal.

—¿A qué te refieres con que todo se acabará? —preguntó Sophie un tanto curiosa.

—Todo habrá cambiado.

—Pero todo ya ha cambiado —respondió bruscamente. El miedo le enfurecía. Josh se removió en el asiento, pero no se despertó—. Todo esto es normal para ti. Vives en un mundo de monstruos, criaturas y cuentos de hadas. Pero Josh y yo no. O al menos, hasta ahora. No hasta que tú y tu esposa nos escogisteis...

—Oh, Sophie —interrumpió Nicolas en voz baja—. Esto no tiene nada que ver con Perenelle ni conmigo —dijo mientras se reía para sí mismo—. Tú y tu hermano fuisteis escogidos hace mucho tiempo.

Se inclinó hacia delante. Sus ojos resplandecían en la oscuridad que reinaba en el interior del vehículo.

—Sois plata y oro, la luna y el sol. En vuestro interior lleváis los genes de los mellizos originales que lucharon en Danu Talis hace más de diez mil años. Sophie, tú y tu hermano sois descendientes de dioses.

Capítulo 41

Hay alguien a quien le puedas pedir ayuda? —preguntó Juan Manuel de Ayala.

—No estoy segura.

Perenelle estaba apoyada sobre una baranda de madera, ubicada justo encima de una señal oficial que daba la bienvenida a los visitantes de la isla.

PENITENCIARÍA DE ESTADOS UNIDOS ISLA DE
ALCATRAZ. 4,86 HECTÁREAS 2,5 KILÓMETROS
DEL MUELLE DE TRANSPORTE SÓLO SE
PERMITEN EMBARCACIONES DEL GOBIERNO
MANTENGAN UNA DISTANCIA DE 200 METROS
PROHIBIDO ACERCARSE A LA ORILLA
PROHIBIDO EL PASO

Sobre la señal, las palabras INDÍGENAS BIENVENIDOS

estaban embadurnadas de pintura roja y, debajo de ellas, en unas letras más pálidas y rojas, se podían leer las palabras TIERRA INDÍGENA. Perenelle sabía que esa frase se había escrito en 1969, cuando el Movimiento Indígena Norteamericano había ocupado la isla.

La Hechicera había pasado el resto de la tarde caminando sistemáticamente de un lado al otro de la isla, buscando algún camino para escapar. No había botes, aunque había un montón de maderas y trastos viejos; durante un breve instante consideró la idea de construir una balsa utilizando las toallas y las mantas de la exposición de celdas para unir los trozos de madera. En 1962, tres prisioneros escaparon supuestamente del edificio en su propia balsa. Sin embargo, Perenelle sabía que no había nada que pudiera pasar desapercibido para Nereo y sus hijas salvajes. Desde su posición, en el primer piso del muelle, justo delante de la librería, la Hechicera podía distinguir las cabezas de las Nereidas chapoteando en el agua, justo delante de ella, mientras sus cabelleras flotaban en la superficie como algas marinas. De lejos, quizás uno podría confundirlas con focas, pero estas criaturas eran impasibles y clavaban su mirada fijamente en su presa sin tan siquiera parpadear. De vez en cuando lograba captar una imagen fugaz de dentaduras irregulares cuando masticaban peces todavía vivos. Sin duda sabían lo que Perenelle había hecho a su padre.

Durante su paseo por la isla, Perenelle encontró ropa y ahora iba vestida con un uniforme de la cárcel, de tela basta y robusta, que le quedaba dos tallas más grande y que le picaba por todas partes. La ropa había formado parte de la exposición que, antaño,

había recibido a muchos visitantes en la isla. Pero desde que la empresa de Dee se había apropiado de la isla, Alcatraz no había recibido a ningún visitante durante meses. Perenelle descubrió que muchas de las celdas estaban decoradas con artefactos y objetos que, antaño, habían pertenecido a los prisioneros. Adentrándose en las celdas, encontró un abrigo grueso y oscuro colgado de una estaca y lo cogió. Aunque olía a moho y a rancio y al ponérselo lo sintió húmedo, le parecía mucho más caliente que el vestido de seda que llevaba. De esta forma no tendría que gastar su energía para mantener su cuerpo a una temperatura cálida. No había encontrado ni rastro de comida, pero descubrió una taza metálica y polvorienta en la cocina. Cuando finalmente la acabó de limpiar, la isla estaba cubierta de charcos por la lluvia que había caído. El agua estaba ligeramente salada, pero no lo suficiente para enfermarla.

A medida que la tarde iba pasando, Perenelle acabó dirigiéndose hacia el muelle, donde todos los visitantes, tanto prisioneros como turistas, de Alcatraz, habían empezado y finalizado su viaje. Había descubierto un tramo de escaleras a mano izquierda de la librería que conducían al primer piso, así que las subió. Ahora, apoyada sobre la barandilla, observaba las olas marinas. La ciudad estaba cerca, sólo a un par de kilómetros. Perenelle se había criado en la gélida costa noroeste de Francia, en Bretaña. Era una extraordinaria nadadora y adoraba el mar, pero sumergirse en las frías y traicioneras aguas de la bahía no era una opción a tener en cuenta, incluso aunque Nereo y sus hijas no le estuvieran esperando. Fue entonces cuando se dio cuenta de que debería haber aprendido a volar cuando estuvieron en la India, en la

época del imperio Mughal.

Las olas batían contra el muelle, mojando la atmósfera con un rocío plateado y blanco... y entonces el fantasma de De Ayala se materializó entre las gotas marinas.

—*Tiene que haber alguien en San Francisco a quien puedas pedirle ayuda*—dijo el fantasma—. *¿Otro inmortal, quizá?*

Perenelle sacudió la cabeza.

—Nicolas y yo siempre nos hemos mantenido al margen de las relaciones sociales. Recuerda, la mayoría de inmortales son sirvientes, o esclavos, de los Oscuros Inmemoriales.

—*Seguramente no todos los inmortales están en deuda con un Inmemorial*—repuso De Ayala.

—No todos—acordó Perenelle—. Nosotros no. Ni tampoco Saint-Germain ni Juana de Arco. Me han llegado rumores de la existencia de otros como nosotros.

—*¿Y crees que alguno de ellos podría vivir en San Francisco?*—insistió.

—Es una ciudad grande. Los inmortales tienen preferencia por las grandes ciudades, con cambios constantes de población, donde les resulta más sencillo permanecer en el anonimato y ser invisibles. Así que, sí, debe de haber alguno.

El fantasma se movió a su alrededor hasta quedarse flotando al lado izquierdo de Perenelle.

—*¿Reconocerías a otro inmemorial si te cruzaras con él por la calle?*

—Así es—admitió Perenelle con una sonrisa—. Quizá Nicolas no.

El fantasma se deslizó hasta colocarse delante de la Hechicera.

—*Entonces, si no mantenías contacto con otros de tu especie en la ciudad, ¿cómo te encontró Dee?*

Perenelle encogió los hombros.

—Buena pregunta. Nosotros siempre hemos sido extremadamente cuidadosos, pero Dee tiene espías por todo el mundo y, tarde o temprano, siempre nos encuentra. En realidad, me sorprende que nos las hayamos arreglado para permanecer escondidos aquí, en San Francisco, durante tanto tiempo.

—*Pero ¿tenéis amigos en la ciudad?* —continuó el fantasma.

—Conocemos a algunas personas —explicó Perenelle—, pero no muchas y tampoco tenemos gran confianza.

Apartándose los mechones de cabello plateado que le tapaban el rostro, Perenelle entrecerró los ojos y observó al marinero muerto. Bajo la luz vespertina, el fantasma de De Ayala era apenas visible, apenas una impresión ondeante en el aire. Sólo su mirada líquida le delataba mostrando su posición exacta.

—*¿Desde cuándo eres un fantasma?* —preguntó.

—*Desde hace más de doscientos años...*

—Y durante todo este tiempo, ¿nunca has deseado la inmortalidad?

—*Jamás he pensado en ello* —admitió el fantasma—. *Ha habido momentos en que he deseado seguir con vida. Los días en que la niebla se apodera de la bahía y el viento sopla sobre el mar he deseado poseer un cuerpo físico para experimentar las sensaciones. Pero estoy seguro de que no desearía ser inmortal.*

—La inmortalidad es una maldición —dijo Perenelle con tono confiado—. No puedes permitirte el lujo de apreciar a la gente que te rodea. Nuestra mera presencia ya supone un riesgo para ellos. Dee ha arrasado ciudades enteras en sus intentos de capturarnos; ha provocado incendios y hambrunas, incluso terremotos en su ansia de detenernos. Y por ello, Nicolas y yo nos hemos pasado la vida huyendo, escondiéndonos, merodeando por las sombras.

—*¿Tú no querías huir?*—preguntó el fantasma.

—Deberíamos habernos enfrentado a él y luchar —dijo Perenelle mientras asentía con la cabeza.

Apoyando los antebrazos en la barandilla de madera miró hacia abajo, hacia el muelle. La atmósfera titiló y, durante un breve instante, Perenelle vislumbró la imagen de decenas de personas ataviadas con trajes y uniformes del pasado abarrotando los muelles. La Hechicera se concentró y los fantasmas de Alcatraz se desvanecieron.

—Deberíamos haber combatido. Así, quizás hubiéramos detenido a Dee. Tuvimos una oportunidad en Nuevo México en el año 1945 y también veinte años antes, en 1923, en Tokio. Estaba a nuestra merced, tan débil que incluso estuvo a punto de perder la vida en el terremoto que él mismo había provocado.

—*¿Por qué no pusisteis punto y final a esta historia entonces?*—preguntó De Ayala en voz alta.

Perenelle examinó sus manos, fijándose en las nuevas arrugas que le recorrían su piel que, antaño, había sido suave y fina. Las venas azuladas que eran sinónimo de vejez podían distinguirse claramente bajo su piel; el día anterior no habían estado allí.

—Porque Nicolas dijo que, si lo hacíamos, nos estaríamos poniendo al mismo nivel que Dee y los de su calaña.

—*¿Y no estuviste de acuerdo?*

—*¿Alguna vez has oído hablar de un italiano llamado Nicolas Maquiavelo?* —preguntó Perenelle.

—*No.*

—Una mente brillante, un ser astuto, despiadado; ahora, triste y sorprendentemente, trabaja al servicio de los Oscuros Inmemoriales —relató la Hechicera—. Pero hace muchos siglos algo dijo algo parecido a esto: si tienes que herir a alguien, asegúrate de hacerlo de forma tan severa que no desee ni siquiera vengarse de ti.

—*No parece una persona muy amable* —opinó De Ayala.

—Y no lo es. Pero tiene razón. Hace tres siglos, el humano inmortal Temujin nos ofreció encarcelar a Dee en un lejano Mundo de Sombras para el resto de la eternidad. Deberíamos haber aceptado tal ofrecimiento.

—*¿Tú querías aceptarlo?* —preguntó De Ayala.

—Así es. Yo estaba a favor de encarcelarlo en el Mundo de Sombras del Imperio Mongol de Temujin.

—*¿Pero tu marido rechazó el ofrecimiento?*

—Nicolas dijo que nuestra tarea era proteger el Códex y encontrar a los mellizos de la profecía, no entrar en una guerra con los Oscuros Inmemoriales. Debo admitirlo, hubiera sido todo mucho más sencillo si Dee no hubiera estado continuamente persiguiéndonos. En Tokio tuvimos la oportunidad de despojar a Dee de sus poderes, sus recuerdos, incluso posiblemente de su inmortalidad. Hubiera dejado de ser una amenaza. Deberíamos

haberlo hecho.

—¿Pero crees que eso hubiera detenido a los Oscuros Inmemoriales?—preguntó el fantasma.

Perenelle se tomó unos instantes para meditar la pregunta.

—Les hubiera causado más molestias, más obstáculos, pero no; no les hubiera detenido.

—¿Podría haber desaparecido del mapa por completo?

La sonrisa de la Hechicera era implacable.

—Probablemente no. Sin importar donde hubiéramos acabado, siempre llegaba el momento en que nos veíamos obligados a mudarnos. Tarde o temprano, siempre nos trasladamos —dijo con un suspiro—. De hecho, ya hemos pasado una larga temporada en San Francisco. Incluso la propietaria de la cafetería que está justo enfrente de nuestra librería ha empezado a hacer comentarios sobre mi piel lisa y tersa —bromeó Perenelle—. Sin duda, cree que me inyecto bótox —alzó las manos a la altura de sus ojos y las examinó con precisión—. Me pregunto qué diría si pudiera verme ahora.

—¿Esa mujer es amiga tuya? —preguntó rápidamente De Ayala—. ¿Podría ayudarte?

—Es una conocida, no una amiga. Y es humana. Intentar explicarle sólo una pequeña parte de todo esto sería sencillamente imposible —reconoció Perenelle—, así que no, no puedo pedirle ayuda. Sólo contribuiría a ponerla en peligro.

—Piensa, Madame, piensa: tiene que haber alguien a quien puedas pedirle ayuda —insistió De Ayala desesperadamente—. ¿Quizás algún Inmemorial que esté de acuerdo con tu causa, un inmortal que no esté aliado con los Oscuros Inmemoriales?

Dame un nombre. Déjame que encuentre a esa persona. Eres fuerte y poderosa, pero no puedes enfrentarte a la esfinge, al Viejo Hombre del Mar y a los monstruos que permanecen en las celdas tú sola, sin ayuda. Sea quien sea el que envió las moscas esta mañana seguramente intentará hacer algo más, algo más mortal.

—Lo sé —admitió Perenelle con abatimiento.

La Hechicera miró fijamente a las Nereidas, que jugueteaban en el mar, y permitió que sus pensamientos vagaran por su mente. Tenía que haber inmortales en San Francisco; de hecho no le cabía ninguna duda: ese mismo día había vislumbrado una imagen fugaz de un joven con mirada moribunda que la contemplaba fijamente y estaba utilizando una vasija de adivinación para observarla. La Hechicera esbozó una sonrisa. Aquel joven ya no volvería a utilizar su vasija. Sin embargo, había algo en él, algo asilvestrado y mortal en la forma en que se movía, que le recordó a...

—Existe alguien —dijo de forma repentina—. Ha vivido aquí durante décadas; sé de buena tinta que conoce a cualquier ser de la Última Generación o Inmemorial que habite en esta ciudad. Ella conocerá a alguien en quien podamos confiar.

—*Déjame encontrar a esa persona* —dijo De Ayala—. *Puedo decirle dónde estás.*

—Oh, ella no está en San Francisco en este momento —sonrió Perenelle—. Pero eso no importa.

El fantasma parecía desconcertado.

—*Entonces, ¿cómo vas a contactar con ella?*

—Mediante la adivinación.

—¿*Con quién vas a comunicarte?*—preguntó el fantasma con voz curiosa.

—Con la Guerrera: Scathach, la Sombra.

MARTES 5 DE JUNIO

Capítulo 42

El taxi, completamente rayado y abollado, condujo a través de Millbank, pasó junto al edificio del Parlamento inglés y se detuvo ante un semáforo. De inmediato, un vagabundo de cabello despeinado y barba enmarañada cubierto por capas y capas de ropa emergió de una reja metálica y se abalanzó sobre el coche. Sumergió el típico utensilio para limpiar cristales en un cubo azul, lo lanzó sobre el parabrisas del coche, que entonces ya estaba agrietado, y con tres únicos movimientos, de arriba abajo, limpió el barro y el polvo de la Caza Salvaje que se había acumulado en esa parte del coche. Palamedes bajó la ventanilla del coche y le entregó al anciano una moneda de dos libras inglesas.

—Al parecer, esta noche nos toca trabajar hasta tarde, amigo. ¿Todo bien?

—Caliente y seco y con comida en el estómago, Pally. ¿Qué más podría pedir? Nada más, en realidad. Quizás un perro. Me gustaría tener un perro.

Bajó el tono de voz y sus palabras se convirtieron en un curioso ritmo pegadizo. El vagabundo inhaló profundamente y arrugó la nariz, mostrando así repugnancia y asco.

—¡Uhá! Hay algo que apesta. Seguramente habrás atropellado algo. Apostaría a que sigue atrapado debajo del coche. Es mejor que lo quite o no conseguirás ninguna propina esta noche — bromeó mientras carcajeaba y la baba le borboteaba por el pecho. Parpadeó, como si fuera miope, y, de repente, se dio cuenta de que había otros pasajeros acomodados en el asiento trasero del taxi—. Ups, no les había visto —Se inclinó ligeramente para acercarse a Palamedes y, en un susurro ronco pero audible, añadió—: Imagino que no tienen sentido del olfato.

—Oh, saben de dónde proviene esa peste —dijo Palamedes en voz baja. El color del semáforo cambió a verde y el caballero inspeccionó la parte trasera a través del espejo retrovisor, pero no avistó nada, así que decidió permanecer en el cruce andando en ralentí—Son los restos de la Caza Salvaje. O, al menos, de aquellos que no se apartaron de mi camino lo suficientemente rápido.

—La Caza Salvaje, ¿eh?

El vagabundo frotó el espejo lateral con el pulgar, apartando así un granito de arena que, un instante después, se llevó a la boca.

—Aquí tienes un poco de hitita mezclado con un romano y un toque de magiar —explicó después de escupir la mota de arena—. ¿Aquella monstruosidad astada aún sigue creyendo que es el maestro de la Caza?

—Así es.

—Nunca me ha caído bien —reconoció el vagabundo—.

¿Cómo está?

—En llamas, la última vez que lo vi.

El vagabundo deslizó la mano por la puerta del conductor, que estaba completamente rayada.

—Imposible sacarle brillo a esto —dijo con una amplia sonrisa. Después, guiñó un ojo y añadió—: Conozco un buen desguace por aquí cerca. Quizá tengan puertas de recambio.

—El desguace ya no existe —confesó Palamedes en tono grave—. Cernunnos y la Caza Salvaje nos hicieron una visita hace un par de horas. Cernunnos ardía en llamas en el centro del desguace cuando nos fuimos. Me temo que adivinará que hemos acudido a ti —continuó Palamedes en tono amable.

El cambio de luz del semáforo le tiñó el rostro de color rojo e incluso el blanco de los ojos se tornó carmesí.

—Sólo dice bravuconerías; no hará nada —se rio entre dientes el vagabundo. Después, adoptó un tono más serio y añadió—. Él me tiene miedo, ya lo sabes.

—El Mago inglés, Dee, está con él —informó Palamedes.

De repente, la sorprendente dentadura perfecta del vagabundo se convirtió en una sonrisa espectacular.

—Él me tiene pavor —dijo. La sonrisa desapareció y prosiguió—: Pero es tan estúpido que ni siquiera lo sabe.

Sumergiendo el utensilio para limpiar cristales en el cubo, retrocedió hasta aproximarse a la valla y guardó sus herramientas tras un arbusto.

—Es difícil conseguir un utensilio como éste hoy en día —dijo

volviendo hacia el coche—. Tarda una eternidad en romperse.

Entonces abrió la puerta trasera del coche y alargó el cuello para contemplar el interior del vehículo.

—Y bien, ¿qué tenemos aquí?

La luz interior del coche se encendió en el mismo momento en que el vagabundo abrió la puerta, despertando así a Josh, que tuvo que entornar los ojos para acomodarse a la luz. Se irguió y se sintió algo desconcertado al descubrir un sin techo con aspecto mugriento subiéndose al coche.

—¿Qué ocurre? ¿Quién... quién eres? —masculló.

El vagabundo clavó su hermosa mirada azul en el joven y frunció el ceño.

—Soy... Soy... —tartamudeó mientras miraba a Sophie—.

¿Sabes tú quién soy?

Al ver que Sophie sacudía la cabeza a modo de negación, se giró hacia la figura sombría del Alquimista.

—Tienes aspecto de erudito. ¿Podrías decirme quién soy? —pidió.

—Eres Gilgamés, el Rey —anunció Nicolas Flamel amablemente—. El inmortal más antiguo del mundo.

El vagabundo se colocó estrechamente entre Sophie y Josh con una sonrisa que delataba su satisfacción.

—Ése soy yo —suspiró—. Soy el Rey.

El semáforo cambió a verde y el taxi arrancó. Tras él, el Big Ben marcaba la medianoche.

Capítulo 43

Asustada, entumecida y agotada, Sophie intentó con todas sus fuerzas alejarse del vagabundo. Se había estrujado entre los mellizos y la joven podía sentir cómo una humedad fría traspasaba de los abrigos del vagabundo a sus vaqueros y a su brazo izquierdo. En el otro lado, Sophie se percató de que su hermano también se había apartado de él y, por el rabillo del ojo, logró ver que Nicolas se había inclinado hacia delante, sumergiéndose aún más en las sombras. Observó cómo Flamel levantó la mano derecha y, discretamente, se la colocaba sobre la boca, cubriéndose así la parte inferior de su rostro. Le dio la sensación de que intentaba esconderse del anciano mugriento.

—Oh, pero esto no funciona —dijo Gilgamés. Enseguida se alzó y se acomodó en el diminuto asiento desplegable que había justo delante de ellos—. Ahora puedo verlos bien —anunció mientras daba palmas—. Y bien, ¿qué tenemos aquí?

Los semáforos, las farolas de la calle y los faros de otros

coches iluminaban brevemente el interior del coche. Ladeando ligeramente la cabeza, Sophie se concentró en el vagabundo, observando cada detalle con sus sentidos agudizados. Evidentemente, ésta no podía ser la persona por la que se habían desplazado hasta Londres, el inmortal conocido bajo el nombre Gilgamés, el humano más viejo del planeta. Nicolas le había llamado rey y Palamedes les había asegurado que estaba loco de remate; no parecía ni una cosa ni la otra, sólo un viejo e inofensivo vagabundo que llevaba demasiadas piezas de ropa encima y que necesitaba urgentemente un corte de pelo y barba. Pero si algo le habían enseñado los últimos días que había vivido es que nada era lo que parecía.

—Bueno, esto es muy agradable —reconoció Gilgamés mientras apoyaba las manos en las rodillas. Sonrió felizmente. Pronunció las palabras en un inglés que dejaba entrever un acento difícil de definir, quizá de Oriente Medio—. Siempre digo que uno cuando se levanta nunca sabe cómo acabará el día: eso te mantiene joven.

—¿Y cuántos años tienes? —preguntó Josh.

—Muchos —respondió sencillamente Gilgamés. Después, sonrió y agregó—: Soy más viejo de lo que aparento, pero no tan viejo como yo me siento.

Unas imágenes aleatorias comenzaron a danzar en la mente de Sophie. Se trataba de los recuerdos de la Bruja. Juana de Arco le había enseñado cómo ignorarlos además de hacer desaparecer el murmullo constante de voces y ruidos que oía en el interior de su cabeza, pero esta vez, y de forma deliberada, Sophie permitió que

se introdujeran.

Gilgamés, sin envejecer ni cambiar.

Gilgamés, alto y orgulloso; un gobernante; ataviado con ropajes de una docena de épocas y varias civilizaciones: de Sumeria y de Agadé, de Babilonia, de Egipto, de Grecia y Roma, y posteriormente vestido con las pieles de Gales y Gran Bretaña.

Gilgamés el guerrero, encabezando a los celtas y los vikingos, a los rus y los hunos, a una batalla que se libraba contra hombres y monstruos.

Gilgamés el maestro, luciendo los ropajes blancos característicos de un sacerdote, con un roble y un muérdago entre las manos.

Los ojos de Sophie parpadearon hasta teñirse de plateado y, con un suspiro ronco, anunció:

—Eres el Anciano de los Días.

Gilgamés respiró profundamente.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que alguien me llamó así —dijo en voz baja—. ¿Quién te lo ha dicho?

Su voz desprendía un ápice de miedo, de terror. La joven sacudió la cabeza.

—Simplemente lo sé. Josh sonrió.

—¿Eres tan anciano como las pirámides?

—Más anciano, mucho más anciano —respondió felizmente Gilgamés.

—La edad del rey se mide en milenios, no en siglos —sugirió Palamedes desde el asiento del conductor.

Sophie calculó que Gilgamés no era mucho más alto que Josh,

pero con la cantidad de ropa que llevaba, abrigos encima de abrigos, varios de ellos de lana, camisetas y sudaderas con capucha, parecía más corpulento. Además, la cabellera salvaje y la barba enmarañada le otorgaban el aspecto de un anciano. Fijándose atentamente, Sophie descubrió que el vagabundo le recordaba a su padre, pues ambos tenían una frente ancha, una nariz larga y recta y unos ojos brillantes y azules que destacaban sobre una tez bronceada. Pensó que, más o menos, ambos rondarían la misma edad: unos cuarenta y tantos años.

Pasaron junto a una tienda cuyo escaparate estaba muy iluminado. El resplandor aclaró el interior del taxi con una luz amarillenta. Fue en ese instante cuando Sophie se dio cuenta de que aquello que, en un principio, pensó que eran parches desteñidos y sucios que tapaban algún agujero sobre la ropa del rey eran, en realidad, símbolos extraños y líneas escritas sobre la tela, como si hubieran sido escritas con un rotulador permanente negro. Entornando los ojos averiguó que aquello que parecían unos jeroglíficos egipcios y una escritura cuneiforme y lo que, a primera vista, había catalogado como harapos y rasguños en la tela eran puntadas de una escritura primitiva. Estaba segura de que había visto lápidas de piedra ancestrales en las investigaciones de sus padres con grabaciones similares a éstas.

Sophie fue consciente de que el hombre la observaba, y también a su hermano, clavando su mirada azul en ambos rostros, frunciendo el ceño y arrugando la nariz mientras se concentraba. Antes de que pronunciara sus palabras, Sophie supo perfectamente lo que iba a decir.

—Os conozco.

Sophie miró a su hermano. El Dios Astado había articulado exactamente las mismas palabras. Josh se percató de su mirada, apretó los labios para mantener la boca cerrada y sacudió ligeramente la cabeza; era un gesto que utilizaban cuando eran pequeños. Le estaba indicando que no dijera nada.

—¿Dónde nos conocimos? —preguntó el joven.

Gilgamés apoyó sus codos sobre las rodillas y se inclinó hacia delante. Juntó las palmas de las manos con los dedos extendidos y colocó los dedos índices en la hendidura de su nariz mientras les contemplaba fijamente.

—Nos conocimos hace mucho tiempo —respondió finalmente—. No, eso no es verdad. Os vi luchar y perecer...

De repente, su voz cambió de tono y sus ojos se llenaron de lágrimas. El tono de voz fue más áspero, expresando así su dolor.

—Vi cómo moríais.

Sophie y Josh se miraron el uno al otro, perplejos, pero Flamel se removió entre las sombras y se adelantó a sus preguntas.

—La memoria del rey suele equivocarse —dijo rápidamente—. No creáis todo lo que os diga —añadió como si se tratara de un aviso.

—¿Nos viste morir? —preguntó Sophie ignorando a Flamel. Las palabras de Gilgamés habían despertado recuerdos fantasmagóricos, pero, a pesar de intentar concentrarse en ellos, se deslizaron hasta desvanecerse por completo.

—Los cielos sangraban lágrimas de fuego. Los océanos hervían y la tierra se partió en dos —relató Gilgamés en un susurro perdido.

—¿Cuándo ocurrió eso? —preguntó enseguida Josh, ansioso por conocer más información.

—En una época anterior al tiempo, en una época anterior a la historia.

—Nada de lo que el rey diga puede tomarse como preciso —añadió Flamel con una voz que retumbó en el silencioso interior del taxi. Su acento francés se había pronunciado, lo cual ocurría cada vez que el Alquimista se encontraba bajo presión—. No estoy seguro de que el cerebro humano esté diseñado para mantener y almacenar algo parecido a una sabiduría de milenios. Su Majestad suele confundirse.

Sophie alargó el brazo y apretó la mano de su hermano. Cuando éste la miró, fue ella quien apretó los labios y sacudió la cabeza, aconsejándole que no dijera una sola palabra. Necesitaba tiempo para explorar los recuerdos y pensamientos de la Bruja. Había algo en algún rincón de su consciencia, algo oscuro y horripilante, algo relacionado con Gilgamés y los mellizos. Vio cómo su hermano asentía con un leve movimiento de cabeza y entonces se giró hacia el vagabundo.

—Así que... ¿tienes diez mil años? —preguntó cuidadosamente.

—Mucha gente se echa a reír cuando lo digo —respondió Gilgamés—, pero vosotros no. ¿Por qué? Josh sonrió.

—En el último par de días mis sentidos han sido Despertados por una leyenda enterrada, me he subido a lomos de un dragón y he luchado contra el Dios Astado. He visitado un Mundo de Sombras y he contemplado un árbol de la misma edad que el propio mundo.

He sido testigo de cómo hombres se convertían en lobos y perros, he observado a una mujer con la cabeza de un gato, o quizás era un gato con cuerpo de mujer. Así que, para ser honesto, un hombre de diez mil años de edad no me resulta tan extraño. De hecho, eres de las personas con aspecto más normal de las que últimamente he conocido. Sin ofender —añadió rápidamente.

—Tranquilo —asintió Gilgamés—. Quizá tenga más de diez mil años —suspiró con una voz que repentinamente cambió a un tono que denotaba cansancio—, o quizá sólo soy un viejo tonto y confundido. Muchas personas me lo han dicho. Aunque todas ellas están muertas —agregó con una sonrisa.

Se retorció en el asiento y dio unos golpecitos en el cristal de la ventanilla.

—¿Dónde nos dirigimos, Pally?

El Caballero Sarraceno era una mera figura en la oscuridad.

—Bueno, primero queríamos verte... Gilgamés sonrió felizmente.

—... y después queríamos sacarles de esta isla. Me dirijo al Henge.

—¿Al Henge? —preguntó el vagabundo con el ceño fruncido—. ¿Lo conozco?

—Stonehenge —explicó Flamel desde las sombras—. Deberías conocerlo; tú ayudaste a construirlo.

La brillante mirada azul de Gilgamés se nubló. Entornó los ojos hacia el Alquimista, intentando distinguirlo entre la oscuridad.

—¿De verdad? No lo recuerdo.

—Eso ocurrió hace mucho tiempo —murmuró Flamel—. Creo

que empezaste a levantar las piedras hace más de cuatro mil años.

—Oh, no, es mucho más antiguo —interrumpió inesperadamente Gilgamés—. Empecé a trabajar en ello al menos mil años antes. Y ese lugar ya era antiguo incluso en aquella época... —dijo mientras su voz iba perdiendo intensidad. Se giró hacia Palamedes y preguntó—: ¿Por qué nos dirigimos hacia allí?

—Vamos a intentar activar una de las líneas telúricas más ancestrales para poder sacarles del país.

Gilgamés afirmó con un gesto de cabeza.

—Líneas telúricas. Así es, hay muchas líneas telúricas en Salisbury. Es una de las razones por las que levanté ahí las piedras. ¿Por qué queremos sacarles del país?

—Porque estos mellizos son el Sol y la Luna. Y los Oscuros Inmemoriales les están persiguiendo. Esta misma noche han hecho regresar a un Arconte a esta tierra. Hace tan sólo dos días, Nidhogg arrasó la ciudad de París. Tú sabes lo que eso significa.

La voz del rey se alteró. Ahora adoptó un tono más frío y formal.

—Han dejado de ser precavidos. Eso significa que el fin está a punto de llegar. Y muy pronto.

—A punto de llegar, otra vez —añadió Nicolas Flamel.

Se inclinó hacia delante mientras una luz ámbar le alumbraba el rostro, tiñéndolo del mismo color de los pergaminos antiguos; las sombras realzaban las arrugas que se le habían formado en la frente y enfatizaban las bolsas de los ojos.

—Podrías ayudar a evitarlo.

—¡Alquimista! —exclamó Gilgamés mientras abría los ojos de

par en par—. ¡Palamedes! ¿Qué habéis hecho? —gritó con voz alta y salvaje—. ¡Me habéis traicionado!

De repente, un puñal de hoja negra apareció en la mano del vagabundo. La luz destelló sobre el arma un segundo antes de que el rey la clavara en el pecho de Flamel.

Capítulo 44

Mugriento y desaliñado, con la ropa rasgada y manchada y el cabello enredado sobre su cabeza, el doctor John Dee merodeaba por las calles deshabitadas, desangeladas, escondiéndose de la policía entre las sombras mientras coches de bomberos y ambulancias pasaban a toda prisa con sus sirenas aullando. Una serie de ruidosas explosiones iluminó la bóveda nocturna mientras los botes ardían en llamas. La fresca atmósfera nocturna de junio apestaba a goma chamuscada y a aceite caliente, a metal quemado y cristal fundido.

Cuando Flamel y los demás lograron escapar en el coche, Dee se apresuró en cruzar el foso. Se desplomó sobre su barriga, sobre el barro, y alargó su brazo izquierdo que deslizó hacia un charco de lodo grasiento donde se había sumergido *Excalibur*. El lodazal era más profundo de lo que se había imaginado, así que tuvo que introducir el brazo hasta la altura del hombro. El líquido era espeso y aún se sentía caliente. Unas burbujas nocivas explotaron bajo su

nariz, lo cual le provocó náuseas y un leve mareo. Los ojos le escocían furiosamente. Palpó en el charco, buscando frenéticamente el arma, pero no tocó nada consistente. Podía escuchar las sirenas a lo lejos; el foso ardiendo en llamas habría llamado la atención de todo el norte de Londres y, sin duda, se habrían producido decenas de llamadas telefónicas a los servicios de emergencia. Hundiendo los dedos de su mano derecha en el fango, se inclinó un poco más sobre el borde; tanto que incluso el rostro rozaba el líquido. ¿Dónde estaba? No pensaba irse sin la espada. Finalmente, los dedos palparon algo cuya superficie pertenecía a piedra fría. Tuvo que realizar un gran esfuerzo para extraer a *Excalibur* de aquel líquido tan espeso. Salió produciendo un ruidito seco. El Mago se incorporó y acunó la espada en su pecho. Aunque estaba agotado, Dee concentró su aura en la palma de la mano y frotó la piedra con energía amarilla, apartando así toda la mugre.

Poniéndose en pie, Dee miró a su alrededor. No había ni rastro del Dios Astado ni de su Caza Salvaje. Las últimas criaturas de la colección de animales salvajes que Shakespeare había creado, las serpientes, los erizos y los tritones, comenzaban a desaparecer, como si se tratara de burbujas que explotan suavemente en el aire dejando tras de sí una estela de hollín. El desguace estaba completamente destruido; había diminutas hogueras ardiendo en todas partes y un humo negro emergía del interior de la cabaña metálica. La casa ardía en llamas. En algún lugar a la derecha, una columna de coches chirrió de forma inquietante; enseguida empezó a balancearse hasta finalmente desplomarse sobre el suelo

produciendo una explosión de metal. Piezas metálicas y fragmentos de cristal salieron volando por los aires.

Dee se dio media vuelta y empezó a correr por la calle. No le había sorprendido que Bastet y el coche en el que ambos habían llegado al desguace hubieran desaparecido.

Le habían abandonado. Más que eso: ahora estaba verdaderamente solo.

Dee era perfectamente consciente de que había fallado a sus maestros, los Oscuros Inmemoriales que velaban por su protección. Y todos habían sido muy explícitos con qué le ocurriría si tal cosa sucediera. No le cabía la menor duda de que Bastet habría informado sobre su fracaso. Dee retorció los labios formando una sonrisa horripilante; uno de estos días tendría que ocuparse de la criatura con cabeza gatuna. Pero ahora no, todavía no. Había fracasado en su misión, pero todavía no estaba todo perdido, no hasta que su maestro le arrebatara el don de la inmortalidad; para que su Oscuro Inmemorial le convirtiera en humano otra vez tenía que tocarle, colocar ambas manos sobre él. Eso significaba que su maestro tendría que abandonar su Mundo de Sombras o contratar a alguien, o a algo, para que capturara a Dee y lo arrastrara hasta el banquillo del juicio final.

Pero eso no iba a ocurrir de forma inmediata. Los Inmemoriales contemplaban el tiempo de un modo diferente al de los humanos; tardarían un día, o quizá dos, en organizar su captura. Y en ese tiempo podían ocurrir muchas cosas.

Incluso en sus momentos más oscuros, el doctor John Dee jamás había admitido una derrota y, al final, siempre se las había

arreglado para triunfar. Si pudiera capturar a los mellizos y encontrar las últimas dos páginas del Códex, podría enmendar su error, redimir su fracaso.

Londres seguía siendo su ciudad. Su empresa, Enoch Enterprises, tenía oficinas en Canary Wharf. Tenía una casa allí, de hecho, más de una, y también contaba con recursos a los que podía acudir: sirvientes, esclavos, aliados y mercenarios.

La estupidez era algo que siempre había enfurecido a Dee; sobre todo, si se trataba de la suya. La presencia de Bastet le había intimidado, y lo mismo había ocurrido con la aparición del Arconte y la Caza Salvaje; no había tomado las precauciones adecuadas. En ocasiones anteriores el matrimonio Flamel había logrado escapar gracias a una combinación de buena suerte, circunstancias, habilidades y poderes; Dee jamás había considerado que sus huidas fueran fruto de su incompetencia. Pero esta vez era diferente, todo había sido culpa suya. Había subestimado a los mellizos.

Unas luces azules y blancas iluminaron las casas precintadas y el Mago se escondió tras una pared mientras un trío de coches de policía pasaba a toda velocidad.

Sabía que la chica había aprendido, al menos, dos de las magias, la del Aire y el Fuego, y había demostrado poseer unas habilidades extraordinarias y una gran valentía cuando se enfrentó al Arconte. Pero si la chica era peligrosa, el chico... lo era el doble. Él era todo un misterio. Recientemente Despertado y sin haber recibido formación en ninguna de las magias elementales, Josh había empuñado a *Clarent* como si hubiera nacido con ella bajo el brazo. Había demostrado tener un don para luchar con la espada que

superaba, y con creces, las capacidades de Dee. Y eso tendría que ser imposible.

El Mago sacudió la cabeza. Él conocía el secreto de las cuatro Espadas de Poder; sabía perfectamente qué efectos tenían en un humano normal y corriente. Las espadas eran insidiosas y mortales, casi vampíricas por naturaleza. Susurraban las victorias que acontecerían, insinuaban secretos más allá de la imaginación y prometían un poder ilimitado. Todo lo que los humanos tenían que hacer era, sencillamente, utilizar la espada... mientras tanto, el arma se bebía todos los recuerdos de aquella persona, consumiendo cada una de sus emociones antes de tragarse su aura. En ese punto, el humano se olvidaba de comer y de beber. Los más fuertes sobrevivían durante un mes, aunque la mayoría no duraban más de diez días. Los magos, como él, se pasaban décadas preparándose antes siquiera de tocar las espadas de piedra fría; se pasaban meses practicando en ayunas hasta aprender el arte de forjar sus auras en escudos protectores. Incluso así, las espadas eran tan poderosas que muchos magos y hechiceros habían sucumbido a sus encantos.

¿Cómo era capaz de manejar a *Clarent*?

¿Y cómo había sabido que Dee tenía la intención de asesinar al Arconte?

El Mago tomó un atajo por un callejón estrecho repleto de cubos de basura y se adentró en una calle completamente desierta. Posó la mano en un costado de su cuerpo. Sintió el calor de *Excalibur* bajo su abrigo, que entonces estaba mugriento y húmedo. Las cuatro espadas eran muy similares, aunque cada una de ellas era única en formas que ni siquiera él lograba entender.

Excalibur era la más famosa de todas, aunque no por ello la más poderosa. Poseía ciertos atributos que las otras no tenían. Sumergiéndose en otro callejón deshabitado, John Dee sacó la espada de debajo de su abrigo y la colocó delicadamente sobre el suelo, junto a sus pies. La uña de su dedo meñique empezó a desprender una luz amarilla y el olor a azufre tapó el hedor a residuos cuando acarició el filo de la espada con su dedo y susurró:

—*Clarent*.

La espada de piedra tembló y vibró y entonces, muy lentamente, se giró señalando hacia el sur. *Excalibur* siempre apuntaba hacia su gemela. Dee cogió rápidamente el arma y salió disparado. El Mago se había pasado siglos coleccionando las Espadas de Poder. Tenía en su poder tres de las cuatro espadas y estaba a punto de añadir a *Clarent* a su colección. Ningún Inmemorial o ser de la Última Generación era inmune al señuelo de las Espadas. Se rumoreaba que Marte Ultor había unido a *Excalibur* y a *Clarent* en vainas parecidas tras su espalda. Antes de lucir las espadas mellizas, Marte había sido venerado y honrado por los humanos; después se convirtió en un monstruo. Y si las dos espadas habían corrompido al Inmemorial, ¿qué le sucedería a un jovencito sin preparación alguna? Cada vez que el chico la sujetara, cada vez que rozara su empuñadura, la espada le arrastraría hacia su control. Mientras la llevara consigo, Dee siempre podría conocer su paradero.

Capítulo 45

Nicolás Maquiavelo se acomodó en su asiento y centró toda su atención en las pantallas LCD de alta definición colocadas en la pared que se hallaba frente a él. Estaba viendo el servicio de noticias por satélite inglés, un programa llamado *Sky News*. Los dos titulares de primera hora mostraban una instantánea aérea de una humareda que emergía de una zona industrial. La siguiente línea de texto que recorría la parte inferior de la pantalla anunciaba que el fuego provenía de un desguace de coches ubicado en el norte de Londres. Maquiavelo había visto suficientes fortificaciones a lo largo de su vida para reconocer el diseño, incluso aunque, en este caso, el castillo estuviera construido a partir de coches en vez de bloques de piedra. El contorno oscuro del foso aún era visible y un humillo grisáceo brotaba desde él.

Maquiavelo dibujó una sonrisa mientras alcanzaba el mando a distancia para subir el volumen del aparato. Aquella ubicación en particular le resultaba familiar. En otra pantalla, activó su base de

datos codificada sobre los Inmemoriales, los seres de la Última Generación e inmortales, y tecleó la ubicación en el norte de Londres. De inmediato, dos nombres aparecieron en la pantalla: Palamedes, el Caballero Sarraceno, y el Bardo, William Shakespeare.

Maquiavelo escudriñó ambos archivos: Shakespeare había sido el aprendiz de Dee durante años hasta que, de repente, se había posicionado en contra del Mago. Era inmortal, aunque cómo lo había logrado seguía siendo un misterio, pues no se le asociaba con ningún Inmemorial conocido. Palamedes era un enigma, un príncipe guerrero de Babilonia que había luchado junto a Arturo y había permanecido a su lado hasta el final, cuando el rey fue asesinado. Una vez más, no había ni rastro de quién le había otorgado el don de la inmortalidad y, como venía siendo costumbre, el Caballero Sarraceno siempre había adoptado una postura neutral en las guerras entre los Inmemoriales y los Oscuros Inmemoriales.

Maquiavelo jamás había conocido personalmente a ningún inmortal, aunque sabía de su existencia durante generaciones y siempre había deseado conocer al Bardo. Nunca había dejado de preguntarse cómo, cuándo y dónde se conocieron por primera vez Shakespeare y Palamedes. Según sus archivos, su primera reunión de la que tenía constancia ocurrió en Londres, en el siglo XIX, pero Maquiavelo sospechaba que ambos inmortales se conocían desde hacía mucho más tiempo; había pruebas que sugerían que el Bardo había escrito el papel de Otelo en honor a Palamedes en el siglo XVII. Shakespeare regresó a Londres a mediados del siglo XIX como recogedor de trapos, un comerciante de ropa de segunda

mano. Al menos sesenta pilluelos descalzos trabajaban para él y dormían en el ático de su almacén, ubicado en los muelles. Después, salían a la calle durante el día para registrar la ciudad en busca de ropa desechada o trapos. Uno de sus archivos contenía un informe de la policía en el que se sospechaba que el almacén era, en realidad, un lugar donde guardaba bienes robados; al menos dos veces había sido asaltado. El Caballero Sarraceno merodeaba por Londres en la misma época, ganándose la vida como actor en los teatros del West End. Se especializó en monólogos de las obras de teatro de Shakespeare.

Maquiavelo examinó una fotografía pixelada del hombre que enseguida identificó como William Shakespeare, tomada con un teleobjetivo. Mostraba a un hombre de aspecto normal y corriente ataviado con un peto azul manchado de grasa. Estaba inclinado hacia el motor de un coche y, a sus pies, se acumulaban herramientas y piezas de coches. En el fondo se distinguían dos perros con ojos rojos. La segunda fotografía tenía una mejor resolución. Mostraba a un hombre corpulento de tez bronceada apoyado sobre el capó de un taxi londinense, sorbiendo té de una taza desechable blanca. La noria del London Eye se apreciaba en el fondo.

La voz masculina de un reportero se escuchó en toda la habitación.

—... en llamas durante las dos últimas horas en este desguace de coches. En este momento no se han hallado cuerpos y los oficiales afirman que no esperan encontrar ninguno. Los agentes han expresado su preocupación por la gran cantidad de material

combustible en la zona y los bomberos están utilizando artefactos contra incendios para entrar en el desguace. Existe el temor de que si los neumáticos empiezan a arder, liberarán gases nocivos a la atmósfera. Sin embargo, el consuelo es que en esta parte de Londres la mayoría de casas están abandonadas y en ruinas...

Maquiavelo pulsó el botón correspondiente para quitar el volumen de la pantalla. Recostando la espalda sobre el respaldo de la silla, se pasó las manos por su cabello rapado y escuchó el sonido en silencio. Entonces, ¿Dee había matado al Alquimista y capturado a los mellizos?

El reportero apareció en la pantalla sujetando un puñado de lo que, aparentemente, parecían puntas de flechas de sílex. Maquiavelo casi se cae de la silla cuando se precipitó a subir el volumen.

—... y extrañamente se han encontrado centenares de lo que parecen puntas de flechas de sílex.

La cámara recorrió el escenario hasta enfocar en primer plano lanzas y flechas esparcidas por todo el suelo. Maquiavelo enseguida reconoció la longitud exacta de los pernos de las ballestas.

Bueno, si Dee realmente había capturado a los mellizos, lo había hecho luchando.

El teléfono móvil del italiano empezó a vibrar, lo cual le sorprendió. Lo extrajo de su bolsillo interior y observó la pantalla. De inmediato, reconoció el larguísimo número de teléfono y el imposible código de área. Respiró profundamente antes de responder la llamada.

—¿Sí?

—Dee ha fracasado.

La voz del maestro Inmemorial de Maquiavelo era apenas un susurro. Habló en un egipcio antiguo, la lengua utilizada en el Nuevo Reino tres mil años atrás.

Maquiavelo respondió en el antiguo italiano de su juventud.

—Estoy viendo las noticias. Por lo que veo, ha habido un incendio en Londres; sé que esa ubicación está relacionada con dos inmortales neutrales. Supongo que existe algún tipo de conexión entre ambos acontecimientos.

—Flamel y los mellizos estaban allí. Escaparon.

—Al parecer, el emplazamiento estaba defendido; las imágenes de la televisión muestran pruebas de que se produjo un combate: lanzas, flechas y pernas de ballesta. Quizá deberíamos haberle ofrecido al Mago inglés más recursos —sugirió Maquiavelo cuidadosamente.

—Bastet estaba allí.

Maquiavelo mantuvo el rostro inexpresivo; despreciaba a la diosa con cabeza felina, pero sabía que su maestro Inmemorial le guardaba cierto aprecio.

—Y a Cernunnos se le encomendó la tarea de ayudar al Mago.

Lentamente, Maquiavelo se puso en pie.

—¿El Arconte? —preguntó mientras intentaba con todas sus fuerzas esconder su perplejidad en la voz.

—Y el Arconte trajo la Caza Salvaje consigo. Yo no lo autoricé; de hecho, ninguno de nosotros. No queremos que los Arcontes regresen a este mundo.

—Entonces, ¿quién lo autorizó?

—Los otros —respondió brevemente la voz—. Los maestros de Dee y aquellos que los apoyan. Pero esto puede jugar a nuestro favor; ahora que el Mago ha fracasado ordenarán su destrucción.

Maquiavelo colocó el teléfono móvil sobre la mesa y activó el manos libres. Arreglándose la chaqueta de su traje, cruzó los brazos sobre el pecho y contempló la pared repleta de pantallas de televisión y ordenador. La mayoría de canales de noticias empezaban a mostrar imágenes del fuego en el norte de Londres.

—Dee no es tonto; sabrá que está en peligro.

—Lo sabe.

Maquiavelo intentó ponerse en el lugar de Dee, preguntándose qué haría él si los papeles se invirtieran.

—Sabe que tiene que capturar a los mellizos y recuperar las páginas del Códex —dijo con decisión—. Es la única forma para volver a ganarse el aprecio de sus Inmemoriales. Estará desesperado, y los hombres desesperados hacen cosas estúpidas.

El reportero estaba entrevistando a un hombre barbudo que hacía gestos estrambóticos mientras sujetaba una de las puntas de lanza y la ondeaba.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Maquiavelo.

—¿Existe alguna forma de que nos ayudes a localizar a Flamel y los mellizos en Inglaterra antes que Dee?

—No veo la forma... —empezó Maquiavelo.

—¿Por qué Flamel está en Londres? ¿Por qué se ha arriesgado a traer a los mellizos al corazón del imperio de Dee? Sabemos que está intentando formarlos. Así que, ¿a quién, entre Inmemoriales, Última Generación o inmortales, desea hacer una visita?

—Podría ser cualquiera —respondió Maquiavelo sorprendido. Sin apartar la vista de las pantallas de televisión, continuó—: Estoy al frente del servicio secreto francés. ¿Cómo podría saber quién está en Londres? —Se sintió tremendamente satisfecho al comprobar que su voz se mantenía neutral y clamada.

—No me cabe la menor duda de que tal información se encuentra en tu base de datos —dijo la voz al otro lado del teléfono. El italiano estaba seguro de que podía incluso escuchar la risita de su Inmemorial tras el comentario.

—¿Mi base de datos? —preguntó cuidadosamente.

—Así es, tu base de datos secreta.

Maquiavelo suspiró.

—Evidentemente no es tan secreta. ¿Cuántos saben de su existencia? —se preguntó en voz alta.

—El Mago lo sabe —dijo la voz—, y les habló de ella a sus maestros... Yo... bueno, digamos que la descubrí gracias a ellos.

Maquiavelo se esforzó por mantener una expresión impasible, por si por una casualidad su maestro, en realidad, pudiera verlo. Desde siempre había conocido las diferentes facetas de los Oscuros Inmemoriales, así que eso no le hubiera sorprendido.

Los Oscuros Inmemoriales habían sido, antaño, los mandatarios y gobernantes de esta tierra; allí donde había mandatarios siempre había otros esperando, conspirando y planeando arrebatárles el poder. Esa era la clase de política que Maquiavelo entendía y en la que destacaba.

El italiano se sentó y posó los dedos sobre el teclado de su ordenador portátil.

—¿Qué quieres saber? —preguntó con un bufido.

—Londres pertenece al Mago, pero Flamel está junto a los dos que son uno, y ambos han sido Despertados. La joven domina el Aire y el Fuego; en cambio, el chico no ha recibido ninguna formación. ¿Quién, en Londres, domina alguna de las magias elementales? Y todavía más importante: ¿quién simpatiza con Flamel y su causa para entrenar a los mellizos?

—¿Estás seguro de que no tienes otros métodos de descubrir esta información? —preguntó Maquiavelo mientras deslizaba los dedos sobre su delgadísimo teclado.

—Por supuesto.

Maquiavelo lo entendió enseguida. Su Inmemorial no quería que los demás supieran que estaba indagando en ese tipo de información. Apareció una pantalla repleta de nombres, algunos de los cuales iban acompañados de una fotografía: se trataba de los nombres de Inmemoriales que vivían en Londres y que controlaban una o más de las magias elementales.

—Hay doce Inmemoriales en Londres —anunció—, y todos ellos son leales a nosotros.

—¿Y de la Última Generación?

La pantalla mostró dieciséis nombres. Maquiavelo comprobó en qué bando estaban y negó con la cabeza.

—Todos leales a nosotros —repitió—. Los pocos que se han posicionado en nuestra contra han preferido huir de Inglaterra, aunque algunos habitan en Escocia y uno en Irlanda.

—Intenta con humanos inmortales.

Los dedos de Maquiavelo danzaron sobre las teclas y la mitad

de la pantalla se llenó de nombres propios.

—Hay humanos inmortales repartidos por toda Inglaterra, Gales y Escocia —dijo mientras seguía tecleando intentando afinar la búsqueda—, pero sólo cinco viven en Londres.

—¿Quiénes son?

—Shakespeare y Palamedes...

—Shakespeare ha desaparecido, probablemente murió entre las llamas del incendio en Londres —dijo inmediatamente el maestro del italiano—, y a Palamedes se le ha visto con el Alquimista. Ninguno de ellos domina una magia elemental. ¿Quién más?

—Baibars, el Ogro del Sur...

—Íntimo amigo de Palamedes y enemigo nuestro. No tiene conocimiento alguno de las magias elementales.

—Virginia Dare...

—Peligrosa, mortal y leal sólo a sí misma. Su maestro está muerto; presumo que ella fue quien acabó con su vida. Es la Señora del Aire, pero no tiene aprecio alguno por Flamel y ha luchado al lado de Dee en el pasado. Flamel no acudirá a ella.

Maquiavelo leyó el último nombre que parpadeaba en la pantalla.

—Y finalmente, Gilgamés.

—El Rey —suspiró la voz— que conoce todas las magias pero no tiene el poder de utilizarlas. Por supuesto.

—¿A quién le debe su lealtad? —se preguntó Maquiavelo—. Su nombre no está asociado con ningún Inmemorial.

—Abraham el Mago, el creador del Códex, es el responsable

de la inmortalidad de Gilgames. Supongo que el proceso se estropeó. Fracturó su mente y el paso del tiempo le ha convertido en alguien loco de remate y olvidadizo. Quizás enseñe a los mellizos, aunque del mismo modo también se podría negar fácilmente. ¿Tienes alguna dirección?

—No tiene domicilio fijo —informó Maquiavelo—. Al parecer vive en la calle. Tengo aquí una nota que dice que normalmente duerme en el parque cerca del monumento Buxton, que se encuentra a la sombra del edificio parlamentario inglés. Si Flamel y los mellizos estaban en el desguace en el norte de Londres, tardarán bastante tiempo en cruzar la ciudad.

—Mi espía me ha informado de que un vehículo negro salió de esa ubicación a gran velocidad.

Maquiavelo alzó la mirada para observar la fotografía en que Palamedes estaba apoyado sobre un taxi negro londinense. Recorrió toda la imagen hasta descubrir la matrícula del vehículo.

—La capital inglesa tiene más cámaras de seguridad y tráfico que cualquier otra ciudad en Europa —dijo de forma distraída—. Incluso más que París. Sin embargo, utilizan el mismo sistema de vigilancia del tráfico que nosotros.

Dos de las pantallas se ennegrecieron y, unos instantes más tarde, unas líneas cortas en clave empezaron a aparecer en el mismo momento en que Maquiavelo pirateaba las cámaras de tráfico de Londres.

—Y el mismo software.

El italiano descargó un mapa de alta resolución de la capital inglesa, buscó el monumento Buxton en los jardines Victoria

Tower, junto al Parlamento inglés, y ubicó con exactitud los semáforos más cercanos. Sesenta segundos más tarde estaba viendo imágenes en directo desde la cámara de tráfico. Contemplando la hora, empezó a rebobinar la cinta: 2.05... 2.04... 2.03... El tráfico era escaso, así que aceleró el vídeo digital, rebobinando a intervalos de cinco minutos. La hora había retrocedido hasta las 00.01, cuando encontró finalmente lo que estaba buscando. Un taxi negro se detuvo ante un semáforo que estaba justo enfrente del monumento mientras un vagabundo se arrastraba desde el parque para limpiarle las ventanillas. El vehículo no arrancó, ni siquiera cuando el semáforo cambió de color. Entonces, el mismo vagabundo se subió a la parte trasera del taxi y finalmente el vehículo arrancó.

—Lo tenemos —anunció—. Se dirigen hacia el oeste por la A302.

—¿Dónde se dirigen? —exigió el maestro de Maquiavelo—. Quiero saber adónde se dirigen.

—Dame un minuto...

Utilizando claves de acceso ilegales, Maquiavelo saltó de una cámara de tráfico a otra siguiendo así el rastro del taxi mediante su matrícula. Primero hacia la plaza del Parlamento, después hacia Trafalgar, Piccadilly y, finalmente, entrando en la A4.

—Están saliendo de Londres —dijo finalmente.

—¿En qué dirección?

—Hacia el oeste por la M4.

—¿Dónde van? —gruñó el Inmemorial—. ¿Por qué están saliendo de Londres? Si están intentando convencer a Gilgames

para que enseñe a los mellizos una de las magias elementales, lo podrían hacer en una casa segura en la ciudad.

Maquiavelo aumentó la resolución del mapa, buscando artículos importantes que le dieran alguna pista sobre la ruta que seguían.

—Stonehenge. Se dirige a las líneas telúricas de Salisbury —anunció seguro de sí mismo.

—Esas líneas han permanecido abandonadas y muertas durante siglos —recapacitó el Inmemorial—. Asumiendo que escoge la línea telúrica correcta, necesitará un aura muy poderosa para activarla.

—Y Gilgamés no tiene aura —respondió Maquiavelo en voz baja—. El Alquimista tendría que hacerlo él solo; pero eso sería una locura. En su estado, tan débil y sin fuerzas, el esfuerzo provocaría que su aura se quemara y le consumiera en cuestión de segundos.

—Quizá sea el tiempo suficiente para abrir la línea telúrica y empujar a los mellizos —sugirió el Oscuro Inmemorial.

Maquiavelo alzó la mirada, observando la pantalla, siguiendo la matrícula del taxi mientras éste conducía por la A4. El vehículo estaba bañado por un resplandor tenue y amarillento.

—¿Nicolas Flamel se sacrificaría para salvar a los mellizos? —se preguntó en voz alta.

—¿El realmente cree que éstos son los verdaderos mellizos?

—Sí. Dee también lo cree, al igual que yo.

—Entonces no me cabe la menor duda de que se sacrificaría para salvarlos.

—He aquí otra opción —anunció Maquiavelo—: ¿No crees

que podría utilizar a los mellizos para abrir las líneas telúricas? Sabemos que sus auras son extremadamente poderosas.

Se produjo un largo silencio al otro lado de la línea telefónica. El italiano percibió los fragmentos fantasmagóricos de una canción, como si se tratara de una radio lejana. Pero era una balada espartana.

—La línea telúrica de Salisbury aterriza en la costa oeste de Norteamérica; concretamente en San Francisco.

—Yo podría haberte dicho eso —dijo Maquiavelo.

—Pondremos nuestros planes como corresponde —anunció misteriosamente el Inmemorial.

—Bien... ¿Qué significa exactamente...? —empezó Maquiavelo. Pero la comunicación telefónica se había cortado.

Capítulo 46

La mano derecha de Josh salió disparada a agarrar la muñeca de Gilgamés. La apretó y retorció en un único movimiento y el puñal se deslizó de la mano del rey, clavándose directamente en la alfombrilla de goma del suelo del vehículo. Rápidamente, Sophie se inclinó y la recogió.

—¡Hey! —gritó Palamedes ante tal repentina conmoción—. ¿Qué está ocurriendo ahí atrás?

—Nada —respondió enseguida Flamel, antes de que Josh o Sophie pudieran replicar—. Todo está bajo control.

Gilgamés se recostó en el respaldo del asiento, acariciándose la muñeca amoratada mientras miraba fijamente al Alquimista. Observó que el puñal estaba entre las manos de la joven Sophie.

—Devuélvemelo.

Ignorando la orden, Sophie se lo entregó a su hermano, quien, a su vez, se lo entregó a Nicolas. Ante lo que acababa de ocurrir, Sophie no podía dejar de temblar, no sólo por la conmoción, sino

por el miedo que le había suscitado. Jamás había visto a Josh moverse de esa forma. Incluso con sus sentidos agudizados, apenas se había percatado de que Gilgamés tenía un puñal escondido entre las manos. Josh le había frenado, desarmándole limpiamente sin tan siquiera pronunciar una palabra o alzarse del asiento. Acercó las piernas al pecho y las rodeó con los brazos para recostar la barbilla sobre las rodillas.

—¿Puedes decirme a qué ha venido todo esto? —preguntó en voz baja.

—He tardado unos momentos —respondió Gilgamés con tono amargo sin apartar la vista de Flamel—, pero sabía que había algo en tí, algo familiar —reconoció al mismo tiempo que arrugaba la nariz—. Debería haber reconocido tu asqueroso aroma —comentó mientras olfateaba al Alquimista—. ¿Sigues siendo menta o lo has cambiado a algo más apropiado?

De inmediato, los mellizos olfatearon la atmósfera, pero no lograron percibir ningún olor.

—Aún es menta —contestó el Alquimista suavemente.

—Por lo que veo os conocéis —interrumpió Josh.

—Nos hemos visto varias veces a lo largo de los años —explicó Flamel mientras desviaba la mirada hacia el rey—. Perenelle te manda recuerdos.

Las luces de los semáforos iluminaron el rostro de Gilgamés cuando se giró para contemplar a los mellizos.

—También sé que nos hemos conocido antes —dijo bruscamente el rey.

—No te hemos visto nunca —admitió Josh sinceramente.

—De verdad, nunca —acordó Sophie.

Una mirada de confusión se apoderó de la expresión del inmortal, pero enseguida negó con la cabeza.

—No; estáis mintiendo. Sois norteamericanos. Nos hemos conocido antes. Todos nos hemos visto antes —dijo mientras señalaba a todos y cada uno de ellos—.

Vosotros dos estabais con el matrimonio Flamel. Fue entonces cuando intentasteis matarme.

—No eran este par de mellizos —reconoció Nicolas—. Y no estábamos intentando matarte, sino al contrario, salvarte.

—Quizá no quería que me salvarais —replicó Gilgamés de mala gana.

Bajó la cabeza de forma que su cabello se deslizó sobre su frente, cubriéndole así los ojos. Después, alargó el cuello para contemplar a los mellizos.

—Oro y plata, ¿eh?

Ambos dijeron que sí con la cabeza.

—Eso es lo que nos dicen —sonrió Josh.

Echó un rápido vistazo a su hermana y vio cómo ésta asentía con la cabeza; sabía perfectamente la pregunta que su hermano estaba a punto de hacer. Se fijó en la reacción del Alquimista, pero su rostro era como una máscara que, con la iluminación de los semáforos, se convertía en algo oscuro y horripilante. Josh se acercó a Gilgamés.

—¿Te acuerdas de cuándo conociste a los otros mellizos norteamericanos?

—Por supuesto —respondió el rey frunciendo el ceño—. Si fue

hace sólo un mes... —Su voz fue perdiendo intensidad hasta desaparecer. Cuando volvió a hablar, se percibió claramente un tono de pérdida—. No. No fue el mes pasado, ni el año pasado, ni siquiera la década pasada. Fue... —Mientras se giraba para observar al Alquimista, preguntó—: ¿Cuándo fue?

Los mellizos también se giraron hacia Flamel.

—En 1945 —respondió brevemente.

—¿Y fue en Norteamérica? —añadió Gilgamés—. Dime que fue en Norteamérica.

—Fue en Nuevo México. El rey empezó a aplaudir.

—Al menos tengo razón en eso. ¿Qué le ocurrió al último par de mellizos? —preguntó repentinamente a Flamel.

El Alquimista permaneció en absoluto silencio.

—Creo que a nosotros también nos gustaría escuchar la respuesta —dijo Sophie en tono frío y distante mientras sus pupilas se tornaban plateadas—. Sabemos que ha habido otros mellizos.

—Muchos más —agregó Josh.

—¿Qué les ocurrió? —rogó Sophie. En algún rincón de su mente creía conocer la respuesta, pero quería que Flamel lo dijera en voz alta.

—Ha habido otros mellizos en el pasado —admitió finalmente Nicolas—. Pero no eran los verdaderos.

—¡Y todos murieron! —exclamó Josh encolerizado. La esencia a naranjas cubrió el interior del taxi, pero esta vez el perfume era ácido y amargo.

—No, no todos —dijo bruscamente Flamel—. Algunos perecieron y otros vivieron hasta la vejez, como les ocurrió al último

par.

—¿Y qué les sucedió a aquellos que no lograron sobrevivir? — preguntó rápidamente Sophie.

—Algunos sufrieron daños durante el proceso del Despertar.

—¿Daños? —dijo Sophie enfatizando la palabra. Estaba decidida a no permitirle que evitara ese tema. El Alquimista resopló.

—Todo el mundo puede ser Despertado, pero nadie reacciona del mismo modo al proceso. Muchos no son lo bastante fuertes para soportar la avalancha de emociones.

Algunos entran en estados de coma profundo, otros acaban perdidos en sueños o son incapaces de sobrellevar el mundo real y otros sufren una partición de su personalidad y pasan el resto de sus vidas encerrados en manicomios.

Sophie empezó a temblar. Las palabras de Flamel le habían hecho sentir físicamente enferma. Incluso la forma como lo relató, fría y sin emoción alguna, la asustó. Ahora sabía que las sospechas de Josh tenían una justificación: no debían confiar en el Alquimista. Cuando Nicolas Flamel les había conducido hasta la Bruja de Endor para que ésta les Despertara, él era absolutamente consciente de las terribles consecuencias que el Despertar podía desencadenar en los mellizos. Sin embargo, se mostró dispuesto a pasar por eso.

Josh se deslizó en su asiento, acercándose así a su hermana para abrazarla y sostenerla entre sus brazos. No podía hablar. Tenía la tentación, la peligrosa tentación, de golpear al Alquimista.

—¿Cuántos otros pares de mellizos ha habido, Flamel? — preguntó Gilgamés—. Vives en esta tierra desde hace más de

seiscientos setenta años. ¿Había un par para cada siglo? ¿Dos? ¿Tres? ¿Cuántas vidas has destrozado intentando encontrar a los mellizos legendarios?

—Demasiados —susurró el Alquimista. Se volvió a acomodar entre las sombras. La iluminación callejera teñía su mirada húmeda del mismo color del azufre—. He olvidado la cara de mi padre y el sonido de la voz de mi madre, pero recuerdo el nombre y el rostro de cada mellizo. No pasa un día en que no piense en ellos y me arrepienta de sus pérdidas.

Y entonces, sujetando el puñal de hoja ennegrecida, señaló a Sophie y a Josh.

—Pero cada error que he cometido, cada Despertar fallido, me ha conducido gradual e inexorablemente a ellos, a los verdaderos mellizos de la leyenda. Y esta vez no tengo ninguna duda —dijo alzando el tono de voz, que ahora era más áspero y crudo—. Y si aprenden las magias elementales, serán capaces de enfrentarse a los Oscuros Inmemoriales. Darán al mundo la oportunidad de sobrevivir en la batalla que está a punto de llegar. Y entonces, todas las muertes y vidas perdidas no habrán sido en vano —Volvió a erguirse, emergiendo así de entre las sombras y miró a Gilgamés—. ¿Les formarás? ¿Les ayudarás a luchar contra los Oscuros Inmemoriales? ¿Les enseñarás la Magia del Agua?

—¿Por qué debería hacerlo? —preguntó sencillamente Gilgamés.

—Podrías ayudar a salvar el mundo.

—Ya lo he salvado antes y nadie me lo agradeció. Y hoy en día está mucho peor que antes.

La sonrisa del Alquimista se tornó salvaje.

—Fórmales. Les entregaré el Libro a los mellizos: tú sabes que el Libro de Abraham contiene hechizos para convertir este mundo en un paraíso.

El rey se inclinó hacia los mellizos y murmuró:

—Y el Códex también incluye hechizos que podrían convertir este planeta en rescoldos.

Empezó a mover el dedo índice, señalando a los dos mellizos mientras repetía el verso ancestral.

—«Y el inmortal tiene el deber de enseñar al mortal y los dos que son uno se convertirán en el uno que lo es todo.» —Se volvió a sentar y añadió—: Uno para salvar el mundo, el otro para destruirlo. Pero ¿cuál?

Los recuerdos de la Bruja golpearon los pensamientos de Sophie y unas imágenes aleatorias empezaron a colarse en su consciencia.

Un maremoto abalanzándose sobre un paisaje exuberante, irrumpiendo en un bosque, arrasando con todo aquello que se encontraba a su paso...

Una serie de volcanes entrando en erupción simultáneamente, arrancando trozos de paisajes mientras el mar se cubría de espuma blanca al tocar con la lava roja...

Los cielos hirviendo con nubes tormentosas mientras una lluvia rociaba granos de arena y copos de nieve de ceniza...

—No poseo el don de pronosticar —replicó Flamel—. Pero sé que esto es completamente cierto: si los mellizos no reciben una enseñanza y no pueden protegerse, los Oscuros Inmemoriales les

capturarán, les esclavizarán y utilizarán sus increíbles auras para abrir las puertas a los Mundos de Sombras. Los Oscuros Inmemoriales no tienen en su poder la Invocación Final del Códex, pero cuando se adueñen de esas páginas podrán reclamar esta tierra una vez más.

—Incluso sin el Códex, los Oscuros Inmemoriales podrían iniciar el proceso si tuvieran a los mellizos —aclaró Gilgamés con la voz calmada y serena—. La Invocación Final está diseñada para abrir todas las puertas de los Mundos de Sombras simultáneamente.

—¿Qué nos ocurrirá después de eso? —preguntó Josh rompiendo el largo silencio que se había producido. Se rozó el pecho con las manos y notó las dos páginas que había logrado arrancar del Libro de Abraham.

—No existe un después; ni para vosotros ni para cualquier otro humano.

Palamedes continuó conduciendo durante unos diez minutos en absoluto silencio. Entonces, Gilgamés se aclaró la garganta y dijo:

—Os enseñaré la Magia del Agua con una condición.

—¿Qué condi...? —empezó Josh.

—De acuerdo —interrumpió Sophie. Se giró para mirar a su hermano y susurró—: Aceptaremos la condición.

—Necesito que me prometáis que, cuando todo esto acabe, si logramos sobrevivir, regresaréis aquí, a reuniros conmigo, con el Libro de Abraham —dijo el Rey.

Josh estuvo a punto de hacer otra pregunta, pero Sophie le apretó los dedos con todas sus fuerzas.

—Volveremos, si podemos.

—El Códex muestra un hechizo justo en la primera página —explicó el Rey mientras cerraba los ojos e inclinaba la cabeza hacia atrás. Las palabras eran precisas, pero su voz apenas podía catalogarse como un susurro—. Yo estaba apoyado en el hombro de Abraham y vi cómo lo transcribía. Es una fórmula de palabra que concede la inmortalidad. Quiero que me lo traigáis.

—¿Por qué? —preguntó Josh un tanto confundido—. Tú ya eres inmortal.

Gilgamés abrió los ojos y miró directamente a Sophie. De inmediato, la joven supo por qué quería el Libro.

—El Rey quiere que nosotros creemos la fórmula a la inversa —explicó en voz baja—. Quiere volver a ser mortal.

Gilgamés hizo una reverencia.

—Quiero consumir mi vida y morir. Quiero volver a ser humano. Quiero ser normal.

Sentada justo delante de él, Sophie Newman asintió con la cabeza silenciosamente.

Capítulo 47

A pesar de la calidez que desprendía el sol del atardecer, Perenelle de repente sintió un escalofrío.

—¿Qué quieres decir? ¿No estás con Nicolas y los niños? —preguntó un tanto alarmada sin apartar la mirada del plato llano metálico cubierto de agua amarillenta. Unos zarcillos de su aura blanca se enroscaron por la superficie del líquido.

Unos ojos verdes como la hierba, gigantescos y sin parpadear, observaban a la Hechicera desde el agua.

—Nos hemos separado —Aunque apenas se podía percibir el tono de voz, Perenelle enseguida advirtió el abatimiento en la voz de Scathach—. Tuve un problemilla —admitió un tanto avergonzada y con un acento celta más pronunciado.

La Hechicera estaba sentada con la espalda recostada sobre las cálidas piedras que construían el faro de Alcatraz mientras contemplaba fijamente el líquido ante ella. Inspirando hondamente, alzó la cabeza para vislumbrar la ciudad que se hallaba al otro lado

de la bahía. El hecho de saber que Nicolas y los niños estaban desprotegidos le había acelerado el corazón. Cuando había hablado con su marido, momentos antes, sencillamente había asumido que Scathach estaba también allí, en algún lugar en el fondo, pero la charla con William Shakespeare le había distraído y un instante más tarde los Vétala la habían atacado. Bajó la vista. Scathach se alejó de la superficie reflectante que estaba utilizando para visualizar la imagen, de forma que Perenelle pudo ver su rostro al completo. La frente de Scatty estaba rasguñada por dos pares de arañazos que parecían provenir de una garra afilada. Además, una de las mejillas estaba completamente amoratada.

—Un problemilla. ¿Estás bien? —preguntó. No sabía exactamente qué consideraba su amiga un «problemilla».

La dentadura vampírica de la Sombra apareció tras una sonrisa salvaje y animal.

—Nada que no pudiera solucionar.

Perenelle sabía que debía estar relajada y concentrar su aura. Estaba concentrando tanta energía en la adivinación para mantener la conexión con Scathach que las demás defensas empezaban a fallarle. Ahora podía avistar el movimiento parpadeante de los fantasmas de Alcatraz fluyendo a su alrededor. A medida que las capas protectoras de colores se esfumaban de su aura, los fantasmas empezarían a amontonarse alrededor de la Hechicera, lo cual le inquietaba, así que tenía que romper la conexión con la Guerrera.

—Scathach, dime —dijo calmadamente mirando el agua—, ¿dónde están Nicolas y los mellizos?

El cabello pelirrojo y brillante de la Sombra apareció en la imagen.

—En Londres.

—Lo sé. Hablé con él antes.

Perenelle notó un ápice de duda y vacilación en la voz de la Scathach.

—¿Pero...?

—Bueno, creemos que aún siguen en Londres.

—¡Creéis! —exclamó la Hechicera. Respiró hondo en un intento de calmar su ira. Un temblor de luz blanca bañó la superficie de agua y la imagen se meció y fragmentó.

Tuvo que esperar en silencio hasta que la imagen adoptó una forma real.

—¿Qué ha ocurrido? Cuéntame todo lo que sepas.

—Los canales de noticias están informando sobre unos alborotos extraños que sucedieron ayer por la noche en la ciudad...

—¿Ayer por la noche? —preguntó Perenelle algo confundida

—. ¿Qué hora es? ¿En qué día estamos?

—Es martes aquí, en París. Las dos y pico de la madrugada.

Perenelle hizo rápidamente los cálculos para adivinar la diferencia horaria: todavía era lunes en la costa oeste norteamericana, alrededor de las cinco de la tarde.

—¿Qué tipo de alborotos extraños? —continuó.

—El canal Sky News informó de una tormenta eléctrica y un aguacero torrencial sobre una diminuta zona del norte de Londres. Después, los canales Euronews y France24 relataron una historia sobre un gigantesco incendio en un desguace de coches

abandonado, también ubicado en el norte de Londres.

—Quizá no tiene nada que ver —dijo Perenelle. Sin embargo, de forma instintiva sabía que, de algún modo, aquellos acontecimientos estaban relacionados con Nicolas y los mellizos.

Al otro lado del Atlántico, Scatty negó con la cabeza.

—Puntas de flechas de sílex, lanzas de bronce y pernos de ballestas estaban esparcidos por todo el desguace en llamas. Uno de los reporteros de noticias mostró un puñado de puntas de flecha a la cámara. Parecían nuevas. Algún historiador local afirmó que databan del periodo Neolítico, pero también dijo que las lanzas de bronce pertenecían a la era romana y que los pernos de ballesta eran medievales. Según él, todas eran armas auténticas.

—Se produjo una batalla —anunció Perenelle secamente—.

¿Quiénes combatieron?

—Es imposible decirlo con certeza, pero tú sabes qué vive dentro y alrededor de esa ciudad.

Perenelle lo sabía perfectamente. Decenas de criaturas se habían establecido en las Islas Británicas, arrastradas hasta allí por la abundancia de líneas telúricas y Mundos de Sombras. Y la mayoría de ellas debían su lealtad a los Oscuros Inmemoriales.

—¿Se hallaron cuerpos en ese desguace de coches? —preguntó. Si a Nicolas o a los mellizos les había ocurrido algo estaba dispuesta a arrasarlo toda la ciudad para encontrar a Dee. El cazador descubriría lo que se siente al ser cazado. Y ella poseía más de seiscientos años de conocimiento hechicero para hacerlo.

—El desguace estaba desierto. Al parecer, un foso de aceite había ardido en llamas y todo el suelo estaba cubierto por una capa

gruesa de cenizas grises.

—¿Cenizas? —repitió Perenelle frunciendo el ceño—. ¿Tienes idea de qué o quién dejó tras de sí un rastro de cenizas?

—Existen varias criaturas que se convierten en ceniza cuando mueren —explicó lentamente Scatty.

—Incluyendo los humanos inmortales —agregó Perenelle.

—No creo que Nicolas haya muerto —se apresuró a decir Scatty.

—Yo tampoco —susurró la Hechicera. Si algo le ocurría a su marido, ella lo sabría, lo sentiría.

—¿Podrías intentar contactar con él? sugirió Scatty.

—Podría intentarlo, pero si está huyendo...

—Tú me encontraste —sonrió la Guerrera—. Aunque me has dado un susto de muerte.

La Guerrera estaba justo delante del espejo de un cuarto de baño, aplicándose una crema antiséptica sobre los cortes cuando, de repente, el cristal se empañó mostrando claramente la imagen de Perenelle Flamel. Scatty casi se metió un dedo en el ojo.

A Perenelle se le había ocurrido la idea de intentar adivinar a la humana inmortal gracias a la vasija de origen anasazi que había pillado espiándola momentos antes. Se había dirigido al lugar más cálido de la isla, donde las piedras blancas del faro recibían los rayos del sol. Llenando un plato hondo con agua, se acomodó mientras permitía que el sol del alba cargara su aura. Entonces le pidió a De Ayala que mantuviera alejados a los fantasmas de Alcatraz, pues sus defensas disminuirían en breve. También le pidió que le avisara si la Diosa Cuervo se acercaba. La Hechicera no

confiaba plenamente en la criatura.

Crear la conexión con la Sombra había sido sorprendentemente sencillo. Perenelle conocía a Scathach desde hacía generaciones. Podía visualizar con total claridad todo sobre ella: su cabello pelirrojo, sus ojos verde brillante, su rostro redondo y la infinidad de pecas que inundaban su nariz. Siempre llevaba las uñas mordidas y mal recortadas. Tenía el aspecto de una chica de diecisiete años; en realidad tenía más de dos mil quinientos y era la mejor luchadora de artes marciales del mundo. Había entrenado a los grandes guerreros y héroes de leyenda y había salvado las vidas de Nicolas y Perenelle en más de una ocasión. Y ellos le habían devuelto el favor. Aunque la Sombra era mucho mayor que ella, Perenelle había acabado tratándola no como a una hija, pero sí como si fuera su sobrina.

—Dime lo que ha sucedido, Scatty—ordenó Perenelle.

—Nicolas y los niños escaparon a Londres. Flamel tenía la intención de llevar a los mellizos ante Gilgamés. Perenelle asintió.

—Lo sé. Nicolas me lo dijo. También me comentó que los dos habían sido Despertados—añadió.

—Ambos—afirmó Scatty—. La chica ha recibido la enseñanza de dos de las magias elementales, pero el chico no posee formación alguna. Sin embargo, tiene a *Clarent*.

—*Clarent*—murmuró Perenelle.

Ella misma había sido testigo de cómo su marido sumergía la espada ancestral en el dintel de la ventana de su casa ubicada en la calle Montmorency. Ella quería destruirla, pero su marido se negó a hacerlo. En su argumentación, reclamó que la espada era más

antigua que la mayoría de civilizaciones y que ellos no tenían el derecho de destruirla; también le confesó que aquel arma, probablemente, era imposible de destruir.

—Entonces, ¿dónde estás? —preguntó Perenelle.

—En París —respondió mientras su rostro se desenfocaba—. Es una larga historia. Y la verdad, bastante aburrida, sobre todo el capítulo en que Dagon me arrastra hacia el Sena.

—¡Te arrastraron al Sena! —exclamó. Nicolas no le había comentado nada de eso. Scatty afirmó con la cabeza.

—Y eso ocurrió justo después de que me rescataran de Nidhogg, que alborotó y arrasó varias calles de París.

Perenelle se quedó con la boca abierta, perpleja. Finalmente dijo:

—¿Y dónde estaban Nicolas y los mellizos mientras todo esto ocurría?

—Ellos fueron quienes persiguieron a Nidhogg por las calles parisinas y me rescataron.

La Hechicera, atónita, parpadeó.

—Eso no es muy típico de mi Nicolas.

—Creo que fue cosa de los mellizos —explicó Scathach—. Sobre todo del chico, Josh. Me salvó la vida. Creo que mató al dragón.

—Y entonces te caíste al río —supuso Perenelle.

—Me arrastraron al río —corrigió de inmediato Scathach—. Dagon trepó como un cocodrilo y me agarró.

—¿No luchaste una vez contra él y una escuela de hombres-pep Potamoi en la isla de Capri?

La dentadura vampírica y salvaje de Scatty volvió a destellar.

—Ay, aquél sí fue un buen día —recordó. Su sonrisa se desvaneció—. De todas formas acabó trabajando mano a mano con Maquiavelo en París.

—Me llegaron rumores de que Maquiavelo estaba en París —asintió Perenelle.

—Dirigiendo el servicio secreto o algo así. Aún no había recuperado la consciencia cuando Dagon me arrastró al agua. Pero las aguas del Sena son tan frías que enseguida me desperté. Combatimos durante horas mientras las corrientes nos llevaban hacia la parte baja del río. No ha sido la lucha más agotadora que he librado, pero Dagon se movía como pez en el agua, pues éste es su elementó, mientras que, en mi caso, el agua me dificultaba poder asestar golpes con velocidad.

—Por lo que veo te ha arañado.

—Ha tenido suerte —resopló Scatty dándoles poca importancia—. Perdí a la criatura en algún lugar de Les Damps y tardé dos días en regresar a la ciudad.

—¿Ahora estás a salvo?

—Estoy con Juana —sonrió la Sombra—, y también con Saint-Germain —añadió con una sonrisa aún más amplia—. ¡Se han casado!

Scathach echó la cabeza hacia atrás y un segundo rostro apareció en la imagen líquida. Unos ojos grises y gigantes resaltaban en aquel rostro adolescente.

—*Madame Flamel.*

—¡Juana! —rio Perenelle. Si bien a Scatty la consideraba

como una sobrina, Juana era como la hija que jamás tuvo—.
¿Finalmente te has casado con Francis?

—Bueno, llevábamos saliendo varios siglos. Ya era el momento.

—Lo era. Juana, qué alegría verte —continuó Perenelle—. Ojalá las circunstancias fueran otras.

—Estoy de acuerdo con eso —dijo Juana de Arco—. De hecho, son días muy difíciles. Sobre todo para Nicolas y los niños.

—¿Son los mellizos de la leyenda? —preguntó Perenelle con curiosidad por saber qué opinaba su amiga.

—Estoy convencida de ello —respondió inmediatamente Juana de Arco—. El aura de la chica es más fuerte y más pura que la mía.

—¿Podéis ir hasta Londres? —preguntó Perenelle.

El rostro reflejado en la imagen se desdibujó durante los segundos en que Juana negó con la cabeza.

—Imposible. Maquiavelo controla París y ha bloqueado toda la ciudad aduciendo que se trata de un asunto de seguridad nacional. Las fronteras permanecen cerradas. Todos los vuelos y las conexiones por mar y ferrocarril están siendo vigilados y no me cabe la menor duda de que cuentan con nuestras descripciones, en especial la de Scatty. Hay policía por todas partes; están deteniendo a personas en la calle, pidiéndoles su identificación, y han establecido el toque de queda a las nueve de la noche. La policía ha hecho público un vídeo de una cámara de vigilancia en el que aparecemos Nicolas, los mellizos, Scatty y yo delante de Notre Dame.

Perenelle sacudió la cabeza.

—¿Y se puede saber qué estabais haciendo delante de la catedral?

—Luchando contra las gárgolas —admitió Juana.

—Sabía que no debía haber preguntado. Estoy preocupada por Nicolas y los niños. Conociendo el sentido de orientación de Nicolas, probablemente estarán perdidos. Y los espías de Dee están en todas partes —agregó Perenelle con tono triste—. Sin duda, el Mago supo que estaban allí en el momento en que pisaron territorio inglés.

—Oh, no te preocupes. Francis quedó con Palamedes en que iría a recogerlos. Él les está protegiendo. Es bueno —aseguró Juana.

Perenelle asintió mostrando su acuerdo.

—Pero no tan bueno como la Sombra.

—Nadie lo es —declaró Juana—. ¿Dónde estás ahora, *Madame*?

—Atrapada en Alcatraz. Y tengo problemas —admitió. Scatty apareció otra vez en la imagen.

—¿Qué tipo de problemas?

—Las celdas están llenas de monstruos y el océano repleto de Nereidas. Nereo vigila el agua y la esfinge deambula por los pasillos. Ese tipo de problemas.

La sonrisa de Juana de Arco brilló en la imagen.

—Bueno, si tienes problemas, ¡tenemos que ayudarte!

—Mucho me temo que eso es imposible —dijo Perenelle.

—Ah, pero *Madame*, tú fuiste quien, hace mucho tiempo, me enseñó que la palabra «imposible» no tiene sentido.

Perenelle sonrió.

—Yo decía eso. Scatty, ¿conoces a alguien en San Francisco que pudiera ayudarme? Necesito salir de esta isla. Necesito llegar hasta Nicolas.

—Nadie en quien confíe. Quizás alguno de mis estudiantes...

—No —interrumpió Perenelle—. No quiero poner en peligro a ningún humano. Me refiero a algún Inmemorial leal a nosotros, alguien de la Última Generación, quizá.

Scatty meditó durante un minuto y después negó con un gesto de cabeza.

—Nadie en quien confíe —repitió. Giró la cabeza para prestar atención a la conversación que se escuchaba tras ella y, cuando volvió a girarse, su sonrisa salvaje era enorme—. Tenemos un plan. O mejor dicho, Francis tiene un plan. ¿Puedes esperar un poco más? Estamos de camino.

—¿Estamos? ¿Quiénes? —preguntó Perenelle.

—Juana y yo. Vamos a ir hasta Alcatraz.

—¿Cómo vais a llegar hasta aquí si tan siquiera podéis viajar hasta Londres? —empezó Perenelle, pero entonces el agua tembló y, de repente, la miríada de fantasmas de Alcatraz apareció a su alrededor pidiendo a gritos su atención. La comunicación se perdió por completo.

Capítulo 48

El doctor John Dee permanecía en pie ante una gigantesca ventana de cristal reflectante en uno de los últimos pisos de la torre Canary Wharf, las oficinas londinenses de su empresa, Enoch Enterprises. Sorbiendo una infusión de hierbas, observaba los primeros rayos de sol del amanecer, que iluminaban el horizonte por el este.

Después de una ducha, con el cabello recogido y ataviado con un traje gris de tres piezas hecho a medida, apenas quedaba rastro del vagabundo mugriento que había llegado a la cabina de seguridad del aparcamiento hacía menos de una hora. El Mago había tomado todas las precauciones para evitar las cámaras de seguridad y un hechizo hipnotizador bastante sencillo había desviado la atención del guarda sobre los cuadros blancos y negros del crucigrama del periódico. Aunque hubiera querido, aquel hombre no hubiera sido capaz de apartar la vista del crucigrama. Sin separarse ni un momento de las sombras del aparcamiento, Dee

se dirigió lentamente hacia el ascensor privado y utilizó su código de seguridad personal, 13071527, para subir hasta las suites del ático.

Enoch Enterprises, la compañía que dirigía Dee, ocupaba todo un piso de la torre Canary Wharf, el edificio más alto de Gran Bretaña ubicado en el corazón del distrito financiero de Londres. Tenía oficinas similares esparcidas por todo el mundo y, aunque apenas las visitaba, el Mago poseía una suite privada y de lujo en cada una de ellas. En cada oficina, Dee mandaba colocar una caja fuerte que sólo se abría con la huella dactilar y un escáner de la retina de Dee. En su interior había ropa, dinero en efectivo en varias divisas, tarjetas de crédito y una colección de pasaportes con nombres diferentes. En el pasado, Dee había estado en situaciones donde apenas llevaba dinero encima y necesitaba cambiarse de ropa, así que juró que eso no le volvería a ocurrir.

Fue precisamente mientras se duchaba con agua caliente y se limpiaba la mugre y la suciedad del cuerpo cuando encontró el momento de considerar sus opciones. Debía admitir que éstas eran extremadamente limitadas.

Podía perseguir al Alquimista hasta encontrarle, matarle, arrebatarse las páginas del Códex y conseguir a los mellizos.

También podía huir de Gran Bretaña con un pasaporte falso y esconderse en un lugar tranquilo y desapercibido y pasar el resto de su vida con miedo, incapaz de utilizar su aura para que ésta no revelara su ubicación, vigilando constantemente si alguien seguía sus pasos y esperando, día tras día, que uno de sus maestros apareciera y posara sus manos sobre él. En el momento en que rozara su piel, el hechizo de la inmortalidad se rompería.

Envejecería y perecería. O quizá preferían mantener sus promesas: devolverle la mortalidad y permitir que sus casi quinientos años de vida consumieran su cuerpo físico... para después convertirle en inmortal otra vez, justo en los momentos de vejez extrema. Dee sintió un escalofrío. Sería una muerte en vida.

Salió de la ducha, frotó el espejo con la mano para apartar todo el vapor acumulado sobre el cristal y contempló fijamente su reflejo en la superficie. ¿Era su imaginación o tenía nuevas arrugas en la frente y alrededor de los ojos? Había pasado siglos corriendo de un lado a otro... o bien huyendo del peligro o bien persiguiendo al Alquimista y a otros como él. Había merodeado y se había escondido, resguardándose del pavor que le provocaba la oferta inquisidora de sus maestros Inmemoriales. El vaho empezaba a desvanecerse, otorgándole un aspecto al cristal como si éste estuviera llorando. Pero el Mago ya no lloraba; la última vez que soltó una lágrima fue cuando su querido hijo, Nicholas, falleció en 1597.

No huiría nunca más.

El estudio de la magia y la brujería le había enseñado al Mago que el mundo estaba lleno de posibilidades; y los años dedicados a la investigación de la alquimia junto a Flamel le habían demostrado que nada, ni siquiera la propia materia, era fija e inalterable. Todo podía manipularse. Se había pasado toda la vida entregándose en cuerpo y alma a cambiar el mundo, a mejorarlo con el regreso de los Oscuros Inmemoriales. En apariencia parecía una tarea imposible, como si las cosas siempre fueran en su contra; sin embargo, a lo largo de los siglos había estado a punto de cumplir su

objetivo y, ahora, los Inmemoriales estaban preparados para regresar a la tierra.

La situación en la que se encontraba era desesperada y peligrosa, pero podía enmendar su error. La clave para su propia supervivencia era bien sencilla: tenía que encontrar a Flamel.

Se vistió rápidamente, disfrutando de la sensación de sentir la ropa limpia sobre su piel, se preparó un té y se acercó a la ventana para contemplar la ciudad que él controlaba. Ante la ventana, ante las luces de la ciudad, Dee se percató de la inmensidad de la tarea que se le había presentado; no tenía la menor idea de dónde había llevado el Alquimista a los niños. Tenía agentes, tanto humanos como no-humanos, por todo Londres. Seres de la Última Generación y mercenarios inmortales vigilaban las calles. Todos contaban con las descripciones precisas del Alquimista y los niños, y en breve también añadiría a la lista las descripciones de Palamedes y el Bardo. Doblaría, no, triplicaría, la recompensa. Era cuestión de tiempo que alguien descubriera al grupo.

Pero no tenía tiempo.

El teléfono móvil de Dee empezó a vibrar en el bolsillo interior de su chaqueta e, instantes después, sonó la banda sonora de la teleserie *Expediente X*. Gesticuló haciendo una mueca; de repente, aquello ya no le parecía tan divertido. Colocó la taza de té sobre la mesa, buscó el teléfono en el bolsillo interior y lo mantuvo dentro de su puño durante unos momentos antes de mirar la pantalla. Era el número extraordinariamente largo y cambiante que estaba esperando. Le sorprendió el hecho de que hubieran tardado tanto en dar con él; quizás estaban esperando que les entregara un

informe. Mantuvo el dedo sostenido sobre el botón verde, el correspondiente para contestar la llamada, pero sabía que en el instante en que lo pulsara los Inmemoriales sabrían su ubicación exacta. Dudaba de que pudiera vivir lo suficiente para acabar la taza de té.

El doctor John Dee volvió a introducir el teléfono en su bolsillo, que seguía vibrando, y tomó la taza de té.

Después, cogió el teléfono y marcó un número que se sabía de memoria. Su llamada fue atendida al primer tono.

—Necesito un favor.

Nicolas Maquiavelo se levantó bruscamente de la silla.

—*Favore?* —dijo sin darse cuenta de que estaba hablando en italiano.

—Un favor —dijo Dee en el mismo idioma—. No me cabe la menor duda de que ya te han llegado noticias sobre la pequeña dificultad en que me he encontrado.

—Estoy viendo las noticias; hablan sobre un incendio en Londres —comentó Nicolas a Dee de forma cautelosa, pues sabía que todo lo que decía podía estar grabándose—. Imagino que tienes algo que ver.

—Flamel y los demás huyeron en un coche —continuó Dee—. Necesito mantenerles en Londres.

—Entonces, ¿sigues persiguiéndoles?—preguntó Maquiavelo.

—Hasta mi muerte —respondió tajantemente el Mago—. Que podría llegar antes de lo que deseo. Pero prometí a mis maestros que cumpliría con mi deber. Y tú entiendes esa palabra, Maquiavelo, ¿o me equivoco?

El italiano asintió con la cabeza.

—Sí —respondió mientras volvía a sentarse en la silla—. ¿Qué quieres que haga por ti? —preguntó mientras miraba el reloj. Eran las 5.45 de la madrugada en París—. Ten en cuenta que vuelo a San Francisco en unas pocas horas.

—Necesito que hagas una llamada telefónica; eso es todo.

Maquiavelo permaneció en silencio; no estaba dispuesto a comprometerse tan fácilmente. Sabía que esa conversación podía ser realmente peligrosa. Su maestro y el del Mago eran opuestos, pero ambos deseaban lo mismo: el regreso de los Oscuros Inmemoriales a esta tierra. Y Maquiavelo debía adoptar una postura que dejara entrever su apoyo de todas las formas posibles. Una vez los Oscuros Inmemoriales volvieran a este planeta se produciría una lucha encarnizada por alcanzar el control del globo. Naturalmente, él esperaba que su maestro, junto con sus seguidores, triunfaran ante tal hazaña, pero en el caso de que los maestros de Dee se hicieran con el control le resultaría muy útil tener al Mago como aliado. Maquiavelo sonrió y se frotó las manos; sus maquinaciones le recordaron a aquella vieja época feliz de los Borgia.

—Como director del servicio secreto francés —continuó Dee —, debes de tener contactos con tus homólogos británicos.

—Por supuesto —empezó mientras decía que sí con la cabeza. De repente, supo lo que el Mago estaba a punto de proponerle—. Déjame que contacte con ellos. Les informaré de que los terroristas que atacaron París están ahora en Londres. No me cabe la menor duda de que las autoridades británicas se trasladarán en cuestión de

segundos a todos los aeropuertos y estaciones de tren para sellarlas.

—También necesitamos controles por tierra y mar.

—Eso también será posible —rio Maquiavelo—. Haré esa llamada ahora mismo.

Dee tosió.

—Estoy en deuda contigo.

—Lo sé —respondió Maquiavelo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Entonces, déjame que te pida un último favor —añadió Dee—. ¿Podrías retrasar el momento de informar a nuestros Inmemoriales sobre mi ubicación? Dame este último día para encontrar al Alquimista.

Maquiavelo vaciló; después anunció:

—No se lo diré a tu Inmemorial —dijo—, y sabes que soy un hombre de palabra.

—Lo sé.

—Tienes un último día —empezó el italiano, pero Dee ya había colgado el teléfono. Nicolas se recostó en el respaldo de su silla y tamborileó con el teléfono móvil en los labios. Empezó a marcar un número. Había prometido al Mago que no informaría a su maestro; pero sin lugar a dudas, a su propio maestro le encantaría conocer esa información.

En Londres, unos rayos anaranjados y rosados cruzaron unas nubes negruzcas y púrpuras que se distinguían en el horizonte. El Mago observó el cielo, intentando diferenciar cada matiz de color, observándolos intensamente mientras el té se le enfriaba. Sabía que

si no encontraba al Alquimista y a los mellizos éste sería el último amanecer que vería.

Capítulo 49

Cuando el sol desapareció tras la línea del horizonte, las temperaturas descendieron en picado y la brisa que soplaba por la bahía de San Francisco se tornó gélida y salada. Desde su posición, en el faro ubicado sobre el embarcadero, Perenelle alargaba el cuello para contemplar la isla. Aunque llevaba capas y capas de ropa y había recogido todas las mantas de las celdas para abrigarse, estaba temblando. Tenía los dedos de las manos y los pies tan entumecidos que había perdido toda sensibilidad y el frío era tan extremo que incluso mordió una manta mohosa para evitar castañetear los dientes.

No se atrevía a utilizar su aura para calentarse, pues la esfinge se había despojado de su tumba de hielo y pululaba por la isla.

Perenelle permanecía delante del capullo que envolvía a Areop-Enap, buscando cualquier señal de movimiento, cuando distinguió el inconfundible olor de la criatura en la atmósfera salada, una mezcla rancia de serpiente, león y plumas húmedas. Un instante más tarde,

el fantasma De Ayala apareció ante ella.

—Lo sé —anunció antes de que él pudiera hablar—. ¿Está todo preparado?

—*Así es* —respondió el fantasma—. *Pero ya hemos intentado esto antes...*

La sonrisa de Perenelle destelló en la oscuridad nocturna.

—Las esfinges son peligrosas y aterradoras... pero no especialmente brillantes —explicó mientras envolvía una manta alrededor de sus hombros sin dejar de tiritar—. ¿Dónde está ahora?

—*Merodea por el almacén de la casa del carcelero. Un matiz de tu aroma debe de seguir allí. Sin ánimo de ofender, Madame* —añadió rápidamente.

—Faltaba más. Es una de las razones por las que he preferido quedarme al aire libre esta noche. Espero que esta ráfaga de viento se lleve todas las esencias.

—*Es una buena estrategia* —acordó De Ayala.

—¿Y cómo está la criatura? ¿Qué aspecto tiene? —se preguntó la Hechicera en voz alta. Dio una palmadita en el capullo en cuyo interior estaba Areop-Enap y rápidamente se giró y se apresuró a salir de ahí.

El fantasma sonrió expresando su satisfacción.

—*Furiosa.*

La esfinge alzó una de sus monstruosas patas y la posó sobre el suelo con sumo cuidado. No pudo evitar poner una expresión de dolor cuando la sensación más extraordinaria, el dolor, le recorrió la pierna. Hacía tres siglos que no la herían. Cualquier herida

sanaría, cualquier corte y moratón se desvanecería en cuestión de horas, pero el recuerdo de su orgullo herido jamás desaparecería.

La habían vencido. Una humana la había derrotado.

Inclinando el cuello hacia atrás, respiró hondo y una lengua hendida y negra sobresalió de sus labios humanos. La lengua se enroscó, como si estuviera saboreando la atmósfera. Y de pronto, ahí estaba: una huella, un mínimo matiz del olor humano. Pero aquel edificio no tenía una bóveda, de forma que permanecía abierto a todos los elementos y recibía constantemente las brisas marinas y el rastro humano apenas era perceptible. La humana que estaba persiguiendo había estado ahí. La criatura se deslizó hacia la ventana. Sí: había estado justo ahí, pero no recientemente. Su lengua bífida se arrastró por los ladrillos. La Hechicera había posado su mano en ese preciso lugar. Giró la cabeza hacia una gigantesca apertura que había en el muro. La humana había cruzado ese agujero para salir al aire libre.

El rostro hermoso de la esfinge se arrugó cuando frunció el ceño. Replegó sus alas de águila alrededor de su cuerpo, se abrió camino entre los escombros que quedaban de aquella casucha en ruinas y salió al exterior, donde reinaba una noche fría.

No lograba detectar el aura humana, ni conseguía captar el aroma de su piel.

Sin embargo, la Hechicera seguía en la isla; era imposible que hubiera escapado. La esfinge había visto con sus propios ojos a las Nereidas en el agua y había distinguido el inconfundible olor a pescado perteneciente al Viejo Hombre del Mar. Había captado un fugaz vistazo de la Diosa Cuervo, que permanecía colgada como

una veleta asquerosa en lo más alto del faro, y aunque la esfinge había intentado comunicarse con ella en un abanico de lenguas, incluyendo las lenguas perdidas de Danu Talis, la criatura no había respondido. La esfinge se mostró indiferente; algunos seres de la Última Generación, como ella misma, preferían la noche; otros, en cambio, caminaban alumbrados por la luz del sol. Probablemente, la Diosa Cuervo estaba durmiendo.

A pesar de su corpulencia, la esfinge se movía con rapidez y agilidad por el embarcadero. Con cada paso se escuchaba el ruido de sus pezuñas en la piedra. Entonces captó una brizna del aroma humano, el olor a sal y carne.

Y entonces la vio.

Un movimiento, una sombra, un reflejo de una cabellera larga y la falda de un vestido ondeando en el aire.

Con un chillido aterrador de triunfo, la esfinge se dirigió hacia la mujer. Esta vez no escaparía.

Desde su posición de ventaja en el faro, Perenelle observó cómo la esfinge salía corriendo tras los pasos del fantasma de la mujer del carcelero.

Entre la oscuridad nocturna, la Hechicera distinguió el pálido contorno del rostro de De Ayala, que al ojo humano hubiera pasado completamente desapercibido.

—*Los fantasmas de Alcatraz están en sus posiciones. Guiarán a la esfinge hasta el otro extremo de la isla y la mantendrán ocupada durante el resto de la noche. Descansa ahora, Madame; duerme si puedes. ¿Quién sabe qué nos deparará el día de mañana?*

Capítulo 50

Dónde nos llevas? —preguntó Nicolas en tono suave—. ¿Por qué hemos abandonado la carretera principal?

—Problemas —dijo Palamedes en voz baja. Inclino el espejo retrovisor para contemplar mejor la parte trasera del taxi.

Sólo el Alquimista estaba despierto. Los mellizos estaban recostados y, de hecho, tan sólo el cinturón de seguridad les mantenía sentados. Gilgamés, en cambio, estaba tumbado y enroscado como un gato en el suelo, murmurando palabras en la lengua de Sumeria. Nicolas miró los ojos marrones y profundos del Caballero Sarraceno a través del espejo retrovisor.

—Sabía que algo ocurría cuando, de repente, el tráfico se hizo más denso —continuó el caballero—. En ese momento pensé que quizá se trataba de un accidente —explicó mientras tomaban unas cuantas curvas para adentrarse en senderos rurales extremadamente sinuosos y estrechos, repletos de vegetación, a ambos lados, que rozaba la chapa del vehículo—. Todas las

carreteras principales están bloqueadas; la policía está registrando cada coche.

—Dee —suspiró Flamel.

Se desabrochó el cinturón de seguridad y se deslizó hacia el asiento ubicado justo detrás del conductor. Se giró para poder observar al caballero a través de una esquina del espejo retrovisor.

—Tenemos que llegar a Stonehenge —dijo—. Es la única forma de salir de este país.

—Existen otras líneas telúricas. Podría llevaros hasta Holyhead, en Gales; o podríais coger el ferry hasta Irlanda. Newgrange sigue activa —sugirió Palamedes.

—Nadie sabe dónde desemboca Newgrange —comentó Nicolas con firmeza—. Y la línea telúrica de Salisbury me transportará directamente al norte de San Francisco.

El caballero dobló una esquina donde se alzaba una señal en la que se podía leer PROPIEDAD PRIVADA y se detuvo ante una valla de madera con cinco barras. Sin apagar el motor, se apeó del coche y deslizó el pestillo. Flamel se reunió con él y los dos hombres abrieron la puerta. Un caminito lleno de surcos conducía hacia un granero de madera destartado.

—Conozco al propietario —explicó Palamedes—. Nos esconderemos aquí hasta que todo se calme.

Flamel alargó la mano y agarró a Palamedes por el brazo. De repente, el Alquimista percibió el olor a clavos y apartó los dedos de la piel del caballero que, extrañamente, se había tornado dura y metálica.

—Tenemos que llegar a Stonehenge lo antes posible —dijo

mientras señalaba hacia la carretera por donde habían llegado—. Debemos de estar a unos tres kilómetros.

—Estamos bastante cerca —acordó Palamedes—. ¿Por qué tienes tanta prisa, Alquimista?

—Tengo que reunirme con Perenelle —explicó mientras se colocaba delante del caballero, obligándole a detener su paso—. Mírame, Sarraceno. ¿Qué ves?

Flamel levantó las manos; ahora, las venas azuladas de los brazos eran perfectamente visibles y tenía manchas de vejez esparcidas por toda la piel. Inclinando la cabeza hacia atrás, dejó al descubierto su cuello, repleto de arrugas.

—Me estoy muriendo, Palamedes —añadió brevemente el Alquimista—. No me queda mucho tiempo y, cuando fallezca, quiero estar con mi querida Perenelle. Tú estuviste enamorado una vez, Palamedes. Tienes que entenderlo.

El caballero resopló y después hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Vayamos al interior del granero y despertemos a los mellizos y a Gilgamés. Él ha aceptado formarlos en la Magia del Agua. Si se acuerda y lo hace, entonces nos dirigiremos enseguida hacia Stonehenge. Estoy seguro de que puedo encontrar el camino más rápido con mi GPS —comentó mientras agarraba a Flamel por el brazo—. No te olvides, Nicolas: una vez el rey inicie el proceso, las auras de los mellizos resplandecerán y cualquier persona o cosa sabrá dónde están.

Capítulo 51

A las 10.20 de la mañana, cinco minutos después de la hora en que su avión tenía programado el despegue, el vuelo Boeing 747 de Air France alzaba el vuelo del aeropuerto Charles de Gaulle con destino a San Francisco.

Nicolas Maquiavelo se acomodó en su asiento y ajustó su reloj a la hora local de San Francisco, retrasándolo nueve horas. Su reloj, ahora, marcaba la 1.20 de la madrugada. Reclinó su asiento, entrelazó los dedos y los posó sobre su estómago mientras cerraba los ojos y disfrutaba del lujo poco habitual de estar ilocalizable. Durante las siguientes once horas y quince minutos, nadie podría llamarle por teléfono o enviarle un correo electrónico o un fax. Si surgía una crisis, otra persona sería la encargada de manejar y solucionar el problema. No pudo evitar dibujar una sonrisa: eran como unas pequeñas vacaciones. Había pasado mucho tiempo, de hecho más de dos siglos, desde la última vez que se tomó un descanso más que merecido. Sus últimas vacaciones, en Egipto el

año 1798, se habían ido al traste cuando Napoleón invadió el país. La sonrisa desapareció y Maquiavelo sacudió la cabeza. El mismo había planeado y organizado la estrategia del curso para lograr una «federación de pueblos libres», además del Código Napoleón. Si los cursos hubieran seguido prestándole atención y acatando sus órdenes, Francia hubiera gobernado todo el continente europeo, África y Oriente Medio. Maquiavelo incluso había diseñado varios planes para invadir América por mar desde Canadá.

—¿Desea algo para beber, Monsieur?

Maquiavelo abrió los ojos y descubrió a una azafata de aspecto aburrido que le dedicaba una sonrisa. Dijo que no con la cabeza y añadió:

—No, gracias. Y por favor, no me vuelva a molestar en lo que queda de vuelo.

La mujer asintió.

—¿Quiere que le despierte para el almuerzo o la cena?

—No, gracias. Estoy siguiendo una dieta especial —explicó.

—Si nos lo hubiera dicho de antemano, podríamos haberle preparado un menú adecuado...

Maquiavelo levantó la mano, sugiriéndole así que se callara.

—Estoy perfectamente bien, gracias —finalizó. Después apartó la mirada de la azafata como si quisiera despedirse.

—Se lo comentaré al resto de la tripulación.

La azafata comprobó el estado de los otros tres pasajeros que viajaban en la cabina denominada «*L'Espace Affaires*». Un delicioso aroma a café recién hecho y pan recién horneado cubrió la atmósfera. El italiano cerró los ojos para intentar recordar cómo

sabía la comida de verdad, la comida fresca. Uno de los efectos secundarios del don de la inmortalidad era la disminución del apetito. Los humanos inmortales necesitaban alimentarse, pero sólo de combustible y energía. La mayoría de alimentos, a menos que incluyeran una alta cantidad de especias o azúcar, le resultaban insípidos. Se preguntaba si Flamel, que había conseguido ser inmortal por sí mismo en vez de solicitar la ayuda de un Inmemorial, sufría el mismo efecto secundario.

Y al acordarse de Nicolas no pudo evitar concentrarse en Perenelle.

El Inmemorial de Dee había sido claro: «No intentes hablar con ella, negociar con ella o razonar con ella. Máta-la en cuanto la veas. La Hechicera es infinitamente más peligrosa que el Alquimista».

Maquiavelo, gracias a su perseverancia y fuerza de voluntad, se había convertido en todo un experto en el lenguaje verbal y corporal. Sabía cuándo las personas estaban mintiendo; podía leerlo en su mirada, notarlo a través de ligeros movimientos con las manos, al retorcer los dedos o dar golpecitos en el suelo con el pie. Aunque no pudiera verlos directamente, toda una vida dedicada a escuchar a emperadores, reyes, príncipes, políticos y ladrones le había enseñado que no era precisamente lo que se decía, sino lo que no se decía, lo que desvelaba la verdad.

Los Inmemoriales de Dee le habían advertido de que la Hechicera era infinitamente más peligrosa que el Alquimista. No le habían indicado exactamente cuánto más... pero le habían desvelado que incluso ellos mismos, la temían. ¿Y por qué?, se preguntaba. Se trataba de una humana inmortal: poderosa, sí;

peligrosa, sin duda; pero ¿por qué asustaba a los Inmemoriales?

Ladeando la cabeza, Maquiavelo miró a través de la ventana ovalada. El vuelo 747 planeaba entre las nubes hasta alzarse a un cielo espectacularmente añil. Permitió que todos sus pensamientos vagaran por su mente, recordando a todos los líderes a los que había servido y manipulado a lo largo de los años. A diferencia de Dee, cuya fama había logrado trabajando como asistente personal de la reina Isabel además de su consejero público, él siempre había preferido operar tras el telón dejando una huella, realizando sugerencias, permitiendo que los demás se colgaran medallas por sus ideas. Siempre era mejor, y más seguro, pasar desapercibido. Un antiguo proverbio celta describía su opinión: «Es mejor existir desconocido a ojos de la ley». Siempre había imaginado que Perenelle también era así; prefería permanecer tras las bambalinas y dejar que su marido se llevara todo el mérito. Todo el mundo en Europa conocía el nombre de Nicolas Flamel. Sin embargo, pocos sabían de la existencia de Perenelle. El italiano asintió inconscientemente; ella era el poder que se escondía tras aquel hombre.

Maquiavelo había creado un archivo sobre el matrimonio Flamel que había ido actualizando a lo largo de los siglos. Las primeras notas sobre ellos estaban escritas en un pergamino con dibujos de colores vivos; después había conseguido un papel grueso, fabricado a mano, con esbozos trazados con pluma y tinta y, más tarde, había incluido papeles con fotografías pintadas. Los archivos más recientes eran digitales y contenían instantáneas y vídeos de alta resolución. Había mantenido los documentos

originales, pero también los había escaneado e importado a su base de datos codificada. Le resultaba frustrante poseer tan poca información acerca de Nicolas y, menos todavía, de la Hechicera. Poco se sabía de aquella mujer. En un informe francés del siglo xiv se sugería que, cuando contrajo matrimonio con Nicolas, ella era viuda. Cuando el Alquimista falleció, toda su herencia cayó en manos del sobrino de Perenelle, un jovencito llamado Perrier. Maquiavelo sospechaba, aunque no tenía prueba de ello que sustentara su hipótesis, que Perrier era un hijo de su primer matrimonio. Éste poseía todos los papeles y pertenencias del Alquimista... pero desapareció sin más de la historia. Siglos más tarde, una pareja que reclamaba ser descendiente de la familia de Perrier apareció en París, pero rápidamente el cardenal Richelieu les arrestó. El cardenal se vio obligado a liberarlos al darse cuenta de que ellos no sabían nada sobre su famoso antecesor y no tenían ninguno de sus libros o escritos. Perenelle era un misterio.

Maquiavelo había invertido una fortuna en pagos a espías, librerías, historiadores e investigadores para que vigilaran muy de cerca a la misteriosa mujer, pero incluso ellos apenas habían descubierto algo interesante sobre ella. Cuando él libró una batalla cara a cara con ella en Sicilia, en el año 1669, averiguó que la Hechicera tenía acceso a un poder extraordinario, casi puro. Con más de un siglo de aprendizaje, había luchado contra ella haciendo uso de una combinación de hechizos mágicos y alquímicos de todo el mundo, pero Perenelle logró esquivarlos gracias a una apabullante demostración de brujería. Por la noche, él ya estaba agotado y su aura se había desgastado casi hasta su límite; sin

embargo, Perenelle aún parecía tener energía y estar serena. Si el volcán Etna no hubiera entrado en erupción para finalizar el combate, sin duda alguna ella le habría destruido o provocado que su aura entrara en combustión espontáneamente hasta consumir su cuerpo. Días más tarde, el italiano cayó en la cuenta de que probablemente fueron las energías que ellos mismos habían liberado lo que causó la erupción.

Nicolas Maquiavelo se abrigó con una manta de lana suave y pulsó el botón que, con sumo cuidado, convertía su cómodo asiento en una cama de 1,80 m. Se recostó y cerró los ojos mientras respiraba hondamente. No podría dejar de pensar en la Hechicera durante las próximas horas, pero una cosa estaba clara como el agua: Perenelle asustaba a los Oscuros Inmemoriales. En general, la gente sólo teme a aquellos que pueden destruirles. Una última idea se le pasó por la cabeza: ¿quién, o qué, era Perenelle Flamel?

Capítulo 52

El taxi se topó con un bache y la sacudida despertó a los mellizos.

—Lo siento —dijo Palamedes con tono alegre. Moviéndose con rigidez, con los brazos y el cuello entumecidos por la postura que habían adoptado para descansar, Sophie y Josh se desmerearon. De forma casi automática, Josh intentó desenredarse la maraña de cabello. Bostezó varias veces mientras miraba a través de la ventana, parpadeando por la intensidad de los rayos de sol.

—¿Esto es Stonehenge? —preguntó observando el campo de hierba coloreado por miles de flores silvestres. Entonces vio la realidad y respondió su propia pregunta con voz de alarma—: Esto no es Stonehenge.

Se giró en el asiento y clavó una mirada desafiante en el Alquimista.

—¿Adónde nos llevas?

—Todo está bajo control —avisó Palamedes desde delante—. Hay controles de policía en la carretera principal. Nos hemos

desviado sólo un poco.

Sophie pulsó un botón y la ventanilla automática se deslizó hacia abajo. De inmediato, el interior del vehículo se cubrió del perfume de la hierba. La joven estornudó y enseguida se percató de que podía distinguir las esencias de cada una de las flores silvestres. Sacando la cabeza por la ventanilla del coche, giró el rostro hacia el sol y el despejado cielo azul. Cuando abrió los ojos, una mariposa al-mirante danzó ante su mirada.

—¿Dónde estamos? —le preguntó a Nicolas.

—No tengo ni idea —admitió en voz baja—. El caballero conoce este lugar. Supongo que estamos cerca de Stonehenge.

El coche volvió a sacudirse con un bache del sendero y Gilgamés se despertó de forma ruidosa y lenta. Tumbado en el suelo, bostezó y se desperezó. Unos instantes más tarde se sentó y miró a través de la ventana, entornando los ojos por la cegadora y brillante luz solar.

—No he salido del país desde hace tiempo —dijo con tono contento. Miró a los mellizos y frunció el ceño. Después les saludó —: Hola.

—Hola —respondieron Josh y Sophie simultáneamente.

—¿Alguna vez alguien os ha dicho que os parecís tanto que incluso podríais ser hermanos? —comentó mientras se sentaba con las piernas cruzadas en el suelo. Pestañeó y frunció otra vez el ceño —. Sois hermanos. Sois los mellizos de la leyenda. ¿Por qué no os llaman los mellizos legendarios?

Los mellizos se entrecruzaron miradas y negaron con la cabeza. Estaban confundidos. Al mismo tiempo, Gilgamés ladeó la suya

para contemplar al Alquimista y, de repente, su expresión se tornó amarga.

—A ti sí que te conozco. Jamás te olvidaré —declaró. Después, volvió a girarse hacia los mellizos y se explicó—: Él intentó matarme, ¿lo sabíais? Claro que sí, vosotros estabais allí.

Sophie y Josh dijeron que no con un movimiento de cabeza.

—Nosotros no estábamos allí —explicó Josh con amabilidad.

—¿Cómo que no?

El rey andrajoso recostó la espalda sobre el suelo y se llevó las manos a la cabeza, frotándose el cráneo con fuerza excesiva.

—Oh.. Perdonad a este anciano. He vivido mucho tiempo. Demasiado, demasiado tiempo, y recuerdo muchas cosas, más de las que he olvidado. Tengo recuerdos y sueños que se mezclan y me confunden. En mi cabeza danza un cúmulo de pensamientos que me despista —explicó. Hizo una mueca, como si estuviera sintiendo dolor, y cuando volvió a hablar sólo se percibió una tremenda tristeza y pérdida en su tono de voz—. A veces es difícil diferenciar cuál es cuál, saber con precisión lo que ocurrió y lo que tan sólo me imaginé.

Buscó entre todos sus voluminosos abrigos y extrajo un fajo grueso de papeles que había unido con un lazo.

—Lo escribo todo —dijo rápidamente—. Es la única forma de acordarme.

Pasó las páginas con el pulgar. Había pedazos de hojas arrancadas de libretas, cubiertas de libros en rústica, recortes de periódicos, menús de restaurantes y trozos de servilletas, pergaminos gruesos, incluso láminas finísimas de cobre y corteza de

roble. El rey había recortado cada pedazo de forma que todos tuvieran más o menos el mismo tamaño. En cada uno de los trozos se podía distinguir una escritura minúscula y raspada. Contempló a Sophie y a Josh.

—Algún día escribiré sobre vosotros para acordarme — prometió. Después desvió la mirada hacia Flamel y agregó—: Y también escribiré sobre ti, Alquimista, para que jamás te olvide.

De repente, Sophie parpadeó y las imágenes se fragmentaron mientras dos lágrimas brotaban de sus ojos. Dos gotas plateadas se deslizaron por sus mejillas.

El Rey, muy lentamente, se apoyó sobre las rodillas para colocarse ante ella y alargó el brazo para rozar el líquido plateado con su dedo índice. Las lágrimas se retorcieron como si fueran mercurio por la uña de Gilgamés. Concentrándose al máximo jugueteó con las lágrimas, que se balancearon entre sus dedos pulgar e índice. Cuando alzó la vista, no había ni rastro de confusión en su mirada, ni dudas en su rostro.

—¿Sabes cuándo fue la última vez que alguien lloró una lágrima por Gilgamés el Rey? —preguntó con un tono alto y mandatario, con un acento extraño al pronunciar su nombre—. Oh, hace una eternidad. En un tiempo antes del tiempo, en un tiempo antes de la historia.

Las lágrimas plateadas se unieron en la palma del rey y éste cerró la mano como si quisiera conservar el líquido en el interior del puño.

—Hubo una vez una chica que lloraba lágrimas plateadas, que lloraba por un príncipe de la tierra, que lloraba por mí y por el

mundo que estaba a punto de destruir —dijo mientras observaba a Sophie sin parpadear—. Joven, ¿por qué lloras por mí?

Incapaz de musitar palabra, Sophie negó con la cabeza. Josh rodeó a su hermana con el brazo.

—Dímelo —insistió Gilgamés.

Sophie tragó saliva y volvió a sacudir la cabeza.

—Por favor. Me gustaría saberlo.

Sophie inspiró hondo y, cuando se decidió a hablar, su voz apenas era un susurro.

—Albergo los recuerdos de la Bruja de Endor en mi interior. He pasado todo el tiempo intentando mantener alejados sus pensamientos... y aquí estás tú, intentando recordar tu propia vida, dejando por escrito tus ideas para no olvidarlas. De repente me he preguntado cómo sería no saber ciertas cosas, no recordarlas.

—Eso es —acordó Gilgamés—. Nosotros, los humanos, no somos más que la suma de nuestros recuerdos.

El Rey volvió a sentarse apoyando la espalda en la puerta y con las piernas estiradas ante él. Observó detenidamente el cúmulo de páginas colocadas sobre las rodillas. Un instante después, extrajo un lápiz minúsculo y empezó a escribir.

El Alquimista se inclinó hacia delante y, durante un breve instante, pareció que tenía la intención de colocar la mano sobre el hombro del Rey. Pero entonces reculó y, con suma amabilidad, preguntó:

—¿De qué te estás acordando ahora, Gilgamés?

El Rey posó su dedo índice sobre la página, frotando las lágrimas plateadas en el papel.

—Del día en que alguien se preocupó y lloró una lágrima por mí.

Capítulo 53

Final del trayecto —anunció Palamedes mientras echaba el freno y aparcaba el taxi delante del granero. Una nube de polvo emergió del suelo cuando el coche derrapó y enturbió las ventanillas del vehículo. De inmediato, Gilgamés abrió la puerta y se apeó para disfrutar del frescor de la mañana, girándose hacia el sol y abriendo los brazos de par en par. Los mellizos le siguieron los pasos y sacaron de sus bolsillos las gafas de sol baratas que el Alquimista les había comprado.

Flamel fue el último en salir del taxi. Se giró para contemplar al caballero, que no hizo ademán alguno de apagar el motor o salir del coche.

—¿No te quedas? —preguntó Nicolas.

—Voy al pueblo más cercano —explicó Palamedes—. Compraré algo de comida y agua. A ver si puedo averiguar qué está ocurriendo —dijo. Señaló al rey con la mirada y bajó el tono de voz—: Ten cuidado. Sabes con qué rapidez puede cambiar de

parecer.

El Alquimista giró ligeramente el espejo retrovisor, adaptando el ángulo para poder observar cómo Gilgamés y los mellizos exploraban los alrededores del granero. La edificación yacía en la mitad de un campo de hierba. Antiguas y cubiertas de maleza, las paredes estaban construidas a partir de vigas oscuras y gruesas y barro. Las puertas, en cambio, pertenecían a una época más reciente, así que el Alquimista supuso que las habían colocado alrededor del siglo XIX. Pasado el tiempo las dos puertas estaban torcidas y, de hecho, la derecha sólo se sostenía en la estructura por una única bisagra de cuero. La parte inferior de ambas puertas estaba carcomida por las mordeduras de animales y podrida a causa del tiempo.

—El chico será el primero en entrar —dijo Palamedes mirando al Alquimista por encima del hombro.

Flamel asintió en silencio.

—Sin embargo, tienes que tener cuidado con él —aconsejó el caballero—. Debes separarlo de la espada.

Nicolas ajustó el espejo cuidadosamente. Observó cómo Josh extraía a *Clarent* del tubo de cartón y se deslizaba hacia el interior del granero, seguido por su hermana melliza y, detrás, el Rey.

—Necesitaba un arma —se justificó el Alquimista—, necesitaba algo con que protegerse.

—Es una lástima que fuera precisamente esa arma. Existen otras espadas menos peligrosas, menos... hambrientas.

—Le pediré que me la devuelva cuando aprenda una de las magias elementales —prometió Flamel. Palamedes gruñó.

—Lo intentarás, pero dudo que lo consigas —dijo mientras arrancaba el coche—. Tengo que irme. Volveré en cuanto pueda.

—¿Estamos a salvo aquí? —preguntó Flamel al caballero mientras echaba un vistazo a su alrededor.

El campo estaba rodeado por unos robles retorcidos; Nicolas no lograba avistar ninguna señal que le indicara la existencia de algún edificio cercano o líneas telúricas al alcance.

—¿Existe alguna posibilidad de que el dueño aparezca?

—Ninguna —respondió Palamedes con una risita—. Shakespeare es el dueño todo lo que lo rodea está bajo su posesión. Tiene propiedades por toda Inglaterra —Colocó el navegador por satélite en el parabrisas—. Todos sus terrenos y propiedades están registrados aquí; fue así como logré ponerlos a salvo.

Nicolas sacudió la cabeza.

—Jamás imaginé que Will se convirtiera en un inversor inmobiliario, aunque tampoco se me pasó por la cabeza que pudiera ejercer: como mecánico.

El caballero hizo un gesto afirmativo.

—Él fue, y sigue siendo, un actor. Interpreta muchos papeles. Sé que empezó a comprar propiedades por allá en el siglo XVI, cuando aún escribía. Siempre dijo que ganaba más dinero de las propiedades que de sus obras de teatro. Pero no te creas ni la mitad de lo que dice; puede ser un gran mentiroso.

Palamedes pisó el acelerador y giró el volante obligando así al taxi negó a dibujar un semicírculo en el suelo. Flamel no se apartó de la ventanilla del conductor mientras el caballero realizaba la

maniobra.

—El granero es invisible desde la carretera. Cerraré la valla al salir.

El caballero clavó la mirada en Flamel y, un instante más tarde, alzó la barbilla para señalar la ruinoso estructura.

—¿Es verdad que intentaste matar al Rey la última vez que os visteis?

Nicolas negó con la cabeza.

—A pesar de lo que pienses de mí, señor Caballero, no soy ningún asesino. En 1945, Perenelle y yo estábamos trabajando en Alamogordo, en Nuevo México. Era, sin lugar a dudas, el trabajo idóneo para un alquimista. Aunque nuestro trabajo podía clasificarse como secreto y reservado, Gilgamés descubrió, de algún modo desconocido, lo que estábamos planeando.

—¿Y qué estabais planeando? —preguntó Palamedes, confundido.

—Detonar la primera bomba atómica. Gilgamés quería colocarse debajo de ella cuando estallara. Decidió que era la única manera de poder morir.

El gigantesco rostro del Caballero Sarraceno expresó lástima y compasión.

—¿Qué le ocurrió? —preguntó en voz baja.

—Perenelle le mantuvo encerrado en un manicomio para su propia protección. Se pasó diez años allí hasta que se llegó a la conclusión de que era seguro permitirle escapar.

Palamedes gruñó.

—Ahora entiendo por qué te desprecia —dijo. Y antes de que

el Alquimista pudiera responder, el caballero aceleró el motor y se marchó dejando una estela de polvo tras el vehículo.

—Yo también lo entiendo —murmuró Nicolas. Esperó hasta que el polvo se desvaneció. Después, dio media vuelta y se dirigió hacia el granero. Esperaba que Gilgamés no recordara todo lo ocurrido, sobre todo la parte en la que estuvo encerrado en el manicomio, hasta que hubiera enseñado a los mellizos la tercera magia elemental. Una idea se le cruzó por la mente en el mismo instante que atravesaba el umbral de la puerta del granero: dado su estropeado estado mental, ¿sería el Rey capaz de recordar la antigua Magia del Agua?

Capítulo 54

Josh se adentró cautelosamente en el granero, con *Clarent* firme entre sus manos. Los diminutos cristales de cuarzo del filo de piedra de la espada estaban mates y sin brillo. Avanzó lentamente y, con cada paso que dio cayó en la cuenta de que conocía perfectamente los alrededores. Aunque sabía que jamás había estado allí antes, también sabía con una certeza absoluta que sería capaz de navegar por el espacio con los ojos cerrados.

El granero estaba cerrado, el ambiente era cálido y se distinguía claramente la esencia a heno viejo y hierba seca. Criaturas ocultas susurraban en los rincones, las palomas arrullaban posadas en las vigas de madera y Josh pudo diferenciar, sin duda alguna, a un zángano que sobrevolaba un avispero ubicado en lo más alto de una esquina. Una hilera de insectos entraba y salía del avispero. Allí habían almacenado, y abandonado, todo tipo de maquinaria granjera; Josh creyó reconocer un arado antiguo además de los restos achaparrados de un tractor, con las ruedas carcomidas y

convertidas en trizas. Cada pedazo de metal estaba cubierto por una gruesa capa de óxido marrón rojizo. Las cajas de madera y los barriles, todos vacíos, estaban esparcidos por el granero de forma desordenada y un banco de trabajo, que tan sólo estaba formado por dos trozos de madera apoyados sobre unos bloques de cemento, había sido construido junto a una de las paredes. Los tablones estaban combados y retorcidos en los extremos. La montura de una bicicleta negra estaba colocada justo debajo del banco, aunque apenas se distinguía, pues la ocultaba una masa de hierba y ortigas.

—Este lugar está abandonado desde hace años —anunció Josh.

Estaba ubicado justo en el centro del granero y, al pronunciar sus palabras, dibujó un círculo sobre su propio eje. Descendió la espada y la colocó entre sus pies antes de cruzar los brazos sobre el pecho.

—Es seguro.

Gilgamés vagaba por el lugar mientras se quitaba capas de ropa y permitía que éstas cayeran en el suelo. Bajo todos los abrigos y lanas llevaba los restos de lo que, antaño, había sido un traje elegante. La chaqueta, oscura y de raya diplomática, tenía un aspecto algo grasiento y los pantalones, a juego con la chaqueta, se encogían en las rodillas y tenían la parte trasera brillante. El Rey iba ataviado con una camisa mugrienta y manoseada con cuello Mao. También se podían apreciar unos harapos que, una vez, pertenecieron a una bufanda que le rodeaba el cuello.

—Me gustan este tipo de lugares —dijo.

—A mí también me gustan los lugares viejos —acordó Josh—.

Pero ¿qué te gusta especialmente de un lugar como éste?

El rey abrió los brazos de par en par.

—¿Qué ves?

Josh gesticuló una mueca.

—Trastos viejos. Un tractor oxidado, un arado roto, una bicicleta abandonada.

—Ah... pero yo veo un tractor que una vez se utilizó para labrar estos campos. Veo un arado que una vez funcionó. Veo una bicicleta cuidadosamente colocada debajo de una mesa para mantenerla protegida.

Josh volvió a girarse, observando todos los objetos una vez más.

—Y veo estas cosas y me asombra la vida de la persona que, con sumo cuidado, guardó el preciado tractor y el asombroso arado en el granero para mantenerlos a salvo de la lluvia, y colocó su bicicleta debajo de una mesa hecha a mano.

—¿Por qué te asombra? —preguntó Josh—. De hecho, ¿por qué es importante?

—Porque alguien tiene que recordarlo —respondió bruscamente Gilgamés con un tono molesto—. Alguien debe recordar a la persona que montó en esa bicicleta y condujo el tractor; a la persona que labró los campos; a la persona que nació, vivió y murió; que amó, rio y lloró; a la persona que tiritaba cuando hacía frío y sudaba cuando hacía calor —merodeó una vez más por el granero, acariciando cada objeto hasta que las palmas de las manos se le llenaron de óxido rojo—. Sólo cuando nadie te

recuerda es cuando realmente estás perdido. Ésa es la verdadera muerte.

—Entonces tú siempre serás recordado, Gilgamés — interrumpió Sophie suavemente. Estaba sentada sobre un barril boca abajo, contemplando al Rey con atención—. *La épica de Gilgamés* sigue a la venta incluso hoy.

El Rey se detuvo y ladeó la cabeza mientras consideraba el comentario.

—Supongo que es verdad.

Sonrió abiertamente y se limpió las manos en los pantalones, dejando una marca rojiza en la tela desteñida.

—La leí una vez. No me gustó. Algunas partes son ciertas, pero se dejaron las mejores.

Flamel cerró de golpe la puerta y el granero se quedó completamente a oscuras.

—Podrías escribir tu propia versión —ofreció Flamel—. Contar tu historia, la verdadera historia.

El Rey se carcajeó y el sonido retumbó en las paredes. Las palomas batieron las alas desde lo más alto de las vigas.

—¿Y quién me creería, eh, Alquimista? Si relatara la mitad de lo que sé, me encerrarían enseguida... —Su voz fue perdiendo intensidad a medida que los ojos se le nublaban.

Nicolas enseguida dio un paso al frente e hizo una enorme reverencia, un movimiento cortés de época antigua. Sabía que debía retomar el control de la situación antes de que Gilgamés empezara a recordar.

—Majestad, ¿cumplirás con tu promesa y enseñarás a los

mellizos la Magia del Agua?

Sin apartar la mirada del Alquimista, el Rey asintió lentamente con la cabeza.

—Lo haré.

Flamel se incorporó, pero los mellizos fueron lo suficientemente rápidos como para observar fugazmente su expresión triunfal.

—Sophie ha recibido formación en Aire y Fuego. Josh, en cambio, ninguna, así que no tiene la menor idea de lo que le espera —advirtió.

Josh dio un paso hacia delante.

—Sólo dime qué tengo que hacer —ordenó con entusiasmo e impaciencia. Le dedicó una sonrisa de oreja a oreja a su hermana y anunció—: Empezaremos a ser mellizos de verdad otra vez.

Sophie sonrió.

—No se trata de una competición. —¡Quizá no para ti!

Gilgamés cogió un barril y lo colocó sobre el suelo, justo al lado de Sophie.

—Ven y siéntate junto a tu hermana.

—¿Qué quieres que haga yo? —preguntó Flamel apoyándose en la puerta y con las manos metidas en los bolsillos traseros de los téjanos.

—No digas ni hagas nada. Ocúpate únicamente de no cruzarte en mi camino —dijo de forma tajante Gilgamés. Miró al Alquimista con una mirada encendida y añadió—: Cuando todo esto acabe, tú y yo tendremos una charla... sobre la década que pasé encerrado. Me debes una explicación.

Nicolas Flamel asintió con rostro impasible.

—Este proceso —inquirió—, ¿activará las auras de los mellizos?

El Rey ladeó ligeramente la cabeza, pensándose así la respuesta.

—Posiblemente. ¿Por qué?

—Sus auras actuarán como un faro brillante. Quién sabe qué atraerá. Gilgamés asintió.

—Déjame ver qué puedo hacer. Existen varias formas de transmitir esta sabiduría.

El Rey se sentó con las piernas cruzadas sobre el suelo, justo delante de los mellizos, y, con entusiasmo y vigor, se frotó las manos.

—Bueno, ¿por dónde empezamos? —preguntó.

De repente, Josh se dio cuenta de que se estaban entregando en bandeja a un vagabundo chalado que a veces olvidaba su propio nombre. ¿Cómo era posible que ese hombre se acordara de una magia tan ancestral? ¿Qué ocurriría si se olvidaba del proceso a medio camino?

—¿Has hecho esto antes? —preguntó cada vez más preocupado.

El Rey alargó los brazos y tomó a Sophie por la mano derecha y a Josh por la izquierda mientras les dedicaba una mirada seria.

—Sólo una vez. Y no acabó bien.

—¿Qué ocurrió?

Josh intentó soltarse de la mano del inmortal, pero Gilgamés la sostuvo con fuerza. La piel del Rey era tan áspera como la corteza de un árbol.

—Inundó el mundo. Ahora, cerrad los ojos.

De inmediato, Sophie cerró los ojos, pero Josh prefirió mantenerlos abiertos. No podía dejar de observar al Rey. El inmortal giró la cabeza para mirarle y, de forma repentina, sus ojos brillantes e imperturbables se tornaron gigantescos. Acto seguido, Josh notó un retortijón, náuseas y vértigo. Sintió como si estuviera siendo lanzado hacia arriba... después se desplomó hacia abajo... y volvió a ascender, y todo al mismo tiempo. Apretó los ojos en un intento de aislar las escalofriantes sensaciones, pero la imagen de los ojos azules del Rey seguía clavada en su retina, creciendo cada vez más y más mientras unos hilos blancos empezaban a retorcerse ante él. Le recordaban a... a... a... nubes.

La voz de Gilgamés retumbó en el interior del granero.

—Y ahora, pensad en...

Capítulo 55

Agua.

Josh abrió los ojos.

Un gigantesco planeta azul planeaba en el espacio. Unas nubes blancas se arremolinaban por toda su superficie; el hielo brillaba en los polos de la esfera.

Y entonces él caía, zambulléndose en el planeta, precipitándose hacia los resplandecientes océanos azules. Fuerte y autoritaria, la voz de Gilgamés bramaba y retumbaba a su alrededor, subiendo y bajando como las olas del océano.

—Se dice que la Magia del Aire, o del Fuego, o incluso la de la Tierra, es la magia más poderosa de todas. Pero no es cierto. La Magia del Agua supera todas las demás, ya que el agua puede dar vida y traer muerte.

Completamente mudo, incapaz incluso de moverse o girar la cabeza, Josh seguía desplomándose entre las nubes mientras observaba cómo el mundo crecía, cómo aparecían nuevas y vastas

masas de tierra, aunque no lograba reconocer ninguna de ellas. Entonces empezó a correr en dirección a un punto rojo en el horizonte, cubierto por unas nubes oscuras y densas que también ofrecían sombra a unos mares de hierba verde que se agitaban con el sople del viento.

Volcanes. Una docena de ellos estaban alineados a orillas del mar; parecían unos monstruos gigantescos que escupían fuego y rocas fundidas a la atmósfera. Los mares bramaban y una espuma blanca rodeaba a la gigantesca roca ardiente y bermeja.

—El agua puede extinguir el fuego. Incluso la lava del corazón de la tierra no puede vencer a este elemento.

Cuando la lava golpeó el oleaje marino, se enfrió en un estallido de humo. Un paisaje humeante y oscuro de magma congelado se formó debajo de las ondas marinas.

Josh volvía a planear por el cielo y el único sonido que lograba percibir era la voz del Rey, que, de repente, se asemejaba al latido de un corazón; vigorosa pero tranquilizadora, como el romper de las olas en un acantilado lejano. El joven se alejó del anillo de fuego, dirigiéndose hacia el este, hacia un amanecer. Las nubes se congregaron bajo sus pies; espirales blancas daban paso a pelotas esponjosas que se espesaban y después florecían formando una extensión de nubes tormentosas y enturbiadas.

—Sin agua, la vida no existe...

Josh se derrumbó entre las nubes. Los rayos destellaban silenciosamente a su alrededor mientras una lluvia torrencial rociaba unos bosques exuberantes y verdes donde unos árboles increíblemente altos y unos helechos gigantescos cubrían la tierra.

El paisaje volvió a cambiar, y las imágenes parpadeaban cada vez más y más rápido. Sobrevoló por encima de un páramo desierto donde unas vastas dunas ondeaban en todas direcciones. Un único punto de color le arrastró hacia abajo, abajo, abajo, hacia un oasis en el que unos árboles de color verde esmeralda se apiñaban alrededor de una piscina centelleante.

—La raza humana puede sobrevivir con pocos alimentos, pero no puede sobrevivir sin agua.

Josh volvió a alzar el vuelo y descendió sobre un imponente río que serpenteaba entre altas montañas irregulares. En cada orilla curvada, Josh pudo distinguir diminutos puntos de luz; se trataba de cabañas con una hoguera en el centro que brillaba en la oscuridad. Corriendo a lo largo del borde del río, Josh era consciente de que el tiempo se aceleraba. Décadas y después siglos se sucedían con cada latido del corazón. Las tormentas arremetían contra las montañas, erosionándolas, suavizándolas, desgastándolas. Las cabañas de paja cambiaban su apariencia utilizando lodo, después madera y más tarde piedra; entonces aparecieron las casas fabricadas a partir de bloques de piedra, rodeadas por una muralla; un castillo se alzó y se desmoronó para ser sustituido por una aldea ligeramente más grande; después por un pueblo de casas de piedra y madera; más tarde creció una ciudad en que el mármol tallado y las ventanas de cristal destellaban en la luz y, finalmente, se transformó en una metrópolis moderna donde destacaba el cristal y el metal.

—La raza humana siempre ha construido sus ciudades en las riberas de los ríos y en las costas marinas.

El río dio paso a un inmenso océano. El sol pasó como una centella por el cielo, moviéndose de forma tan veloz que apenas uno podía distinguirlo en la bóveda celeste.

—El agua siempre ha sido la guía para la humanidad...

Unos barquitos navegaban por el agua; primero canoas, después botes con remos, más tarde barcos con velas y, por último, transatlánticos y barcos petroleros.

—... su despensa...

Una flota de barcos pesqueros arrastraban unas redes gigantescas del océano. —... y su condena.

El océano, inmenso y agitado, de un color amoratado, golpeaba una aldea costera completamente aislada. Inundó los barcos, arrancó los puentes y dejó un rastro de devastación a su paso.

—Nada puede enfrentarse a la furia del agua...

Una gigantesca columna de agua destruyó la calle de una ciudad moderna, inundando sus casas, llevándose con su flujo todos los vehículos aparcados.

De repente, Josh volvía a deslizarse hacia arriba, abandonando la tierra bajo sus pies y la voz del Rey se desvaneció hasta convertirse en un suave murmurio, como el siseo de las olas sobre la arena.

—El agua trajo vida a este planeta. El agua que a punto estuvo de destruirlo.

Josh descendió la mirada y contempló el planeta azul. Éste era el mundo que él reconocía. Diferenció la forma de los continentes y los países, la extensión de América del Norte y América del Sur y el contorno de África. Pero de pronto se percató de que había algo

raro en el perfil de las masas de tierra. No eran tal y como él las recordaba de su clase de geografía. Parecían más grandes y menos definidas. El Golfo de México parecía más pequeño, no lograba encontrar el Golfo de California y el Caribe era, sin duda alguna, de un tamaño menor. No era capaz de distinguir la inconfundible forma de Italia en el Mediterráneo y las islas de Irlanda y gran Bretaña eran tan sólo un bulto sin forma alguna.

Y mientras contemplaba estos cambios, el mar azul empezó a cubrir la tierra, sumergiéndola, inundándola.

Josh cayó hacia el agua, hacia el azul del océano. Y Gilgamés pestañeó y miró hacia otro lado. Entonces los mellizos se despertaron.

Capítulo 56

Francis, el conde de Saint-Germain, se giró en el asiento del conductor para mirar a Scathach por encima del hombro.

—¿Y tú no puedes verlo?

Scathach se inclinó hacia delante, entre Saint-Germain y Juana, que permanecía en el asiento del copiloto, y observó a través del cristal parabrisas. Justo enfrente de ella se alzaba la inmensa fachada de la majestuosa catedral de Notre Dame que, ahora, estaba completamente arruinada. Las gárgolas y grotescos, famosos en todo el mundo y que habían decorado la parte frontal del antiguo monumento, no eran más que escombros esparcidos por la plaza. Grupos de académicos procedentes de todos los rincones de Francia, rodeados por voluntarios y estudiantes, se arremolinaban alrededor de la catedral, intentando juntar las piezas de piedra negra. Todos los pedazos de piedra más grandes tenían una pequeña etiqueta numerada pegada en ellos.

—¿Qué estoy buscando? —preguntó la Guerrera.

Saint-Germain apoyó ambas manos sobre el volante del Renault negro y alzó la barbilla, señalando así el centro de la plaza donde yacían desparramados los restos de piedra.

—¿No puedes ver un pilar de luz dorada?

Scathach entornó sus ojos verde hierba, miró de un lado a otro, buscando aquel pilar y, finalmente, dijo:

—No.

El conde miró a su esposa.

—No —dijo Juana de Arco.

—Está ahí —insistió Saint-Germain.

—Y no lo dudo —comentó rápidamente Scathach—. Pero no logro visualizarlo.

—Pero yo sí —caviló Saint-Germain en voz alta—. Bueno, esto es un misterio —añadió con tono de satisfacción—. Pensé que todo el mundo podría verlo.

Juana alargó el brazo, clavó los dedos, tan fuertes como el hierro, sobre el brazo de su marido y le apretó la piel lo suficientemente rápido como para hacerle callar.

—Puedes intentar averiguarlo después, cariño. Ahora tenemos que irnos.

—Oh, claro que sí.

El conde apartó su cabellera negra de la frente y señaló el centro de la plaza.

—Dos líneas telúricas conectan la costa oeste norteamericana con París. Las dos son increíblemente antiguas y una, de hecho ésta, circunnavega el globo, uniendo así todos los lugares

primigenios y poderosos —explicó. Entonces giró el espejo retrovisor para poder mirar a Scathach—. Cuando tú, Nicolas y los mellizos llegasteis, aparecisteis en la línea telúrica que desemboca en la basílica del Sagrado Corazón, en Montmartre. Teóricamente no tendría que haber funcionado, pero es obvio que la Bruja de Endor era tan poderosa que pudo activarla.

—Francis —avisó Juana—, no tenemos tiempo para una lección de historia.

—Sí, sí, sí. Bueno, la otra línea telúrica, mucho más poderosa, se halla en el Punto Cero, fuera de la catedral de Notre Dame, en el centro de la ciudad.

—¿Punto Cero? —preguntó Scathach.

—Punto cero —repitió el conde señalando la catedral—. El mismísimo corazón de París; este lugar ha sido especial durante milenios. Es el punto desde dónde se miden todas las distancias de la capital francesa.

—A veces me he preguntado por qué se escogió este lugar en particular —dijo Juana—. Supongo que no fue una elección al azar o accidental, ¿verdad?

—No. La raza humana ha venerado este emplazamiento, incluso antes de la invasión romana. Siempre ha sentido una especie de atracción por este lugar y otros parecidos. Quizás, en algún punto de su ADN, las personas recordaban que aquí había una línea telúrica. Existen puntos ceros o kilómetros cero en casi cada capital del mundo, y siempre hay líneas telúricas cerca. Hubo un tiempo en que las usé para viajar alrededor del mundo.

Juana miró a su marido. Aunque se conocían desde hacía siglos

y habían contraído matrimonio recientemente, la inmortal se dio cuenta de que había muchas cosas que todavía no conocía sobre él. Juana señaló la catedral.

—¿Qué ves?

—Veo una columna dorada cuya luz alcanza los cielos.

Juana entornó los ojos intentando vislumbrar la columna entre los rayos de sol vespertinos, pero no logró distinguir nada. Cuando Scathach sacudió la cabeza, Juana de Arco observó fugazmente un rayo rojo sobre sus hombros.

—Estas columnas... ¿siempre son doradas? —preguntó. —No siempre: pueden ser doradas o plateadas. En mis viajes a Extremo Oriente descubrí agujas plateadas. Antes de perder la habilidad de ver con claridad creo que el ser humano era capaz de identificar líneas telúricas simplemente observando el cielo y buscando el rayo de luz plateado o dorado más cercano —relató. Después se giró hacia Scathach y preguntó—: ¿Los Inmemoriales podéis diferenciar las líneas telúricas?

Scathach se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea —respondió de forma distraída—. Yo no y, antes de que lo preguntes, nunca he oído que alguien de la Última Generación fuera capaz de distinguirlos.

La mujer, de aspecto juvenil, se colocó una mochila negra sobre los hombros y se anudó un pañuelo amplio y negro alrededor de la frente para impedir que los mechones pelirrojos le taparan la visión. Sus idénticas espadas cortas estaban envueltas en un trapo blanco que llevaba atado en su mochila.

—Entonces, ¿qué hacemos?

El conde revisó la hora en su reloj.

—Esta línea telúrica se activará exactamente a las 13.49 de la tarde; esta hora marca el mediodía en París, el momento en que el sol se encuentra en su cénit.

—Sé lo que significa el término mediodía —murmuró Scatty.

—Caminad directamente hasta el Punto Cero y permaneced allí. Sobre los adoquines encontraréis un círculo que rodea un rosetón en miniatura. El círculo está dividido en dos partes. Comprobad que las dos tenéis un pie en cada una de las partes. Yo me encargaré del resto —dijo Saint-Germain—. Cuando la línea se active, os enviaré a vuestro destino.

—¿Y los gendarmes? —preguntó Juana mientras se colocaba una mochila. Llevaba su espada introducida en un tubo que, antaño, había servido para transportar el trípode de una cámara.

—Yo también me ocuparé de eso —dijo Francis con una sonrisa que dejó descubierta su dentadura imperfecta—. Quedaos en el coche hasta que veáis a la policía hablando conmigo. Pase lo que pase no os detengáis hasta llegar al Punto Cero. Después, esperad.

—¿Y luego? —preguntó Scatty. Detestaba utilizar líneas telúricas. Le provocaban mareos, malestar y vómitos.

El conde encogió los hombros.

—Bueno, si todo va según lo previsto, llegaréis instantáneamente a la costa oeste de Norteamérica.

—¿Y si eso no ocurre? —preguntó Scatty alarmada mientras Saint-Germain se apeaba del coche—. ¿Qué pasa si todo no va según lo previsto? ¿Dónde acabaremos?

—¿Quién sabe? —respondió Francis alzando las manos—. Las líneas telúricas se abren con la fuerza del sol o la luna, dependiendo de la dirección que tomen. Supongo que siempre existe la posibilidad de que, si algo va mal, uno pueda emerger en el corazón del sol o en el lado oscuro de la luna. Esta línea va de este a oeste, así que se trata de una línea solar —añadió. Y, con una tierna sonrisa, finalizó—: Estarás bien.

Abrazó a Juana durante unos instantes y después la besó en la mejilla. Le susurró algo al oído que Scathach no logró interceptar. Juana se giró en el asiento y observó a la Guerrera.

—Manteneos a salvo. Sacad a Perenelle de esa isla y contactad conmigo. Ye mismo iré a buscaros.

El conde se apeó del coche, introdujo las manos en los bolsillos de su abrigo de cuero negro y empezó a pasear con aire tranquilo hacia el gendarme más cercano.

Juana se dio media vuelta para mirar a su amiga.

—Tienes esa expresión tan tuya —dijo.

—¿Qué expresión? —preguntó Scatty inocentemente y con los ojos brillantes.

—Yo la denomino cara de combate. Cambias la expresión, se torna más... angulada.

Alargó el brazo y acarició la mejilla de Scathach. Era como si la piel se le hubiera pegado a los huesos, definiendo claramente la calavera de su interior. Las pecas sobre su piel pálida se asemejaban a gotas de sangre.

—Es mi herencia vampira —sonrió la Sombra mostrando su dentadura salvaje—. Nos ocurre a todos los de mi clan cuando nos

entusiasmamos. Algunos bebedores de sangre no consiguen controlar el cambio y les altera completamente, convirtiéndoles en verdaderos monstruos.

—¿Estás entusiasmada por librar una batalla? —preguntó Juana en voz baja.

Scatty dijo que sí con la cabeza, con gesto contento.

—Me entusiasma el hecho de rescatar a nuestra querida amiga.

—No será fácil. Está atrapada en una isla repleta de monstruos.

—¿Y qué más da? Tú eres la legendaria Juana de Arco y yo soy la Sombra. ¿Quién puede con nosotras?

—¿Una esfinge? —sugirió Juana.

—No es para tanto —respondió Scatty—. Yo luché contra la esfinge y su horrorosa madre.

—¿Quién ganó? —preguntó Juana.

—¿Quién crees? —empezó Scatty, pero enseguida se contuvo y añadió—: Bueno, de hecho, hui...

Capítulo 57

Sentados con la espalda apoyada en la pared del granero y las piernas estiradas, los mellizos observaban cómo Nicolas y Gilgamés discutían. El Alquimista permanecía quieto y en silencio; en cambio, el rey gesticulaba vigorosamente.

—¿En qué lengua están hablando? —preguntó Josh—. Me resulta familiar.

—Hebreo —respondió Sophie sin pensar. Josh asintió mientras adoptaba una postura más cómoda.

—Sabes... yo pensaba... —empezó en voz baja, esforzándose por encontrar las palabras adecuadas en su estado de agotamiento—. Creía que sería más... —se encogió de hombros y añadió—: No sé. Más espectacular.

—Viste lo mismo que yo —dijo Sophie con una sonrisa cansada—. ¿No crees que eso es espectacular?

Josh volvió a encogerse de hombros.

—Es interesante. Pero no noto nada diferente. No sé, pensaba

que después de aprender una de las magias, me sentiría... quizá más fuerte. ¿Cómo debemos utilizar esta Magia del Agua? —preguntó mientras alzaba las manos ante sí—. ¿Tenemos que hacer algo con el aura y pensar en agua? ¿Deberíamos practicar?

—Es cuestión de instinto. Lo sabrás en el momento apropiado —recomendó Sophie mientras bajaba las manos de su hermano—. No puedes utilizar tu aura —le recordó—, ya que desvelaría nuestra ubicación. Ésta es la tercera magia elemental que he aprendido, y tienes razón, no es espectacular; pero las demás tampoco lo fueron. No me sentí más fuerte, ni más rápida, ni nada de eso cuando aprendí el Aire o el Fuego. Pero me siento... —hizo una pausa, buscando la palabra adecuada y finalmente agregó—: diferente.

—¿Diferente? —repitió Josh mirando a su hermana—. No hay nada diferente en ti excepto cuando tus pupilas se tornan plateadas. Entonces das mucho miedo.

Sophie asintió. Sabía a qué se refería su hermano; ella misma había sido testigo de cómo los ojos de Josh se convertían en discos dorados y le había resultado una experiencia aterradora. Apoyando la cabeza sobre la madera, la joven cerró los ojos.

—¿Te acuerdas de cuando te quitaron la escayola del brazo el año pasado?

Josh gruñó.

—Jamás lo olvidaré.

Se había roto el brazo cuando alguien le hizo una mala entrada el verano anterior y tuvo que pasar tres meses con él escayolado.

—¿Qué dijiste cuando te la quitaron?

Inconscientemente, Josh alzó el brazo izquierdo, lo dobló y cerró la mano. La escayola le había parecido algo irritante; le impedía realizar muchos movimientos, incluso atarse los cordones de las zapatillas.

—Dije que volvía a ser yo.

—Así es como yo me siento —dijo Sophie abriendo los ojos y mirando a su hermano—. Con cada magia que me enseñan me siento más y más completa. Es como si hubiera partes de mí que me habían faltado durante toda mi vida; ahora siento que me estoy recomponiendo, pieza a pieza.

Josh intentó soltar una carcajada, pero sólo logró pronunciar un sonido tembloroso.

—Supongo que cuando aprendas la última magia ya no me necesitarás más.

Sophie agarró a su hermano por el brazo y le apretó con fuerza.

—No seas bobo. Eres mi hermano mellizo. Somos los dos que son uno.

—El uno que lo es todo —finalizó él.

—A veces me pregunto qué significa —susurró Sophie.

—Me da la sensación de que lo descubriremos, tanto si queremos como si no —añadió Josh.

Capítulo 58

Saint-Germain era una estrella de rock, famoso en toda Europa, y el joven agente de policía le reconoció de inmediato. Se acercó cautelosamente, hizo un gesto de saludo y posteriormente se sacó el guante de cuero para estrechar la mano del conde. Tras los cristales ahumados del coche las dos mujeres, una de la Última Generación y la otra una humana inmortal, observaron cómo Francis le daba la mano al agente de policía y, con una destreza increíble, le desplazaba de tal forma que no pudiera observar la calle. —Vamos —ordenó Juana.

Abrió la puerta del taxi negro y se deslizó hacia el exterior, donde reinaba una atmósfera vespertina muy cálida. Un instante más tarde, Scathach siguió sus pasos y cerró la puerta con sumo cuidado al salir. Una al lado de la otra, las mujeres de aspecto juvenil se dirigieron hacia la catedral. Pasaron tan cerca de Francis y el gendarme que incluso lograron escuchar parte de la conversación.

—... una desgracia, una tragedia nacional. Estaba pensando que quizá debería celebrar un concierto cuya recaudación fuera entregada para reparar la catedral..

—Sin duda yo asistiría —dijo el gendarme enseguida.

—Insistiría en que nuestro valiente cuerpo de policía, junto con los servicios médicos y los bomberos, gozaran de entrada libre, por supuesto.

Juana y Scathach cruzaron la banda policial por debajo y empezaron a abrirse paso entre las pilas de piedras. La mayoría de los escombros eran polvo, pero algunos de los fragmentos de mayor tamaño aún conservaban una imagen fantasmagórica de las figuras que habían representado antes de que los mellizos hubieran desatado su magia elemental. Scatty distinguió pedazos que imitaban la forma de pezuñas y picos, cuernos histriónicos y colas retorcidas. Una bola de piedra permanecía sobre una mano de roca erosionada. Miró a Juana y las dos se giraron para contemplar la parte frontal de la catedral. La devastación era increíble: gigantescos pedazos del monumental edificio tenían un aspecto ruinoso, como si alguien los hubiera intentado arrancar de la catedral. Daba la sensación de que una bola de demolición hubiera embestido algunas partes de la catedral.

—En todos mis años jamás he visto algo así —murmuró Scathach—, y esto sólo con dos de los poderes.

—Y sólo un mellizo los poseía —recordó Juana de Arco.

—¿Puedes imaginarte lo que podría ocurrir si poseyeran todas las magias elementales?

—Tendrían el poder de destruir el mundo o rehacerlo —

respondió Juana.

—Y ésa es la profecía —añadió Scathach.

—¡Eh, vosotras! Vosotras dos! ¡Deteneos!

La voz provenía de alguien que estaba justo delante de ellas.

—Deteneos. Deteneos ahora mismo —dijo una segunda voz desde detrás.

—Sigue caminando —susurró Scatty.

Juana miró por encima de su hombro y descubrió a un joven agente de policía que intentaba deshacerse de Francis, quien le agarraba con fuerza. De repente, el conde le soltó y el hombre se desplomó sobre el suelo. En un intento de ayudarlo a ponerse en pie, Francis se pisó el bajo de su largo abrigo negro, perdió el equilibrio y se cayó encima del hombre, inmovilizándole así por completo.

—Vosotras dos, no podéis estar aquí.

Un académico de mediana edad, con la cabeza rapada y una barba greñuda se puso rápidamente en pie ante ellas. Había estado tumbado en el suelo, intentando unir las diminutas piezas que conformaban el ala de un águila. Se aproximó a ellas blandiendo un sujetapapeles.

—Estáis pisoteando reliquias históricos cuyo valor es incalculable.

—Estoy segura de que, aunque lo intentáramos, no podríamos dañarlos más de lo que ya lo están.

Sin dejar de caminar, Scatty le arrebató el sujetapapeles de plástico al historiador y lo partió en dos fácilmente, como si se tratara de una hoja de papel. Lanzó los pedazos a los pies del

hombre que, al percatarse de que Scathach le había roto el sujetapapeles, enseguida se dio media vuelta y empezó a correr sin dejar de dar gritos.

—Muy sutil, muy discreto —apuntó Juana.

—Y muy efectivo —añadió Scatty mientras andaba a zancadas hacia el Punto Cero.

El Punto Cero se hallaba en la mitad de la plaza. Dibujado sobre los adoquines se distinguía un círculo de piedra gris y pulida dividido en cuatro partes. En el centro yacía un círculo de un tipo de piedra más brillante con un diseño parecido al de un rosetón tallado en el eje. El rosetón tenía ocho brazos que radiaban del centro, aunque dos de ellos estaban más desgastados por el trajín de millones de turistas que caminaban por encima y lo rozaban con los pies. En las piedras exteriores se podía leer la frase POINT ZERO DES ROUTES DE FRANCE. Había espacio suficiente para que Scathach y Juana se colocaran en el interior del círculo, dándose la espalda y pisando cada una de las secciones.

—¿Qué ocurre...? —empezó Scathach.

Capítulo 59

Ahora? —finalizó.

Entonces cerró los ojos con fuerza, se colocó una mano en el estómago y la otra en la boca y se derrumbó sobre las rodillas. La Guerrera sintió cómo el mundo se inclinaba y luchó con todas sus fuerzas para evitar vomitar. Un segundo más tarde se dio cuenta de que estaba arrodillada sobre tierra blanda. Con los ojos aún cerrados, acarició el suelo y sintió el tacto de la hierba entre sus dedos. Unos brazos fuertes y robustos la ayudaron a incorporarse después de notar unas manos frías alrededor de su rostro. Al abrir los ojos, Scathach contempló el rostro de Juana, que estaba a pocos centímetros del suyo. La mujer francesa sonreía elegantemente.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Juana en francés. —
Mareada.

—Sobrevivirás —bromeó—. Siempre les decía a mis tropas que, mientras pudieran sentir el dolor, significaba que seguían con

vida.

—Me apuesto algo a que te adoraban —gruñó Scatty.

—De hecho, todos mis soldados me querían —repuso Juana.

—Parece que no hemos caído en el sol —dijo Scathach mientras se incorporaba del todo y miraba a su alrededor—. Lo hemos conseguido —suspiró—. Oh, qué bien volver a estar en casa.

—¿En casa? —preguntó Juana.

—He vivido en la costa oeste durante mucho tiempo. San Francisco es mi hogar. Una vez me dijeron que moriría en un desierto, así que siempre he preferido vivir en zonas costeras.

Las dos mujeres estaban en la ladera de una montaña ligeramente inclinada. Después de respirar la atmósfera contaminada de la ciudad de París, la brisa fresca les resultaba dulce, agradable por el aroma a vegetación que desprendía; aunque cuando salieron de Francia allí era todavía por la tarde, en la costa oeste norteamericana el sol todavía no había despuntado.

—¿Qué hora es? —se preguntó Scatty en voz alta.

Juana comprobó su reloj y restableció la hora.

—Son las cinco menos diez de la madrugada.

Señaló hacia el este, donde el cielo comenzaba a iluminarse con una luz púrpura. Sin embargo, la bóveda que se alzaba sobre sus cabezas aún era oscura y en ella brillaban multitud de centelleantes estrellas lejanas. Un banco de niebla grisácea y blanca se había aposentado a los pies de la montaña.

—Amanecerá aproximadamente en una hora.

La inmortal francesa se giró para contemplar las laderas de la

montaña, que apenas eran visibles en la oscuridad nocturna.

—Así que éste es el monte Tamalpais. Pensé que sería... más grande.

—Bienvenida al monte Tam—dijo Scatty con una leve sonrisa blanca—, uno de mis lugares favoritos de Norteamérica. —Señaló hacia la capa de niebla espesa y añadió—: Estamos a unos veinte kilómetros hacia el norte de San Francisco y Alcatraz.

La sombra se ajustó la mochila a la espalda para más comodidad.

—Podemos ir corriendo...

—¡Corriendo! —exclamó Juana a la vez que soltaba una tremenda carcajada—. Lo último que me dijo Francis es que probablemente tú querrías correr hasta la ciudad. Vamos a alquilar un coche —dijo con tono firme.

—Realmente no está tan lejos... —protestó Scatty. Entonces se detuvo.

Justo debajo de ellas, una gigantesca silueta se movía entre la niebla, retorciéndola y produciendo espirales de humo blanco.

—Juana... —empezó.

Mientras pronunciaba estas palabras, otras figuras empezaron a moverse; de repente la niebla se dividió en dos, como si se tratara de una cortina, y dejó al descubierto una gigantesca manada de mastodontes cubiertos de lana que pastaban a los pies de la montaña. La Guerrera avistó dos felinos con dientes como sables recostados entre la hierba, vigilando al ganado atentamente al mismo tiempo que movían nerviosamente sus colas negras.

Juana continuaba observando las montañas. Extrajo su teléfono

móvil del bolsillo y pulsó un botón de marcación rápida.

—Avisaré a Francis de que hemos llegado.

Se llevó el teléfono a la oreja y, segundos más tarde, comprobó la pantalla.

—Oh, no hay cobertura. Scatty, ¿cuánto tardaremos en...?

Entonces se percató de la expresión de su amiga. Inmediatamente se giró para comprobar qué estaba mirando.

Tardó unos segundos en ajustar su visión y distinguir a la manada de mastodontes que caminaba entre la niebla matutina. Un sutil y apenas perceptible movimiento llamó su atención y alzó la mirada: planeando en silencio sobre corrientes térmicas invisibles, un trío de cóndores gigantescos sobrevolaba sobre sus cabezas.

—¿Scathach? —jadeó Juana en un susurro aterrador—. ¿Dónde estamos?

—La pregunta no es dónde, sino cuándo.

El rostro de la Sombra se tornó más anguloso y desagradable y su mirada brilló de forma despiadada.

—Líneas telúricas. ¡Las odio!

Uno de los enormes felinos alzó la cabeza hacia la dirección desde dónde provenía la voz y bostezó, mostrando sus dientes salvajes de varios centímetros. La Guerrera no apartó la mirada de los pies de la montaña.

—Estamos en el monte Tamalpais, pero no precisamente en el siglo XXI.

Señaló a los mastodontes, los tigres y los cóndores con un movimiento de mano.

—Sé qué son estas criaturas: son megafauna. Y pertenecen a la

época del Pleistoceno.

—¿Cómo... cómo regresamos a... a nuestra época? —suspiró Juana con tono triste y desamparado.

—No podemos —dijo Scathach con tono amargo—. Estamos atrapadas.

Los primeros pensamientos de Juana fueron para la Hechicera.

—¿Y qué hay de Perenelle? —preguntó al mismo tiempo que rompía a llorar—. Ella nos está esperando.

Scatty abrazó a Juana con fuerza.

—Quizá tenga que esperar más tiempo. Juana, hemos retrocedido en el tiempo quizás un millón de años. La Hechicera depende ahora de sí misma.

—Y nosotras también.

—No del todo —sonrió Scatty—. Nos tenemos la una a la otra.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó la inmortal francesa mientras se secaba las lágrimas.

—Haremos lo que siempre hemos hecho: sobrevivir. —¿Y qué pasará con Perenelle? —preguntó Juana. Pero Scathach no tenía respuesta a esa pregunta.

Capítulo 60

Billy el Niño echó un vistazo a la fotografía en blanco y negro que sostenía en su mano, intentando memorizar la apariencia severa de Maquiavelo. Llegó a la conclusión de que le resultaría fácil distinguir un cabello blanco muy corto. Se metió la instantánea en el bolsillo trasero de sus vaqueros, se cruzó de brazos y se dedicó a observar a los primeros pasajeros que llegaban al vestíbulo de llegadas del Aeropuerto Internacional de San Francisco.

Identificaba fácilmente a los turistas; todos ellos iban vestidos con ropa informal, con téjanos o pantalones cortos y camisetas de algodón; la mayoría arrastraba carritos repletos de maletas llenas de ropa que, seguramente, jamás se pondrían durante su estancia. También reconoció a los hombres de negocios, todos ellos ataviados con trajes de colores pálidos o chaquetas de deporte y transportando maletines o maletas pequeñas; avanzaban a zancadas mientras comprobaban sus teléfonos móviles y sus auriculares de manos libres Bluetooth titilaban en sus oídos. Billy prestaba especial

atención a las familias: padres ancianos o abuelos saludando a sus nietos; hombres y mujeres jóvenes, quizás estudiantes, que regresaban a casa de sus padres o parejas que volvían a encontrarse. Había lágrimas, gritos de alegría, sonrisas y apretones de mano. Billy se preguntó cómo sería salir al vestíbulo de llegadas del aeropuerto y observar todos los rostros a sabiendas de que encontrarás a alguien que, de forma sincera, se alegra de verte: un familiar, un hermano o incluso un amigo; alguien con quien has compartido una historia y un pasado.

Él no tenía a nadie. Y desde hacía mucho, mucho tiempo. Incluso durante el transcurso de su vida natural había contado con pocos amigos; a decir verdad, la mayoría de ellos habían intentado asesinarle. Pero ninguno lo había logrado.

Finalmente, alto y elegante con su traje negro, con una mochila de cuero diseñada para transportar un ordenador portátil a sus espaldas, el hombre de cabello canoso de la fotografía salió al vestíbulo. Billy se mordió el interior de la mejilla para evitar una sonrisa: quizás en los aeropuertos europeos Maquiavelo hubiera pasado desapercibido, pero aquí, entre tanta ropa colorida e informal, destacaba. Incluso aunque no hubiera tenido la fotografía a mano habría sabido que él era el inmortal europeo. Observó a Maquiavelo mientras éste se ponía un par de gafas de sol oscuras y examinaba a la multitud. Aunque no mostró ningún indicio de reconocimiento, el italiano se giró y se dirigió hacia Billy. El norteamericano se preguntó si debía ofrecerle la mano. Muchos inmortales se mostraban reacios ante la idea de tocar a otros humanos, especialmente si eran inmortales. Aunque se había

reunido con el Mago inglés varias veces, Billy jamás había visto a Dee quitarse los guantes grises.

Maquiavelo le ofreció la mano.

Billy sonrió, se frotó rápidamente la palma de la mano en la pierna de sus téjanos y la estrechó.

—¿Cómo has sabido que era yo? —preguntó en un francés aceptable. El apretón de manos del italiano fue firme y Billy notó su piel fría y reseca.

—Normalmente sigo mi olfato —respondió Maquiavelo en la misma lengua, aunque enseguida cambió a un inglés impecable. Respiró hondo y añadió—: Pimienta roja, presumo.

—Así es —acordó Billy.

Inspiró profundamente para intentar distinguir la esencia de Maquiavelo, pero lo único que logró percibir fue la miríada de olores del aeropuerto y el ligero aroma que todo vaquero asocia con las serpientes de cascabel.

—Y por supuesto te busqué en Internet —agregó Maquiavelo con una sonrisa irónica—. Todavía te pareces al que sale en la famosa foto. Aunque es curioso; tú me reconociste en el momento en que entré por esa puerta. Noté tus ojos clavados en mí.

—Sabía a quién estaba buscando.

Maquiavelo alzó las cejas a modo de pregunta silenciosa. Se colocó las gafas en la frente y dejó al descubierto su mirada grisácea. Le sacaba al menos una cabeza al norteamericano.

—Trato de asegurarme de que no aparezca ninguna foto mía en Internet o en papel.

—Nuestros maestros me enviaron esto.

Billy extrajo la fotografía del bolsillo trasero y se la entregó al italiano. Maquiavelo la miró y una diminuta sonrisa se formó en su boca. Ambos sabían lo que aquello significaba. Los Oscuros Inmemoriales estaban espionando a Maquiavelo... lo cual probablemente quería decir que también estaban vigilando a Billy muy de cerca. Maquiavelo hizo el ademán de devolverle la fotografía, pero Billy sacudió la cabeza. Mirando al italiano a los ojos, dijo:

—Ha servido para su propósito. Quizá tú le encuentres otro uso.

Maquiavelo movió la cabeza realizando una leve inclinación y volvió a colocarse las gafas de sol sobre la nariz. —Estoy seguro de que sí.

Ambos sabían que, cuando el italiano regresara a París, haría todo lo que estuviera en su mano para averiguar quién había tomado aquella instantánea.

El norteamericano echó un vistazo a la única maleta que llevaba Maquiavelo.

—¿Ése es todo tu equipaje?

—Sí. Había preparado una maleta más grande, pero entonces caí en la cuenta de que no estaría aquí el tiempo suficiente para utilizar ni siquiera una décima parte de la ropa que intentaba traer. Así que la dejé y traje únicamente ropa interior de recambio. Y mi ordenador portátil, por supuesto.

Los dos hombres formaban una extraña pareja. Se dirigieron hacia la salida, Maquiavelo vestido con su traje negro hecho a mano y Billy ataviado con una camiseta de algodón desteñida, unos

téjanos rotos y unas botas de caña alta. Aunque el aeropuerto estaba abarrotado, de forma inconsciente la multitud se apartaba de su camino.

—¿Es éste un viaje relámpago? —preguntó Billy.

—Espero subir al primer vuelo disponible a casa —sonrió Maquiavelo.

—Admiro tu confianza —dijo el norteamericano manteniendo su tono de voz neutral—. Pero yo soy de los que opinan que la señora Flamel no es tan fácil de derrotar.

Billy sacó un viejo par de gafas de la marca Ray Ban del bolsillo de su chaquetín el momento que salieron al exterior, donde brillaba el sol de media tarde cegador.

—¿Todo está preparado? —preguntó Maquiavelo mientras caminaban por el inmenso aparcamiento del aeropuerto.

Billy sacó las llaves de su bolsillo.

—He alquilado un barco. Nos estará esperando en el muelle a las nueve y meca.

Se detuvo de forma repentina, pues se dio cuenta de que el italiano ya no estaba junto a él. Dio media vuelta con la llave del Thunderbird rojo brillante en la mano y descubrió al italiano admirando su descapotable que, entre tanto cúmulo de coches normales y corrientes, parecía una fuente de color.

—Un descapotable Thunderbird de 1959; no, de 1960 —corrigió Maquiavelo. Recorrió el capó brillante y los faros con un dedo y añadió—: Magnífico.

Billy sonrió de oreja a oreja. Creyó que Maquiavelo le desagradaría, pero el italiano se había ganado parte de su estima.

—Es mi orgullo y alegría.

El inmortal caminó alrededor del coche, deteniéndose para examinar las ruedas y el tubo de escape.

—Y es como debe ser: todo parece original.

—Lo es —respondió Billy con satisfacción—. He cambiado un par de veces el tubo de escape, pero siempre me he asegurado de que los recambios fueran de un modelo idéntico.

Billy el Niño se subió al coche y esperó a que Maquiavelo se acomodara.

—Habría jurado que eras un conductor de Lamborghini, o de Alfa Romeo, quizá —comentó Billy.

—Ferrari, a lo mejor. ¡Pero nunca un Alfa!

—¿Tienes muchos coches? —preguntó Billy.

—Ninguno. Tengo un coche de empresa y un chófer. No conduzco —admitió el italiano.

—¿Porque no quieres o porque no sabes?

—No me gusta conducir. Soy realmente un mal conductor —admitió con una sonrisa irónica—. Aprendí con un coche de tres ruedas.

—¿Cuándo? —preguntó Billy.

—En 1885.

—Yo fallecí en 1881 —informó Billy mientras negaba con la cabeza—. No me imagino la vida sin conducir —murmuró mientras salían del aparcamiento—. Ni tampoco sin montar a caballo.

Pisó el acelerador y el coche avanzó hasta adentrarse en el tráfico intenso del aeropuerto.

—¿Quieres comer algo? —preguntó—. Hay algunos

restaurantes de comida francesa e italiana...

Maquiavelo dijo que no con la cabeza.

—No tengo hambre. A menos que tú quieras comer.

—No como mucho últimamente —admitió Billy.

El teléfono móvil de Maquiavelo emitió un sonido agudo.

—Perdona —se disculpó.

Alzó la tapa del teléfono y contempló la pantalla. —Ah — exclamó con satisfacción. —¿Buenas noticias? —preguntó Billy. Maquiavelo se recostó en el asiento y sonrió abiertamente.

—Ayer puse una trampa, y alguien ha caído en ella hace un par de horas. —Billy le miró, pero no musitó palabra—. En el mismo momento en que descubrí que la esposa del Alquimista estaba atrapada en San Francisco supe que él o algunos de sus diados intentarían sacarla de allí. Tenían dos alternativas: tomar el mismo avión en el que yo he venido o utilizar la línea telúrica de Notre Dame.

—E imagino que hiciste algo con esa línea telúrica —rio Billy—. Es lo que yo haría.

—La línea se activa en el Punto Cero de París. Sencillamente vertí un brebaje alquímico sobre las piedras hecho a partir de huesos de mamut, huesos de la época del Pleistoceno, y añadí un hechizo de atracción a la mezcla.

El semáforo cambió a rojo y Billy frenó el coche. Poniendo el freno de mano se giró en el asiento del conductor para contemplar al italiano con expresión de asombro.

—De forma que la persona que utilizara la línea telúrica...

—... retrocedería en el tiempo hasta la época del Pleistoceno.

—¿Cuándo fue? —preguntó Bill—. No fui mucho a la escuela.

—Más o menos, entre mil ochocientos millones de años u once mil quinientos años atrás —explicó Maquiavelo con una sonrisa.

—Oh, eres bueno —reconoció Billy sacudiendo la cabeza—. ¿Tienes idea de quién activó la línea telúrica?

—Una cámara de seguridad ha estado grabando esa ubicación durante las últimas veinticuatro horas —dijo Maquiavelo mientras sostenía el teléfono. La pantalla mostraba la imagen de dos mujeres colocadas dándose la espalda en el centro de la plaza de la catedral—. No conozco a la mujer de la derecha —apuntó Maquiavelo—, pero la de la izquierda, sin duda alguna, es Scathach.

—¿La Sombra? —susurró Billy inclinándose hacia delante para comprobar la pantalla—. ¿Esa es la Guerrera? —dijo con tono poco sorprendido—. Pensé que sería más alta.

—Todo el mundo piensa lo mismo —comentó Maquiavelo—. Ese suele ser su primer error.

Las bocinas de los coches tronaron tras el Thunderbird cuando el semáforo cambió de color; alguien incluso gritó.

Maquiavelo miró fugazmente y con curiosidad al inmortal norteamericano, esperando así su reacción. Pero Billy el Niño había domado su famoso temperamento hacía décadas. Alzó la mano y la movió en el aire a modo de disculpa. Después, arrancó.

—Así pues, con la Sombra fuera de escena supongo que nuestro trabajo resultará mucho más sencillo.

—Infinitamente más sencillo —aceptó Maquiavelo—. Tenía la vaga sospecha de que, de algún modo u otro, aparecería en Alcatraz y nos aguaría la fiesta.

—Bueno, eso ya no va a ocurrir —dijo Billy con una sonrisa. Después adoptó una expresión más seria y continuó—: Debajo de tu asiento encontrarás un sobre. Contiene una copia impresa de un correo electrónico que recibí de Enoch Enterprises ayer por la tarde donde se nos da permiso para aterrizar en Alcatraz. Actualmente la empresa de Dee es propietaria de la isla. También encontrarás una fotografía que venía adjunta a un correo anónimo que he recibido esta misma mañana. Supongo que es para ti. Para mí no significa nada.

Maquiavelo sacó las dos páginas. En el membrete del correo de Enoch Enterprises había un documento de aspecto legal que daba permiso para aterrizar en la isla y llevar a cabo «investigaciones históricas». Estaba firmado por «John Dee, doctor». La segunda hoja era una fotografía en color de alta resolución donde se apreciaban imágenes del muro de una pirámide egipcia.

—¿Sabes lo que significa? —preguntó Billy.

Maquiavelo giró la página para comprobar el reverso.

—Es una foto de la pirámide de Unas, quien gobernó Egipto hace más de cuatro mil años —dijo en voz baja. Una uña con una manicura impecable trazó una línea sobre los jeroglíficos—. Lo llamaban Textos de las Pirámides; hoy en día preferimos utilizar la expresión Libro de los Muertos —explicó. Golpeó suavemente la fotografía y se rio en voz baja—. Creo que ésta es la fórmula de palabras que debemos utilizar para despertar a todas las criaturas que duermen en la isla —adivinó. Volvió a introducir las páginas en el sobre y miró al joven conductor—. Vayamos hacia Alcatraz. Ha

llegado el momento de matar a Perenelle Flamel.

Capítulo 61

El doctor John Dee examinó la tarjeta profesional que sostenía en su mano. Era excepcionalmente hermosa. Una tinta plateada estaba estampada en relieve sobre un papel grueso fabricado a mano. La giró; no aparecía ningún nombre en la tarjeta, sólo la representación estilizada de un ciervo con astas ardientes rodeado por un doble círculo. Inclinandose hacia delante, pulsó el botón del interfono.

—Deje entrar al caballero; lo veré ahora. La puerta de su oficina se abrió casi de inmediato y un secretario con aspecto nervioso apareció e invitó a un hombre de rostro anguloso a entrar en la sala. —El señor Hunter, señor.

—No me pase ninguna llamada —ordenó Dee—. No quiero que me molesten bajo ninguna circunstancia.

—Sí, señor. ¿Eso es todo, señor?

—Sí, eso es todo. Dile a todo el personal que puede irse a casa.

Dee siempre había insistido en que todos sus empleados se

quedaran más tiempo después de su horario de oficina habitual.

—Sí, señor. Gracias, señor. ¿Estará usted aquí mañana? La mirada penetrante de Dee expulsó directamente al secretario. El Mago sabía que toda la plantilla estaba en ascuas, en vilo por saber por qué había aparecido Dee de forma tan inesperada. Los rumores que corrían por el edificio afirmaban que Dee se disponía a cerrar la sucursal londinense de Enoch Enterprises. Aunque eran las diez de la noche, nadie se haría quejado por tener que quedarse hasta tan tarde.

—Siéntate, señor Hunter.

Dee señaló la silla metálica y de cuero ubicada frente a él. Permaneció sentado tras su escritorio de mármol negro y pulido, observando al recién llegado atentamente. El Mago llegó a la conclusión de que había algo en él que no le cuadraba. Los ángulos de su rostro estaban torcidos; tenía los ojos demasiado separados de la boca y cada uno mostraba un color diferente; además, su boca era demasiado ancha. Parecía como si hubiera sido creado por alguien que no había visto a un ser humano desde hacía mucho tiempo. Iba vestido con un traje de raya diplomática azul, pero los pantalones eran demasiado cortos y dejaban al descubierto su piel pálida además de unos calcetines negros. Sin embargo, las mangas de su chaqueta le llegaban hasta los nudillos. Para finalizar, los zapatos estaban mugrientos y cubiertos de gotas de barro.

Hunter se acomodó en el asiento con un movimiento extraño y rígido, como si no supiera qué hacer con los brazos y las piernas.

Dee deslizó los dedos sobre *Excalibur*, que permanecía apoyada bajo su escritorio. También conocía al menos media

docena de hechizos áuricos y cada uno de ellos estaba diseñado para sobrecargar un aura y provocar su estallido. El único problema sería limpiar todo el polvo de la moqueta. Además, la silla probablemente se derretiría.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí? —preguntó de repente Dee—. Raras veces me desplazo a esta oficina, y es demasiado tarde para una reunión.

El hombre de tez pálida intentó esbozar una sonrisa, pero sólo consiguió retorcer los labios de forma extraña.

—Mi maestro sabía que estabas en la ciudad. Supuso que acudirías a esta oficina, puesto que te ofrece acceso a tu red de comunicaciones.

El hombre habló en un inglés preciso, aunque su tono de voz era algo agudo, lo cual provocaba que su discurso sonara ligeramente ridículo.

—¿No puedes hablar con claridad? —preguntó Dee con brusquedad. Estaba harto de que el tiempo siempre se le echara encima. A pesar de todas las horas que las carreteras llevaban bloqueadas y los controles de policía, aún no había rastro de Flamel y los niños. El gobierno británico empezaba a impacientarse y reclamaba eliminar todos los puntos de control. Todas las carreteras que daban entrada y salida a la ciudad todavía estaban colapsadas e incluso Londres estaba paralizado.

—Tuviste una reunión con mi maestro ayer por la noche —dijo el hombre pálido—. Finalizó antes de haber llegado a una conclusión satisfactoria debido a circunstancias completamente fuera de tu alcance.

El Mago se levantó y caminó alrededor del escritorio. Mantenía a *Excalibur* en su mano derecha y golpeaba suavemente su filo en la palma de su mano derecha. El extraño no reaccionó de forma alguna.

—¿Qué eres? —preguntó Dee con curiosidad.

Había llegado a la conclusión de que aquella criatura no era natural y, probablemente, tampoco humana. Apoyándose en una rodilla, el Mago contempló el rostro de aquel hombre, observando sus ojos desiguales verde y gris.

—¿Eres un tulpa, un Golem, un simulacrum o un homunculus?

—Soy una Forma de Pensamiento —anunció al fin la criatura, y sonrió. Mostró una sonrisa repleta de dientes de ciervo—, creada por Cernunnos.

Dee empezó a incorporarse en el mismo momento en que la figura empezó a cambiar. El cuerpo permaneció idéntico, el de un hombre esbelto y trajeado, pero la cabeza sufrió alteraciones y se convirtió en una cabeza hermosa y extraña. De repente, unos gigantescos cuernos retorcidos empezaron a nacer. La boca del Dios Astado dibujó una sonrisa y sus pupilas planas empezaron a expandirse y contraerse.

—Cierra la puerta, Doctor; no queremos que nadie entre aquí ahora.

Poniéndose a resguardo y manteniendo a *Excalibur* entre ambos, Dee caminó por la oficina para cerrar la puerta de golpe. Lo que acababa de hacer Cernunnos era sencillamente extraordinario. Haciendo uso de su imaginación y del poder de su voluntad, el Arconte había creado un ser de su propia aura. La

creación no era perfecta, pero era lo suficientemente buena. Dee sabía que los humanos jamás se miraban entre ellos, e incluso si alguien se había percatado de que algo no cuadraba en la apariencia de este tipo tan sólo hubiera apartado la mirada, avergonzado.

—Estoy sorprendido —reconoció Dee—. Supongo que has estado controlando la Forma de Pensamiento desde lejos, ¿verdad?

—Más lejos de lo que imaginas —dijo Cernunnos.

—Había llegado a la conclusión de que no dominabas ninguna magia —admitió Dee volviendo a su escritorio. La tarjeta profesional con escritura plateada empezó a humear; espirales de humo blanco emergieron hacia la atmósfera y, rápidamente, el hombre con cabeza de ciervo los absorbió desde el otro lado del escritorio.

—No es magia, es tecnología arconte —explicó Cernunnos—. Tú no la distinguirías.

—Imagino que estás aquí por una razón —dijo Dee—, y no sólo para hacer una demostración de... esta tecnología.

El ciervo asintió y mostró una sonrisa brillante. —Sé dónde están Flamel, Gilgamés, Palamedes y los mellizos.

—¿En este preciso instante?

—En este preciso instante —repitió la criatura—. Están a una hora de aquí.

—Dímelo —pidió Dee. Pero enseguida añadió—: Por favor.

El Arconte alzó su mano derecha. Fue en ese instante cuando Dee se percató de que tenía demasiados dedos.

—Mis términos siguen siendo los mismos, Mago. Quiero a Flamel, Gilgamés y Palamedes con vida. Y también quiero a *Clarent*.

—De acuerdo —dijo Dee sin vacilar—. Todos tuyos. Sólo dime dónde están.

—Y también quiero a *Excalibur*.

En ese momento, el Mago le hubiera prometido a aquella criatura todo lo que le pidiera.

—Hecho. Yo mismo te la entregaré cuando Flamel esté muerto. ¿Cuántos más están con él? —preguntó con entusiasmo.

—Nadie más.

—¿Nadie más ¿Qué hay de los Sabuesos de Gabriel?

—Los Sabueso y su maestro, además del Bardo, han desaparecido. El /quimista, el caballero y el Rey están con los mellizos.

—¿Cómo los has encontrado? —preguntó Dee. Tenía que admitir que estaba impresionado—. Les he buscado por todas partes.

Mientras se ponía en pie, la criatura empezó a cambiar otra vez. Los cuernos se replegaron sobre su cráneo y apareció una cabeza y un rostro que eran sutilmente diferentes a los anteriores.

—Regresé a la fortaleza metálica y, sencillamente, seguí sus esencias.

—¿Les has seguido la pista por toda la ciudad siguiendo tu olfato

Esa idea le resultaba más asombrosa que el hecho de controlar la Forma de Pensamiento. Tuvo que morderse el labio para evitar

sonreír; de repente, se imaginó al Dios Astado caminando a cuatro patas entre el tráfico londinense, olfateando todos los coches.

—Tecnología arconte. Es la simplicidad pura —dijo la Forma de Pensamiento—. Y ahora, si me acompañas, procuraré por todos los medios conseguirte un transporte...

—La Forma de Pensamiento es impresionante —dijo el Mago con toda sinceridad—, pero si tienes intención de caminar entre humanos tienes que trabajar más en esa voz. Y la ropa.

—No importa mucho —dijo la criatura—. Pronto los humanos dejarán de existir.

Capítulo 62

Perenelle Flamel estaba decepcionada. Acurrucada en la atalaya donde había pasado la noche en vela, la Hechicera mantenía la esperanza de que uno de los diminutos barcos amarrados en la bahía zarpara con destino a la isla. Quería pensar que en cualquier momento Scatty y Juana llegarían a la orilla de Alcatraz.

Pero a medida que el día pasaba, Perenelle fue consciente de que tal momento no llegaría.

No le cabía la menor duda de que lo habrían intentado y, en el fondo, sabía que únicamente algo terrible podía haberles impedido ir hasta allí. Sin embargo, mantener viva la esperanza era algo que le molestaba de sí misma.

—*¡Barco a la vista!* —susurró la voz del fantasma De Ayala detrás de su oído izquierdo, sobresaltándola.

—¡Juan! —exclamó— ¡Vas a matarme de un susto!

Se levantó del rincón de la atalaya donde había permanecido toda la noche y sintió una oleada de alivio además de un sentimiento

de culpabilidad por haber dudado de sus amigas. El rostro de la Hechicera se tornó cruel de forma inesperada; con Juana de Arco y Scathach la Sombra junto a ella, nada, ni siquiera la esfinge o el Viejo Hombre del Mar, sería capaz de vencerla.

Unas gigantescas alas negras batían y se agitaban. Fue entonces cuando la Hechicera vio cómo la Diosa Cuervo bajaba en espiral desde lo más alto del faro y aterrizaba lentamente sobre el embarcadero que estaba justo debajo de ella. Perenelle frunció el ceño; ¿qué estaría pensando aquella criatura?

Probablemente Scathach la tiraría al mar para que las Nereidas, que no eran criaturas especialmente maniáticas en cuanto a la comida, se dieran un festín con la Diosa. Estaba a punto de levantarse y escalar por la torre cuando, de pronto, el rostro de De Ayala se materializó justo enfrente de ella. Tenía los ojos abiertos de par en par, mostrando así una gran preocupación.

—*Abajo. Quédate abajo.*

Perenelle se tumbó boca abajo en el suelo. Escuchó el traqueteo de un motor fuera borda y el roce de madera con madera cuando el barco colisionó con el muelle. Entonces se escuchó una voz. Una voz masculina.

—*Madame, es todo un honor encontrarte aquí.*

Había algo en aquella voz, algo terriblemente familiar... Perenelle se arrastró hasta el borde de la atalaya y miró hacia abajo. Casi directamente debajo de ella, el italiano inmortal Nicolas Maquiavelo estaba haciendo una majestuosa reverencia a la Diosa Cuervo. La Hechicera enseguida reconoció al joven que se bajó del barco: se trataba del inmortal que había visto espiándola el día

anterior.

Maquiavelo se irguió y entregó un sobre.

—Tengo órdenes de nuestro maestro Inmemorial. Debemos despertar al ejército durmiente y matar a la Hechicera. ¿Dónde está? —preguntó.

La sonrisa de la Diosa Cuervo fue salvaje.

—Permíteme que te lo enseñe.

Capítulo 63

Los mellizos dormían y tenían sueños idénticos. Soñaban con una lluvia y unos aguaceros torrenciales, columnas de cascadas, gigantescas olas marinas y una inundación que, antaño, casi destruye este planeta.

Los sueños les hacían retorcerse y mascullar entre dientes mientras dormían. Murmuraban una amplia variedad de lenguas e incluso una vez, Sophie y Josh llamaron a su madre simultáneamente en un idioma que Gilgamés enseguida reconoció y clasificó como egipcio antiguo, una lengua que se había utilizado hacía más de cinco mil años.

Durante el transcurso del día, Nicolas intentó despertar a los mellizos al menos una docena de veces, pero Gilgamés y Palamedes permanecieron junto a ellos, vigilándoles, protegiéndoles. El Rey había colocado un barril junto a Josh; el caballero, en cambio, estaba sentado sobre una caja rota que había al lado de Sophie. Los dos inmortales habían rayado una tabla de

madera cuadrada que estaba escondida entre la mugre y se entretuvieron jugando una infinidad de partidas a las damas. Utilizaron piedras y semillas y apenas hablaban excepto cuando anotaban el resultado haciendo uso de ramas rotas.

La primera vez que Flamel se acercó a los mellizos, los dos hombres levantaron la mirada. Ambos pusieron la misma expresión de desconfianza en el rostro.

—Déjalos tranquilos. Tienen que descansar —dijo Gilgamés con tono serio—. La Magia del Agua es única. A diferencia de las otras magias, que son externas, en que uno puede memorizar hechizos o cargar su aura para darle forma, el poder de la Magia del Agua viene del interior. Todos somos criaturas de agua. Es la magia con que nacemos. He despertado ese conocimiento en cada núcleo de las células de su ADN. Ahora, sus cuerpos necesitan adaptarse, ajustarse y absorber toda la información que acaban de aprender. Despertarlos ahora sería demasiado peligroso.

Flamel se cruzó de brazos y miró a los mellizos.

—¿Y cuánto tiempo se supone que tenemos que estar aquí sentados esperando?

—Todo el día y toda la noche si es necesario —respondió bruscamente Gilgamés.

—Dee está rastreando todo el país para dar con nosotros, mi querida Perenelle sigue atrapada en una isla repleta de monstruos. No podemos quedarnos... —empezó Flamel con tono furioso.

—Oh, sí que podemos. Y lo haremos —interrumpió Palamedes mientras se ponía de pie. De repente, las cicatrices que rasgaban su tez oscura empezaron a brillar—. Antes me has dicho que tú no has

matado nunca a nadie.

—¡Claro que no!

—Bueno, pues yo sí.

—¿Me estás amenazando?

—Sí —respondió claramente el caballero—. La impaciencia y la estupidez se cobran más vidas que cualquier arma. Hazle caso al Rey. Si despiertas ahora a los mellizos, los matarás —Hizo una pausa y con tono amargo, añadió—: De la misma forma que has matado a otros antes.

Giró la cabeza para observar a Sophie y Josh, que seguían durmiendo profundamente.

—¿Alguna vez te has preguntado si algunos de los que han fallecido pudieran ser, en realidad, los mellizos de la leyenda? ¿O si fue tu impaciencia la que provocó sus muertes o fue la responsable de su locura?

—No pasa un día en que no piense en ellos —respondió Flamel con sinceridad.

El Caballero Sarraceno se sentó y contempló la tabla de juegos que había tallado sobre la tabla de madera. Movi6 una ficha, volvió a alzar la mirada y, en voz baja, agregó:

—Si das un paso más, te mataré. Al Alquimista no le cabía la menor duda de que hablaba en serio.

Flamel se pasó la mayor parte del día en el taxi, escuchando las noticias de la radio, cambiando de emisora una y otra vez en busca de alguna pista que le ayudara a saber qué estaba sucediendo. Empezaron a hacerse las primeras especulaciones y los programas de entrevistas o de llamadas telefónicas relataban teorías cada cual

más extravagante. Pero había partes de noticias que sí eran reales. La policía francesa había alertado a los servicios de inteligencia británicos de una supuesta amenaza terrorista, de forma que las autoridades británicas habían cerrado todas las entradas al país por mar y aire. Se habían establecido puntos de control en todas las carreteras principales y la policía aconsejaba a la población no viajar a menos que fuera absolutamente necesario. Nicolas siempre había sabido que los Oscuros Inmemoriales eran poderosos y contaban con agentes en todos los niveles de la sociedad humana, pero ésta era la manifestación de poder más impresionante que jamás había visto.

A medida que la tarde oscurecía, el Alquimista se apeó del coche para merodear por el campo de hierba alta que rodeaba el granero mientras bebía agua de la botella que Palamedes había comprado en el pueblo más cercano. En general, Nicolas era uno de los hombres más pacientes del universo —la alquimia, en esencia, es un procedimiento largo y lento—, pero la demora le estaba exasperando. Stonehenge estaba a menos de dos kilómetros de distancia y en el interior del círculo de piedras había una línea telúrica que desembocaba en el monte Tamalpais. Flamel sabía perfectamente que ya no poseía la fuerza necesaria para abrir la línea, pero los mellizos sí. Estaba seguro de que estarían tan ansiosos como él por regresar a casa. Entonces podría emprender el rescate de Perenelle. O la liberaría o moriría en el intento. Incluso si lograba hacerlo y conseguía sacar a Perry de la isla, empezaba a pensar que pocas cosas les quedaban por hacer excepto morir.

El Alquimista se detuvo ante uno de los robles que bordeaban

el campo y apoyó la espalda sobre el tronco. Contempló el cielo a través de las hojas del árbol antes de hundirse en la tierra árida y seca. Alzó las manos para observarlas con cuidado: eran las manos venosas de un anciano. Se pasó la mano por el cuero cabelludo y se percató de que el cabello canoso se desprendía y flotaba por el aire.

Tenía los nudillos hinchados y rígidos y sentía un dolor punzante en la cadera cada vez que se levantaba o se sentaba. La vejez se estaba apoderando de su cuerpo. Desde el martes pasado, cuando Dee había irrumpido en su librería, había envejecido una década, aunque le daba la sensación de que eran dos. Había utilizado tanto su aura sin permitir que se recargara que el proceso de envejecimiento se había acelerado. Su nivel de energía se había reducido peligrosamente y sabía, sin duda alguna, que si utilizaba gran parte de su aura pronto, existía el riesgo de arder en llamas de forma espontánea.

Sin el Códex, él y Perenelle fallecerían. El Alquimista retorció los labios formando una sonrisa irónica. El Libro de Abraham el Mago estaba en manos de Dee y sus maestros y no parecían muy dispuestos a devolvérselo. Nicolas estiró las piernas, cerró los ojos y giró la cabeza hacia el sol, permitiendo así que el calor le embargara. Iba a morir. No algún día, no en algún momento del futuro; iba a morir muy pronto. Y entonces, ¿qué les ocurriría a los mellizos? A Sophie le faltaban dos magias por aprender y Josh aún tenía que especializarse en cuatro; ¿quién continuaría su formación? Si lograban sobrevivir al apuro actual, Flamel sabía que necesitaría tomar algunas decisiones antes de que la muerte llamara a su

puerta. ¿Saint-Germain estaría dispuesto a convertirse en el mentor de los mellizos?, se preguntó. Sin embargo, tampoco estaba seguro de si debía confiar plenamente en el conde. Quizás había alguien en Norteamérica a quien poder pedírselo, quizás uno de los chamanes americanos nativos podría...

Un agotamiento profundo acompañado por el calor y la tranquilidad del día hizo que el Alquimista se adormeciera. Pestañeó varias veces hasta cerrar los ojos, quedándose completamente dormido apoyado en el árbol.

El Alquimista soñó con Perenelle.

Era el día de su enlace, 18 de agosto de 1350, y el cura acababa de declararles marido y mujer. El Alquimista se estremeció en su estado somnoliento; era un viejo sueño, una pesadilla que, durante siglos, le había estado persiguiendo noche tras noche; sabía de antemano qué sucedería.

Nicolas y Perenelle se graban, dándole la espalda al altar y colocándose delante de la iglesia. Entonces descubrían que aquel pequeño edificio de piedra estaba abarrotado de personas. A medida que caminaban por el pasillo, el matrimonio se percataba de que toda la iglesia estaba llena de mellizos, niños y niñas, adolescentes, jovencuelos y adultos; todos tenían el cabello rubio y los ojos azules. Todos se asemejaban a Sophie y a Josh Newman. Y todos tenían la misma expresión de horror e indignación en sus rostros. Nicolas se despertó bruscamente. Siempre se despertaba en el mismo momento.

El Alquimista permanecía inmóvil para dejar que su corazón aminorara el ritmo cardiaco. Le sorprendió el hecho de que ya fuera completamente de noche. Sobre su piel sudada y húmeda notó una brisa fresca y seca. Sobre su cabeza, las hojas del roble susurraban y murmuraban a la vez y la atmósfera olía a bosque, una esencia fuerte y empalagosa...

Aquello no podía ser; atmósfera nocturna debía emitir una esencia a árboles y hierba. Así pues, ¿de dónde provenía el aroma a bosque?

De repente, una rama se cayó desplomándose a su izquierda y, en algún lugar de la noche, las hojas secas empezaron a crujir pausadamente. En ese preciso instante, el Alquimista se dio cuenta de que algo se movía en el campo en dirección al granero.

Capítulo 64

La Hechicera está en una celda en el Módulo D —informó la Diosa Cuervo—. Por aquí. Se hizo a un lado y permitió que Maquiavelo y Billy el Niño la precedieran. Entonces giró la cabeza y miró por encima del hombro hacia lo más alto de la atalaya mientras sus ojos rojo y amarillo brillaban sobremanera sobre su tez pálida. Alzó las cejas, extremadamente delgadas, y retorció sus labios negros formando una pequeña sonrisa. Deslizó las gafas de sol sobre la nariz. La Diosa Cuervo se colocó el abrigo de plumas negras sobre los hombros y avanzó a zancadas tras los dos inmemoriales. Los tacones de aguja de sus botas chasqueaban sobre la piedra húmeda con cada paso.

—¿*Qué acaba de suceder?* —preguntó De Ayala algo confundido.

—Se ha pagado una deuda —respondió Perenelle siguiendo a la criatura con la mirada mientras ésta desaparecía en el interior de la torre de vigilancia—. Sin haberlo solicitado ni esperado —añadió

con una sonrisa.

La Hechicera agarró su lanza, se echó una manta alrededor de los hombros y descendió por la escalera metálica hasta el embarcadero. Respiró hondo; podía diferenciar el olor a serpiente que marcaba el rastro de Maquiavelo y distinguir la esencia de su compañero, a pimienta roja, pululando por el aire.

—*Deberías esperar a que llegaran a las celdas antes de atacar* —recomendó De Ayala a la vez que se materializaba junto a ella. Lucía el elegante uniforme de teniente de la marina española —. *Cógeles desprevenidos. ¿Tu aura tiene fuerza?*

—Creo que tiene la fuerza necesaria. ¿Por qué?

—*¿La fuerza suficiente para derribar el techo sobre ellos?*

Perenelle se apoyó en la lanza y contempló el edificio, completamente roído y oxidado por las olas marinas.

—Sí, sí, podría hacerlo —confirmó cuidadosamente.

La brisa que soplaba desde el mar azotaba el cabello de la Hechicera. Se apartó los mechones del rostro y descubrió que su cabello era menos azabache que antes y más plateado.

—Tengo que conservar mi aura, pero estoy segura de que podría recordar algún hechizo que se comiera todos los soportes de hormigón y metálicos...

El fantasma se frotó las manos alegremente.

—*Todos los espíritus de Alcatraz te ayudarán, por supuesto, Madame. Sólo dinos qué tenemos que hacer.*

—Gracias, Juan. Ya me han ayudado suficiente.

Perenelle salió tras el trío, avanzando silenciosamente con sus zapatos estropeados y mugrientos. Se detuvo en la esquina de un

edificio y observó a su alrededor. La Diosa Cuervo y los inmortales habían desaparecido.

De Ayala apareció junto a ella.

—*¿Y si repites lo del hielo que utilizaste contra la esfinge? Fue todo un éxito; ¿qué te parece sellar todo el pasillo con hielo sólido?*

—Eso sería bastante peliagudo y complicado —admitió la Hechicera.

Se giró y se dispuso a avanzar hacia el embarcadero, más allá de la librería. Una sonrisa malvada se formó en las comisuras de la boca de Perenelle.

—Sin embargo, hay algo que sí puedo hacer y que, sin duda, les disgustará.

—*¿El qué?* —preguntó De Ayala entusiasmado.

Perenelle señaló con su lanza de madera.

—Les robaré el barco.

El fantasma mostró una decepción y desilusión ante la idea y la Hechicera se rio por primera vez en varios días.

Capítulo 65

Un resplandor verde menta iluminaba las paredes alabeadas del granero mientras unos rayos incandescentes alumbraban el interior del edificio con haces de luz sólidos.

La luz perfilaba el contorno de una figura de gigantescas astas; se trataba del aterrador Arconte, Cernunnos. Las sombras de numerosas cabezas de lobos danzaban sobre las paredes.

Sophie se despertó con un grito y, de inmediato, su aura se materializó cobrando el aspecto de una armadura brillante y plateada que cubría su cuerpo. Josh abrió los ojos de repente y enseguida se puso en pie mientras su mano izquierda alcanzaba la espada *Clarent* de forma automática. La espada de piedra zumbó y siseó al notar los dedos de Josh alrededor de la empuñadura y el filo empezó a crepitar al mismo tiempo que un lustre de colores se deslizaba de extremo a extremo.

La armadura negra y pulida de Palamedes apareció lentamente alrededor de su cuerpo, el caballero extrajo la espada de dos

puños que mantenía sujeta en su espalda y se colocó delante de los mellizos. Sin producir ruido alguno, Gilgamés alargó el brazo y cogió la espada shamshir persa, con el filo doblado, del cinturón del caballero.

—¿Dónde está el Alquimista? —preguntó Palamedes.

—Puedo oler la menta —dijo rápidamente Sophie inspirando hondamente. El inconfundible aroma impregnaba el aire nocturno. Era consciente de que el corazón le latía con fuerza, pero aún a sabiendas de lo que había ahí fuera no estaba asustada. Ya habían derrotado al Arconte una vez y, en ese momento, no poseían la Magia del Agua.

—La luz es del mismo color que el aura de Nicolas —añadió Josh—. Debe de estar ahí fuera.

—Tenemos que salir de aquí—dijo urgentemente Palamedes—, no podemos quedarnos atrapados.

Se giró y se lanzó hacia una pared con todas sus fuerzas. La madera podrida se partió en un estallido de astillas, de forma que el caballero cruzó la pared y aterrizó en el campo.

—¡Vamos! —gritó Gilgamés cogiendo a Sophie por el brazo y empujándola hacia la apertura de la pared—. ¡Josh, venga!

Josh estaba a punto de introducirse por el hueco astillado cuando las puertas del granero fueron arrancadas de sus bisagras. Cernunnos asomó la cabeza para observar el granero, pero sus gigantescas astas le impidieron cruzar la puerta de la entrada. El hermoso rostro sonrió y la voz retumbó en el interior de la cabeza de Josh.

—Volvemos a encontrarnos, jovencito. He venido a por mi

espada.

—No creo que lo consigas —dijo Josh con los dientes apretados.

—Yo sí. Y, esta vez, he venido preparado. Cernunnos retiró su brazo derecho y Josh observó que el Dios Astado tenía un arco y una flecha en su mano.

El joven escuchó el tañido de la cuerda del arco y captó el destello de una flecha que salía arqueada directamente hacia él.

Clarent se movió, desplazándose delante del cuerpo de Josh, y finalmente se quedó quieta y plana sobre el corazón del joven.

La flecha con punta de hueso se rompió en mil pedazos al chocar con la espada de piedra, pero tal fue la fuerza del colapso que Josh se tambaleó mientras retrocedía. Cernunnos bramó con frustración. Apuntó otra flecha y disparó.

Clarent se retorció en el puño de Josh y el filo de la espada emitió un sonido agudo al partir la flecha en dos.

Dos de los monstruosos lobos con cabeza de hombre se abrieron paso entre el Dios Astado y se adentraron en el granero. Se separaron para rodear a Josh por lados diferentes y el joven retrocedió varios pasos hasta que sus piernas se toparon con el antiguo tractor. No podía ir más atrás. Colocando los pies sobre el suelo con firmeza y sujetando la espada con ambas manos ante él, Josh permaneció inmóvil, observando a los lobos de la Caza Salvaje arrastrándose hacia él. Entonces, fugazmente, vio cómo el Arconte preparaba otra flecha.

—¿Cuán rápido eres, chico? —bramó Cernunnos. Gritó una palabra incomprensible al mismo tiempo que aflojó el arco y los dos

lobos se abalanzaron sobre Josh.

Gilgamés apareció entre las sombras, con la espada persa de filo curvado silbando a medida que cortaba el aire. El primer lobo ni siquiera se percató de la presencia del inmortal, pero en el momento en que el acero frío rozó su piel la criatura se disolvió en polvo.

El segundo lobo salió disparado hacia Josh. *Clarent* se movió, apuñalando hacia el exterior y, un instante más tarde, la criatura explotó en una nube de arena.

—¡Gilgamés! —chilló Josh—. ¡Vigila!

Pero la flecha del Arconte se clavó en el pecho del inmortal, que empezó a girar como una peonza hasta derrumbarse sobre el suelo. Cernunnos agarró otra flecha, la niveló a la altura del Rey y disparó.

El grito de Sophie fue espeluznante: miedo, pérdida y rabia en un mismo sonido. Soltándose del Caballero Sarraceno, la joven se adentró por el agujero astillado de la pared con su aura plateada solidificada alrededor de su cuerpo. Corrió hacia el Rey, que yacía en el suelo, y se lanzó sobre él. La flecha de Cernunnos golpeó el centro de la espalda de Sophie y su punta de sílex se desmoronó en polvo al rozar su armadura. Sin embargo, la fuerza del golpe rompió su concentración, de forma que su aura se desvaneció y se esfumó, dejándola así completamente indefensa.

El Arconte tiró el arco a un lado; ya no le quedaban más flechas. Entonces empezó a arrancar la parte central del granero con sus gigantescas manos a la vez que bramaba, daba patadas y rugía con rabia y satisfacción.

Sophie se arrodilló junto a Gilgamés y le alzó la cabeza del suelo, como si quisiera acunarlo. Josh se colocó entre el Arconte y su hermana. Movía rápido los ojos, como si estuviera buscando un ataque. Plantó sus pies y, de forma automática, su cuerpo adoptó una postura de batalla: el peso desplazado ligeramente hacia un lado, la espada agarrada por ambas manos, un tanto ladeada y delante de su pecho. De repente notó cómo una sensación de paz se apoderaba de él. Josh sabía que eso no guardaba relación alguna con el arma que vibraba y siseaba entre sus manos. Era el reconocimiento de que no había elección, no había decisiones que tomar. Sólo había una cosa que podía hacer: enfrentarse y luchar contra el Arconte. Estaba preparado para morir defendiendo a su hermana.

Gilgamés movió los labios y Sophie se inclinó para escuchar sus palabras.

—Agua —suspiró. Sophie sintió el aliento cálido en su rostro.

—No tengo —respondió con lágrimas en los ojos. Sabía que tendría que hacer algo, pero no podía pensar, no lograba concentrarse. Todo lo que veía era al anciano entre sus brazos con una flecha oscura clavada en el pecho. Quería ayudarle; pero no sabía cómo.

Los labios del Rey dibujaron una sonrisa dolorosa.

—No para beber —murmuró—. Agua: el arma suprema.

Antes de que Sophie pudiera responder, el Arconte arrancó la parte frontal del granero. Sophie empezó a dar vueltas y, a través del agujero, pudo observar lo que estaba ocurriendo en el exterior. Nicolas Flamel, con el aura verde resplandeciendo, estaba librando

una batalla con el doctor John Dee, quien estaba envuelto por un aura humeante y de color amarillo azufre. Dee luchaba con un látigo de energía cetrina mientras que el Alquimista intentaba esquivar sus embestidas con una lanza sólida de luz de color esmeralda. Palamedes estaba rodeado por la Caza Salvaje que había sobrevivido. Los gigantescos lobos salían disparados para morderle o arañarle. Amenazaban con aplastarle mientras el caballero realizaba movimientos cortantes con la espada de dos puños.

—Josh —llamó Sophie con voz serena—. El Rey dice que deberíamos utilizar agua.

—¿Agua? —repitió Josh—. Pero yo no sé cómo...

—¿Recuerdas lo que te dije sobre el instinto?

Sophie alargó la mano derecha y Josh la tomó con su izquierda para ayudarla a incorporarse.

Cernunnos finalizó el derribo de la parte frontal de la casa y extrajo un garrote de aspecto salvaje y con cabeza de piedra del bolsillo.

—No puedes defenderte a ti mismo y a la chica —gruñó.

—Sólo tengo que defender a la chica —susurró Josh.

Cernunnos dio un paso al frente... y entonces el suelo se abrió debajo de él. Lo que antes era un suelo duro se convirtió en un lodazal empantanado que le cubrió hasta los tobillos. El agua, espesa y turbia, empezó a burbujear debajo del suelo. Un diminuto geiser empezó a chorrear de una fisura y, de repente, una parte entera del suelo se rasgó y se disolvió en estiércol. El Arconte se tambaleó y el garrote se deslizó entre sus manos. Otro pedazo de suelo se convirtió en una marisma y la criatura se hundió hasta las

rodillas y, segundos más tarde, hasta las caderas. Completamente en silencio, la criatura clavó sus ojos ámbar en los mellizos. Cernunnos, lleno de odio, hincó sus monstruosas manos en el suelo e intentó levantarse.

—Error —susurró Josh.

El suelo se licuó alrededor de las manos del Arconte. —Sólo necesitamos un poco más de agua —murmuró Sophie.

Josh incluso notó cómo el agua brotaba por el suelo; sentía su poder mientras se abría camino entre la tierra gracias a una increíble presión que se ejercía desde abajo, atravesando el barro, pulverizando el terreno, empujando las rocas y las raíces de árboles que se encontraba por el camino.

El Arconte aullaba y bramaba a medida que se hundía hasta el pecho en el lodo. Al mismo tiempo, el gigantesco garrote se iba sumergiendo cada vez más en el suelo. Las manos de la criatura apaleaban el fango pegajoso, rociando las paredes de gotas de barro. Una burbuja explotó detrás de la criatura y una piedra salió a la superficie del lodazal. Luego aparecieron una segunda y una tercera. De forma inesperada, el barro pringoso de color marrón y negro empezó a salir a borbotones, manchando el abrigo de la criatura de mugre, golpeándole con pedazos de raíces de árboles y trozos de piedra. Una depresión circular se abrió alrededor de Cernunnos y tragó al Arconte hasta la punta de sus astas.

Sophie se soltó de la mano de su hermano y extendió los dedos, que estaban cubiertos de metal plateado. Una explosión de fuego blanco encendió el círculo lagunoso y el calor abrasador secó el suelo en un instante, convirtiéndolo en una masa dura como el

acero.

—Lo hemos conseguido —dijo Josh con una sonrisa—. ¡Lo hemos conseguido! Podía sentir el poder fluyendo por mi cuerpo. La Magia del Agua —dijo completamente asombrado.

—Josh, sal ahí fuera. Ayúdales —ordenó Sophie. A medida que su aura se consumía, la tez de Sophie empalidecía.

—¿Y tú?

—Hazlo —exigió con las pupilas repentinamente plateadas.

—Tú no eres mi jefa —bromeó con una sonrisa.

—Oh, sí lo soy —respondió Sophie cogiéndole de la mano—.

Recuerda, soy mayor que tú.

Sin dejar de sonreír, Josh se dio media vuelta y salió corriendo hacia el campo con *Clarent* siseando ante él, abriéndole camino hacia Palamedes. Una parte de él quería ayudar al Alquimista, pero su instinto le decía que era más sensato rescatar primero al caballero; dos guerreros eran mejor que uno.

Gilgamés apretó los dedos de Sophie.

—Tienes que irte ya —dijo con un susurro ronco—. Sal de aquí.

—No te dejaré aquí. Estás herido.

—Nunca me dejarás —repuso el Rey—. Vivirás en mi memoria para siempre.

De repente agarró la flecha que tenía clavada en el pecho, la extrajo y la lanzó por los aires.

—Y esto, ¡ja! Quizá me retenga durante un tiempo, pero se necesita algo más que esto para matarme. Ahora vete, vete. Tu aura, junto a la del Alquimista y la del Mago, habrán atraído a cada

criatura endemoniada que habita en este país. Y probablemente también habrán llamado la atención de las autoridades.

Desvió la mirada hacia los resplandores amarillos y verdes que desprendían las armas de los inmortales.

—No me cabe la menor duda de que esas luces pueden avistarse desde kilómetros de distancia —admitió. Apretó la mano de Sophie y añadió—: Recuerda esto: si volvemos a encontrarnos es posible que me haya olvidado de ti. —Extrajo un fajo de páginas de distintos tamaños del interior de su camiseta, arrancó la primera página y se la entregó a Sophie en la mano—. Si no te recuerdo, entonces dame esto. Me recordará a la chica que vertió una lágrima por el rey perdido. Ahora vete. Id hasta la línea telúrica.

—Pero yo no sé dónde está —protestó Sophie.

—El Alquimista sí lo sabe...

Se giró para contemplar a Flamel y Sophie siguió su mirada. En ese preciso instante, el aura de Flamel parpadeó hasta extinguirse mientras él se derrumbaba sobre el suelo. Dee gritó triunfante y ondeó el látigo de energía amarilla sobre su cabeza.

Capítulo 66

Por el rabillo del ojo, Josh vislumbró cómo el aura del Alquimista se desvanecía y, al girarse, vio cómo Flamel se desplomaba. Sabía que estaba demasiado lejos como para llegar a tiempo para cogerlo. Empezó a girar y *Clarent* cortó por la mitad a un lobo sarnoso de tan sólo un ojo convirtiéndolo automáticamente en polvo y entonces, pivotando sobre su talón, como si estuviera lanzando un disco, soltó la espada, que salió volando hacia Dee. El filo sonaba como un felino, maullando al cortar el aire, al mismo tiempo que la piedra ardía en un color rojo negruzco. El Mago la descubrió en el último momento. El látigo que tenía en la mano rápidamente se transformó en un escudo circular y *Clarent* colisionó en el centro, provocando así una explosión de chispas negras y amarillas que dejaron al Mago clavado en el suelo. Su aura parpadeó e, instantes más tarde, se esfumó. Dee no se levantó.

Un lobo con rostro infantil saltó hacia Josh con el hocico abierto y éste dejó escapar un grito de dolor cuando la criatura

clavó las zarpas en el brazo del joven. De forma abrupta, el lobo explotó en una nube de polvo. Sophie se sacudió la ceniza oscura de la espada shamshir que Gilgamés le había regalado.

—Ve a por el coche. Tenemos que salir de aquí.

Josh dudó, pues se encontraba ante la disyuntiva de recuperar a *Clarent* o ir a por el coche. Unas alas empezaron a batir sobre sus cabezas y una criatura con aspecto de rata de al menos dos metros de largo empezó a descender en picado desde el cielo nocturno, con las garras apuntando a Sophie. Su silbido triunfante enseguida se convirtió en un borboteo cuando la espada de hierro rozó a la criatura en el aire convirtiéndola de inmediato en arena.

—¡Josh, ahora! —pidió Sophie mientras escupía la arena que le había entrado en la boca. Su mellizo se dio media vuelta y corrió hacia el coche. La noche había cobrado vida gracias a una cacofonía de sonidos: aullidos, gemidos y ladridos. Las pezuñas chasqueaban en la tierra. Los ruidos cada vez se acercaban más, se intensificaban más.

Palamedes había dejado la llave del coche en el contacto. Josh se deslizó en el asiento del conductor, respiró hondo y giró la llave. El coche arrancó en su primer intento. Agarrando el volante con firmeza, pisó el acelerador. Dos lobos desaparecieron debajo de las ruedas y de ellos no quedó más que una nube de polvo. Otro saltó sobre el capó, pero Josh enseguida giró el volante y el animal se deslizó dejando rasguños sobre el metal del vehículo. Atropello a un lobo cuyo pelaje era negro como el carbón que se arrastraba tras Sophie y frenó de sopetón.

—¿Has pedido un taxi?

Pero Sophie no subió.

—Busca a Palamedes —ordenó. Corriendo junto al coche, Sophie se abría camino entre los lobos de la Caza Salvaje moviendo agresivamente su espada metálica hasta que, finalmente, alcanzaron al Caballero Sarraceno, que estaba entre un charco de polvo que le llegaba a los tobillos.

—¡Sube, sube! —gritó Josh.

Palamedes abrió la puerta, empujó primero a Sophie hacia el interior y después se lanzó directamente hacia la parte trasera del taxi. Josh arrancó girando el volante 180 grados. Se aproximaba a Nicolas, quien seguía en el suelo completamente inmóvil. Sophie se inclinó, le agarró por los hombros e intentó arrastrarlo hacia el interior, pero pesaba demasiado. Palamedes alargó el brazo y, a pesar de su estado agotado y debilitado, alzó al Alquimista con sólo una mano.

Sophie golpeó la separación de cristal con la palma de la mano y exclamó:

—¡Vámonos, Josh, vámonos!

—Tengo que recuperar a *Clarent*.

—¡Mira detrás de ti! —chilló.

Por el espejo retrovisor, Josh pudo darse cuenta de que el campo estaba repleto de monstruos. Daba la sensación de que formaban parte de la Caza Salvaje, pero estos lobos eran negros, con rostros brutos, semejantes a los de los simios y, comparados con los lobos grises, eran el doble de grandes. Correteando junto a ellos pudieron distinguir a felinos de pelaje oscuro con ojos carmesí.

—¿Qué son? —gritó Josh.

—Aspectos de la Caza Salvaje provenientes de todo el país — informó Palamedes con tono cansado.

Josh echó un vistazo al pedazo de hierbas altas donde sabía que estaba *Clarent* y tomó una decisión. Tardaría un solo segundo en recuperarla... pero eso pondría en peligro a todo el mundo. Incluso mientras pisaba el acelerador, el joven reconoció que el antiguo Josh Newman hubiera antepuesto sus propias necesidades sobre las de los demás y hubiera ido en busca de la espada. Había cambiado. Quizá tenía algo que ver con la magia que había aprendido, aunque lo dudaba. Las experiencias de los últimos días le habían enseñado qué era importante.

Sophie se asomó por la ventanilla del coche, reuniendo fuerzas que desconocía poseer, y apretó el pulgar en el círculo tatuado de su muñeca. Una línea finísima, como una flecha, de fuego con aroma a vainilla empezó a arder hasta crear unas llamaradas de unos dos metros de altura. Todas las criaturas se detuvieron repentinamente al toparse con esa cortina de fuego.

—¿Qué hago? —gritó Josh—. ¿Dónele voy?

Una puerta de madera apareció justo enfrente del coche. Josh siguió acelerando, encorvó los hombros y se llevó la puerta por delante, destrozándola por completo. Una tabla de madera golpeó el coche y agujereó el parabrisas.

Palamedes agarró al Alquimista y, con poca delicadeza, sacudió su cabeza. Flamel abrió los ojos y movió los labios, pero no produjo sonido alguno.

—¿Adónde vamos? —preguntó el caballero.

—Stonehenge —masculló Flamel.

—Sí, sí, eso ya lo sé. ¿Dónde, específicamente?

—Al corazón del anillo —murmuró el Alquimista sin fuerzas ni para mantener la cabeza recta. Sophie descubrió que el látigo de Dee había hecho trizas la ropa que llevaba Flamel. La piel estaba amoratada y en carne viva. Concentró la poca aura que le quedaba en la punta de su dedo índice y lo recorrió sobre uno de los cortes más graves, curándolo y sanándolo.

—¿Dónde está Gilgamés? —preguntó Palamedes. —Estaba herido. Me dijo que nos fuéramos; me obligó a irme. No quería irme de allí.

El Caballero Sarraceno le dedicó una sonrisa amable. —Es imposible matarlo —dijo.

—¿Dónde voy? —repitió Josh otra vez desde el asiento del conductor.

—Sólo sigue mis indicaciones —dijo Palamedes inclinándose hacia delante—. Ve hacia la izquierda. Es mejor que conduzcamos por carreteras secundarias para no coger tráfico...

De repente, la carretera de detrás se iluminó con luces azules y blancas. Los faros de los coches destellaban al mismo tiempo que las bocinas no dejaban de sonar.

—Policía —anunció Josh de forma innecesaria.

—Continúa conduciendo —ordenó Palamedes—. No te detengas ante nada.

Miró por el espejo retrovisor todos los coches de policía y se giró hacia Sophie.

—¿Puedes hacer algo?

Sophie negó con la cabeza.

—No me quedan fuerzas.

Levantó la mano. Temblaba de una forma violenta y unos diminutos zarcillos de humo emergían de las yemas de los dedos.

—Tenemos tres coches patrulla acercándose a nosotros —gritó Josh desde delante—. ¡Haced algo!

—¡Haz tú algo! —gritó Palamedes—. A Sophie no le queda energía. Depende únicamente de ti, Josh.

—Estoy conduciendo —protestó.

—Piensa en algo —comentó el caballero con brusquedad.

—¿Qué debería hacer? —preguntó con tono desesperado.

—Piensa en lluvia —murmuró Sophie.

Josh mantuvo el pie en el acelerador y el taxi rugió por la carretera mientras el velocímetro alcanzaba los 90 kilómetros por hora. Lluvia. De acuerdo. Habían vivido en Chicago, en Nueva York, en Seattle y en San Francisco; sabía todo sobre la lluvia. El joven se imaginó gotas de lluvia brotando desde el cielo: una llovizna fina, una lluvia torrencial, una tormenta de verano, una precipitación invernal gélida.

—No ocurre nada —comentó.

De repente, un aguacero torrencial empezó a caer sobre la carretera que habían dejado atrás; las gotas chorreaban de una nube que, instantes antes, no había estado allí. El coche de policía más cercano pasó por encima de un charco y patinó fuera del arcén y un segundo más tarde colisionó directamente con la puerta de pasajeros del primero. Un neumático explotó. Un tercer coche chocó con la parte trasera del segundo y los tres coches se deslizaron por la carretera, bloqueándola por completo con una

maraña metálica. Las sirenas desaparecieron y dieron paso a los graznidos.

—Bien hecho —comentó Palamedes.

—¿Ahora dónde?

El caballero señaló con el dedo.

—Hacia allí.

Josh agachó la cabeza para mirar hacia la izquierda. Stonehenge era más pequeño de lo que se había imaginado y la carretera finalizaba casi justo al lado de las piedras.

—Para aquí. Bajaremos del coche y correremos —dijo Palamedes.

—¿Parar dónde? —preguntó Josh mirando a su alrededor.

—¡Aquí mismo!

Josh frenó repentinamente y el coche se detuvo en el mismo instante.

Palamedes saltó del coche con el Alquimista sobre los hombros.

—Seguidme —ordenó el caballero.

Utilizó su inmensa espada para convertir una valla metálica en fragmentos. Josh agarró la espada persa y rodeó a su hermana con el brazo. Sophie se esforzaba por no perder la conciencia, así que Josh cargó con ella mientras corría por la hierba en dirección al anillo que conformaban las piedras ancestrales.

—Y lo más importante, hagáis lo que hagáis —gritó el Caballero Sarraceno—, no miréis atrás.

Sophie y Josh miraron atrás.

Capítulo 67

La conoces? —preguntó Billy el Niño agachando la cabeza y hablando entre dientes. Contemplaba la espalda de la mujer que estaban siguiendo a través del laberinto de piedra y pasillos metálicos. Maquiavelo asintió.

—Nos conocimos en una ocasión —respondió en voz baja—. Es la Diosa Cuervo, una criatura de la Última Generación.

La mujer giró la cabeza, como si se tratara de una lechuza, para vigilar a los dos hombres. Tenía los ojos escondidos tras unas gafas de sol de cristal de espejo.

—Y mi oído es excelente.

Billy sonrió. Dio dos pasos rápidos hacia delante y se colocó junto a la mujer vestida de cuero negro. Le ofreció la mano y se presentó.

—William Bonney, *Madame*. Aunque todo el mundo me llama Billy.

La Diosa Cuervo miró la mano y dibujó una sonrisa, dejando al

descubierto unos gigantescos colmillos que le presionaban el labio inferior.

—No me toques. Muerdo.

Billy ni se inmutó.

—No hace mucho que soy inmortal. De hecho, hace tan sólo ciento veintiséis años y no he tenido el placer de conocer a muchos Inmemoriales o criaturas de la Última Generación. Sin duda, no he conocido a nadie como tú...

—William —avisó Maquiavelo en tono suave—, creo que deberías dejar de molestar a la Diosa Cuervo.

—No la estoy molestando, sólo estoy preguntando...

—Eres inmortal, William, no invulnerable —sonrió Maquiavelo—. Morrigan es venerada y honrada por los celtas como la diosa de la muerte. Eso te debería dar una pista de su naturaleza.

De repente, el italiano detuvo el paso.

—¿Qué ha sido eso?

Billy el Niño se metió la mano en el abrigo y, de forma inesperada, sacó un puñal afilado por ambos lados de unos cuarenta centímetros de largo. De repente, su rostro adolescente cambió, tornándose más agresivo y anguloso.

—¿El qué?

Maquiavelo alzó la mano en un gesto de silenciar al norteamericano. Ladeó la cabeza y concentró su atención.

—Parece que es... ¡un motor fuera borda!

Billy salió disparado. Maquiavelo echó un rápido y sospechoso vistazo a la Diosa Cuervo y empezó a correr por el pasillo.

Un momento más tarde, la esfinge apareció tras una esquina. Al

ver a la Diosa Cuervo, se detuvo y las dos Inmemoriales se saludaron educadamente. Eran familiares lejanas gracias a una compleja red de relaciones entre Inmemoriales.

—Creí oír algo —dijo la esfinge.

—Ellos también —añadió la Diosa Cuervo con una sonrisa salvaje.

Nicolas jamás había aprendido a conducir pero Perenelle finalmente se decidió a asistir a clases de conducción hacía unos diez años. Después de seis semanas en la autoescuela, aprobó el examen en su primer intento. Jamás habían adquirido un coche, pero Perenelle recordaba perfectamente cada una de las clases de conducción. Tardó tan sólo unos minutos en averiguar cómo controlar el diminuto bote amarillo a motor. Giró la llave en el contacto y empujó el acelerador. De inmediato, el motor fuera borda empezó a escupir espuma. Girando el volante, empujó un poco más el acelerador y el bote zarpó bramando de la isla de Alcatraz, dejando un rastro de agua blanca en forma de V a su paso.

El rostro de De Ayala se fusionó en las ondas espumosas que se formaban en la proa del bote.

—*Creí que ibas a combatir.*

—Combatir siempre es la última opción —gritó para que su voz se oyera por encima del rugido del motor—. Si Scathach y Juana hubieran aparecido, quizá me hubiera decidido a acabar con la esfinge y los dos inmemoriales. Pero no sola.

—¿Y qué hay de la Diosa Araña?

—Aerop-Enap puede cuidarse sola —respondió Perenelle—.

Su mayor esperanza es que no estén en la isla cuando se despierte. Tendrá hambre y cabe decir que la Vieja Araña tiene un apetito voraz.

Un grito a lo lejos le llamó la atención. Maquiavelo y su acompañante estaban en el muelle. El italiano permanecía quieto, inmóvil, pero el otro estaba moviendo los brazos y el sol centelleaba en un puñal que llevaba en la mano.

—¿No utilizarán su magia? —preguntó De Ayala.

—No resulta muy eficaz en agua corriente —sonrió Perenelle.

—*Me temo que tengo que dejarte, Madame. Debo regresar a la isla.*

El rostro del fantasma empezó a disolverse, convirtiéndose así en rocío.

—Gracias Juan, por todo lo que has hecho —dijo Perenelle con toda sinceridad en español arcaico—. Estoy en deuda contigo.

—¿Volverás a Alcatraz?

Perenelle observó la cárcel por encima de su hombro. Ahora que sabía que las celdas albergaban una colección de pesadillas, pensó que la propia isla parecía como una bestia durmiente.

—Lo haré —alguien debería ocuparse de aquel ejército antes de que despertara—. Volveré. Y pronto —prometió.

—*Te estaré esperando* —dijo De Ayala, y desapareció.

Perenelle dirigió el bote hacia el embarcadero y echó atrás el acelerador. Una sonrisa de satisfacción reinó en su rostro. Era libre.

Nicolas Maquiavelo inspiró hondo en un intento de calmarse. La ira enturbiaba el buen juicio y en este preciso instante lo que necesitaba era pensar con lucidez. Había subestimado a la Hechicera y ella le había hecho pagar por ese error. Era imperdonable. Le habían enviado a Alcatraz con la misión de matar a Perenelle y había fracasado. Ni su propio maestro ni el de Dee se iban a sentir satisfechos con lo ocurrido, aunque tenía la sensación de que el Mago no estaría demasiado afectado. Seguramente el inmortal inglés se regodearía ante tal idea.

Aunque tenía a la Hechicera, Maquiavelo había querido enfrentarse a ella. Jamás le había perdonado que le venciera en el volcán Etna y, a lo largo de los siglos, había invertido una fortuna en coleccionar hechizos, encantamientos y brujerías para destruirla. Estaba decidido a tener su revancha. Y ella le había jugado una mala pasada. No con magia, ni con el poder de su aura. Sino con astucia... lo cual supuestamente era su especialidad.

—¡Detenía! —gritó Billy—. ¡Haz algo!

—¿Podrías callarte un momento? —preguntó tajantemente al joven norteamericano. Sacó su teléfono móvil y añadió—: Tengo que informar sobre esto y créeme, no tengo muchas ganas. Uno jamás debería dar malas noticias.

Y entonces, al otro lado de la bahía, el Viejo Hombre del Mar emergió del agua, justo delante del bote. Unos tentáculos de pulpo rodearon estrechamente el pequeño bote, frenando así su navegación. Perenelle desapareció, salió disparada ante la repentina frenada.

Maquiavelo guardó su teléfono en el bolsillo; quizá, después de

todo, podría informar de buenas noticias.

La voz de Nereo resonó en el agua; sus palabras parecían vibrar entre las olas.

—Sabía que volveríamos a encontrarnos, Hechicera.

Maquiavelo y Billy observaban el espectáculo mientras el Inmemorial subía a la superficie marina y se agachaba sobre la proa del barco mientras retorció todas sus patas. La madera crujió y se partió en mil astillas y, de inmediato, el parabrisas se hizo añicos por el peso de la criatura en la parte frontal del velero. Sin embargo, el motor fuera borda del bote siguió gimiendo.

Maquiavelo colocó rápidamente la mano sobre las cejas para evitar el sol y poder contemplar cómo la Hechicera se ponía en pie. Tenía una lanza de madera entre las manos. Los rayos de sol destellaban un resplandor dorado sobre el arma, que dejaba un humo blanco a su paso. Vio cómo Perenelle intentaba apuñalar los tentáculos de la criatura una, dos y tres veces antes de clavar la lanza en el pecho de Nereo. Empezó a brotar agua, formando una columna de agua salada que nacía de las olas, mientras el Viejo Hombre del Mar esquivaba desesperadamente la punta de la lanza. El Inmemorial se deslizó de la proa del barco y desapareció entre las olas formando una explosión de burbujas y espuma.

El bote volvió a recuperar el equilibrio sobre el agua y, con el motor echando espuma y gimiendo, arrancó otra vez hacia tierra firme. Los tres tentáculos que seguían sobre el barco a motor se cayeron y fueron a la deriva con la marea. El encuentro había durado menos de un minuto.

Maquiavelo suspiró y volvió a sacar su teléfono móvil. Al final,

sólo podía dar malas noticias; ¿podría empeorar el día? Una sombra apareció sobre sus cabezas y el italiano alzó la mirada para descubrir la gigantesca silueta de la Diosa Cuervo planeando sobre ellos. Volaba alto, con su abrigo de plumas negro extendido como si fueran alas verdaderas, y entonces descendió en picado para aterrizar hábilmente sobre el barco a motor amarillo.

El italiano empezó a sonreír. Evidentemente, la Diosa Cuervo arrastraría a la Hechicera hacia las aguas y las Nereidas se la engullirían. Pero su sonrisa se esfumó en el momento en que avistó a las dos mujeres, una de la Última Generación y la otra una humana inmortal, abrazarse. Cuando se giró, su rostro era una máscara desagradable.

—Pensé que la Diosa Cuervo estaba de nuestro lado —dijo Billy el Niño con tono lastimero.

—Al parecer, hoy en día no puedes confiar en nadie —observó Nicolas Maquiavelo mientras se alejaba del embarcadero.

Capítulo 68

La Caza Salvaje corría por la llanura de Salisbury. Las criaturas que Sophie y Josh tan sólo avistaron a lo lejos momentos antes estaban pisándoles los talones. Lograron reconocer a algunas de ellas: perros negros y lobos grises, monstruosos gatos con mirada carmesí, osos enormes, jabalíes con los colmillos retorcidos, cabras, ciervos y caballos. Sin embargo, se habían unido a la Caza otro tipo de criaturas: figuras humanas talladas en piedra; unas criaturas con piel de corteza, cabello de hoja y extremidades de ramas se apresuraban hacia ellos. Sophie y Josh también distinguieron a los Genii Cucullati, los Encapuchados; observaron a cucubuths con la cabeza rapada blandiendo cadenas y caballeros ataviados con armadura desgastada y oxidada. Unos guerreros con el cuerpo tatuado tapados con pieles junto a centuriones romanos con uniforme roto cojeaban tras un Dearg Due de cabello rojizo.

Entre todos estos monstruos, los mellizos también vislumbraron a humanos de aspecto normal y corriente que empuñaban espadas,

puñales y lanzas; para Josh, éstos eran los más aterradores.

Los mellizos desviaron su mirada hacia Stonehenge, que yacía entre la oscuridad nocturna, y sabían que no llegarían a tiempo.

—Detengámonos y luchemos —jadeó Josh después de analizar su situación y percatarse de las pocas opciones que tenían—. A mí aún me queda algo de fuerza... Quizá podría evocar lluvia...

De repente, un aullido agudo retumbó en la llanura de Salisbury. A Josh le dio un vuelco el corazón. Entonces se dio cuenta de que, a su derecha, otro grupo de criaturas avanzaba en tropel.

—Problemas —expuso.

—Todo lo contrario —sonrió Palamedes—. Observa. Y entonces Josh reconoció a la figura que iba en cabeza del grupo.

—¡Shakespeare!

El Bardo permitió que los Sabuesos de Gabriel se adelantaran. Los Sabuesos, muy disciplinados, se abalanzaron sobre el extraño y dispar ejército que, de repente, se quedó completamente inmóvil. Unas lanzas de hierro y unas espadas metálicas comenzaron a destellar en la bóveda nocturna y enseguida una nube de polvo se levantó sobre la llanura.

William Shakespeare, ataviado con una armadura policial moderna y un casco con visor, se reunió al lado de Palamedes.

—Qué alegría verte —dijo.

—Creí haberte dicho que no esperaras hasta el anochecer —respondió el Caballero Sarraceno.

—Oh, nunca es tarde si la dicha es buena —repuso Shakespeare—. De todas formas, ya sabes que nunca te presto atención —añadió el Bardo con una tímida sonrisa—. Además,

como no vi nada en las carreteras, supuse que habíais encontrado algún lugar donde esconderos hasta el anochecer.

Palamedes dejó caer al Alquimista, que seguía inconsciente, sobre el suelo y empezó a atizarle suaves golpes en las mejillas.

—Despierta, Flamel. Despierta. Necesitamos saber qué piedra es la correcta.

Capítulo 69

Quizá no sea necesario —dijo Shakespeare de forma tajante—. La Caza Salvaje y todas esas criaturas están aquí por ti y tu hermana. El aroma de vuestras auras les ha arrastrado hasta aquí. Eso y la inmensa recompensa que Dee ha puesto a vuestras cabezas. Nosotros no les interesamos. Así que todo lo que tenemos que hacer es deshacernos de vosotros. Palamedes, Gabriel —ordenó el Bardo—. Entretenedlos un rato para ganar un poco de tiempo.

El Caballero Sarraceno asintió. Su armadura abollada apareció otra vez alrededor de su cuerpo, pero esta vez cobró un aspecto más suave, negro y reflectante. Empuñando su espada larga con ambas manos, se lanzó hacia los lobos y los felinos oscuros. Gabriel envió a los sabuesos que habían sobrevivido tras Palamedes.

Shakespeare estaba sujetando al Alquimista mientras Josh y Sophie intentaban mantenerle erguido. Los cuatro se dirigieron hacia las dos altas columnas de arenisca plantadas en el corazón de

Stonehenge.

En el mismo momento en que Josh pisó el círculo, sintió la inconfundible vibración de poder. Le recordó las sensaciones que había experimentado cuando había empuñado a *Clarent*, la sensación de escuchar voces lejanas más allá de su oído. Miró a su alrededor, pero le resultaba difícil distinguir la silueta de las piedras en la oscuridad nocturna.

—¿Cuántos años tiene este lugar? —preguntó Josh.

—El primer emplazamiento se remonta a hace más de cinco mil años, pero es posible que sea más antiguo —respondió Shakespeare. De repente, el Bardo se topó con una piedra que había en el suelo—. Aquí está el Altar de Piedra —informó al Alquimista.

Nicolas Flamel se derrumbó sobre la piedra e inspiró hondo mientras se llevaba una mano al pecho.

—Orientadme —resolló—. ¿Dónde está el norte?

De forma instintiva, Josh y Shakespeare miraron hacia el cielo, buscando la estrella polar.

Inesperadamente, un gigantesco gato negro saltó por encima de la valla, con la boca abierta y las uñas al descubierto. Se disponía a atacar al Alquimista. Flamel alzó la mano y unas garras afiladas como cuchillas brotaron de su palma; entonces, la porra policial de Shakespeare salió disparada de su bolsillo y golpeó la cabeza del animal dejándolo completamente inconsciente. El gato se desplomó sobre la piedra y se disolvió en polvo.

—Igual que ocurre con el metal, estas piedras son como veneno para ellos —explicó rápidamente el Bardo—. No pueden

rozarlas; por eso no están acercándose a nosotros. Alquimista, si tienes intención de hacer algo, hazlo ahora —puntualizó—. El norte está aquí.

—Buscad el tercer trilithon perfecto a la izquierda —murmuró el Alquimista.

—¿El tercer qué? —preguntó Josh, algo confundido.

—Trilithon. Una estructura de dos colosales piedras verticales y un dintel —explicó Shakespeare—. Es el término griego para denominar tres piedras.

—Lo sabía... creo —susurró Josh. Empezó a contar y anunció—: Es ésta —dijo con decisión mientras señalaba la escultura—. Ahora, ¿qué?

—Ayudadme —rogó Nicolas.

Shakespeare se ocupó del Alquimista y lo llevó a rastras hasta los dos postes verticales. Empujándolo hacia el agujero que conformaban las tres piedras, Nicolas posó las manos en la parte más alta de las piedras al mismo tiempo que estiraba las piernas. Finalmente, adoptó una postura en forma de X en la mitad de la estructura prehistórica.

Un suave aroma a menta tiñó la atmósfera fría y nocturna.

Un oso gigantesco se alzó apoyándose únicamente sobre sus patas traseras y sus garras lograron arañar la cabeza del Alquimista. Entonces el Caballero Sarraceno agarró a la criatura y la lanzó a los Sabuesos de Gabriel. Todos se abalanzaron sobre el cuadrúpedo aullando de forma salvaje. En cuestión de segundos, el oso se transformó en polvo.

Un trío de lobos corría aceleradamente hacia Flamel. Josh rozó

a uno con la espada shamshir a la vez que Gabriel derribaba al otro. Josh intentó apuñalar al tercero pero éste esquivó el embiste. Sin embargo, al evitar el roce con la espada acarició la piedra y se desmoronó en diminutos granitos de arena.

De repente, Josh se dio cuenta de que apenas quedaba un puñado de los Sabuesos de Gabriel con vida y todos ellos estaban retrocediendo al círculo de piedra. El esqueleto de un caballo, montado por un jinete sin cabeza, se encabritó y empezó a sacudirse frenéticamente. Agarró a uno de los sabuesos y lo lanzó hacia la piedra. El sabueso se desvaneció, dejando tan sólo una silueta polvorienta en el aire.

—Alquimista —advirtió Shakespeare—, haz algo. Nicolas se desplomó sobre el suelo. —No puedo.

—¿Estás seguro de que ésta es la puerta correcta? —preguntó Josh.

—Estoy seguro, pero no me quedan fuerzas —admitió. Después miró a los mellizos y, durante un breve instante, Josh creyó ver algo en la mirada del inmortal—. Sophie, Josh, tendréis que hacerlo vosotros.

—La chica está agotada —dijo rápidamente el Bardo—. Si utiliza su aura arderá en llamas.

Nicolas alargó el brazo, tomó la mano de Josh y tiró hacia él.

—Entonces tendrás que ocuparte tú. —¿Yo? Pero yo estoy...

—Tú eres el único a quien le queda aura para hacer esto.

—¿Qué otras alternativas hay? —preguntó Josh.

Tenía la clara impresión de que esto era precisamente lo que el Alquimista había estado planeando. Flamel jamás había tenido el

poder suficiente para activar la línea telúrica.

—Ninguna.

El Alquimista señaló las criaturas que se aglomeraban alrededor del círculo de piedras. Entonces apuntó al cielo. Un faro reflector cruzaba el paisaje celeste. Y había más puntos de luz que se acercaban lentamente.

—Helicópteros de la policía —anunció—. Llegarán en cuestión de minutos.

Josh entregó a Flamel la espada shamshir, que se había doblado ligeramente.

—¿Qué hago?

—Colócate entre los postes con los brazos y las piernas extendidos. Visualiza a tu aura desplazándose de tu cuerpo hacia las piedras. Eso será suficiente para activarlas.

—Y hazlo rápido —recordó Shakespeare.

Apenas quedaba media docena de los Sabuesos de Gabriel y Palamedes estaba aislado, rodeado por criaturas que le amenazaban con dagas que chirriaban y lanzaban chispas al tocar su armadura. Los lobos y los gatos seguían pululando alrededor del círculo de piedra.

—Déjame ayudar a mi hermano —murmuró Sophie.

—No —respondió Shakespeare—. Es demasiado peligroso.

El aura de Josh empezó a humear en el mismo momento en que se colocó entre las tres piedras. Se despojó de su piel como un humo dorado.

Apoyó las palmas de la mano en la superficie suave de la arenisca y, de forma instantánea, la fragancia a naranjas se

intensificó. El aroma hizo que las criaturas que permanecían fuera del círculo entraran en un estado de euforia y frenesí. Doblaron sus esfuerzos para intentar llegar hasta los mellizos. Shakespeare y Gabriel tomaron posiciones a cada lado de la estructura de piedra, en un intento desesperado de mantenerlas alejadas de Josh. El joven estiró su pie izquierdo y rozó uno de los postes verticales y, en el momento que su pie derecho tocó el otro poste, las voces que había estado escuchando en su cabeza desde el momento que se había colocado en el ancestral círculo se aclararon. De pronto cayó en la cuenta de por qué le resultaban tan familiares. Eran una única voz, la voz de *Clarent*. Se percató de que *Clarent* y *Excalibur* habían sido creadas a partir de la misma roca ígnea, al igual que las piedras azules que componían el antiguo anillo. Vio rostros, humanos y no humanos, además de algunos que eran una mezcla entre ambos, de los creadores originales de Stonehenge. Ese emplazamiento no tenía cinco mil años; era más antiguo, mucho, mucho más antiguo. Vislumbró la imagen de Cernunnos, brillante y hermosa, sin sus astas, ataviado con ropajes blancos. Se hallaba en el centro del círculo y estaba empuñando una única espada de aspecto mediocre y simple.

Sin embargo, mientras el pilar situado a la izquierda de Josh crujió y brillaba con un resplandor dorado, el derecho siguió oscuro.

Se giró hacia Sophie.

—Tienes que ayudar a tu hermano.

La joven estaba tan agotada que apenas podía mantenerse en pie. Se giró hacia el Alquimista e intentó formular las palabras en su

cabeza.

—Pero Will dijo que si utilizaba mi aura podría incendiarme.

—Y si la puerta de la línea telúrica no se abre, todos moriremos —gruñó Flamel.

Agarró a Sophie por el hombro y la propulsó hacia la piedra. Se tropezó torpemente, ya que el suelo estaba desnivelado, y se cayó con los brazos extendidos... entonces las yemas de sus dedos acariciaron la piedra. Se produjo una explosión de perfume de vainilla y, de repente, la piedra empezó a brillar. Una niebla dorada emergió en espiral y, desde el interior, la piedra empezó a iluminarse poco a poco hasta que los pilares del trilithon vibraron y emitieron una luz dorada y plateada. El dintel, apoyado sobre los dos pilares, se tiñó de naranja.

Ya había caído la noche en la llanura de Salisbury, pero entre las piedras apareció una exuberante ladera soleada.

Josh contemplaba asombrado el escenario. Era capaz de apreciar el olor a hierba y follaje, sentir el calor veraniego en su rostro y saborear una pizca de sal en la atmósfera. Giró la cabeza; tras él, reinaba la noche y las estrellas destellaban en los cielos; ante él, era de día.

—¿Dónde...? —susurró.

—Monte Tamalpais —dijo Flamel con tono triunfante. Ayudó a Sophie a incorporarse y la arrastró hacia la apertura de luz. En el mismo instante que las yemas de sus dedos dejaron de rozar el pilar, la luz empezó a desvanecerse.

—Idos —dijo Shakespeare—. Idos ahora...

—Dile a Palamedes...

—Lo sé. Salid de aquí. Ahora.

—¡Qué obra de teatro hubieras escrito con esta historia! — exclamó el Alquimista.

Abrazó a Josh por la cintura y dirigió a los mellizos hacia el paisaje silvestre que había al otro lado del mundo.

—Nunca me ha gustado escribir tragedias —murmuró William Shakespeare.

La luz dorada desapareció en el momento que Josh apartó la mano de la piedra y los perfumes a naranjas y vainilla fueron reemplazados por la esencia húmeda de Gabriel y el único sabueso que había sobrevivido a la encarnizada batalla.

La Caza Salvaje, junto a la criatura de la Última Generación, los inmortales y los atacantes humanos desaparecieron inmediatamente en la noche, dejando tras de sí únicamente una estela de polvo. De la llanura verde tan sólo quedaban ruinas cubiertas de barro y lodo. Palamedes se tambaleó entre la oscuridad nocturna. Su armadura estaba abollada y arañada y su gigantesca espada estaba partida en dos. El cansancio hizo que su acento fuera más pronunciado.

—Tenemos que irnos de aquí antes de que llegue la policía.

—Conozco un lugar —dijo Shakespeare—. Está cerca. Un granero eduardiano perfectamente protegido. Palamedes apretó el hombro del Bardo. —Me temo que no está tan perfectamente protegido.

Capítulo 70

Monte Tam —dijo Nicolas Flamel derrumbándose sobre sus rodillas al mismo tiempo que llenaba los pulmones de aire cálido—. San Francisco. Algo mareado y desorientado, Josh también se desplomó sobre el suelo, apoyándose en las manos y las rodillas, y miró a su alrededor. La ladera de la montaña estaba completamente soleada; en cambio, el valle estaba cubierto por una nube de neblina blanca que descendía en espiral.

Sophie se agachó en cuclillas junto a su hermano. Tenía la piel blanca como una pared, los ojos hundidos en las cuencas y el cabello enmarañado y graso sobre su cráneo. —¿Cómo estás? —preguntó a su hermano. —Supongo que igual de mal que tú —respondió. Sophie, lentamente, se incorporó y ayudó a su mellizo a erguirse.

—¿Dónde estamos? —preguntó mirando a su alrededor. Sin embargo, el paisaje que se alzaba ante sus ojos le resultaba completamente desconocido.

—En el norte de San Francisco, creo —informó Josh.

Una sombra se movió en el valle y la niebla se retorció y serpenteó formando un laberinto de curvas. El trío se giró para contemplar a la figura a sabiendas de que, si se trataba de un enemigo, no tenían fuerzas suficientes para luchar contra él. Estaban tan exhaustos que apenas podían correr.

Entonces apareció Perenelle Flamel, suspendida en el aire y con un aspecto elegante a pesar de llevar un abrigo negro mugriento sobre una camiseta tosca y unos pantalones.

—Llevo esperando aquí una eternidad —exclamó. Dibujó una sonrisa de oreja a oreja a medida que avanzaba a zancadas por la ladera del monte.

La Hechicera abrazó a los mellizos y les apretó con fuerza.

—Oh, qué alegría veros sanos y salvos. He estado tan preocupada.

Rozó los moretones de las mejillas de Sophie y acarició la frente rasguñada de Josh y los cortes que tenía en los brazos. Los dos mellizos sintieron un cálido hormigueo e incluso Josh logró ver con sus propios ojos cómo los cardenales de Sophie desaparecían de su piel.

—Me alegro estar de vuelta —dijo Josh.

Sophie asintió con la cabeza.

—Me alegro de volver a verte, Perry.

Nicolas recogió a su esposa y la abrazó durante lo que, en aquel momento, pareció mucho tiempo. Entonces dio un paso atrás, posó las manos sobre los hombros de Perenelle y la observó detenidamente.

—Tienes buen aspecto, mi amor —apuntó.

—Admítelo, parezco una anciana —dijo.

Perenelle recorrió el rostro de Nicolas con la mirada y se percató de la aparición de líneas de expresión y arrugas profundas. Recorrió su dedo índice por los numerosos cortes y moretones y, con un rastro de aura blanca, los curó.

—Aunque no tan anciana como tú. Eres una década más joven que yo pero hoy —sonrió—, por primera vez en todos nuestros años juntos, pareces mayor que yo.

—Han sido unos días interesantes —admitió Flamel—. ¿Cómo has conseguido llegar hasta aquí? La última vez que hablamos estabas prisionera en Alcatraz.

—Ahora puedo asegurar ser uno de los pocos prisioneros que lograron escaparse de la Roca.

Deslizando su brazo hacia el de su marido, caminó junto a él por la ladera, atravesando la niebla vespertina. Los mellizos les seguían unos pasos atrás.

—Deberías estar muy orgulloso de mí, Nicolas —dijo—. He conducido hasta aquí yo sola.

—Siempre estoy orgulloso de ti —comentó. Después de una pausa, añadió—: Pero nosotros no tenemos coche.

—Cogí prestado un descapotable Thunderbird bastante bonito que me encontré en el embarcadero. Sabía que el propietario no lo utilizaría hasta pasado un buen tiempo.

Epílogo

El doctor John Dee yacía sobre un suelo cubierto de suave hierba. Abrió los ojos y observó la bóveda nocturna. Le dio tiempo a ser testigo de cómo los resplandores de color plata y oro se desvanecían del cielo e incluso percibió, a esa distancia, los aromas a vainilla y naranja. Los helicópteros de la policía vibraban en el aire al mismo tiempo que las sirenas bramaban por todas partes.

Así pues, los mellizos y Flamel habían escapado. Consigo se habían llevado la vida y el futuro del Mago inglés. Desde el ataque frustrado de la noche anterior, Dee había estado viviendo en tiempo de descuento; ahora, en cambio, era hombre muerto.

El Mago se sentó lentamente y se acunó el brazo derecho. Lo tenía completamente entumecido desde los dedos hasta el hombro, donde había recibido la fuerza bruta del golpe que le había asestado *Clarent*. Pensó que quizá tenía el hombro roto. *Clarent*.

Dee había visto con sus propios ojos cómo Josh lanzaba la espada... pero no le había visto recogerla del suelo. Dee giró su

cuerpo en el fango y descubrió que la espada ancestral yacía en el suelo, justo a unos centímetros de él. De forma amable, casi incluso realizando una reverencia, la levantó del suelo mugriento, se recostó sobre el suelo y posó la espada sobre el pecho, sujetándola con ambas manos por la empuñadora.

Había estado buscando esa arma durante quinientos años. Había sido una búsqueda que le había conducido a todos los rincones del mundo además de a los Mundos de Sombras. Se rio, soltando una carcajada aguda, casi histérica. Finalmente la encontró en el mismo lugar donde fue creada. Uno de los primeros lugares donde había buscado la espada fue debajo del Altar de piedra, en Stonehenge; en aquel entonces, Dee tenía tan sólo quince años y Enrique VIII era el soberano de Inglaterra.

Aún estirado sobre el suelo, Dee buscó algo bajo su abrigo. Unos segundos más tarde extrajo a *Excalibur* y la sujetó con su mano derecha. Entonces levantó ambas espadas a la misma altura. Las armas se movían en su alcance, se retorcían como si quisieran rozarse y las empuñaduras redondas rotaban mientras los filos de ambas espadas desprendían un humo blanquecino. De repente sintió un escalofrío gélido a un costado del cuerpo; y un calor abrasador en el otro. Su aura se encendió y unos zarcillos amarillos y largos empezaron a brotar de su piel. Todos los dolores y molestias físicas se esfumaron y todos los cortes y moretones se curaron. El Mago acercó las dos espadas, cruzándolas con sus filos.

Y entonces se unieron en un único movimiento inesperado, como si tuvieran un imán. Intentó separarlas, pero estaban

encajadas herméticamente entre sí. Se produjo un chasquido y las espadas se fusionaron, filo con filo, empuñadura con empuñadura, para crear una única espada de aspecto normal y corriente de la que salía humo grisáceo.

Una figura emergió de la oscuridad arrastrando pesadamente los pies; se trataba de un anciano cubierto de docenas de capas de abrigo. Una luz amarilla brotó de su cabellera enmarañada y de su barba descuidada. Su mirada azul y brillante parecía perdida y lejana. Observó la espada y se centró en ella. Concentró toda su atención en ella, intentando recordar. Alargó un dedo tembloroso para acariciar la espada de piedra fría y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Los dos que son uno —masculló—, el uno que lo es todo.

Entonces el Anciano de los Días se giró y se alejó arrastrando los pies hacia la oscuridad nocturna.

Fin del tercer libro

Nota del autor: Stonehenge y el Punto Cero

Cuando Sophie y Josh llegan al círculo prehistórico en que se alzan las piedras sobre la llanura de Salisbury, en Inglaterra, es completamente de noche, de forma que sólo perciben fugazmente la imagen de las reliquias de un monumento que, antaño, fue maravilloso. Se trata de uno de los emplazamientos arqueológicos más reconocidos del mundo.

Stonehenge se construyó en tres fases distintas. Lo que todavía queda en pie hoy en día son las ruinas de todas las etapas. Aunque existen pruebas que sugieren que había humanos habitando la zona de los alrededores de la llanura de Salisbury (que en aquella época sería una zona boscosa y arbolada) hace más de ocho mil años, la primera fase de construcción se llevó a cabo cinco mil años antes de eso. Haciendo uso de astas de ciervos, de piedras y de herramientas de madera, los primeros arquitectos rasparon un gigantesco anillo de aproximadamente dos metros de ancho y uno;

diez kilómetros de diámetro. El centro alcanzaba, en algunos lugares, los dos metros de profundidad. Se dejó abierto un arco y se colocaron dos piedras a modo de pilares. Una de ellas todavía sobrevive y se llama *Slaughter Stont*, que significaría «piedra de la masacre».

La siguiente fase empezó hace alrededor de cinco mil años. De aquella fase apenas queda nada visible, pero existen pruebas arqueológicas que demuestran que se alzó una estructura de madera en el interior del círculo. Allí se han descubierto fragmentos de cerámica y huesos quemados, lo cual indica que, quizá, Stonehenge podría haber sido un lugar para entierros o sacrificios.

Durante los siguientes mil años, Stonehenge sufrió ampliaciones, alteraciones y cambios. Las gigantescas piedras que sobreviven hasta hoy datan de este periodo de construcción. Se estima que se establecieron hasta ochenta pilares de arenisca en el centro del círculo. Los pilares conformaban dos medios círculos, uno dentro del otro. Cada una de estas colosales piedras pesaba, al menos, cuatro toneladas, y se tenían que extraer de una cantera ubicada en las montañas Preseli, en Gales, a más de 350 kilómetros de distancia. Tan sólo el transporte de los gigantes pedazos de piedra a través de una zona boscosa y con vegetación muy espesa, además de cruzar montañas y ríos, suponía una hazaña extraordinaria, lo cual nos demuestra la importancia que tenía Stonehenge para las antiguas culturas que lo construyeron. El enorme altar de piedra, en el que Nicolas Flamel se desploma, seguramente también estaba de pie, en postura vertical. Pesa seis toneladas.

Sobre esta época se ensanchó la entrada y el amanecer, especialmente el de la mañana del solsticio de verano, habría formado unas sombras que danzarían en el corazón del círculo. Al atardecer, a mediados de invierno, el sol se hundiría entre las piedras.

Más tarde, quizás unos cuatro mil años atrás, se alzó un círculo de treinta piedras con una especie de capuchón. Ésta también fue una hazaña extraordinaria. Cada una de las piedras pesa alrededor de veinticinco toneladas. Éstas provenían de una cantera situada a más de treinta kilómetros hacia el norte de Stonehenge. Las tallaron y pulieron con sumo cuidado. En el interior de este círculo se hallan los cinco trilithon, que forman un semicírculo; el más pequeño está en el extremo y el más grande en el centro. El trilithon más «pequeño» medía seis metros de altura.

Con el paso de los siglos, el emplazamiento se abandonó y cayó en el olvido. Los elementos de la naturaleza, junto con el peso de las piedras, provocaron que algunas se derrumbaran y, de forma gradual, el orden y la colocación del círculo empezaron a confundirse hasta perderse por completo.

Stonehenge es asombroso, espectacular y misterioso; a pesar de siglos y siglos de investigación, aún no sabemos para qué se utilizaba. ¿Era un emplazamiento para , entierros o, tal y como muchos sugieren, un lugar de veneración? Hoy en día se asocia con el druidismo, la religión de los antiguos celtas, y si bien los celtas sí utilizaron el emplazamiento, al igual que otros círculos de piedra y monumentos que hay esparcidos por el país, no lo construyeron. Existen infinidad de mitos y leyendas relacionados con este lugar;

incluso suele estar vinculado con Merlín y la Mesa Redonda del Rey Arturo.

Una de las sorpresas más vergonzosas que la gente descubre cuando visita Stonehenge es la cercanía de todas las carreteras a este monumento ancestral. La A344, la carretera donde finalmente Josh abandona el coche, se halla a una distancia mínima del círculo original, de más de cinco mil años de antigüedad.

Hoy en día, Stonehenge es Patrimonio de la Humanidad.

El Punto Cero también existe.

El centro oficial de París, Francia, está situado en la plaza que se extiende a los pies de la catedral de Notre Dame y es exactamente tal y como se describe en *La Hechicera*. Colocado entre los adoquines se distingue un círculo compuesto por cuatro segmentos. Las palabras POINT ZERO DES ROUTES DE FRANCE están inscritas en los cuatro segmentos. En el centro del círculo hay un rosetón con ocho brazos espinados que irradian del centro.

Existen señales de puntos cero o kilómetros cero en muchas ciudades del mundo. Desde allí se miden todas las distancias de la ciudad correspondiente. Algunas de estas señales son piedras ubicadas en el suelo, aunque también existen placas o monumentos. No se recomienda situarse en la piedra parisina al mediodía... ¡Ya sabéis qué les ocurrió a Scathach y Juana!

Agradecimientos

Dar las gracias a todo el mundo sería crear una lista de nombres más larga que el propio libro. *La Hechicera* no podría haberse escrito sin la ayuda, el apoyo, la orientación y la comprensión de muchas personas.

En especial y en particular:

Beverly Horowitz, Krista Marino y Colleen Fellingham de Delacorte Press.

Y:

Barry Krost de BKM y a Frank Weimann de The Literary Group.

A quienes lo han hecho posible:

Claudette Sutherland y Michel Carroll.

A quienes lo han hecho más fácil:

Patrick Kavanagh, Libby Lavella y Sarah Baczewski.

A quienes lo han hecho interesante:

Simon y Wendy Wells, Hans y Suzanne Zimmer, Kelli Bixler, Kristofer Updike y Richard Thompson.

Y, por supuesto a:

Julie Blewett-Grant, Tammy Weisensel, Marci Kennedy, Jeffrey Smith, Sean Gardell, Jamie Krakover, Roxanne Renaud-Coderre and Kristen Winsko-Nolan.